

DAUDET

JACK

1

PQ2216

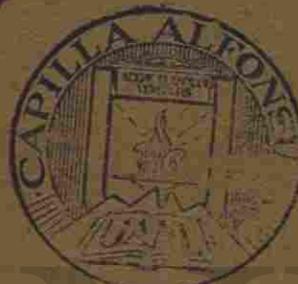
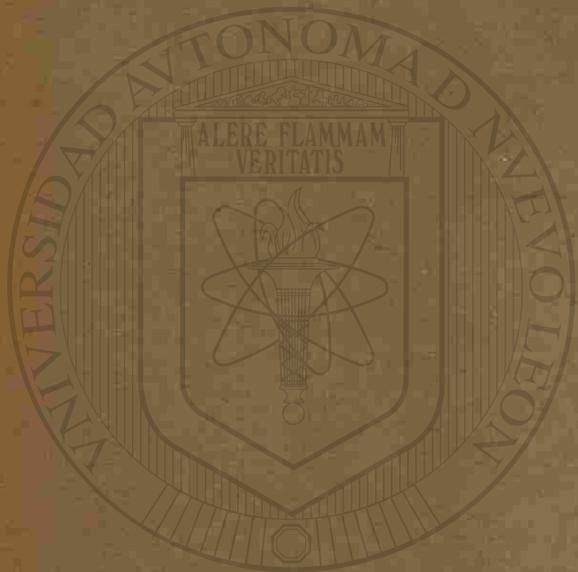
.J3

S6

v. 1



1020026218



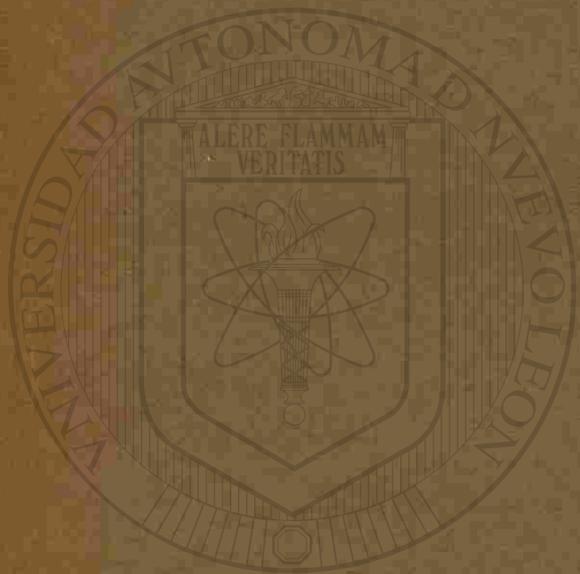
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANI

Núm. Clas. D-2387
 Núm. Autor _____
 Núm. Adq. 29887
 Precedencia 8-
 Lugar _____
 Clasificación 67
 Colección _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDICION-PRIMA

JACK

FOR

ALFONSO DAUDET



29889

MEXICO
Talleres Tipográficos de "El Mundo Ilustrado"

1904

098501

843
9.



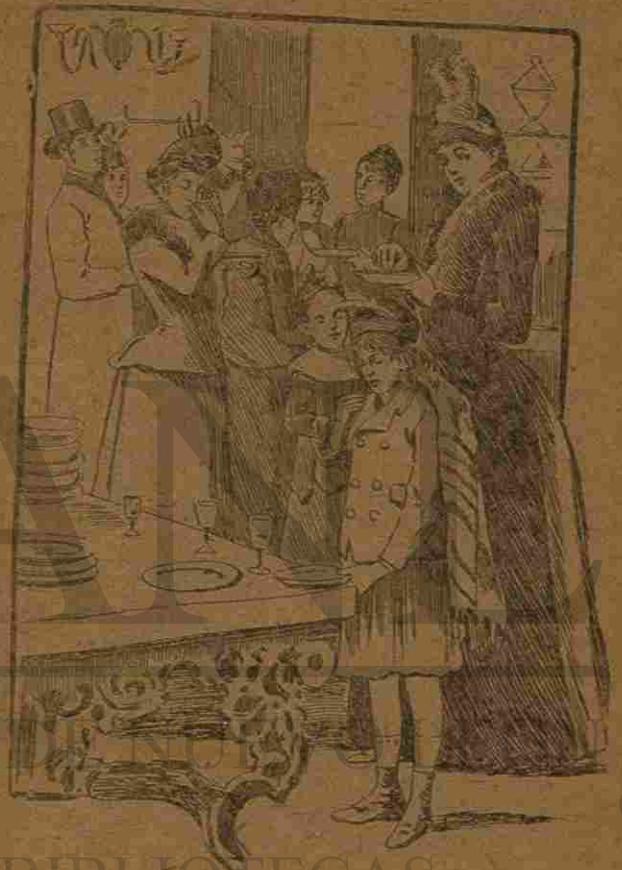
PQ 2216
53
86
Vol

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Entraron en la pastelería española.

843
9.



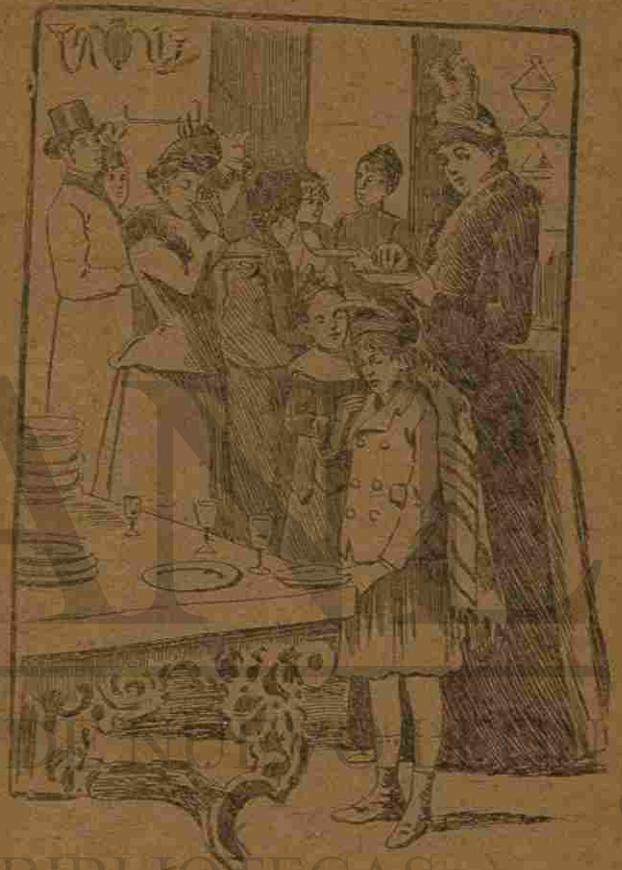
PQ 2216
53
86
Vol

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



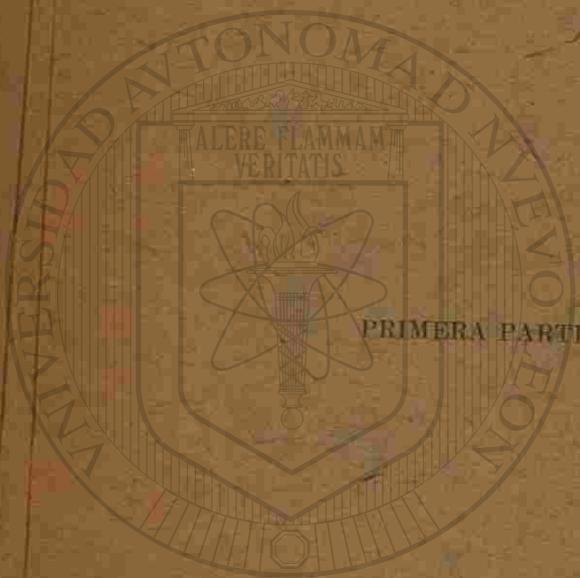
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Entraron en la pastelería española.

843
G



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LA MADRE Y EL NIÑO.

¡Con K, señor rector, con K! El nombre se escribe y se pronuncia a la inglesa... así, Jack... El padrino del niño era inglés, comandante general en el ejército de la India... Lord Peambock... ¿Lo conocía usted tal vez? Un hombre muy distinguido y de la más elevada aristocracia. ¡Oh!... crea usted, señor abate, que era de la más elevada... ¡Y cómo valsaba!... Murrió de una manera horrosa en Singapore, hace algunos años, en una magnífica cacería de tigres organizada en su obsequio por un rajah amigo suyo... Parece que los



tales rajabs son verdaderos monarcas... Ese de que hablo, sobre todo, es muy famoso en su país... ¿Cómo se llama? ... Espere usted... ¡Dios mío! ... Tengo el nombre en la punta de la lengua... Rava... Rama... Ra-
ma...

—Perdone usted, señora, interrumpió el rector, sonriendo a pesar suyo, ante aquella volubilidad de palabras y aquel perpetuo saltar de una idea á otra... Y después de Jack, ¿qué más ponemos?

De codós en la mesa sobre la cual estaba escribiendo un momento antes, con la cabeza ligeramente inclinada, el digno sacerdote dirigía de reojo una mirada maliciosa, impregnada de penetración eclesiástica, á la joven que estaba sentada delante de él, con su Jack (con K.) en pie al lado de ella.

Era una mujer elegante, vestida irrepresiblemente, muy á la moda del día y de la estación—era en Diciembre de 1858,—hasta se adivinaba por lo magnífico de las pieles, por la riqueza de su traje negro y la originalidad discreta de su sombrero, el lujo tranquilo de la mujer que posee un carruaje y que pasa de la nitidez de sus alfombras á los cojines de su coche, sin tener que sufrir la vulgar transición de la calle.

Tenía la cabeza muy pequeña, lo cual hace siempre parecer más altas á las mujeres; un bonito rostro, cubierto de pelusilla como una fruta; movable, sonriente, iluminado por dos ojos cándidos y claros y por dientes muy blancos, que se cuidaban mucho de lucirse con cualquier pretexto. La movilidad de sus rasgos, parecía extraordinaria, y no sé qué en aquella fisonomía agradable, tal vez el labio inferior ligeramente extendido por una perpetua necesidad de hablar, acaso la fren-

te estrecha bajo el brillante cabello, indicaba la ausencia de reflexión, un talento un poco limitado; y explicaba los paréntesis abiertos á cada instante de la conversación de aquella mujer bonita, como esas cajitas japonesas de tamaño calculado que entran unas dentro de otras, y la última de las cuales está siempre vacía.

Cuanto al niño, figuraos un niño de siete á ocho años, esbelto, demasiado crecido, vestido á la inglesa como demandaba la K de su nombre de Jack, con las piernas al aire, una gorrilla con pluma plateada y un "plaid." El traje era tal vez apropiado á su edad; pero parecía en desacuerdo con su mucha estatura y su cuello ya robusto. Sus pantorrillas, de fuerte musculatura y flacas, se destacaban de su grotesco traje en un torpe esfuerzo de desarrollo. El mismo se avergonzaba de verlas. Confuso, tímido, con los ojos bajos, decaía de vez en cuando sobre sus desnudas piernas una mirada de desesperación, como si allí en el fondo de su corazón imidijese á lord Peamiook y á todo el ejército de la India, porque tenían la culpa de que lo llevaran así vestido.

Físicamente se parecía á su madre, pero había en él algo que era más fino, más distinguido, y entre una y otra cara veíase toda la transformación de una fisonomía de mujer bonita á la de un hombre inteligente. Era la misma mirada, más profunda; la misma frente más ancha; la misma boca, contraída por una expresión más seria.

Por el rostro de la mujer, las ideas, las impresiones, resbalaban sin dejar huella ni arruga alguna, con tanto apresuramiento, con tanta rapidez sustituidas unas

por otras, que parecía conservar siempre en los ojos el asombro de su huida. En el niño, por el contrario, veíase que el pensamiento tomaba arraigo, y hasta su aire demasiado reflexivo hubiera inspirado cuidados, si no hubiese ido unido á cierta pereza de actitudes, á una languidez de todo su ser, á los movimientos mímosos y tímidos del chiquillo educado debajo de las faldas de su madre.

En aquel momento, apoyado contra ella, con una mano metida en su manguito, la oía hablar, lleno de muda admiración, y de vez en cuando miraba al sacerdote y todo lo que le rodeaba con curiosidad comprimida y temerosa.

Había prometido no llorar.

Algunas veces, sin embargo, un suspiro sofocado como un sollozo, le hacía estremecerse de pies á cabeza. Entonces la mirada de la madre se fijaba en él y parecía decirle:

“Ya sabes lo que me has prometido” En seguida el niño contenía su suspiro y sus lágrimas; pero sentía dentro de sí un gran pesar, esa cruel impresión de destierro y de abandono que el primer colegio produce en los muchachos que han vivido hasta demasiado tarde en el hogar doméstico.

Esta investigación de la madre y del niño, que el sacerdote había verificado en algunos minutos, habría satisfecho á un observador superficial; pero el Padre C. . . . que dirigía desde hacía más de veinticinco años el aristocrático colegio de Jesuitas de Vaugirard, estaba demasiado al corriente de las cosas del mundo, conocía demasiado bien á la alta sociedad parisiense y todos sus matices de lenguaje y de traje para no

haber adivinado en la madre del nuevo discípulo que se trataba de una cliente de un género especial.

El aplomo con que entrara en su despacho, aplomo demasiado visible para que fuese verdadero; su manera de sentarse cediendo el cuerpo hacia atrás; aquella sonrisa un poco forzada, y sobre todo el flujo de palabras que se desbordaban, con el cual parecía que disimulaba el embarazo de un pensamiento oculto, todo hacía desconfiar al sacerdote. Desgraciadamente en París, las gentes están tan mezcladas, la comunidad de los placeres, de los trajes, de los paseos, ha hecho que la línea de demarcación sea tan delgada y tan fácil de rebasar entre las mujeres á la moda de la buena y de la mala sociedad, entre una loreta que se resiste y una marquesa que se abandona, que á primera vista hasta los más expertos pueden equivocarse; y por eso el cura miraba á aquella mujer con tanta atención.

Lo que más dificultaba su examen era lo descosido de la conversación. ¿Cómo enterarse, en medio de sus caprichos, de sus cambios de frente, de sus saltos y brinco de ardilla enjaulada! Sin embargo, su juicio, que acaso trataban de extraviar, estaba ya medio formado. La actitud embarazada de la mujer cuando le preguntó cuál era, además de Jack, el nombre del muchacho, acabó de decidirlo.

La joven se puso colorada, se turbó y titubeó un segundo.

—En verdad, dijo; perdone usted que aún no me ha va presentado. . . . ¿Qué cabeza tengo!

Y sacando del bolsillo un elegante tarjetero, perfumado como saquillo de esepcia, sacó una tarjeta en la

cual leíase con letras largas este nombre sonriente é insignificante:

IDA DE BARANCY

El rector sonrió con una expresión singular.

— Se llama así el niño también?

La pregunta era casi una impertinencia. La señora lo comprendió, se turbó más todavía, y ocultó su turbación adoptando cierto aire de dignidad.

— Pues es claro... señor-abate... es claro!

— Ah! dijo el sacerdote con voz grave.

Ahora era él quien no sabía cómo expresar lo que tenía que decir. Daba vueltas á la tarjeta entre sus dedos, con ese temblorcillo de labios propio del hombre que comprende el valor y el afecto de las palabras que va á pronunciar.

De pronto se levantó, se acercó á una de las elevadas puertas vidrieras que daban acceso á un gran jardín plantado de magníficos árboles y lleno de un espléndido sol de invierno, y dió un golpecito en los cristales. Por delante de las vidrieras pasó una silueta negra, y casi en seguida se presentó en el despacho un sacerdote joven.

— Lévese usted, mi querida Duffieux, dijo el superior, á este niño, y déle usted un pascito... Enséñele la iglesia y las estufas... El pobrecillo se fastidia...

Jack creyó que tomaban aquel pretexto de paseo para cortar radicalmente los tristes adioses de la separación, y su mirada adquirió una expresión tal de desesperación y de espanto, que el buen sacerdote, lo tranquilizó cariñosamente:

— No tengas miedo, hijo mío... tu mamá no se irá... y la encontrarás aquí cuando vuelvas.

El niño todavía titubeaba.

— Anda, querido! dijo la señora de Barancy con un ademán de reina.

En seguida salió sin decir palabra, sin quejarse, como si estuviese preparado ya para todo género de servidumbres.

Cuando estuvo fuera, hubo en el despacho un momento de silencio. Oyéronse los pasos del niño y de su acompañante que se alejaban, crujiendo por la arena endurecida y fría; el chisporroteo de la lumbre, los pitidos de los pajarillos en las ramas de los árboles, los acordes de los pianos, las voces, el murmullo de una casa llena, todo el ruido ensordecido por el invierno y las ventanas cerradas de un gran colegio á la hora de estudio.

— Este niño parece que quiere á usted muchísimo, señora, dijo el rector, á quien la gracia y la sumisión de Jack habían impresionado.

— ¿Cómo no ha de quererme? respondió la señora de Barancy, tal vez demasiado melodramáticamente; el pobrecillo no tiene más que á su madre en el mundo.

— Ah! ¿Es usted viuda?

— Ah! Si señor rector... Mi marido murió hace diez años, el mismo año de nuestro casamiento, y en circunstancias bien dolorosas... Ah señor mío! Los novelistas que van á buscar tan lejos las aventuras de sus heroínas, no sospechan que la vida de cualquiera, por insignificante que sea, da materia para diez novelas... Buena prueba de ello es la existencia mía... Mire usted. El señor conde de Barancy pertenecía, co-

mo os indicará su nombre, á una de las más antiguas familias de la Turena...

Iba por mal camino. Precisamente el padre O... había nacido en Amboise y conocía á fondo á toda la aristocracia de su provincia. En el mismo momento el conde de Baraney fué á unirse en las dudas y desconfianzas de su espíritu con el general Peamboek y el rajah de Singapoore. No dejó que en el semblante se le conociera nada, y se contentó con interrumpir á la que se decía condesa.

—¿No cree usted, como yo, señora, preguntó, que sería una verdadera crueldad, separar tan pronto de usted á un niño que parece estar tan encariñado con su madre? Es muy pequeño todavía, y además no sé si será bastante fuerte para soportar el dolor de esa separación.

—Se equivoca usted mucho, padre, respondió ella con la mayor candidez. Jack es un niño muy robusto. No ha estado nunca enfermo. Está un poco pálido tal vez, pero eso es efecto del aire de París, al cual no se encuentra acostumbrado.

Aburrido de ver que la joven no comprendía su pensamiento con estas insinuaciones, añadió acentuando do la nota:

—Aparte de esto, tenemos ahora todos los dormitorios llenos;... el curso escolar está ya muy adelantado... Hemos temido que suspender hasta el año que viene la admisión de alumnos nuevos... Agradecería á usted mucho que esperase hasta entonces. El año que viene tal vez podríamos... Aunque no me atrevo á responder tampoco.

La viuda comprendió lo que querían decirle.

—De modo, dijo, ¿que se niega usted á recibir á mi hijo? ¿Se negará también á decirme por qué razón?

—Señora, respondió el sacerdote, hubiera dado cualquier cosa porque no tuviésemos esa explicación; pero puesto que me obliga usted á ello, hay que decirle que el colegio que yo dirijo exige á las familias que le confían sus hijos condiciones de moralidad excepcionales... No faltan en París colegios laicos donde encontrará Jack todos los cuidados que le son necesarios; pero aquí no es posible. Por Dios, añadió al ver un movimiento de protesta indignada, ¡no hagáis que me explique con mayor claridad!... No tengo derecho á pedirle á usted nada, á reprocharle nada... Siento el pesar que le causo en este momento, y crea que el rigor de mi negativa me es tan doloroso como á usted misma.

Mientras el sacerdote hablaba, el rostro de la señora de Baraney había pasado por todas las expresiones del dolor, del desdén, de la confusión. Al principio trató de poner buena cara, conservando la cabeza alta y bien puesta la careta que se usa en sociedad; pero las bondadosas palabras del rector, al caer sobre aquella alma infantil, la hicieron romper de pronto en lágrimas, en quejas, en confesiones, en expansiones ruidosas y desoladas.

¡Oh! Sí, sí, había sido muy desgraciada. Era imposible que nadie supusiera lo que había sufrido ya por aquel niño...

—Sí, señor; el pobrecillo no tenía nombre ni padre; pero ¿acaso era eso una razón para hacer un crimen de su desgracia y exigirle responsabilidad por la falta

de sus padres? "¡Ah, señor cura, señor cura, se lo ruego!"

Mientras hablaba, por un movimiento de abandono que habría podido hacer sonreír en otra circunstancia menos grave, había cogido la mano del sacerdote (una bonita mano de obispo, gordiflona y blanca) que el bueno del rector procuraba desprender suavemente de entre las suyas, no sin cierta turbación.

—Cálmese usted, señora, decía asustado de aquellas efusiones de aquellas lágrimas, porque lloraba como una chiquilla que era, con sollozos, con sofocaciones y con el cándido abandono de un carácter un poco vulgar.

El pobre hombre pensaba: "¿Qué va á ser de mí. Dios mío, si esta señora se pone mala?"

Pero las palabras que empleaba para tranquilizarla la excitaban más aún.

Ella quiso justificarse, explicar cosas, relatar su vida, y de grado ó por fuerza el rector rióse obligado á seguirle por aquel relato obscuro, entrecortado, jadeante, intermitente, en el cual se lanzó ella como una loca, rompiendo á cada paso el hilo conductor, sin preocuparse de saber cómo saldría de aquel laberinto.

—Aquel nombre de Barancy no es el mío. . . ¡oh si hubiera podido decir mi nombre, mi verdadero nombre, se asombrarían muchos. Pero el honor de una de las más nobles familias de Francia, ¡oh, oye usted bien? de una de las más nobles, iba unido á ese apellido, y antes moriría que dejármelo arrancar.

El rector quiso protestar, asegurarle que no tenía el menor empeño en arrancarle nada; pero ni siquiera consiguió hacerse oír. Ella llevaba una terrible velocidad, y más fácilmente se habrían detenido las as-

pas de un molino de viento lanzadas á toda velocidad, que aquella palabra que revoloteaba en el vacío. Lo que más empeño parecía tener en demostrar era que pertenecía á la aristocracia, que su fusilme seductor también llevaba no sé qué corona sobre no sé qué escudo, y que además había sido víctima de una fatalidad inaudita.

¿Qué se debía creer en todo aquello? Probablemente ni una sola palabra, porque las reticencias, las contradicciones abundaban en aquel discurso incoherente. Resultaba, sin embargo, algo sincero, tierno, hasta conmovedor, y era el amor de aquella madre y de aquel hijo. Habían vivido siempre juntos. Ella le hacía estudiar en la casa con maestros particulares, y sólo quería separarse de él en razón de aquella inteligencia que despertaba demasiado, de aquellos ojos que se abrían y para los cuales todas las precauciones que se tomaran serían pocas.

—La mejor de todas, dijo el sacerdote gravemente, sería la de no cometer ninguna irregularidad en su manera de vivir de usted y hacer la casa digna del niño que la habita.

—Esa es mi preocupación constante, señor rector, respondió ella. A medida que Jack crece siento que me vuelvo más formal. . . Además, de un día á otro mi situación se hallará regularizada. . . Hay una persona que me solicita hace tiempo. . . Pero entre tanto, hubiera querido alejar á mi hijo, separarlo de mi vida todavía irregular, hacer que le diesen una educación aristocrática y cristiana, digna del ilustre apellido que debe llevar. . . Había yo creído que en ninguna parte como aquí podrían hacer eso, y usted, no

solo le rechaza, sino que al mismo tiempo desanima a la madre para que insista en sus buenos propósitos. . .

Ahora el rector pareció vencido. Titubeó un momento, y mirándola luego de hito en hito:

— Bueno, sea, señora; puesto que tiene usted tanto empeño, accedo á sus deseos. Jack me ha gustado mucho. Consiento en recibirlo como discípulo.

— ¡Oh, señor rector!

— Pero con dos condiciones.

— Estoy dispuesta á aceptarlas todas.

— La primera es, que hasta tanto que la situación de usted se haya regularizado, el niño pasará los días de salida, y hasta las vacaciones, en esta casa, sin parecer por la de usted.

— ¡Ah! ¡Mi pobre Jack se morirá de no ver á su madre!

— ¡Oh! Podrá usted venir á verlo siempre que guste. Pero— y ésta es mi segunda condición— no lo verá usted nunca en el salón de recibo, sino aquí, en mi despacho, donde tendré cuidado de que no la vea á usted nadie.

Ella se levantó temblorosa.

La idea de que no podía entrar nunca en el salón, mezclarse á esa deliciosa confusión de los jefes, en la cual las madres se enorgullecen con la hermosura de sus hijos, con la riqueza de sus trajes y con el carruaje que espera en la puerta; la idea de que no podría decir á sus amigas: "He saludado ayer en el colegio de jesuitas á la señora de C. . . ó á la señora de V. . ." señoras verdaderas; la idea de que tendría que ir á escondidas á dar un beso á su Jack, todo esto acabó por sublevarla.

El astuto sacerdote había tenido la puntería certera.

— Es usted muy cruel conmigo, señor cura; me obliga usted á renunciar aquello mismo que hace un momento le agradecía como una merced; pero yo tengo que conservar mi dignidad de madre y de mujer. Las condiciones de usted son inaceptables. ¿Y qué pensaría mi hijo de? . . .

Se detuvo al ver allá, al otro lado de la vidriera, una carita rubia que miraba, animada por el aire vivo de afuera y por una fiebre de ansiedad. A una seña de su madre, el niño entró en seguida.

— ¡Oh! ¡Qué buena eres! . . . Me decían que no, pero yo creía que te habías marchado.

Le cogió la mano bruscamente.

— Te marcharás conmigo, le dijo, porque aquí no nos quieren.

Y salió solemnemente, erguida, altiva, tirando del niño, estupefacto, á quien aquella salida repentina parecía una huida. Apenas había contestado con una inclinación de cabeza al saludo respetuoso del sacerdote, que también se había puesto de pie; pero, á pesar de su precipitación, no huyó bastante de prisa para evitar que su Jack oyese una voz dulce que murmuraba detrás de él: "¡Pobre niño!" con un acento y una compasión que le llegaron al corazón.

Lo compadecían. . . ¿Por qué?

Muchas veces pensó en ello después.

El rector no se había equivocado.

La señora condesa Ida de Baraney era una condesa de broma.

No se llamaba Baraney, ni tal vez Ida tampoco. ¿De dónde venía? ¿Quién era? ¿Qué había de verdad en

todas aquellas historias de nobleza que la perseguían como una obsesión? Nadie podía decirlo. Esas vidas complicadas tienen fortunas tan variadas, tienen tanto encanto, un pasado tan largo y tan borrascoso, que nunca se conoce de ellas más que el último aspecto. Se parecen a esos faros giratorios que tienen largas alternativas de sombras entre los intermitentes resplandores de su luz.

Lo que hay de cierto es que no era parisién, que estaba recién llegada de una capital de provincia cualquiera, de la cual conservaba todavía el acento: que no sabía nada de París y que carecía completamente de tono, según la señorita Constanza, su doncella.

«Vengados provincianos...» decía ésta, desdenosamente. Es verdad, que una noche, en el teatro del Grandio, dos comerciantes lioneses habían creído reconocerla como una tal Melania Favrot, que tuvo allí en sus tiempos una tienda de guantes y perfumes en la plaza de Terrena; pero aquellos señores se habían equivocado y se excusaron mucho y pidieron mil perdones. Un día, a un oficial del primer regimiento de húsares se le antojó tomarla por una tal Nana, a quien él había conocido ocho años antes en Orléansville. Esto también pidió los mismos perdones, por haber cometido el mismo error. Verdaderamente, había parecido muy impertinente!

Sin embargo, la señora de Barancy había viajado mucho, y no lo ocultaba; pero buen huésped no balda de ser quien secase algo en claro, algo de positivo del torrente de palabras que salía con cualquier pretexto, hablando de su origen o de su vida. Unas veces, Ida había nacido en las colonias; hablaba de su ma-

dre, una criolla de deslumbradora hermosura; de sus plañtos, de sus negros. Otras, era turenese y había pasado su infancia en un magnífico palacio á orillas del Loira. ¡Y qué de detalles, de anécdotas; qué maravilloso desdén para reunir todas esas piezas descoradas de su existencia!

Como se habrá podido observar, en sus fantásticos relatos dominaba la vanidad: una vanidad de color verde y parlanchina. La nobleza, la fortuna, el dinero, los títulos, y de allí no saltó.

Cuanto á rica, seguramente lo era, ó por lo menos estaba espléndidamente entretenida. Acababan de tomarle un hotelito en el boulevard Haussmann.

Allí tenía caballos, carruajes, muy buenos muebles, de un dudoso buen gusto; tres ó cuatro criados y la existencia vacía, ociosa, holgazana de sus semejantes, pero acaso con un airecillo un poco más vergonzoso, una falta de aplomo que la provincia, que se defiende mejor que París contra las mujeres de cierta clase, le había sin duda comunicado. Esto, y también su frescura real, recuerdo probable de una infancia pasada al aire libre, la ponían fuera de la corriente parisiense, en la cual, por otra parte, no había tomado sitio, porque era recién llegada.

Cada ocho días, un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y aspecto distinguido, iba á verla. Cuando hablaba de él, Ida decía "el señor" con un aire tal de majestad, que cualquiera se hubiera creído en la corte de Francia en los tiempos en que se designaba así al hermano del Rey. El niño le llamaba, simplemente, "Buen Amigo". Los criados anunciaban en voz muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DAUDET"
1625 MONTERRREY, MEXICO

alta "el señor Conde," al mismo á quien llamaban, hablando entre ellos familiarmente, "su viejo."

Su viejo debía de ser muy rico, porque la señora no reparaba en gasto, y había un "chorreo" enorme en la casa, dirigida por la señorita Constanca, una doncella factótum, única y verdadera influencia que había en el hotel. Esa Constanca daba á su ama señas de los proveedores, y guiaba su inexperiencia de la vida parisiense y de la buena sociedad; porque, ante todo, el sueño, el deseo de aquella mujer, era pasar por persona distinguida, noble, intachable.

Ahora, puede comprenderse fácilmente en el estado en que la pondría la acogida que le hizo el padre O. . . , y la rabia con que saldría de allí.

Un elegante carruaje particular le esperaba en la puerta del colegio. Precipitose en él, más bien que montó, con su hijo, conservando la fuerza precisa para gritar al cochero con tono firme: "¡Al hotel!" de modo que la oyese un grupo de curas que charlaban en el vestíbulo y que se habían apartado para dejar paso á aquel torbellino de pieles y de cabellos rizados.

Pero en cuanto el coche estuvo en marcha, la pobre se acuercó en un rincón, no ya en su postura coquetona de paseo, sino abatida, llorosa; ahogando sus sollozos y sus gritos en el capitonado tastero del carruaje.

¡Qué vergüenza! . . . ¡Pensar que se habían negado á recibir á su hijo, y que á primera vista aquel cura había descubierto su situación, la cual creía ella tan bien disimulada bajo todas aquellas apariencias lujosas y fingidas de mujer de mundo y de madre irreprensible!

¡De modo que no se veía lo que era ella!

A cada instante, la mirada penetrante del rector, que

su orgullo herido ponía enfrente de ella como un suplicio intolerable, hacía que sólo con el recuerdo se le subieran al rostro colores y rubores súbitos. Recordaba su charla, todos sus embustes desembuchados inútilmente, y aquella sonrisa, aquella sonrisa incrédula ante la cual no había sabido contenerse, y que anunciaba que desde el primer momento la había completamente adivinado.

Inmóvil y silencioso en el otro rincón del carruaje, Jack miraba tristemente á su madre, sin comprender su desesperación, pero adivinando que tenía un disgusto á causa de él. El pobrecillo conocía vagamente que era culpable; pero en el fondo de aquella tristeza, sentía la gran alegría de ver que no se quedaba en el colegio.

Hacía quince días que no se hablaba más que del dichoso Vaugirard. Su madre le había hecho prometer que no lloraría, que sería muy bueno. "Buen Amigo" le había catequizado. Constanca le había comprado el equipo. Todo estaba dispuesto, decidido. No vivía más que temblando ante el pensamiento de aquella cárcel, hacia la cual le empujaba todo el mundo. Y ahora resultaba que en el último momento lo indultaban.

¡Oh! Si su madre no hubiera tenido tan gran disgusto, ¡con cuánta alegría le hubiese dado las gracias! ¡Cuán feliz se hubiera considerado al verse allí, tan cerca de ella, envuelto en las pieles de aquel carruaje, en el cual habían paseado tantas veces y en el que podrían seguir paseando. Y Jack recordaba las tardes del Bosque de Boloña, los largos paseos deliciosos á través de aquel París fangoso y turbulento, tan nuevo para ellos, y que le inspiraba tanta curiosidad al uno como al otro. Un monumento que se veía al paso,

el menor incidente de la calle, todo le regocijaba.

— Mira, Jack. . . .

— Mira, mamá. . . .

Parecían dos niños. Velanse al mismo tiempo asomados a la portezuela los grandes rizos rubios del muchacho, y el rostro medio oculto, con su velo, de la madre. . . .

Un grito desesperado de la señora Barahey arrancó bruscamente al niño de todos sus buenos recuerdos.

— Dios mío! Dios mío! ¿Qué he hecho yo, decía retorciéndose las manos, qué he hecho para ser tan desgraciada?

Esta exclamación quedó, naturalmente, sin respuesta, porque el chiquillo ignoraba tanto, por lo menos, como la madre, lo que había hecho. Entonces, no sabiendo qué decirle ni cómo consolarla, tímidamente le cogió la mano y la apretó contra los labios con fervor, como un verdadero camarada.

Ella se estremeció y lo miró asustada:

— Ah, cruel, hijo cruel, cuánto daño me has hecho desde que estás en el mundo!

Jack palideció.

— ¿Yo? . . . ¿Qué yo te he hecho daño?

El niño no tenía, no amaba más que a un ser en la tierra: su madre. Le parecía guapa, buena, incomparable; y sin quererlo, sin saberlo, la había hecho daño!

A esa idea, el pobrecillo tuvo también una crisis de desesperación; pero de una desesperación muda, como si después del dolor ruidoso de que acababa de ser castigado, hubiese sentido pudor en manifestar su pesar. Tenía temblores, sollozos ahogados; un espasmo nervioso.

La madre tuvo miedo y lo cogió en brazos.

— No, hijo, no; ¡si es en broma! ¡Oh! ¿Qué chiquillo! . . . No se debe ser tan sensible. . . . ¡Un grandullón que le arrastran las piernas y quiere que lo mezclen como si fuera un niño de pecho! . . . No, no, Jack mío; no me has hecho nada. . . . Yo soy la que estoy loca cuando te mezclo en estas historias. . . . ¡Vamos, no llores! . . . ¿Acaso lloro yo?

Y aquella mujer extraña, olvidándose de su dolor pasado, reía francamente, para hacer reír a su Jack. . . .

Era uno de los privilegios de aquel carácter tornadizo; todo superficial, que no podía conservar mucho tiempo una impresión cualquiera. ¡Cosa singular! Las lágrimas que acababa de derramar no habían hecho más que prestarle más belleza y más juventud, del mismo modo que una nube, al descargar sobre el plumaje de las fátigas, le da más lustre y la hace brillar, sin penetrar debajo de la pluma.

— ¿Dónde estamos? dijo de pronto bajando el cristal empañado. ¡En la Magdalena! ¡ah! . . . ¿Qué de prisa hemos venido! . . . Mira! ¿Y si nos detuviéramos en casa de ese. . . . ¿a sabes, el famoso pastelero? . . . Vamos, enjúgata los ojos, tontín. . . . Voy a comprarte a tus merengues.

Se apearon a la puerta de la pastelería española, muy en boga por entonces.

Había muchísima gente.

Las telas, las pieles, se frotaban unas con otras; se daban prisa, como si sus dueños tuviesen apetito; y las caras de mujer, con el velo levantado hasta la altura de los ojos, se reflejaban en los espejos de la tienda, rodeados de dorados y de molduras color de crema, en-

tre toda clase de alegres reflejos, el blanco lechoso de los platillos, el cristal de las copas, la variedad de las confituras.

A la señora de Barancy y á su hijo los miraron mucho. Esto le agradó. Aquel pequeño triunfo, unido á la crisis de un momento antes, le hizo devorar una porción de merengues y pasteles rociados con un dedo de vino de España. Jack la imitaba, pero con más moderación, porque su gran pesar de poco antes había llenado su corazónito de suspiros contenidos y de lágrimas no derramadas.

Cuando salieron de allí, el tiempo era delicioso, aunque frío; el mercado de la Magdalena llenaba el aire de un tan dulce olor á violeta, que Ida quiso seguir á pie hasta su casa, y despidió el coche. Con presteza, pero con ese paso un poco lento de las mujeres acostumbradas á dejarse admirar, se puso en camino, llevando á Jack de la mano. El paseo al aire libre y la vista de las tiendas que empezaban á encender sus luces, acabaron de devolverle su buen humor.

Luego, de repente, delaware de un escapataje más brillante que los demás, la idea de un baile de máscaras, al cual debía ir aquella noche, baile precedido de una comida, se le vino á las mientes.

— ¡Misericordia! . . . ¡Y yo que ya no me acordaba! . . . Mira, pobre Jack mío, qué aturdida estoy . . . ¡Pronto, pronto!

Necesitaba flores, un ramo; algunas menudencias olvidadas. Y el niño, para quien esas trivialidades habían sido siempre la vida, el cual experimentaba, casi tanto como ella, el sutil encanto de esas elegancias, la se-

guía dando saltos, animado por la idea de aquella fiesta que él no había de ver.

Una de sus alegrías era, siempre, el traje de su madre, la belleza de su madre, aquella atención admirativa que despertaba por dondequiera que pasase.

— ¡Magnífico! . . . ¡Magnífico! Euvienelo usted á casa: boulevard Haussmann.

La señora de Barancy entregaba su tarjeta, salía, hablaba á Jack con exuberancia de todas aquellas compras suyas. Luego le decía con gravedad:

— Sobre todo, acuérdate de lo que te tengo recomendado. Es menester que no digas al "Buen Amigo" que he ido á ese baile. . . . Es un secreto. . . . ¡Caramba! Las cinco ya. . . . ¡Cómo va á regañarme Constanacia! . . .

Y no se equivocaba.

Su doncella-factótum, una mujer alta y fornida de cuarenta años de edad, hombruna y fea, se precipitó á su encuentro en cuanto la oyó llegar.

Ya estaba allí el traje. . . . No tenía sentido común en volver tan tarde á casa. La señora no estaría arreglada á tiempo. . . . No era posible vestirla tan pronto.

— No me riñas, Constanacia. . . . ¡Si supieras lo que sucederá. . . . ¡Mira, mira!

Y la señaló el niño. La factótum pareció indignada.

— ¡Cómo, señorito Jack! . . . ¿Ha vuelto usted? Eso está muy mal hecho, después de lo que había usted prometido. ¿Habrá que llevarlo á usted á esa escuela con una pareja de gendarmas? . . . ¡Y es que su mamá de usted es demasiado buena!

— ¡Pero si no tiene él la culpa! Son aquellos curas quienes no han querido. . . . ¿Comprendes tú eso? ¿Que se me haga á mí semejante afrenta! . . . ¡A mí, á mí!

Y al recordarlo, se echó á llorar otra vez y empezó de nuevo á preguntar á Dios lo que había hecho para ser tan desgraciada. Unió á esto los merengues, el vino de España, el calor de la habitación. Se sintió mala.

Fue menester llevarla á la cama y destapar frascos de sales de éter para reanimarla.

La señorita Constanza se cuidó de todo eso, como mujer acomodada de esa clase de crisis; iba y venía por la habitación; abría y cerraba los armarios con esa sangre fría que presta la experiencia, y parecía decir: "Esto pasará pronto."

Y al mismo tiempo que funcionaba, hablaba sola:

— ¡Vaya una idea la de llevar á aquel niño á un colegio de jesuitas! . . . Como si en su posición pudiera hacerse eso! . . . No habría pasado lo ocurrido si hubieran consultado antes. . . . ¡Vaya un trabajo que me costaría á mí encontrarle un colegio, y bueno!

Jack, muy asustado al ver á su madre en aquella situación, se había acercado á la cama y la miraba con zuziedad, pidiéndole perdón desde el fondo de su alma por el pesar que le producía.

— ¡Vamos, quítese usted de allí, señorito Jack!

Mamá ya está buena. . . . Voy á vestirla.

— ¡Cómo, Constanza! ¿Quieres que vaya á ese baile? . . . ¡Tengo tan pocas ganas de diversiones!

— ¡Bah! Deje usted, que yo la conozco. . . Dentro de cinco minutos ya no se acuerda de nada. . . Mira usted este bonito traje de "Locura," y estas medias de soda color de rosa, y el birrete con cascabeles. . .

— ¡Había cogido el traje, lo extendía, hacía sonar y relucir todos aquellos cascabeles, á los cuales no pudo resistir Ida.

Mientras vestían á su madre, Jack entró en el tocador, solo y á oscuras.

Las sombras llenaban aquella habitación coquetona, capitonada, llena de objetos, sobre los cuales un farol del boulevard lanzaba su pálido resplandor. Tristemente, con la cabeza apoyada en los cristales, se puso á pensar en aquel día de emociones; y poco á poco, sin que pudiera explicarse por qué, sintió que se convertía en "el pobre niño" de que hablaba aquel cura con tanta conmiseración.

¡Es tan singular verse compadecido cuando uno se cree feliz! ¡Luego hay desdichas tan bien disimuladas, que aquellos que son causa ó víctima de ellas, no las adivinan siquiera!

La puerta se abrió. Su madre estaba dispuesta.

— Entre usted, señorito Jack. . . y venga á ver qué hermosa está.

¡Oh! ¡Qué "Locura" más encantadora, color de rosa y plateada, toda de raso! ¡Qué bonito ruido de cascabeles producía el menor movimiento!

El niño miraba, admiraba; y la madre, empolvada, ligera, vaporosa, miraba á Jack y le sonreía, sin preocuparse en lo más mínimo de lo que le había hecho á Dios para ser tan desgraciada. Luego Constanza le echó sobre los hombros una confortable salida de teatro, y la acompañó hasta el carruaje, mientras Jack, apoyado en la barandilla, veía bajar la alfombrada escalera, vivos y saltadores como si ya los agitara el baile, aquellos dos zapatitos de color de rosa, bordados con plata, que se llevaban á su madre lejos, muy lejos de él, á bailes á los cuales no pueden ir los niños. Cuando oyó el último eco de los cascabeles, entró en la

habitación sin saber qué hacerse; y por primera vez en su vida le puso en cuidado aquel abandono en que le dejaba casi todas las noches.

Cuando la señora de Barancy comía fuera de casa, Jack quedaba confiado á la señorita Constanca.

—Comeré contigo, le decía la madre.

Ponían dos cubiertos en el comedor, el cual le parecía aquellos días muy grande al niño; pero generalmente, Constanca, á quien divertía muy poco estar á solas con el chiquillo, llevaba los dos cubiertos á la cocina, y allí comían en compañía de los demás criados. Era una verdadera francachela.

El lodazal aparecía allí en toda su abundancia sobre la mesa manchada de grasa y en la desordenada alegría de los comensales. Naturalmente, la factótum presidía, y no dejaba de contar, para regocijo de todos, las aventuras de su ama, si bien con palabras encubiertas y de cierto modo, con objeto de no asustar al muchacho.

Aquella noche hubo gran discusión en la cocina sobre la negativa rotunda de los jesuitas de Vaugiraud. Agustín, el cochero, declaró que mejor era que hubiese sucedido aquello, porque si no, los curas hubieran hecho del niño "un jesuita, un hipócrita."

La señorita Constanca protestó contra esas frases. No practicaba la religión, es verdad, pero no quería tampoco que se hablase mal de los curas. Entonces la discusión cambió de asunto, con gran disgusto de Jack, que todo era oídos, esperando saber por qué aquel cura, que parecía tan bueno, no había querido admitirlo en el colegio.

Ahora ya no se trataba de Jack, ni de su madre, sino de las convicciones religiosas de cada cual.

El cochero Agustín, cuando había bebido, tenía algunas verdaderamente singulares. . . . Su Dios era el sol. . . . No reconocía otro. . . .

—Soy como los elefantes, adoro al sol! . . . repetía sin cesar, con obstinación de bocracho.

Al fin, le preguntaron dónde había visto eso de que los elefantes adorasen al sol.

—Lo he visto una vez en una fotografía! dijo, con aire majestuosamente embrutecido.

Al oír lo cual la señorita Constanca lo trató de impío y de ateo, mientras la cocinera, una robusta moza de Picardía, llena de astucia rural, les decía á los dos:

—Ninguno de los dos tenéis razón. . . . Oídme á mí. . . . No se deben discutir las creencias de nadie.

—Y Jack? . . . ¿Qué hacía entretanto?

Allá, en un pico de la mesa, pesada la cabeza á causa del calor de las hornillas y de la interminable discusión de aquellos brutos, se dormía, con la cara apoyada sobre la manga de terciopelo de su traje. En medio de esa turbación que precede al sueño cuando se está sentado cansado y desagradablemente, oía las tres voces de los criados. . . . Ahora le parecía hablaban de él; pero era allá lejos, muy lejos, entre la bruma.

—De quién es este angelito? preguntó la voz de la cocinera.

—No lo sé, contestaba Constanca; pero lo que sí sé es que no puede permanecer aquí, y que su madre me ha dado el encargo de buscarlo un colegio.

Entre dos gruños, el cochero refunfuñó:

—Espera, espera, que yo conozco un famoso colegio,

y que de seguro es lo que bus... lo que buscas. Se llama la escuela... no, no la escuela... el gimnasio... el colegio Moronval. Un colegio. Cuando estaba yo en casa de los Said, en casa de mis egipcios, allí llevaba al chico; por cierto que el encargado ve las comidas; un tío muy santo, me daba siempre algún prospecto. Creo que todavía debo de tener alguno...

Buscó en su cartera, y de entre las papelotes arrugados que puso encima de la mesa, sacó uno, más grisiento todavía que los demás.

— ¡Aquí está! dijo con aire de triunfo.

Desdobló el prospecto y comenzó a leer, ó más bien á deletrear trabajosamente:

“Co... Colegio Moronval... en el... en el...”

— Dame eso, dijo la señorita Constancia, y quitándole el papel de las manos, leyó en un tirón:

“Colegio Moronval, 23, avenida de Montaigne. En el barrio más hermoso de París.—Institución de familia.—Gran jardín.—Número de alumnos limitado.—Curso de pronunciaci6n francesa por el método Moronval-Decsiere.—Correcci6n del acento extranjero ó provinciano.—Correcci6n de todo género de vicios de pronunciaci6n por la posici6n de los 6rganos fon6ticos”...

La señorita Constancia se interrumpió para respirar, y dijo:

—Esto me parece muy conveniente.

— ¡Ya lo creo! contest6 la cocinera, abriendo mucho los ojos.

—“De los 6rganos fon6ticos... Lectura expresiva en alta voz. Principios de articulaci6n y de respiraci6n.”

Continu6 la lectura del prospecto, pero Jack se haba dormido por completo y no oía nada.

Soñaba.

Se; mientras se trataba de su porvenir, en torno de aquella inmunda mesa de cocina; mientras su madre, disfrazada de “Locura,” se divertía como una loca, sabe Dios d6nde, él soñaba con aquel cura de voz dulce y penetrante, que haba dicho:

—“¡Pobre niñol!”



Vieron entrar un colegial alto y estirado.



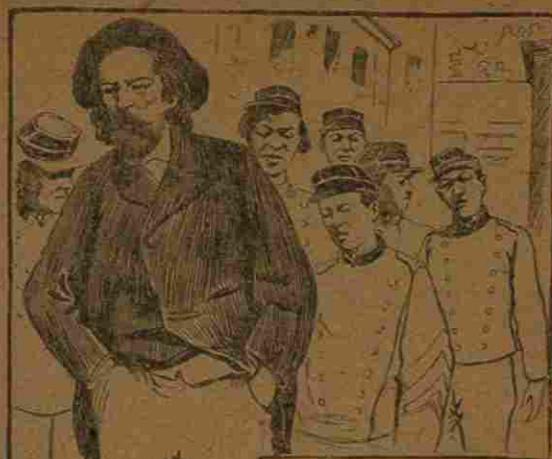
II
EL COLEGIO MORONVAL

Avenida de Montaigne
"25, en el barrio más
hermoso de París," de-
cía el prospecto Moron-
val.

En efecto; no se pue-
de negar que la Avenida
de Montaigne está situa-
da en uno de los barrios
más bonitos de París, en
el centro de los Campos Elíseos, y que es muy agrada-
ble par vivir en ella, limitada por un lado por los
muelles del Sena, y por el otro, por fuentes bordeadas
de flores. Pero tiene el aspecto disparejado, descom-
puesto de una vía trazada de prisa y corriendo y toda-
vía no concluida.



Vieron entrar un colegial alto y estirado.



II
EL COLEGIO MORONVAL

Avenida de Montaigne
"25, en el barrio más
hermoso de París," de-
cía el prospecto Moron-
val.

En efecto; no se pue-
de negar que la Avenida
de Montaigne está situa-
da en uno de los barrios
más bonitos de París, en
el centro de los Campos Elíseos, y que es muy agrada-
ble par vivir en ella, limitada por un lado por los
muelles del Sena, y por el otro, por fuentes bordeadas
de flores. Pero tiene el aspecto disparejado, descom-
puesto de una vía trazada de prisa y corriendo y toda-
vía no concluida.

Al lado de suntuosos hoteles que adornan sus redondeadas esquinas con cristales, con colgaduras de sedas de colores claros, con doradas estatuas, con jardinerías rústicas, venían casas para obreros, edificios sombríos, donde suenan los martillos de carreteros y de herradores. Hay también allí un rincón del barrio que animan por las noches los violines de Mabille. En aquella época se veían también en la Avenida, y creo que aún existen hoy, dos ó tres pasajes sordidos, viejos recuerdos de la antigua alameda de las Viudas, el miserable aspecto de los cuales formaba singular contraste con los esplendores que les rodeaban. Una de esas callejuelas comenzaba en el número 25 de la Avenida de Montaigne, y se llamaba el pasaje de las Doce Casas.

Finas letras doradas, en el frontón de la verja ojival del pasaje, anunciaban muy pomposamente que la institución Moronval se hallaba instalada en aquel sitio. Pero en cuanto se pasaba al otro lado de la verja, se metían los pies en ese barro negro, infecto, indestructible, que los derrivos y las edificaciones recientes vierten en derredor suyo; un barro de terreno vago. El arroyo, en medio del pasaje, el farol que cortaba el espacio, y á un lado y otro casuchas malas, solares cercados de vallas viejas, los llevaban á cuarenta años atrás y al otro extremo de París, allá por la Chapelle ó por Ménilmontant.

De aquellas especies de hotelitos, que se hallaban en comunicación con la calle por medio de galerías abiertas, de balcones, de escaleras exteriores, se desbordaban los ropas puestas á secar, jaulas con conejos, un

hormiguero de chiquillos desarrapados, de gatos flacuchos y de maricas aprisionadas.

¡Llamaba la atención también que en tan poco sitio pudiera moverse tan numerosa población de palafreneros ingleses y de criados, tantas antiguas libreas, tantos pingajes, tantos chalecos encarnados y tantas gorrillas de telas á cuadros. Añadid que todas las tardes, á la puesta del sol, entraban allí—después de terminar su trabajo del día—las alquiladoras de sillas, los carritos tirados por cabras, los teatrillos Guignol ambulantes, los barquilleros, los mendigos de toda especie, los enanos del Hipódromo con sus jaquillas microscópicas y sus cartelones-reclamo, y tendréis una idea de ese pasaje singular, colocado como escenario lleno de trastos detrás de la magnífica decoración de los Campos Elíseos, rodeado del serlo rodar de los carruajes, de los árboles verdes, del lujo tranquilo de esas grandes avenidas, de las cuales parecía el reverso miserable y turbulento.

En medio de ese conjunto pintoresco, no estaba fuera de lugar el colegio Moronval.

Varias veces al día, un mulato de elevada estatura, muy flaco, con los lacios cabellos cayéndole sobre los hombros, cubierta la cabeza con un sombrero de cuálcero de anchas alas, y echado hacia atrás como una aureola, atravesaba el pasaje con aire de hombre atareado, seguido de media docena de diablillos, cuyos colores variaban, desde el cobre claro al más intenso negro, y que, vestidos con uniformes raídos de colegiales descuidados, pálidos, desgarrados, parecían formar parte de algún cuerpo de tropas sublevadas, pertenecientes á un ejército colonial.

El director del colegio Moronval paseaba á sus "países cálidos" como los llamaba, y las idas y venidas de aquel colegio policromo, lo descosido de sus ocupaciones, el aire raro de los profesores, completaba á maravilla la extraña fisonomía del pasaje de las Doce Casas.

Seguramente que si la señora de Barancy hubiese ido en persona á llevar á su hijo al colegio, la vista de aquella corte de los milagros, que había que atravesar para llegar al colegio, la hubiera asustado, y jamás hubiese consentido en dejar á su "angelito querido" en semejante ataca. Pero su visita á los jesuitas había sido tan desagradable, el recibimiento tan distinto de lo que ella había esperado, que la pobre criatura, muy tímida en el fondo y muy fácil de desconcertar, había temido alguna nueva intimación, y dejó á la señorita Constan-
cia, su doncella, el cuidado de colocar á Jack en el colegio elegido por la gente de su cocina.

Una mañana triste, fría y nevada, se detuvo el carruaje de Ida en la Avenida de Montaigne, enfrente del letrero dorado del colegio Moronval.

El pasaje estaba desierto, el farol se columpiaba pendiente de la cuerda que lo sostenía, y la fachada de las casuchas y los papeles que le servían de cristales en las ventanas, todo tenía el aspecto enmohecido, desunido, socavado, que da una reciente inundación ó la proximidad á un canal que no tiene todavía hechos sus muelles y embarcaderos.

La osada factótum avanzaba valerosamente con el chiquillo de la mano, y en la otra un paraguas.

Al llegar á la casa duodécima se detuvieron.

Estaba al otro extremo del pasaje, en el sitio donde

esto se estrecha todavía hoy para entrar en la calle de Marbeuf, entre dos tapias muy altas. Algunas ramas ennegrecidas y entecas se columpiaban por encima de una puerta pintada de verde y desteñida.

Cierta limpieza anunciaba la proximidad á la aristocrática institución, y las conchas de ostras, los platos rotos, las latas viejas de sardinas abiertas y vacías, estaban cuidadosamente apartadas á un lado del portal verde, macizo, sólido é imponente, como si diera acceso á una prisión ó á un convento.

El profundo silencio, que desde fuera parecía hacer más grandes los departamentos y los jardines del colegio, fué repentinamente turbado por el vigoroso campanillazo que dió la señorita Constan-
cia.

Aquel campanillazo heló el corazón al pobre Jack; y en el jardín, los gorriones, agrupados en un solo árbol, con ese instinto de asociación que se les desarrolla en invierno cuando el grano escasea, echaron á volar, asustados, al alero del tejado próximo.

Nadie, sin embargo, acudió á abrir; pero oyóse cuchichear al otro lado de las sólidas hojas de la puerta; y en el ventanillo con reja que se veía en una de ellas, se vió una cara negra, de labios como belfos, de grandes ojos saltones, de sonrisa silenciosa.

—¿El colegio de Moronval? . . . preguntó la imponente factótum de la señora de Barancy.

La cabeza de mulato había dejado su sitio á un tipo diferente, malayo ó tártaro, con unos ojillos ribeteados, con pómulos salientes, con un cráneo estrecho y puntiagudo. En seguida apareció á su vez un mestizo, color de café con leche, curioso y sonriente; pero la puerta permanecía cerrada, y la señorita Constan-
cia comen-

zaba á impacientarse, cuando una voz agudísima gritó desde lejos: "¿Queréis abrir, atajo de macacos?"...

Entonces se redoblaron los cuchicheos más extraños y acentuados. Hubo vueltas de llave apresuradas, luego juramentos, golpes, un escándalo terrible, y cuando al fin se abrió la puerta, Jack vió espaldas de colegiales que huían en todas direcciones, tan asustados como los gorriones de antes.

No quedaba en la entrada más que un mulato alto y flaco, cuya corbata blanca, que daba muchas vueltas alrededor de su pelado pescuezo, hacía que la cara pareciese más negra y más terrosa.

El señor Moronval rogó á la señorita Constanca que tuviese la bondad de entrar; le ofreció el brazo, y atravesaron un jardín bastante grande, pero en el cual las veredas destrozadas, los sembrados pisoteados, aparecían aún más tristes por el matiz sombrío y uniforme del invierno.

Varios edificios, dispersados, de extraña construcción, se desparramaban por en medio de los difuntos prados. El colegio era, según parece, una antigua fotografía hipica, arreglada por el señor Moronval para casa de educación. Había, entre otras cosas, una gran ronda cerrada de cristales, enarenada, que servía á los muchachos de sala de recreo, y los cristales de la cual, dispuestos como los de una estufa en parte rotos ó rajados, estaban sujetos por todas partes con sin número de tiras de papel.

En una calle de árboles encontraron á un negrito con chaleco encarnado, armado de una enorme escoba y de un cogedor de carbón. Se apartó tímidamente, respetuosamente, al pasar el señor Moronval, que le dijo:

—¡Fuego en el salón!

El negro pareció tan asombrado, tan estupefacto, como si le hubiera dicho que se había prendido fuego al salón, siendo así que lo que le mandaba era que encendiera de prisa la lámpara.

Y no era aquella ciertamente una orden inútil.

No puede imaginarse nada más frío que aquel enorme locutorio, el suelo del cual, entarimado, viejo y encerado con brillo, producía la impresión de un lago helado y resbaladizo. Hasta los muebles parecían preservarse de aquella temperatura polar, empacuetados en unas fundas muy viejas y que les estaban poco á la medida, en las cuales se envolvían como enfermos de hospital en sus blusas de uniforme.

Pero la señorita Constanca no veía ni los desconchones de las paredes, ni la desnudez de aquel enorme salón, que se parecía á un corredor en parte acristalado, porque el establecimiento de fotografía hipica había dejado, á su paso por aquellos edificios disparatados, abundancia de luz, sin la cual se hubiera uno podido pasar muy bien.

La doncella estaba por completo dedicada á jugar á la señora y darse importancia.

Estaba satisfechísima, y le parecía que los muchachos debían estar muy bien allí, al aire libre como en el campo.

—Completamente como en el campo... contestaba Moronval pavoneándose.

Hubo un momento de cortedad, de sustalación, como sucede en casa de los pobres, en la cual las visitas parecen siempre temerosas de espantar una masa de átomos invisibles.

El negrito encendía la chimenea. El señor Moronval buscaba una banqueta para la noble forastera. Por fin la señora de Moronval, que se llamaba antes de casarse Decostere, á la cual habían ido á avisar, hizo su entrada, saludando con ademán afectado y prefencioso. Aquella mujer bajita, muy bajita, con una cabeza larga y aplastada, toda frente y barba, debía ser algo contrahecha. Se presentaba siempre de cara, muy derecha, sin perder nunca ni una pulgada de estatura, como para disimular un no sé qué que sabía que tenía entre los omoplatos. Por lo demás, era muy amable, cariñosa y digna.

Llamó al niño á su lado, acarició sus rizosos cabellos, y dijo que tenía unos ojos muy bonitos.

—Los ojos de su madre... añadió osadamente Moronval, mirando á la señorita Constancia.

Esta no se apresuró á reclamar; pero Jack, indignado, exclamó con lágrimas en la voz:

—No es mamá... es mi criada.

Al oír esto, la señora de Moronval, antes Decostere, un poco avergonzada de la familiaridad, adoptó una actitud reservada, que hubiese podido perjudicar tal vez á los intereses del colegio. Afortunadamente, su marido extremó sus amabilidades, comprendiendo que una criada encargada por los años de llevar personalmente á un niño al colegio, debía de tener cierta importancia en la casa.

La señorita Constancia se lo demostró plenamente. Habló muy fuerte y con tono perentorio; no ocultó que la elección de colegio había sido dejada por completo á su discreción, y cada vez que pronunciaba el

nombre de su ama, lo hacía con cierto airecillo de protección y lástima, que desesperaba á Jack.

Discutieron el precio de la pensión; tres mil francos al año, sin contar el equipo. Después, en cuanto se hubo convenido la cantidad, el Moronval empezó á defender la cifra.

¡Tres mil francos!... Podía parecer una cifra considerable... Sí, sí, era el primero que convenía en ello... Pero el colegio Moronval no se parecía á otros establecimientos de enseñanza. No sin razón se le había dado, á la alemana, el nombre de Gimnasio Moronval, lugar libre de ejercicio para el espíritu y para el cuerpo. Al mismo tiempo que educaban á los discípulos, se les iniciaba en la vida parisiense.

Acompañaban á su profesor al teatro y á visitas. Las grandes sesiones académicas les contaban entre el público de esas justas literarias. En lugar de hacer de ellos unos brutos pedantes, atiborrados de griego y de latín, se procuraba desarrollar en ellos todos los sentimientos humanos, enseñarles también las dulzuras de la vida de familia, de la cual casi todos ellos, como eran extranjeros, se veían privados hacía mucho tiempo. A pesar de esto, no se descuidaba la instrucción, al contrario; los hombres más eminentes, sabios, artistas, no habían vacilado en asociarse á esta obra filantrópica, en calidad de profesores, profesores de ciencias, de historia, de música, de literatura, cuyas lecciones alternaban todos los días con un curso de pronunciación francesa por un método nuevo, infalible, del cual era autora la señora Moronval-Decostere. Además había cada ocho días una sesión de lectura expresiva en alta voz, á la cual eran invitados los padres ó encargados de los

29889

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DAUDET"

1903

alumnos, para que pudiesen convencerse de la excelencia del sistema Moronval.

Este largo discurso del director que, más que nadie, hubiera necesitado las lecciones de pronunciación de su mujer, fué desembuchado tanto más de prisa, cuanto que, en su calidad de eróllo, se comía la mitad de las palabras, suprimía la "r," y decía "pofesó de liteatú" "oba filantópica" por profesor de literatura y por obra filantrópica.

No importa: la señorita Constanca quedó deslumbrada.

Lo del precio no era cuestión para ella. . . ¿saben ustedes? Lo que se descaba era que el niño recibiese una educación esmerada y aristocrática.

—¡Oh! En cuanto á eso, no hay cuidado, dijo la señora de Moronval levantando la cabeza.

Y su marido añadió que no admitía en el colegio más que extranjeros de distinción, herederos de grandes familias, nobles, príncipes. Precisamente en el colegio había entonces un niño de sangre real, el propio hijo del rey de Dahomey. ¡Ahora sí que ya no tuvo límites el entusiasmo de la señorita Constanca!

—¡Un hijo de rey! . . . ¿Oye usted, señorito Jack? ¡Será usted educado con el hijo de un rey!

—Sí, replicó con gravedad el director: he sido encargada por Su Majestad dahomeyana, de la educación de Su Alteza real, y creo, sin que esto sea vanagloria, que he conseguido hacer de él un hombre distinguido bajo todos conceptos.

¿Qué tendría el negrito que estaba encendiendo la chimenea para agitarse tanto y mover con tanto estrépito el cogedor del carbón?

El director continuó:

—Espero, y la señora de Moronval que se halla presente, espera también que cuando el príncipe ocupe el trono de sus mayores, recordará los buenos consejos, los buenos ejemplos que le dan sus maestros en París, y los hermosos años pasados á su lado, y sus cuidados infatigables y sus asiduos esfuerzos.

Aquí Jack sintióse muy sorprendido al ver que el negrito, que seguía ocupado delante de la chimenea, volvía hacia él su crepada cabeza y la agitaba, moviendo sus grandes ojazos blancos, con una mimica de enérgica y furiosa negación.

¿Querría decir que Su Alteza real no se acordaría de las buenas lecciones del colegio Moronval, ó que no las agradecería de ningún modo?

¿Qué sabría de eso aquel esclavo?

Después de este último discurso del director, la señorita Constanca se declaró dispuesta á pagar, según costumbre, un trimestre adelantado.

Moronval hizo un gesto magnífico, que significaba: "¡No corre prisa!"

Y, por el contrario, corría mucha prisa.

Toda la casa lo pregonaba con sus muebles cojos, sus paredes desconchadas, sus alfombras rotas; y la levita negra, rapada, del Moronval, decía á su manera que corría mucha prisa, así como el vestidillo lustroso de la señora de la barquilla puntiaguda.

Pero lo que más lo demostró fué el apresuramiento con que los dos conyuges fueron á buscar en la habitación contigua un gran libro-registro con broches, para inscribir en él el nombre y la edad del nuevo alumno, y la fecha de su entrada en el Gimnasio.

Mientras se solventaban esas graves cuestiones, el negro seguía acurrucado delante de la chimenea, sin que, sin embargo, pareciera necesaria su presencia.

La chimenea, que al principio habíase negado en redondo á consumir ni una astilla, del mismo modo que los estómagos cerrados á fuerza de ayuno rechazan todo alimento, devoraba ahora con avidez, avivando con toda la fuerza de su corriente de aire una hermosa llama rojiza, caprichosa y chillona.

El negrito, con la cabeza entre los puños, con la mirada fija, como extasiado, parecía una pequeña silueta diabólica, por el contraste que su negrura formaba con el fondo rojizo del hogar de la chimenea.

Abría la boca para reír silenciosamente, al mismo tiempo que los ojos.

Parecía que estaba aspirando por todas partes el calor y la luz, envuelto, tiritando, en el rayo del hogar, mientras que fuera, bajo el cielo encapotado y amarillento, la nieve blanquísima revoloteaba en torbellinos.

Jack estaba triste.

Aquel Moronyal tenía cara de malo, á pesar de su dulzona manera de hablar.

Y además, en aquel extraño colegio, el niño sentíase perdido, más lejos aún de su madre, como si aquellos alumnos de color, procedentes de todos los rincones del globo, hubiesen llevado allí una tristeza de abandono, y la inquietud de las largas distancias.

Al mismo tiempo se acordaba del colegio de Vanguard, tan bien arreglado, tan lleno y tan susurrador, de los hermosos árboles, de la caldeada estufa, toda una atmósfera de dulzura, de tranquilidad cariñosa, de la

cual le había dado la sensación la mano del rector, posada un momento sobre su cabeza.

¡Oh! Por qué no se habría quedado allí?... Y al recordar lo sucedido, se dijo que tal vez tampoco le quisieran recibir en este colegio.

Tuvo un momento de mucho miedo.

Junto á la mesa, alrededor del inmenso libro de registro, el matrimonio Moronyal y Constanacia escuchaban y lo miraban atentamente. Sorprendía algunas palabras sueltas y algunas señas. La mujer de la cara larga lo miraba con simpatía, y dos veces Jack la oyó murmurar lo que había dicho el cura:

“¡Pobre niño!”

“También ella?”

“¿Por qué lo compadecían todos?”

Era una cosa terrible aquella compasión que sentía pesar sobre él. Sentía deseos de llorar de vergüenza, atribuyendo, con su candidez de niño, que aquella compasión de desdén, se refería á alguna particularidad de su traje, á sus piernas desnudas ó á su cabello demasiado largo.

Pero la desesperación de su madre era lo que más lo asustaba, al pensar que pudieran negarse á recibirlo allí también.

De prouito vió que la señorita Constanacia metía la mano en su saco y alineaba billetes de Banco, monedas de oro encima del tapete viejo y manchado de tinta. Decididamente se quedaba allí.

Se alegró con sinceridad el pobrecillo, sin pensar que lo que acababa de firmarse encima de aquella mesa era la desgracia de su vida; de toda su lúgubre vida.

En aquel momento oyóse una formidable voz de bajo, que sonaba en el desierto del jardín:

“Monjas que reposáis bajo esta tierra fría...”

Aún retemblaban los cristales del locutorio, cuando un hombrecillo gordo y bajo, ancho y rechoncho, con un fieltro de terciopelo negro, con el pelo cortado al rape; la barba en forma de horquilla, abrió la puerta mudosamente.

— ¡Bacendida la chimenea del salón! gritó con estupefacción cómica. ¡Ese sí que es lujo! ¡Bah! ¡Bah! Hemos atrapado algún discípulo nuevo... ¡Bah! ¡Bah!

Por una manía de cantante, para asegurarse de la presencia en su teclado subterráneo de cierta nota de bajo, con la cual estaba muy orgulloso, y de la cual se mostraba muy preocupado, el recién llegado acentuaba todas sus frases con aquellos “¡Bah! ¡Bah!” especie de mugidos cavernosos y sordos que parecían salir de debajo del suelo de los sitios por donde pasaba.

Al ver aquella señora forastera, el niño y el montón de dinero, se detuvo de pronto, sin poder pronunciar palabra. El estupor, la alegría, el asombro, combatían en su semblante, cuyos músculos parecían hechos por expresiones diversas.

Moronval se volvió con gravedad hacia la doncella.

— El señor Labassindre, de la Academia Imperial de música, nuestro profesor de canto!....

Labassindre saludó dos veces, tres, cuatro, y después, por disimular su turbación, dió un puntapié al regato, el cual desapareció sin decir palabra, con el cogedor de carbón en la mano.

La puerta se abrió de nuevo para dar paso á otros dos personajes.

El uno muy feo, canoso, de cara flacucha y sin barba, con los ojos adornados con unas gafas de cristales convexos y abrochada hasta el cuello una levita vieja, que llevaba en las solapas evidentes muestras de su torpeza de miope.

Era el doctor Hirsch, profesor de matemáticas y de ciencias naturales.

Exhalaba un fuerte olor á álcali, y gracias á toda suerte de manipulaciones químicas, sus dedos eran multicolores: amarillos, verdes, azules, encarnados.

El otro había con este fautoche un contraste singular.

Era bastante buen mozo, vestido cuidadosamente, con guantes claros, con el pelo pretenciosamente peinado hacia atrás, como para agrandar una frente interminable, con la mirada distraída, desdeñosa; y su espeso bigote rubio, muy lleno de cosmética, su faz ancha y pálida, le daban aire de mosquetero enfermo.

Moronval lo presentó como “nuestro gran poeta Amaury D’Argenton, profesor de literatura.”

El también, al ver las monedas de oro, tuvo el mismo movimiento de estupor que el doctor Hirsch y el cantante Labassindre... Su mirada fría se animó; pero pronto se calmó de nuevo, después de echar una mirada en redondo al niño y á la criada.

Luego se acercó á los otros profesores instalados delante de la chimenea, y después de saludarse, se miraban los tres sin hablar, con aire asustado y gozoso.

La señorita Constanca pensó que aquel D’Argenton tenía el aire orgulloso; á Jack le produjo un efecto indefinido de repulsión y de terror.

De todos los que había allí, había de sufrir el niño; pero de aquél más que de los otros. Cualquiera hubiera dicho que lo había comprendido. Sólo al verlo entrar, había adivinado en él un "enemigo," y aquella mirada, al cruzarse con la suya, lo había helado hasta el fondo del corazón.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las tristezas de su vida, debía volver á encontrar aquellos ojos de azul apagado y cuyas miradas, cuando se animaban, tenían los brillos del acero! Se le dijo, que los ojos son las ventanas del alma; pero éstos eran ventanas tan bien cerradas, que no se sabía si detrás de ellas había un alma.

Cuando terminó la conversación entre la señorita Constancia y los esposos Moronval, el muchacho se acercó á su nuevo discípulo, y dándole una amistosa palmadita en la mejilla:

—Vamos, vamos, amiguito. Es menester que pongamos una cara más alegre que esa.

Y es que, en efecto, Jack, al separarse de la doncella, sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. No porque tuviese cariño á aquella mujer; pero al fin formaba parte de la casa, se acercaba á su madre todos los días, y la separación le parecía definitiva después que se fuese aquella persona.

—Constancia, Constancia, le decía en voz baja agrandándose á su vestido; no dejes de decir á mamá que venga á verme.

—Sí, sí, vendrá, señorito Jack. . . . Pero es necesario no llorar. . . .

El niño tenía grandes deseos de llorar; pero le pareció que todas aquellas gentes lo examinaban, que el profesor de literatura fijaba en él su mirada irónica y

helada, y esto bastó para que comprimiése su desesperación.

La nieve caía con violencia.

Moronval propuso que fuesen á buscar un carruaje; pero la factótum declaró, admirando á todo el mundo, que Agustín, con la berlina, les esperaba á la salida del Pasaje.

Una berlina. . . . ¡Diablo!

—Y á propósito de Agustín, dijo, me ha dado un encargo. . . . ¿No tiene usted aquí un discípulo que se llame Said?

—Sí, sí, perfectamente. . . un muchacho encantador. . . dijo Moronval.

—Y un hajo soberbio. . . Va usted á verlo. . . añadió Labassindre asomándose á la puerta para llamar á Said con voz de trueno.

Un aullido terrible le contestó, seguido de la aparición del encantador muchacho.

Vióse entrar á un colegial menudo, cuya levita de uniforme, como todas esas levitas que se hacen para que duren y van colocadas en cuerpos que crecen mucho, era demasiado estrecha y demasiado corta, apretada como si fuese un caftán, y le daban todo el aire de un egipcio vestido á la europea.

Completaba la figura una cara bastante regular y abultada, pero la piel de la cual, amarilla, estirada, como si fuera á romperse, parecía haber sido distribuida con tanta parsimonia, que los ojos se cerraban solos cuando se abría la boca, y recíprocamente.

Aquel pobre muchacho, de piel demasiado corta, daba ganas positivamente de hacerle una incisión, un pinchazo, algo para consolarlo.

Recordaba muy bien al cochero Agustín, que había servido en casa de sus padres, y que le daba todas las colillas de sus cigarros.

—¿Qué quiere usted que le diga de su parte? preguntó la señorita Constanza con mucha afabilidad.

—Nada... respondió simplemente el colegial.

—Y sus padres de usted, ¿cómo están?... ¿Tiene usted noticia de ellos?

—No.

—¿Han regresado a Egipto, como se proponían?

—No sé... No escribo nunca.

En verdad, la maestra de la educación Moronval-Decostere, no era afortunada en las respuestas, y Jack, al oír las, hacía extrañas reflexiones.

La manera indiferente con que aquel muchacho hablaba de sus padres, unido á lo que el señor Moronval decía poco antes acerca de la vida de familia, de la cual la mayoría de sus discípulos estaban privados desde la infancia, y que él se ingeniaba para hacérsela disfrutar, lo causó una impresión sinistra.

Pareció que iba á vivir con huérfanos, con niños abandonados y que estaba él tan abandonado como si viniese de Tombuctú ó de Gialiti.

Magnánimamente se adelantaba á la falda de la horrible criada que lo había llevado allí.

—¡Oh! ¡Dile que venga á verme!... ¡Dile que venga á verme!

Y cuando la puerta se cerró detrás de las faldas de la facultativa, comprendió que todo había concluido, que todo un fragmento de su vida, su existencia de niño mimado, pertenecía ya al pasado y que ya no volvería á pasar aquellos felices días.

Mientras lloraba silenciosamente de pie contra la puerta del jardín, una mano se extendió hacia él, con una cosa negra dentro.

Era el gran Said que, para consolarlo, le ofrecía colillas de cigarros.

—Toma, hombre, no seas tonto... Tengo una maleta llena... decía el interesante muchacho cerrando los ojos para poder hablar.

Jack sonreía y lloraba, hacía señas de que no quería aquellas excelentes colillas; y el colegial Said, cuya elocuencia era muy limitada, permanecía delante de él, sin saber qué decir, cuando entró el señor Moronval.

Había ido á acompañar á la señorita Constanza hasta el carruaje, y volvía animado de una respetuosa indulgencia para con el pesar que tenía su nuevo discípulo.

El cochero Agustín llevaba unas pieles magníficas; el caballo de la berlina parecía tan brioso, que el hijo de Baraney experimentó las ventajas de la soberbia apariencia de su carruaje. Aquello era una cosa extraña para el señor Moronval, que necesitaba á menudo recurrir, para calmar las nostalgias de sus discípulos de "países cálidos," á un método sillante, ambrante, cortante y nada parecido al de Decostere.

—Eso es, dijo al egipcio: trate usted de distraerlo... Pero, ante todo, véyanse ustedes al salón, que este está muy frío... Voy vacaciones hasta mañana, con motivo de la entrada de este nuevo colegial.

¡Pobre nuevo!

En la gran rotunda cerrada de cristales, donde una docena de mestizos estaban jugando y dando aullidos, vióse de pronto rodeado, interrogado en una jerga in-

comprendible con sus rubios cabellos rizados, su plaid, sus piernas desnudas, inmóvil y tímido: en medio de la gesticulación desenfundada de todos aquellos mestizos flacuchos y virarachos, parecía un elegante niño parisiense perdido en la jaula grande de los monos, en el Jardín de Plantas.

Esta idea que le ocurrió á Moronval, lo divirtió mucho: pero fué arrancado de su silenciosa hilaridad por el ruido de una discusión muy animada, en la cual los "¡bah! ¡bah!" de Labassandre, y la rocecilla solemne de la señora de Moronval, reñían terrible torneo. En seguida advino de qué se trataba y se apresuró á acudir en auxilio de su mujer, que defendía heroicamente el dinero del trimestre contra las reclamaciones de los profesores, á los cuales se les debía una cantidad considerable por atrasos.

Evaristo Moronval, abogado y literato, había ido en 1848 de Punta Pitre á París, como secretario de un diputado de la Guadalupe.

Era en aquella época un mozo de veinticinco años, lleno de ambición y de apetito y no falto de instrucción y de inteligencia. Como no tenía fortuna, había aceptado aquella posición porque le pagasen el viaje y poder así llegar hasta este terrible París, cuya llama se extiende hasta tan lejos, y atrae también á las mariposas de las colonias.

Apenas desembarcó, abandonó á su diputado, adquirió algunas relaciones y se lanzó á la política parlante y gesticulante, esperando encontrar en ella sus éxitos de Ultramar. Pero no había contado con la guasa parisiense y con aquel pícaro acento criollo, del cual no pudo deshacerse jamás, á pesar de todos sus esfuerzos.

La primera vez que habló en público, no recuerdo con motivo de qué proceso por delito de imprenta, tuvo un apóstrofe violento contra esos "museabes esbíos que desbongan la liteatúa;" y la formidable caricajada con que fué acogida la frasecilla, advirtió al pobre Evaristo Moronval la dificultad enorme que tendría para hacerse un nombre como abogado.

Contentóse, pues, con escribir; pero pronto echó de ver que no es tan fácil ser célebre en París como en un pueblo. Muy orgulloso, echado á perder por sus éxitos de campanario, violento, por esta causa, hasta el exceso, pasó sucesivamente por las redacciones de varios periódicos y no pudo permanecer en ninguna.

Entonces comenzó para él esa terrible vida de vaca rabiosa que lo destroza á uno en seguida ó que lo cura de espanto. Fué uno de esos mil pobres peleles famélicos y orgullosos, que se levantan todos los días en París, aturdidos por el hambre y por sus ensueños de ambición, devoran por la calle á bocaditos un panecillo de dos cuartos que llevan escondido en el bolsillo, que se ensucian la manga de la levita con tinta, limpiando en ella la pluma y que se blanquean la camisa con un pedazo de fiza de billar, sin otra cosa para calentarse que los caloríferos de las iglesias y de las bibliotecas.

Conoció todas las humillaciones, todas las miserias, y el no fiarle nadie la comida, y el negarle la llave de su casa cuando se retiraba después de las once de la noche, y el no tener más que un cabo de vela escaso para toda la noche, y el mojarse los pies por todas las roturas de las botas.

Fué uno de esos profesores de cualquier cosa que desempiedran las calles de París inútilmente; hizo fo-

lletos humanitarios, artículos para las enciclopedias á medio céntimo la línea, una historia de la Edad Media en dos tomos, á veinticinco francos el volumen; guías, manuales y copias de obras dramáticas para casas especiales.

Profesor de inglés en algunos colegios, fué despedido de todos por pegar á los muchachos, siguiendo una vieja costumbre criolla. Luego fué pretendiente á un destino de escribiente en la "Morgue," pero fracasó por falta de recomendaciones, y también con motivo de un proceso á que estuvo sujeto por motivos políticos.

En fin, después de tres años de esta terrible existencia, cuando se hubo comido un número incalculable de ríbanos podridos y de alcachofas crudas; cuando hubo perdido las ilusiones y el estómago, la casualidad le hizo encontrar una lección de inglés en un colegio de señoritas que dirigían tres hermanas, las señoritas Decostere.

Las dos mayores pasaban de los cuarenta años, y la tercera iba á llegar á los treinta. Muy pequeña, sentimental y llena de pretensiones, la inventora del método Decostere estaba amenazada, como las hermanas, de celibato perpetuo, cuando Moronval la pidió en matrimonio y fué aceptado como novio.

Una vez casados, vivieron algún tiempo en la casa de sus hermanas, en la cual uno y otro eran útiles dando lecciones. Pero Moronval había adquirido durante su miseria hábitos de holganza, de café, y la amistad de una serie inacabable de bohemios que invadieron el tranquilo y honrado colegio de niñas. Además, el mulato educaba á sus discípulos como hubiera cultivado una plantación de cañas de azúcar. Las dos solteronas

Decostere, que adoraban á su hermana, vieron obligadas, sin embargo, á alejar al matrimonio, dándole unos treinta mil francos de indemnización.

¿Qué hacer con aquel dinero?

Moronval tuvo primero intenciones de fundar un periódico, una Revista; pero el miedo á quedarse sin un euro pudo más en él que el deseo de imprimir sus propias obras.

Ante todo, necesitaba un medio seguro de enriquecerse, y, busca que busca, un día tuvo una idea ingeniosa.

Sabía que mandan á Paris muchachos de los más lejanos países para que los eduquen. Llegan de Persia, llegan del Japon, del Indostán, de Guinea, confiados á los capitanes de los buques ó á comerciantes que les sirven de corresponsales.

Como toda esa gente suele estar bien provista de dinero y es bastante novicia sobre la manera de emplearlo, Moronval comprendió que era una mina fácil de explotar. Además, el sistema de la señora Moronval Decostere podía ser perfectamente aplicado á corregir toda clase de acentos extranjeros y pronunciaciões defectuosas. El mulato recurrió á ciertas relaciones que tenía en los periódicos de las colonias para hacer que insertasen un folleto asombroso, escrito en varios idiomas y reproducido en los periódicos de Marsella y del Havre, entre los anuncios de vapores y los extractos de la "Agence Veritas."

El primer año, un sobrino del infante de Zanzibar y dos soberbios negros de la costa de Guinea, desembarcaron en Batignolles, en la casita de Moronval, que en lo sucesivo resultó muy pequeña para su industria. En-

tonces se echó á buscar un local suficiente, y para conciliar la economía y las exigencias de su nueva posición, alquiló en aquel horrible Pasaje de las Doce Casas los abandonados edificios de una fotografía típica que acababa de declararse en quiebra, sin duda porque los caballos no quisieron nunca entrar en aquella eleaca.

Podía censurarse al nuevo colegio aquella abundancia de galerías acristaladas; pero aquello era sólo provisional, porque los fotógrafos hicieron esperar á Moronval una próxima expropiación para una vía imaginaria en aquel barrio, cruzado ya en todas direcciones por tantas calles sin acabar.

Dijéronle que por allí debía pasar un boulevard, y que el proyecto se hallaba ya en estudio; y ya supondréis el efecto que aquella indemnización en perspectiva debió de producir en el colegio de Moronval. El dormitorio resultaría húmedo, la sala de recreo se elevaría en verano á una temperatura de estufa. Todo ello no importaba. Se trataba solamente de firmar un contrato de arrendamiento por largo plazo, de colocar en la puerta un gran rótulo con letras doradas, y de esperar lo que viniese.

De veinte años á esta parte, ¡cuántos parisienses han arminado sus facultades, su fortuna, su vida, con esa fiebre de esperanza!... Apoderóse furiosamente de Moronval, y desde aquel momento la educación de sus alumnos, su bienestar, fueron lo que menos le preocupó.

Cuando se necesitaba urgente una reparación, contestaba: "Esto cambiará pronto"... ó: "Es cuestión de dos meses nada más"...

Y todo se volvían proyectos fantásticos, basados en

la exorbitante suma de la expropiación. Debía continuar su negocio con los muchachos de "países cálidos" en mayor escala, hacer una obra grandiosa y civilizadora y fructífera.

Entretanto, descuidaba el colegio, agotaba su actividad en inútiles gestiones, y siempre, cuando volvía á casa, preguntaba:

—¿Qué! ¿No ha venido nadie para eso de la expropiación?

Nadie. ¡Siempre nadie!

Pronto comprendió que lo habían engañado; y, en aquella naturaleza impresionable y débil, de criollo indolente, el descorazonamiento degeneró en seguida en cobardía. Ni siquiera vigiló á los alumnos. Con tal de que se acostaran temprano, con objeto de gastar la menor cantidad posible de lumbre y de luz, no se les exigía más.

El día se repartía en horas de clases, vagas, indeterminadas, á capricho del director, y en hacer una porción de recados, de los cuales encargaba á los muchachos, para su servicio personal.

Al principio, los mayores seguían el curso en un instituto. Se suprimió el gasto, pero sin dejar de cobrarlo, á los interesados, en las cuentas trimestrales.

¿Acaso los profesores particulares no podían reemplazar ventajosamente á la rutina universitaria? Y Moronval llamó en su auxilio á sus antiguos amigos de café, un médico sin título, un poeta sin editor, un cantante sin contrata; gente inútil, frutos secos, desdichados, rabiosos como él con la sociedad, porque ésta no quería reconocer ni aprovechar sus talentos.

¿Habéis observado de qué modo esos entes se buscan

en París, cómo se atraen, cómo se agrupan, comunicándose unos á otros sus quejas, sus exigencias, sus vanidades ociosas y estériles? Llenos en realidad de un desprecio mutuo, se hacen unos con otros un público complaciente, admirador, fuerte, del cual no les queda sino el vacío. Figuraos lo que serian las lecciones de semejantes profesores, lecciones apenas pagadas, y de las cuales la mayor parte del tiempo se pasaba en discusiones alrededor de un jarro de cerveza, entre el humo de las pipas, humo que bien pronto se hacía tan espeso, que acababan por no verse y por no entenderse. Hablaban fuerte, sin embargo; se quitaban la palabra de la boca, agotaban hasta lo absurdo las pocas ideas que tenían, en un vocabulario especial, en el cual el arte, la ciencia, la literatura, estrididos en todos sentidos, deformados, recortados, salían hechos trizas, como telas preciosas al esfuerzo de ácidos violentos.

¿Y qué era de los muchachos en medio de todo esto?

Sólo la señora de Moronval, que había conservado las buenas tradiciones del colegio Decostere, tomaba en serio su papel; pero el repaso de la ropa y la cocina, el cuidado de aquel desmantelado establecimiento, le absorbían una gran parte del tiempo.

Era necesario que, por lo menos para salir á la calle, los uniformes estuviesen en orden, porque los muchachos iban muy orgullosos con sus levitas, llenas de galones hasta el codo. En el colegio Moronval, como en ciertos ejércitos de la América del Sur, no había más que sargentos, y era eso una bien pequeña compensación á las tristezas del destierro y al mal trato del maestro.

Porque el mulato no andaba con bromas. En los

primeros días del trimestre, cuando la caja se le llenaba de dinero fresco, menos mal; solía sonreír; pero el resto del tiempo se vengaba en aquellas pieles negras, de lo que tenía de negro la sangre que corría por sus venas.

Su violencia acabó de hacer lo que su indolencia había comenzado.

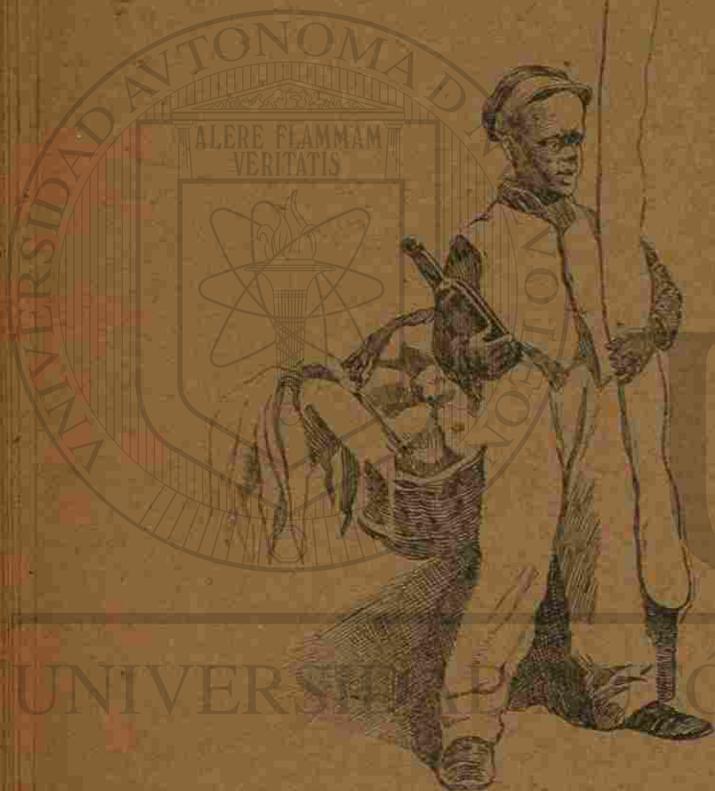
Bien pronto algunos corresponsales, armadores, cónsules, se asombraron de la educación perfeccionada del Gimnasio Moronval y quitaron á los muchachos. De quince, quedaron reducidos á ocho.

"Número de alumnos limitado", decía el prospecto. Y esa era la única verdad que decía.

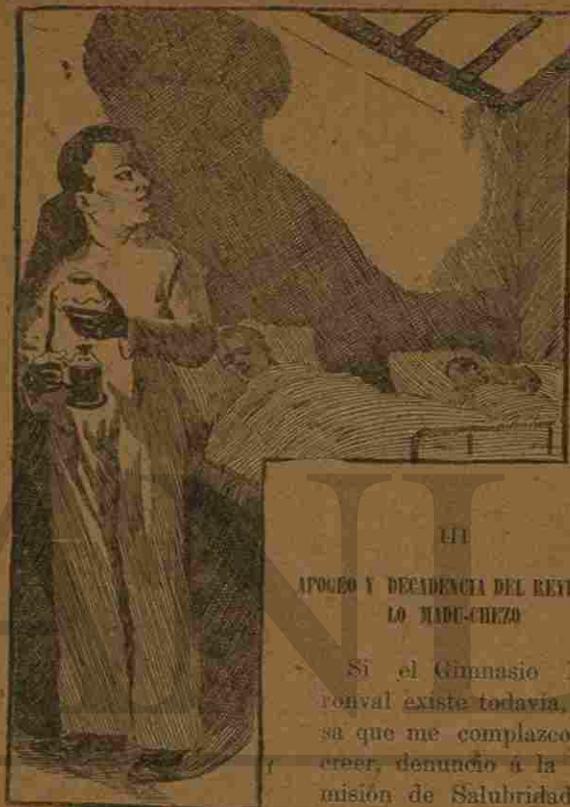
Una tristeza sombría cerníase sobre aquel gran establecimiento desahogado; estaba hasta amenazado de un embargo, cuando de pronto llegó el pobre Jack, conducido por Constanza.

Ciertamente no era una fortuna el importe de aquel trimestre adelantado; pero Moronval había comprendido toda la ventaja que se podía sacar de la situación de aquel nuevo alumno y de aquella madre extraña, que él adivinaba antes de conocerla.

Así es que aquel día hubo una pequeña tregua en los rigores y cóleras del mulato. Hubo en honor del nuevo alumno una gran comida, á la cual fueron invitados todos los profesores, y los pobres chicos de "países cálidos" tuvieron un traguito de vino; cosa que no les sucedía desde hacía mucho tiempo.



Y ahí tenéis a lo que quedó reducido el descendiente del omnipotente Tocodonou . . .

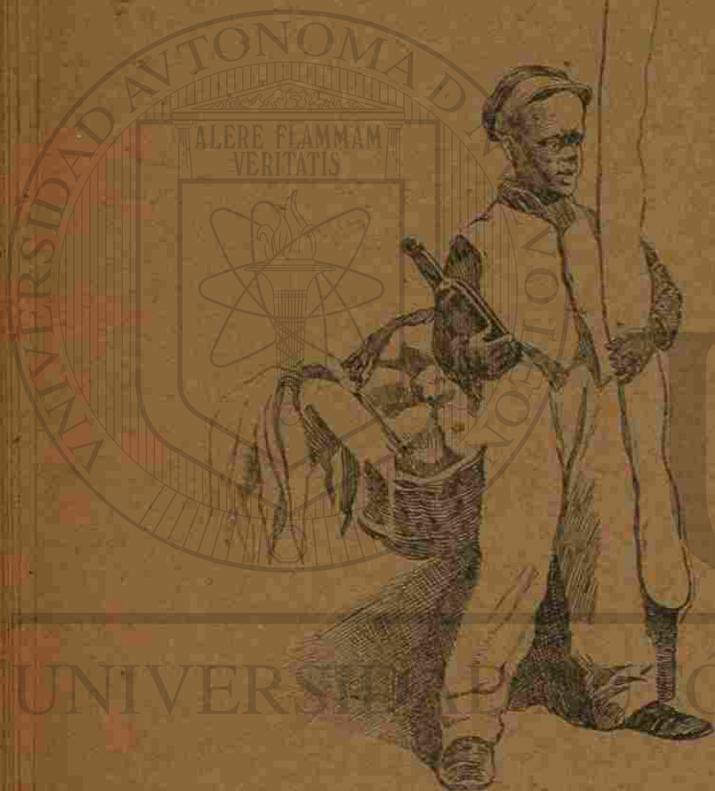


LII

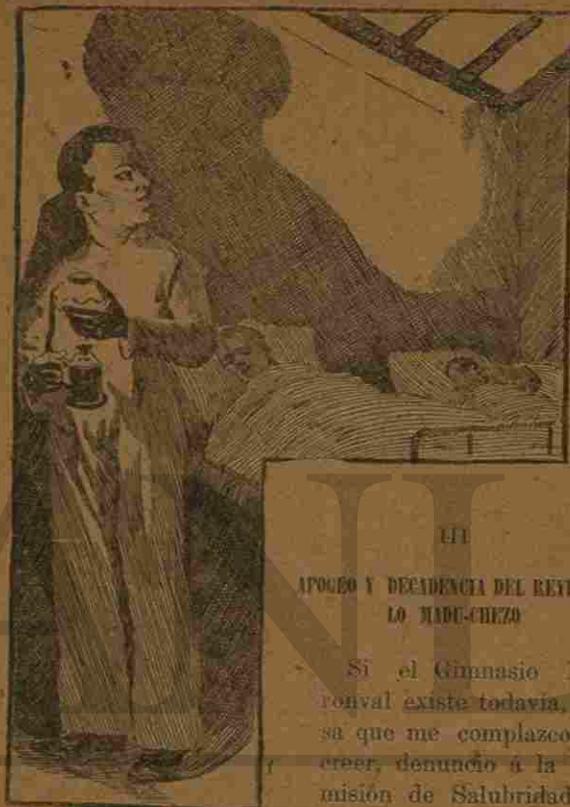
APOGEO Y DECADENCIA DEL REYEZUELO NADU-CHEZO

Si el Gimnasio Moronval existe todavía, cosa que me complazco en creer, denunció a la Comisión de Salubridad el dormitorio de aquel respetable establecimiento como el lugar más insalubre, más extravagante, más húmedo, en que jamás se ha hecho dormir a niños. ®

Figúraos una enorme habitación de un entresuelo, sin ventanas, que recibe luz solamente por el techo, gracias a una montera de cristales, y perfumada con un olor indeleble de colodión y úter, porque había servi-



Y ahí tenéis a lo que quedó reducido el descendiente del omnipotente Tocodonou . . .



LII

APOGEO Y DECADENCIA DEL REYEZUELO NADU-CHEZO

Si el Gimnasio Moronval existe todavía, cosa que me complazco en creer, denunció a la Comisión de Salubridad el dormitorio de aquel respetable establecimiento como el lugar más insalubre, más extravagante, más húmedo, en que jamás se ha hecho dormir a niños. ®

Figúraos una enorme habitación de un entresuelo, sin ventanas, que recibe luz solamente por el techo, gracias a una montera de cristales, y perfumada con un olor indeleble de colodión y úter, porque había servi-

do en otros tiempos para las preparaciones fotográficas. La casa estaba situada en el fondo de uno de esos jardines que hay en París, rodeado de altas tapias conbrinas, silenciosos, cubiertos de yerba a la sombra de las cuales se espesó la humedad hasta donde quiera que llega.

El dormitorio estaba pared por medio de un magnífico hotel; es decir, de la cuadra de ese hotel, en la que había constantemente ruido de coces, y el de una bomba siempre en movimiento; lo cual completaba perfectamente el aspecto de aquel depósito de reumatismos, rodeado, a la altura de la mitad de la pared, de una sinuosa banda verdosa como una línea de flotación.

Todo el año estaba húmedo; con la diferencia, según las estaciones, de que la humedad era muy fría ó muy calurosa. En verano, aquel enorme cajón sin aire, caldeado por la claraboya de cristales, evaporaba, con el fresco de la noche, todo el calor del día, se llenaba de vapor como un cuarto de baño, y sudaba por todas las juntas de los ladrillos.

Además, una porción de viejos mantepidos por la proximidad de la yerba, atraídos por la claridad de los cristales, se introducían á través de las más pequeñas juntas, revoloteaban ó corrían por el suelo zumbando, y después se dejaban caer pesadamente sobre las camas, atraídos por la blancura de las sábanas.

La humedad del invierno, era menos mala. El frío caía del techo y subía de la tierra por las juntas del entarimado; pero se podían acurrucar debajo de la ropa, juntar las rodillas con la barba, y calentarse al cabo de dos horas.

La perspicacia de Moronval había comprendido en

seguida el destino que debía darse á aquella especie de cobertizo inútil, aislado entre montones de barredura, y ennegrecido por esas manchas que los chaparrones, mezclados á los humos de París, ponen bien pronto en los edificios abandonados.

—Aquí, el dormitorio, había dicho el mulato sin titubear.

—Pero, hombre, va á ser un poco húmedo! se atrevió á decir la sacra Moronval.

El contestó:

—Los muchachos de los "países cálidos" estarán frescos. . . .

Razonablemente, había aseo para diez camas; pusieron veinte, con un lavabo en el fondo, una mala alfombra delante de la puerta, y ya estuvo dispuesto el "dormitorio," como él decía.

¿Y por qué? Un dormitorio es un sitio para dormir. Pues bien; allí dormían los muchachos á pesar del calor, del frío, de la falta de aire, de los viejos, del ruido de la bomba y de las furiosas coces de los caballos. Cogían reuma, oftalmías, bronquitis; pero dormían con los puños cerrados, tranquilos, sonrientes, suspirando bajo la influencia de ese saludable entardecimiento del sueño que sigue al juego, al ejercicio, y á los días libres de preocupaciones y cuidados.

¡Oh, santa infancia!

La primera noche, sin embargo, Jack no pudo cerrar los ojos. Jamás se había acostado en una casa extraña, y la diferencia era demasiado grande entre su alcobita, iluminada por una mariposa, ocupada por sus juguetes favoritos, y la obscuridad, el extraño aspecto del sitio donde se encontraba.

En cuanto los chicos se acostaron, el criado negro se llevó la lámpara, y desde aquel momento Jack estuvo despierto.

A la pálida claridad que caía de la claraboya cargada de nieve, miraba aquellas camas de hierro colocadas en fila a lo largo de la pared, la mayor parte de ellas desocupadas, muy aplastadas y con la ropa arrollada á los pies; solamente siete ú ocho estaban ocupadas, muy agitadas por los movimientos de los que en ellas dormían, y animadas por un suspiro, por un ronquido, por una tos ahogada debajo del embozo.

El nuevo tenía el mejor sitio, un poco al abrigo del viento que entraba por la puerta, y del ruido de la cuadra. No tenía calor, sin embargo, y el frío, unido á lo imprevisto de la vida en que entraba, le tenían los ojos abiertos. Cokumpiado por lo vago de la larga vigilia, le parecía ver en conjunto todo aquel día, ilustrado con detalles muy precisos, como sucede á menudo en los sueños en los cuales el pensamiento, cruzado de grandes vacíos, se pone en comunicación, siempre consigo mismo, por medio de hilos brillantes, impregnados de recuerdos.

Así es que la corbata blanca de Moronval, su silueta de saltamonte, en la cual los codos, pegados al cuerpo, salían por detrás de la espalda como si fueran patas; las gafas enormemente abombadas del doctor Hirsch, su gabán lleno de manchas, se presentaban al espíritu del niño; y sobre todo, ¡oh! sobre todo, la mirada altanera, glacial, irónica y azul de "su enemigo."

El miedo que le producía este último recuerdo era tal que, sin querer, inmediatamente después pensaba en su madre como se piensa en un defensor... ¿Qué

estaría haciendo á aquella hora? Las once daban en todos los relojes lejanos. Sin duda estaría en el teatro, en algún baile. Pronto volvería á su casa, muy envuelta en su abrigo de pieles y en los encajes de su toquilla.

Quando entraba en su casa, por muy tarde que fuese, abría la puerta del cuarto de Jack, se acercaba á su cama: "¿Duermes, Jack?" Y hasta en sueños la sentía cerca de sí; sonreía, poníale la frente para que la besara, y con los ojos medio cerrados, entreveía los esplendores de su tocado. Quedábale una visión radiante, embalsamada, como si una hada hubiese bajado hasta él envuelta en una nube.

Y ahora.....

Sin embargo, entre las tristezas de la jornada deshábanse de vez en cuando algunas satisfacciones de amor propio: los galones, las kepis y la felicidad de haber escondido sus piernas larguiruchas en los pantalones de uniforme azul con vivos encarnados. El traje le estaba un poco grande, pero se lo arreglarían. La señora de Moronval había señalado con alfileres los pliegues que debían cogérsele. Además, había jugado, trahado conocimiento con sus compañeros, raros, pero buenos muchachos á pesar de la ferocidad de sus fachas. Se habian peleado con bolas de nieve, en medio del aire frío del jardín, y aquello había sido una diversión nueva, llena de atractivo, para un niño educado en el comfortable tocador de una mujer bonita.

Una cosa preocupaba á Jack. Hubiera deseado ver á Su Alteza real. ¿Dónde estaría aquel reyecito de Dahomey, de quien tan elocuentemente hablaba el señor Moronval? ¿De vacaciones? ¿En la enfermería?.....

¡Ah! ¡Si pudiera conocerlo, hablar con él, hacerse amigo suyo!

Había hecho que le dijese cómo se llamaban los ocho alumnos, y entre ellos no había ningún príncipe.

Al fin se decidió á preguntar á Saïd:

—No está Su Alteza real en el colegio?

A lo cual, el machacho de la piel demasiado corta se había puesto á mirarlo con ojos asombrados, tan abiertos, que le había quedado un poco de piel para poder cerrar la boca un momento. Lo había aprovechado, y la pregunta de Jack se había quedado sin respuesta.

El niño pensaba todavía en esto, agitándose en la cama y oyendo la música, porque de cuando en cuando oíanse ecos de música que salían de la casa, unidos á la voz del bajo á quien llamaban Labassindre. Todo ello se mezclaba agradablemente al ruido de la bomba, todavía en movimiento, y al de aquellas coces con las cuales los caballos de la verindad hacían retumbar las paredes.

Al fin reinó la calma.

Se dormía en el dormitorio, lo mismo que en la cuedra, y los tertulianos de Moronval, después de cerrar la verja del Pasaje, se alejaban entre el ruido lejano de la calle, cuando se abrió la puerta del dormitorio, que estaba interceptada por un montón de nieve.

El criadito negro entró con un farol en la mano.

Se sacudió violentamente los copos blancos que aumentaban su negrura, y avanzó por entre las camas y la pared, con la espalda encorvada, la cabeza metida entre los hombros, aterido y tiritando.

Jack miraba aquella silueta, cuya sombra se alargaba de perfil en la pared, exagerada y grotesca, poniendo

de relieve todos los defectos de aquella cabeza siniestra, con los labios abultados, las orejas enormes, despegadas, el cráneo lanudo y demasiado saliente.

El negrito colgó su linterna en el fondo del dormitorio, que apareció entonces alumbrado como el entrepuente de un buque. Luego se quedó quieto, de pie, con sus enormes manos hinchadas de sabañones, y su terriza cara vuelta hacia el calor, hacia la luz, con una expresión tan bondadosa, tan infantil y confiada, que Jack le tomó cariño desde aquel momento.

Mientras se calentaba, el negrito miraba de cuando en cuando á la clarahoya.

—¡Cuánta "neve!"... ¡Cuánta "neve!"... decía tiritando.

Aquella manera de pronunciar la palabra nieve, el acento de aquella voz dulce, poco segura, hablando una lengua extraña para él, conmovió al pequeño Jack, el cual le dirigió una mirada de viva compasión y de curiosidad. El negro lo advirtió, y en voz baja dijo: ¡Hola! El nuevo... ¿Por qué no duermes, chiquillo?

—No puedo, contestó Jack suspirando.

—Es bueno suspirar cuando uno tiene penas, dijo el negrito; y añadió con tono sentencioso:

—Si la pobre gente no hubiera suspirado ¡pobre gente! se habría ahogado de seguro.

Y mientras hablaba, echaba una manta en la cama contigua á la de Jack.

—¿Duerme usted ahí?... preguntó éste, muy asombrado de que un criado se acostara en el dormitorio de los colegiales... Pero ¡si ahí no hay sábanas!

—Para mí bueno está. Las sábanas no me hacen falta, porque tengo la piel muy negra...

El negro formuló esta respuesta riendo dulcemente; y ya se disponía á meterse en su cama, medio vestido para tener menos frío, cuando de pronto se detuvo, apretó contra su pecho una cazolilla de marfil tallado que llevaba pendiente del cuello, y se puso á besarla con devoción.

— ¡Oh! ¡Qué medalla tan rara! dijo Jack.

— No es medalla, dijo el negro. Es mi gri-gri.

Pero Jack no sabía lo que era un "gri-gri," y el otro le explicó que se llamaba así á un amuleto, á una cosa que servía para darle á uno buena suerte. Su tía Kerika se lo había regalado antes de marcharse de su país; su tía que lo había criado, y con la cual esperaba poder reunirse algún día no lejano.

— Como yo á mamá, dijo el niño Baraney.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno de los dos chicos pensaron en su Kerika.

— ¿Es muy bonito su país de usted? . . . ¿Está lejos?

— . . . ¿Cómo se llama?

— Dahomey, respondió el negro.

Jack se sentó en la cama.

— ¡Oh! ¡Pues entonces . . . pues entonces, usted lo conoce! . . . ¿Tal vez haya usted venido á Francia con él!

— ¿Con quién?

— Con Su Alteza real . . . ya sabe usted . . . el hijo del rey de Dahomey.

— Soy yo, dijo sencillamente el negro.

El otro lo miraba estupefacto. . . . Un Rey, aquel criado á quien había visto todo el día con su chaleco de lana encarnada, andando por la casa con una escoba ó con un cubo en la mano, á quien había visto servir la mesa y limpiar las copas!

El negrito, sin embargo, hablaba seriamente. Su semblante había tomado una marcadísima expresión de tristeza, y sus ojos, fijos, parecían mirar lejos, muy lejos, hacia el pasado ó hacia alguna patria perdida.

No sé si era la ausencia del chaleco encarnado, ó la magia de la palabra rey, pero ello es que Jack encontraba al negro, sentado en el filo de la cama, con el cuello desnudo, la camiseta entreabierta sobre su pecho sombrío, sobre el cual brillaba el amuleto de marfil, cierto prestigio, cierta dignidad.

— ¿Y cómo es eso? . . . preguntó tímidamente, resumiendo en esa pregunta todos los asombros de aquel día.

— Pues es . . . pues es . . . dijo el negro.

De pronto se incorporó para apagar la linterna.

— El señor Moronval se enfada cuando Madú deja la luz encendida. . . .

Luego acercó su camastro al de Jack.

— Tú no tienes sueño, le dijo. Yo nunca tengo sueño cuando se habla de Dahomey. . . . Escucha.

Y en la obscuridad, en la cual sus blancos ojos brillaban, el negrito comenzó á contar su lúgubre historia.

Se llamaba Madú, nombre de su padre, el ilustre guerrero Raek-Madú-Ghezo, uno de los más poderosos soberanos del país del oro y del marfil, á quien Francia, Holanda, Inglaterra enviaban sus regalos, allá al otro lado de los mares.

Su padre tenía grandes cañones, millares de soldados armados de fusiles y de flechas, rebaños de elefantes amaestrados para la guerra, músicos, sacerdotes, bailarinas, cuatro regimientos de amazonas y doscientas mujeres para él solo. Su palacio era inmenso, adornado

con moharras de lanzas y de conchas y cabezas cortadas, que colgaban en la fachada después de la batalla ó de los sacrificios. Madú había sido educado en aquel palacio, donde entraba el sol por todas partes, caldeando las losas y las esteras extendidas. Su tía Kerika, general en jefe de las amazonas, cuidaba de él, y desde muy pequeño lo llevaba con ella á sus expediciones.

¡Qué hermosa era aquella Kerika, alta y fuerte como un hombre, vestida con una túnica azul, con las piernas y los brazos desnudos, llenos de collares de vidrio, con el arco de su flecha al hombro, con colas de caballo flotando y ondulando alrededor de su cintura, y en la cabeza, entre la lana de su cabello, dos cuernecitos de antilope formando media luna, como si los guerreros negros conservaran la tradición de Diana, la blanca cazadora!

¡Y qué golpe de vista, qué firmeza de mano para arrancar un colmillo de marfil, ó para cortar una cabeza de achautí de un solo golpe! Pero si bien Kerika á veces era terrible, mostrábase siempre dulce con su pequeño Madú, le regalaba collares de ámbar y de coral, taparrabos de seda, bordados con oro y muchas conchas, que son la moneda del país. Le había regalado también una escopetilla de bronce dorado, que le enviara la reina de Inglaterra, que la parecía demasiado ligera para ella. Madú la usaba cuando la acompañaba á cazar por aquellos inmensos bosques.

En ellos, los árboles eran tan copudos, las hojas tan anchas, que el sol no penetraba jamás bajo aquellas verdes bóvedas, donde retumba cualquier ruido como dentro de un templo. Pero, sin embargo, había mucha luz, y las flores enormes, los frutos maduros, los

pájaros de todos colores, cuyas plumas arrastraban desde las ramas de los árboles hasta el suelo, brillaban con todos sus reflejos de piedras preciosas.

Oíanse continuos zumbidos, y susurros entre la maleza. Serpientes insensitivas movían sus cabezas chatas, armadas de dardos; los monos negros cruzaban de un salto el espacio entre dos copas de árboles, y grandes estanques misteriosos, donde jamás se reflejara el cielo, colocados como espejos en el inmenso bosque, parecían continuarlo bajo tierra, en una profundidad de verdor....

Al llegar á este punto del relato, Jack no pudo contener una exclamación:

— ¡Oh! ¡Qué hermoso sería aquello!

— Sí, muy hermoso, contestó el negrito, que tal vez exageraba un poco y veía á su país á través de recuerdos de niño y el entusiasmo dorado de los pueblos del sol. ¡Oh! ¡Si, muy hermoso!

Y apimado por la atención de su compañero, continuó su historia:

— De noche, los bosques cambiaban de aspecto. Se vivaqueaba entre los juncos, delante de unas hogueras grandes, que ahuyentaban á las fieras que andaban alrededor y rugían delante de la llama. Los pájaros también se inquietaban en las ramas, y los murciélagos, silenciosos y negros como las nieblas, atraídos por la claridad del cielo, pasaban volando para reunirse por la mañana en un árbol inmenso, en el cual parecían, inmóviles y apretados unos contra otros, hojas raras, secas y muertas.

Con aquella vida de aventuras al aire libre, el pequeño rey iba haciéndose robusto y hábil en toda es-

pecie de ejercicios guerreros, manejando el sable y el hacha á la edad en que los niños suelen agarrarse todavía á los taparrabos de sus madres.

El rey Raek-Madú-Ghezó estaba orgulloso con su hijo, con el heredero de su trono. Pero ¡ay! parece que no es bastante, ni siquiera para un príncipe negro, eso de saber manejar un arma y alojar una bala en el ojo de un elefante, sino que necesita también saber leer en los libros de los blancos, conocer su escritura para poder comerciar con ellos en polvo de oro, porque según decía el sabio Raek-Madú á su hijo: "banquito siempre papé en bolsillo pa engañá nego."

Sin duda se habría podido encontrar en Dahomey un europeo bastante sabio para ilustrar al Príncipe, puesto que las banderas francesa é inglesa flotan sobre las factorías establecidas á orillas del mar, como en los palos de los buques anclados en los puertos. Pero el Rey había sido enviado por su padre á una ciudad llamada Marsella, que estaba muy lejos, en el fin del mundo, por que se hiciese muy sabio, y quiso que su hijo recibiese la misma educación que él.

¡Qué desgracia para el principito dejar á su tía Keri-ka, meter su sable en la vaina, colgar su escopeta y marcharse con "zeñó" Bonfils, un blanco de la factoría, que todos los años iba á poner en lugar seguro el polvo de oro robado á los pobres negros!

Madú se resignó, sin embargo. Quería ser rey algún día, mandar las amazonas de su padre, poseer todos sus campos de trigo y de maíz; sus palacios llenos de jarrones de barro encarnado, donde se enfriaba el aceite de la palma, y todo aquel tesoro de marfil, de oro, de minio, de coral. Para tener aquellas riquezas, era ne-

cesario merecerlas, ser capaz de defenderlas si llegaba la ocasión, y Madú pensaba ya que es cosa dura ser rey, y que si se tienen más goces que los otros hombres, también hay que pasar más trabajos.

Su partida dió motivo á grandes festejos públicos, á sacrificios á los fetiches y á las divinidades del mar. Todos los templos fueron abiertos para aquella solemnidad; todo el pueblo hizo rogativas, y á última hora, cuando el buque se disponía á zarpar, el verdugo condujo, á la orilla del mar, quince prisioneros achantis, cuyas cabezas, cortadas, cayeron enrojecidas, chorreando y sonoras, en un gran recipiente de cobre.

—¡Misericordia!... interrumpió Jack, asustado, y escondiendo la cabeza debajo de la sábana.

La verdad es que no tiene nada de tranquilizador el oír contar historias semejantes al mismo que ha sido héroe de ellas. Verdaderamente había motivo para que se asustasen los más valientes; para tranquilizarse era necesario decirse muy de prisa, que estaba en el colegio de Moronval, en el propio rincón de los Campos Elíseos, y no en aquel terrible Dahomey.

Madú, al advertir la emoción de su auditorio, no insistió en lo de los festejos públicos que precedieron á su partida, y relató de prisa, para llegar pronto á su estancia en el instituto de Marsella.

¡Oh! ¡Gran instituto de sombrías paredes; la clase triste con bancos carcomidos, en los cuales los nombres de alumnos grabados con punta de navaja, revelaba pasatiempos de los prisioneros; los profesores acentuaban lo negro de su traje con la solemnidad de las amplias mangas y de la toga; la voz del pasante gritando: "¡Silencio!" y todas aquellas cabezas inclinadas, el rui-

dillo de las plumas al escribir, las lecciones monótonas, veinte veces recitadas, como si cada muchacho se tragara, cuando le llegaba su turno en el aire enrarecido de la clase, el mismo pedazo de ciencia; y los grandes comedores, los dormitorios, el patio parecido al de un cuartel donde penetraba un rayo estrecho de un pequeño sol, tan escasamente distribuido, en este sitio por la mañana, en el otro por la tarde, y tan metido en los rincones, que para disfrutarlo era preciso apoyarse contra las elevadas tapias que se lo sorbían todo.

Así se pasaban las horas de recreo de Madú. Nada lo divertía, nada le interesaba; sólo una cosa, el tambor llamando á comer, á clase, á levantarse, á acostarse; el cual, á pesar de aquellos ínfimos destinos, hacía latir el corazón de aquel príncipe guerrero, cada vez que oía el redoble de los palillos. Había también días de salida, pero muy pronto se los quitaron. He aquí la razón.

En cuanto el "zeño" Bonfils iba á buscarlo, Madú lo arrastraba hasta el puerto, hacia donde lo atraían las entrecruzadas arboladuras y los cascotes alineados de los buques allí fondeados. No era feliz más que en aquel sitio, oliendo á brea y entre las mercancías que iban descargando, muchas de las cuales vienen de su país. Tenía verdaderos éxtasis ante aquellos ríos de dorados granos y aquellos sacos y aquellos fardos, algunos de los cuales llevaban una marca conocida.

Los vapores que encendían sus calderas, indicando, á pesar de su inmovilidad, el movimiento del viaje, por los resoplidos del vapor; algún buque de vela de alto bordo hinchando sus lomas, estirando sus cuerdas, lo atraían, le hablaban de partida, de resento, de libertad.

Permanecía de pie las horas muertas, mirando huir hacia el sol poniente una vela hinchada, que parecía el ala de una gaviota; una columnilla de humo, ligera como la de su cigarro, que parecía ser la cola de un astro luminoso que iba perdiéndose de vista con él, allá por el horizonte.

Madú se pasaba pensando en aquellos buques todo el tiempo que estaba en clase. Al fin y al cabo, eran la imagen de su regreso al país de la luz: un pájaro, decía, lo había traído, y otro se lo volvería á llevar.

Y perseguido por esa idea fija, dejó plantado el cartel de Ba, Be, Bi, Bo, Bu, en el cual sus ojos no veían más que el azul del mar y del cielo, y un día se escapó del colegio, se metió en uno de aquellos barcos del "zeño" Bonfils, se escondió en la bodega, pero lo encontraron antes de salir del mar; se volvió á escapar, y esta vez fué tan astuto, que no advirtieron su presencia á bordo hasta que estaban en medio del golfo de Lyon. A otro chico lo hubiesen dejado á bordo; pero cuando supo el nombre de Madú, el capitán, que sin duda contaba con una buena recompensa, volvió á llevar á Su Alteza real á Marsella.

Desde aquel día estuvo peor, porque lo vigilaron y lo encerraron; pero su persistencia no sufrió quebranto.

A pesar de todo, se seguía escapando del colegio y escondiéndose á bordo de todos los buques que salían para su país; lo encontraban en el fondo del departamento de máquinas, en las carboneras, debajo de un rollo de cuerda. Cuando le cogían, no se sublevaba; no hacía más que sonreír tristemente, y quitaba á cualquier la fuerza para castigarlo. Al fin, el director no

quiso cargar con la responsabilidad de un alumno tan sutil.

¡Enviar al príncipe á Dahomey!

El "zeñó" Bonfils no se trevía, temiendo incurrir en el enojo de Rack-Madú-Ghezó, cuya regia terquedad conocía perfectamente.

En medio de estas perplejidades, apareció en "El Semáforo" el anuncio del Gimnasio Moronval. En seguida el negrito fué consignado al número 25 de la Avenida de Montaigne, al barrio más hermoso de París, donde fué recibido—os lo puedo asegurar—con los brazos abiertos.

Era una fortuna para el colegio, y un reclamo vivo aquel heredero negro, de un reino remoto. Así es que lo exhibieron, lo pasearon por todas partes. El señor Moronval lo llevó al teatro, á las carreras, al boulevard, como esos comerciantes que pasean por todo París, en un coche alquilado por horas, algún anuncio parlante de su tienda.

Lo llevó á reuniones, á los círculos que él frecuentaba, con la misma gravedad con que Fenelón acompañaba al duque de Borgona, haciendo que en todas partes anunciaran: "Su Alteza real el príncipe de Dahomey y el señor Moronval, su preceptor.

Durante muchos meses, los periódiquillos se vieron llenos de anécdotas y de frases atribuidas á Madú; hasta fué á París expresamente un redactor del "Standard" de Londres, para verlo, y tuvieron una seria conversación financiero-administrativa, acerca de la manera como el príncipe pensaba en gobernar sus Estados cuando subiese al trono; sobre lo que pensaba del régimen parlamentario, de la instrucción obligatoria, etc., etc.

El periódico inglés reprodujo aquel diálogo al pie de la letra, con sus correspondientes preguntas y respuestas. Las respuestas evasivas y vagas dejaban bastante que desear. Llamaba, sobre todo, la atención una contestación de Madú, quien cuando le rogaron que diese su opinión sobre la libertad de imprenta, dijo: "Toda clase de comida es buena para comer; no toda clase de palabras es buena para dicha". . . .

Todos los gastos del colegio de Moronval fueron pagados por aquel solo alumno; el "zeñó" Bonfils pagaba las cuentas sin hacer la menor observación. Naturalmente, la educación de Madú estuvo un poco deseudada. No pasaba del abecedario, y el método Moronval-Decostere lo encontró constantemente rebelde á sus encantos; pero no había, á pesar de esto, el menor inconveniente, todo lo contrario, puesto que los años de colegio, debían así multiplicarse en sentido inverso de los progresos del futuro rey.

Conservaba, pues, su pronunciación defectuosa, su manera de hablar medio infantil; la cual, haciendo perder á los verbos su tiempo debido, da á la frase una fisonomía impersonal, y parecen los ensayos de un pueblo recién salido del mutismo animal. Por lo demás, le tenían muy cuidado, muy mimado, muy preferido. Obligaban á los demás muchachos á que lo distrajesen, á que le diesen gusto; cosa que al principio fué bastante difícil de conseguir, en razón á su color terriblemente obscuro, que es marca de esclavitud en casi todos los países exóticos.

Pues ¿y los profesores; Qué indulgencia!; Qué sonrisas tan amables tenían para con aquella bolita negra, que, á pesar de su inteligencia, rechazaba todos los be-

neficios de la instrucción, y que bajo la espesa capa de lana de su cabellera ensortijada, conservaba, con un ardentísimo recuerdo de su país, el desprecio más profundo por todas aquellas tonterías que trataban de inculcarle!

Todos en el colegio hacían proyectos sobre aquella futura realeza, ya poderosa y halagada, como si Madú hubiese caminado, en pleno París, bajo los abanicos de pluma, los doseles con franjas, las lanzas en pabellones de la corte de su padre.

¡Cuándo Madú sea rey!

Era el estribillo de todas las conversaciones. En cuanto coronasen a Madú, irían todos juntos a Dahomey. Labassindre soñaba con regenerar la música grosera de aquel pueblo, y se veía ya director de un Conservatorio, maestro de la Capilla Real.

La señora Moronval-Decostere esperaba aplicar su método, en grande escala, en unas clases amplísimas, en las cuales le parecía ya estar viendo las numerosas trenzas de pelo negro, á los pequeñuelos acurrucados en los bancos. Pero el doctor Hirsch, por su parte, en sus ensueños, acostaba á toda aquella morralla en innumerales camas colocadas en fila y hacía en ella los peligrosos experimentos de su medicina de fantasía y sin título, sin que á la policía se le ocurriese meterse en ello.

Los primeros días de su residencia en París parecieron bien al príncipe, á causa de aquella adoración general, y luego, que París es la ciudad del mundo donde menos se aburren los emigrados, acaso porque en su atmósfera se mezcla algo de la atmósfera de todos los países.

Si quisiera el cielo sonreír, en vez de estar chorreando continuamente esa lluvia menudita y penetrante, ó envolverse en torbellinos de pelusa blanca, de esa "neve" que tanto se parecía al grano abierto y maduro de los algodones; si el sol hubiese querido calentar, desgarrando el velo turbio que lo ocultaba constantemente; si Kerika, con su carcaj, su carabina, sus desnudos brazos adornados de pulseras, se hubiera presentado de cuando en cuando en el Pasaje de las Doce Casas, Madú hubiera sido completamente feliz.

Pero esta vida cambió súbitamente.

El "zeñó" Bonfils se presentó un día en el Gimnasio Moronval con siniestras noticias de Dahomey. El rey Rack-Madú-Ghezo había sido destronado; había caído prisionero de los achantis, que acababan de apoderarse del país y de fundar en él una nueva dinastía. Las tropas reales, los regimientos de amazonas, todo había sido vencido, dispersado, asesinado, y Kerika la única que había escapado de la hecatombe milagrosamente, refugiada en la factoría Bonfils, rogaba á Madú que permaneciese en Francia y que conservase siempre su "gri-gri".

Estaba escrito: si Madú no perdía su amuleto, reinaría.

Era necesaria esa idea para dar valor al pobre revejito. Moronval, que no creía en la virtud del "gri-gri", presentó su cuenta—¡y qué cuenta!—al "zeñó" Bonfils, que aquella vez pagó, pero advirtiéndole al señor Director del colegio que en lo sucesivo, si quería tener allí á Madú, no debía contar con una retribución inmediata, sino con el agradecimiento y los favores del Rey, en cuanto las contingencias de la guerra le devolvieran

su trono. Había que escoger entre esa fortuna problemática ó renunciar á todo en absoluto.

Moronval contestó con nobleza: "Yo me encargo del niño."

Ya no era Su Alteza real.

En cuanto se le perdió el respeto, no quedó nada de los cuidados y atenciones de que habían colmado al negro. Cada cual le echaba la culpa de una decepción personal y del mal humor de todos. Primero fué un simple pensionista, igual á los demás hasta en el más pequeño botón del uniforme, regañado, castigado, corregido, durmiendo en el dormitorio, sometido al reglamento común.

El niño no comprendía la razón de todo aquello, trataba en vano de ser amable, de hacer aquellas muecas que antes parecían adorables y que ahora tropezaban contra una frialdad extraña.

Peor fué cuando, después de pasar algunos trimestres, Moronval, que no recibía dinero, empezó á creer que Madú era una boca inútil. Del estado de pensionista se le hizo pasar al de subalterno. Como había despedido al criado por economía, Madú lo reemplazó, no sin protesta. La primera vez que le pusieron una escoba en la mano, diciéndole cómo debía usarla, se negó á ello obstinadamente. Pero el señor Moronval tenía unos argumentos irresistibles, y después de una vigorosa paliza, el niño se resignó.

Además, prefería barrer á que lo enseñaran á leer.

El revecito, pues, barrió y fregó con un ardimiento y una constancia singulares, y de ello era fácil convenirse viendo lo reluciente que estaba el salón de Moronval. Pero esto no endulzó el feroz carácter del mu-

late, que no podía perdonarle todas las decepciones de las cuales era causa involuntaria.

Por más que Madú se aplicaba á hacer relucir y á dar al vetusto edificio cierto barniz de limpieza; por más que miraba á su amo con ojos cariñosos, con la miedosa humildad de un perro sumiso, no obtenía generalmente más que golpes por toda recompensa.

—¡Jamás contento!... ¡Jamás contento!... decía el negrito con expresión desesperada.

Y el cielo de París se volvía para él más negro, la lluvia más continua, la nieve más abundante y más fría.

¡Oh, Kerika, tía Kerika, tan cariñosa y tan buena! ¿Dónde estás? ¡Ven á ver lo que hacen con el Rey; con qué dureza lo tratan, qué mal lo alimentan, cómo lo visten de andrajos, sin compasión alguna para su atrevido cuerpo! ¡Ahora ya no tiene más que un traje limpio, y es su librea, casaca encarnada, chaleco á rayas y gorra galoneada! ¡Ahora, cuando acompaña al amo, no va á su lado como su igual, sino diez pasos detrás de él! Y no es eso lo peor.

Desde la antesala pasa á la cocina, y de la cocina, después de haber puesto á prueba su honradez, su ingenuidad, lo mandan al mercado de Chaillot con una gran cesta á la compra.

¡Y ahí tenéis á lo que ha venido á parar el último descendiente del omnipotente Tocodonu, fundador de la dinastía dahomeyana! ¡A ir á regatear los víveres para el Gimnasio Moronval!... Dos veces por semana se le ve subir la calle de Chaillot, pegado á las paredes de las casas, flaco, enfermizo, tiritón, porque ahora tiene frío, siempre frío, y nada para calentarse,

ni los ejercicios violentos, á los cuales le condenan, ni los golpes, ni la vergüenza de que lo hayan convertido en criado, ni siquiera su odio contra el Padre del palo, que es como llama á Moronval.

Y, sin embargo, ese odio es vigoroso.

¡Ah! ¡Si Madú llegase á ser Rey!..... Su corazón latía de rabia al pensarlo; y es cosa de oírle confiando á Jack sus proyectos de venganza.

— Cuando Madú volver Dahomey, escribir una cartita al Padre del palo; hacerlo ir á Dahomey y cortarle allí la cabeza; luego, con su pellejo hacer un gran tambor de guerra para pelear contra los achantis..... ¡Zim! ¡bum! ¡bum!... ¡Zim! ¡bum! ¡bum!

Jack veía brillar en la obscuridad, menos densa á causa del reflejo de la nieve, dos ojos de tigre, mientras el negro golpeaba sordamente con la mano en el borde de la cama, para imitar el redoble del tambor. El hijo de la Barancy estaba aterrado; así es que la conversación quedó cortada durante algunos minutos. Tapado con las sábanas, con la cabeza llena de lo que acababa de oír el "nuevo," creía ver pasar relumbros de sable y contenta la respiración.

Madú, á quien su propio relato había excitado, hubiese querido seguir hablando; pero creía que su compañero estaba dormido. Al fin, Jack dió uno de esos prolongados suspiros, que parecen salir de esas inmensidades que se recorren, soñando, en un momento y en la profundidad de una pesadilla.

— Tú no duermes, "zeñó," preguntó Madú en voz baja. ¿Tú querer hablar todavía conmigo?...

— Oh, sí, quereró! respondió Jack.... Pero es me-

nester que no hablemos más de ese pícaro tambor de guerra.... Me ha dado mucho miedo.

El negro sonrió, y luego, con tono propio de un niño:

— No, no, "zeñó".... Madú no hablar más.... Ahora hablar tú..... ¿Cómo te llamas?

— Jack. . . con "k".... Mamá se cuida mucho de escribirlo así.

— ¿Es muy rica tu mamá?

— Sí, es rica.... ¡ya lo creo! dijo Jack, que no sentía darse tono á su vez con el heredero de un rey.... Tenemos coche, muy buena casa en el boulevard, caballos, criados, y todo.... Y además, ya verás, ¡cuando mamá venga á verme, qué guapa es! En la calle todo el mundo la mira.... Tiene trajes muy buenos, joyas muy ricas.... "Buen Amigo" tiene razón en darle gusto en todo y no negarle nada. Cuando mamá quiso venir á París, él nos trajo.... Antes estábamos en Tours.... ¡un pueblo muy bonito! ¡Vivíamos cerca del Mail, y muchas veces íbamos á pasearnos por la calle Real, donde hay muy buenos pasteles, y muchos oficiales vestían con uniformes muy bonitos.... ¡Ah! ¡Cuánto me divertía!.... En primer lugar, todos los señores me mimaban, me besaban. Tenía papá Carlos, papá León; papás de broma, ¿sabes? porque mi padre ha muerto hace mucho tiempo, y no lo he conocido....

Al principio de estar en París, me aburría un poco de no ver árboles ni el campo; pero mamá me quiere tanto, me mimaba tanto, que me he consolado. Me han vestido á la inglesa, que es lo más de moda, y me rizaron el pelo todos los días para llevarme al Bosque de Bolonia á la orilla del lago.... Luego, mi buen amigo dijo que no aprendería nunca nada, que era necesario

ponerme en el colegio, y mamá me llevó a Vaugirard, al colegio de los Padres.....

Aquí Jack se detuvo.

Aquella confesión que iba á hacer, de que los jesuitas no habían querido recibirlo, lastimaba su amor propio; á pesar de la candidez, de la ignorancia de la edad, comprendía que tenía algo de humillante para su madre y para él. Y después, aquel relato que había comenzado á hacer aturdidamente, lo llevaba á la única preocupación seria que había tenido en su vida..... ¿Por qué no lo habían admitido? ¿Por qué aquellas lágrimas de su madre y aquel "¡Pobre niño!" tan compasivo del Director?



—Oye, "zenó," dijo el negro de pronto.....¿Qué es eso de una cocota?

—¡Una cocota? contestó Jack un poco asombrado.... Yo no sé.....Una cocota será una polla.

—Es porque el Padre del palo decía á señora Moronval que tu mamá era una "cocotte."

—¡Vaya una ocurrencia!... ¡Mamá una cocota!... Habrás oído mal..... ¡Mamá una cocota!...

A la idea de que su madre era una polla con plumas, con alas, con patas, se echó á reír con todas sus fuerzas, y Madú también lo imitó, sin saber por qué.

Aquella alegría disipó muy pronto la impresión siniestra de las historias de poco antes, y los dos pobrecillos abandonados, después de haberse confiado uno á otro su historia, se durmieron profundamente, con la boca entreabierta, aún llena de risa, que la respiración regular del sueño trocó bien pronto en mil notitas, alegremente confusas.



¡Oh, caballero, soberbio! ¡Feliz usted que tiene tanto talento!



IV

Una reunión literaria en el gimnasio Heronval.

Los niños son como los hombres; no les sirve la experiencia ajena.

Jack había quedado aterrado al oír la historia de Madú-Ghezo, pero la conservó en la memo-

ria aminorada, descolorida; como el recuerdo de una horrible tempestad, de una batalla sangrienta, vista en un diorama.

Los primeros meses de su permanencia en el colegio, fueron tan buenos; todo el mundo se mostró tan afectuoso, tan amigable para él, que se le olvidó que las



¡Oh, caballero, soberbio! ¡Feliz usted que tiene tanto talento!



IV

Una reunión literaria en el gimnasio Heronval.

Los niños son como los hombres; no les sirve la experiencia ajena.

Jack había quedado aterrado al oír la historia de Madú-Ghezo, pero la conservó en la memo-

ria aminorada, descolorida, como el recuerdo de una horrible tempestad, de una batalla sangrienta, vista en un diorama.

Los primeros meses de su permanencia en el colegio, fueron tan buenos; todo el mundo se mostró tan afectuoso, tan amigable para él, que se le olvidó que las

desdichas de Madú habían tenido un comienzo tan brillante como aquél.

En las comidas, ocupaba el sitio de preferencia al lado de Moronval; bebía vino, tomaba postres, mientras que los otros muchachos, en cuanto aparecían las frutas y los dulces, se levantaban de la mesa bruscamente, como indignados, y tenían que contentarse con una especie de bebida extraña, amarillenta, compuesta expresamente para ellos por el doctor Hirsch, y que se llamaba "zarza-rosa."

Aquel ilustre sabio, cuyo estado financiero, á juzgar por su aspecto, era deplorable, era el continuo comensal del colegio de Moronval. Animaba las comidas con toda suerte de ocurrencias científicas, relatos de operaciones quirúrgicas, descripciones de enfermedades extraordinariamente purulentas, que había leído en los libros, y las cuales relataba con verbosidad endiablada.

Además tenía á los comensales al corriente de la mortalidad pública, de la enfermedad reinante; y si había en alguna parte, en el último rincón del globo, un caso de peste, de lepra, ó de elefantiasis, lo sabía antes que los periódicos, lo hacía constar con una satisfacción amenazadora y con meneos de cabeza que significaban: "Cuidado, mucho cuidado si viene hasta aquí."

Por lo demás, era muy agradable, y no tenía, como vecino de mesa, más que dos inconvenientes: primero, su torpeza de miope, y después la manía de echar á cada momento en el plato del vecino ó en su copa, ya una gota, ya un puñadito de una cosa en polvo, ó líquido, contenida en una caja microscópica ó en un frasquito azul muy sospechoso. Este contenido variaba á menudo, porque no pasaba semana sin que el doctor hiciera un

descubrimiento científico; pero en general, el bicarbonato, el álcali, el arsénico (á dosis infinitesimales), constituían la base de aquella medicación con los alimentos.

Jack soportaba aquellos cuidados preventivos, y no se atrevía á decir que el alcali le sabía muy mal. De cuando en cuando, los otros profesores estaban también convidados á comer. Toda aquella gente bebía á la salud del joven Barancy, y era cosa de ver el entusiasmo que producía su gracia y su gentileza; era de ver cómo el cantante Labassindre, á cualquier salida del "meu," se trepaba en su silla, destornillado de risa; cómo se enjugaba los ojos con la servilleta, y qué puñetazos daba encima de la mesa.

Argenton, hasta Argenton mismo perdía su gravedad. Una tenue sonrisa agitaba su hermoso bigote; sus ojos azules, de mirar frío y penetrante, se volvían hacia el niño con altanera aprobación.

Jack estaba contentísimo.

No comprendía, no quería comprender los movimientos de hombros, los guiños que le enviaba Madú al pasar por detrás de los convidados con la humildad de sus ínfimas funciones, con un paño en el brazo, y con su plato en la mano, que continuamente se entretenía en limpiar.

¡Y es que Madú conocía el valor de aquellas alabanzas exageradas, y la mudanza de las grandezas humanas!

También él se había sentado en el sitio de preferencia; había probado el vino del maestro, sazonado con el contenido del frasquito del doctor. Y aquella levita de uniforme galoneada, con la cual Jack estaba tan or-

gulloso, le estaba grande, sólo porque había sido hecha para Madú.

El ejemplo de aquella ilustre caída habría debido poner en guardia al joven Baraney contra el orgullo, porque sus comienzos fueron absolutamente iguales á los del príncipe heredero.

Recreo permanente, en el cual tomaba parte todo el personal del colegio para divertirlo á él; adulaciones insensatas, y solamente, de cuando en cuando, algunas lecciones de la señora de Moronval con objeto de aplicarle su famoso método. Y para eso, las tales lecciones tampoco eran nada penosas; la enanita era una mujer excelente, cuyo único defecto consistía en una constante exageración en la manera de pronunciar las palabras más sencillas, exageración tan grande, que á veces era causa de que no se entendiera lo que quería decir.

Moronval confesaba que sentía verdadera debilidad por su nuevo discípulo. El muy bribón había tomado informes. Conocía el hotel del boulevard Haussmann, y todo el partido que se podía sacar del "Buén Amigo."

Así es que, cuando la señora de Baraney iba á ver á Jack, cosa que sucedía con frecuencia, tenía una acogida cariñosísima y un auditorio atento á todas las historias locas y vanidosas que se complacía en relatar.

Al principio, la señora de Moronval quiso conservar cierta actitud de dignidad y reserva frente á una mujer tan ligera; pero el mulato tomó cartas en el asunto, y, con una porción de matices, asociaba, sin que se dieran de coscorrones, los escrúpulos de mujer honrada y su conveniencia de industrial interesado.

¡Jack... Jack... aquí está tu madre! gritaba en cuanto abrían la puerta; y vestida elegantemente, avan-

zaba Ida hacia el locutorio, con las manos y el manguito llenos de paquetes de pasteles y bombones. Aquel era un día de fiesta para todos, y Jack hacía entre sus condiscípulos una distribución general, y la señora de Baraney también se dignaba quitarse el guante de una mano, el de aquella en la cual llevaba unas sortijas, para tomar su parte de golosinas.

La pobre mujer era tan generosa, se le iba tan bien el dinero de entre las manos, que llevaba siempre, además de los dulces, una porción de regalos, de caprichos, de juguetes, que distribuía como pan bendito y sin trabajo ninguno. Ya comprenderéis las adulaciones bajas, las exclamaciones de campesino ladino con que eran acogidas aquellas prodigalidades desconsideradas. Solamente Moronval sonreía de compasión, así como á impulsos de envidiosa contrariedad, al ver cómo se gastaba una fortuna en aquellas bagatelas, en vez de acudir en auxilio de algún alma elevada, generosa, desheredada, como la suya, por ejemplo.

Aquella era su idea fija, y si bien admirando á Ida, si bien prestando atención á sus historias, estaba siempre distraído, y se mordía frenéticamente las uñas, y experimentaba esa febril agitación del "sablista" que tiene ya su petición en la punta de la lengua y que casi se enfada de que no la adivinen.

La ilusión de Moronval era, desde hacía ya tiempo, fundar una Revista consagrada á los intereses coloniales, satisfacer su ambición política, comunicando periódicamente con sus compatriotas, y llegar quién sabe si á la Diputación.

Para empezar, le parecía indispensable el periódico, aunque hubiera de abandonarlo en seguida.

Hablaba de esto á menudo con sus bohemios, todos los cuales lo excitaban para que llevase á cabo su proyecto. ¡Ah! ¡si ellos hubieran tenido un órgano en la prensa!... ¡Había tantos originales inéditos en aquellos cerebros, tantas ideas inexpresadas ó más bien inesperadas, y que ellos creían poder poner en claro, gracias á la claridad de los caracteres de imprenta!

Moronval tenía un vago presentimiento de que la madre de su nuevo discípulo cargaría con los gastos de aquella Revista; pero no quería precipitarse, temeroso de hacer nacer desconfianzas en la señora. Se trataba de rodearla, de envolverla, de traer la cosa de muy lejos, á fin de que su talento, un poco limitado, tuviese tiempo para responder.

Desgraciadamente la señora de Barancy, por su movilidad misma, se prestaba poco á esas combinaciones. Sin malicia alguna desviaba, por virtud de su misma trivialidad, una conversación que le divertía poco; escuchaba al mulato, sonriendo y mirándole con ojos amables, pero distraídos, y tanto más brillantes, cuanto menos se fijaban en cualquier cosa.

“Si se le pudiera imbuir la idea de escribir!”... pensaba Moronval, y delicadamente trataba de insinuar que ante madama de Sevigné y Jorge Sand, había quedado un sitio que ocupar; ¡pero vaya usted á insinuar cualquier cosa y hablar por alusiones á un pájaro que no deja de hacer aire en torno suyo, á fuerza de sacudir las alas!

“No es muy lista la pobre mujer!” decía él después de cada una de esas conversaciones, en las cuales el uno ponía toda su fiebre y la otra toda su charlatana indiferencia; él mordiendo las uñas con furor, y ella ha-

blando sin escucharse á sí misma, sin oír nada de lo que le decían.

Con razonamientos no podía uno apoderarse de aquel cerebro de alondra; era preciso deslumbrarlo, y Moronval lo consiguió.

Un día que Ida peroraba en el locutorio, subrayando todos aquellos títulos y todos aquellos “de” que ponía á los apellidos de sus amigos y conocidos, como para hacer más visible su propia nobleza, la señora Moronval Decostere le dijo timidamente:

—Mi marido quisiera pedir á usted una cosa, pero no se atreve.

—¡Oh! diga usted, diga usted... dijo la pobre tonta, con un tan vivísimo deseo de complacer, que al director le dieron ganas de formular en el acto su petición de dinero para publicar una Revista; pero demasiado desconfiado, prefirió conducirse prudentemente, llegar poquito á poco, “sondear,” como él decía, entornando sus ojos de tigre. Contentóse con rogar á la señora de Barancy que asistiese el domingo siguiente á una de sus sesiones públicas y literarias.

En el programa se llamaban “sesiones de lectura expresiva en alta voz, seguidas de recitado de trozos escogidos de nuestros mejores poetas y prosistas.” Inútil es añadir que, entre ellos, figuraban siempre, en primer término, D'Argenton y Moronval. En resumen: era aquel un medio que los bohemios habían encontrado para imponerse á un público cualquiera, tomando por intermediaria á la infatigable y expresiva señora Moronval-Decostere. Invitaban á algunos amigos, los encargados de los alumnos del colegio. Al principio, esas pequeñas fiestas se habían verificado cada ocho días;

pero después de la decadencia de Madú, se realizaban mucho más de tarde en tarde.

Porque por más que Moronval apagaba una bujía de los candelabros á cada persona que se despedía, lo cual dejaba casi á oscuras el final de la velada; por más que ponía á secar durante toda la semana el residuo de la tetera, en paquetitos pegados y negruzcos, con objeto de que sirviese en las veladas sucesivas, los gastos eran todavía demasiado crecidos para que los soportase el colegio. Ni siquiera se podía contar con la compensación de su reclamo, porque de noche, á la hora en que se celebraban las veladas, el Pasaje de las Doce Casas, con un farol encendido como un ojo único en la frente de un monstruo, no estaba nada á propósito para atraer á los transeuntes; los más atrevidos no pasaban nunca de la verja.

Ahora se trataba de dar nuevo esplendor á las veladas literarias.

La señora de Baraney aceptó la invitación con entusiasmo. La idea de figurar á título de cualquier cosa en casa de una mujer casada, y sobre todo de asistir á una reunión literaria, la halagaba extraordinariamente, como si fuera subir un escalón más alto de su rango y de su vida irregular.

¡Ah! fué una fiesta espléndida aquella sesión de lectura expresiva en alta voz, "primera de la nueva serie." Los más antiguos de los alumnos no recordaban una prodigalidad semejante.

Dos faroles de color fueron colocados en las acacias de la entrada; el vestíbulo adornado con una mariposa, y más de treinta bujías encendidas en el salón, tan barrido y enecrado por Madú para la fiesta, que aquella

iluminación extraordinaria se reflejaba, á falta de espejos, en el suelo, que añadía, á lo brillante de los espejos, todas sus cualidades resbaladizas y peligrosas.

Madú se había excedido. Y, á propósito, debió decir, que Moronval estaba muy perplejo acerca del papel que el negrito debía desempeñar en la velada.

¿Debía dejarlo de criado, ó sustituirle por un día sustituto y su difunto esplendor? Esto último era muy tentador. Pero entonces, ¿quién pasaría las bandejas, quién abriría la puerta á los invitados?

Madú, con su piel de color de ébano, era inapreciable; y además, ¿quién lo reemplazaría? Los otros alumnos tenían encargados en París que habían podido mirar con malos ojos aquel sistema de educación, y, por fin, acabaron por decir que la velada se privaría de la presencia y del prestigio de Su Alteza real.

A las ocho, los alumnos se colocaron en los bancos, y en medio de ellos, la cabellera rubia de Baraney resaltaba como una luz sobre el fondo oscuro de aquellos muchachos atezados.

Moronval había repartido una porción de invitaciones en los círculos artísticos y literarios, por lo menos en los que él frecuentaba; y de todos los rincones más excéntricos de París, los desheredados del arte, de la literatura, de la agricultura, mandaron numerosas representaciones.

Llegaban á bandadas, firmando procedentes de lo último de Montparnase ó de Ternes, en las imperiales de los ómnibus, raídos, oscurecidos y llenos de genio, sacados de las sombras, donde luchaban por el deseo de exhibirse, de recitar, de cantar algo para demostrarse á sí mismos, que todavía existían. Luego, una vez

respirada la bocanada de aire puro, entrevista la luz del cielo, confortados por un remedo de gloria, de éxito, volvían á sus guaridas con la fuerza necesaria para seguir vegetando.

Porque realmente era una raza vegetaliva, embrionaria, inacabada, bastante parecida á esos productos del fondo del mar que son seres sin movimiento y á los cuales no les falta más que el perfume para ser flores.

Había allí filósofos más grandes que Leibnitz, pero sordomudos de nacimiento que no podían producir más que los gestos de sus ideas y formular argumentos inarticulados. Pintores atormentados por el deseo de hacer algo notable, pero que colocaban de un modo tan singular una silla sobre sus patas, un árbol sobre sus raíces, que todos sus cuadros parecían vistas de temblores de tierra ó el interior de buques en un día de tempestad. Músicos inventores de instrumentos intermediarios; sabios como lo era el doctor Hirsch, de esos cerebros destornillados en los cuales hay de todo, pero en los que nada se encuentra, á causa del desorden, del polvo, y también porque todos los objetos allí están rotos, incompletos é inútiles para todo servicio.

Estos eran los tristes, los que inspiraban compasión; y si sus insensatas pretensiones, tan espesas como su cabellera; si su orgullo, sus mantas daban risa, había tanta miseria retratada en su pobre aspecto que, á pesar de todo, se sentía cierto enternecimiento ante el brillo febril de sus ojos, ebrio de ilusiones, ante sus fisonomías estragadas, en las cuales todos los ensueños perdidos, todas las esperanzas muertas, habían dejado sus huellas al caer.

Junto á esos estaban los que, encontrando que el arte

era demasiado duro, demasiado árido, demasiado infructuoso, pedían auxilio á extrañas profesiones, en desacuerdo con las preocupaciones de su espíritu: un poeta lírico que tenía una agencia de colocaciones para criados; un escultor, comisionista de vinos de Champagne; un violinista, empleado en la fábrica del gas.

Otros, menos dignos, se hacían mantener por sus mujeres, cuyo trabajo entretenía su genial pereza. Esas parejas asistían juntas, y los pobres compañeros de los desheredados, llevaban escrito en sus valerosos y macilentos rostros lo que cuesta el entretenimiento de un hombre de talento.

Orgullosas de acompañar á sus maridos, les sonreían como sonríen las madres, como diciendo: "¡Es obra mía!". . . Y, en efecto, tenían de qué estar orgullosas, porque, en general, todos aquellos caballeros tenían la cara de buen año.

Añadid á esa colección dos ó tres antiguallas literarias, fabulistas de salón, antiguos socios de ateneos, sociedades filotécnicas, y otros, siempre al acecho de tales veladas; luego comparsas, tipos vagos, un señor que no hablaba palabra, pero de quien decían que era un sabio, porque había leído á Proudhon; otro, presentado por Hirsch, á quien llamaban el "sobrino de Berzelius," no tenía más título de gloria que su parentesco con el ilustre sueco, y parecía un perfecto imbécil; un cian, iba á ser contratado en un teatro.

Finalmente, los habituales conensales de la casa, los tres profesores Labassindre, en traje de gala, que á cada momento hacía "¡beuh! ¡beuh!" para ver si estaba bien de voz, porque la necesitaria durante la velada, y

D'Argenton, el bello D'Argenton, peinado, rizado, untado de pomada, con guantes claros, genial, austero, pontifical.

De pie, á la entrada del salón, Moronval recibía á todo el mundo, daba apretones de mano distraído, muy inquieto al ver que iba haciéndose tarde y que la Condesa— así se llamaba á Ida de Baraney— no había llegado todavía.

Una especie de angustia se cernía sobre la concurrencia. Se hablaba en voz baja por todos los rincones mientras la gente se instalaba. La diminuta señora Moronval iba de grupo en grupo, diciendo con aire amable: "No empezaremos todavía... estamos esperando á la Condesa," y de sus labios expresivos, la palabra Condesa tomaba inflexiones extraordinarias de misterio, de solemnidad, de aristocracia. Y esto se escuchaba en seguida, y cada cual, en su deseo de parecer enterado, repetía: "Se espera á la Condesa..."

El armonium, abierto, sonriendo con todas sus teclas, como si éstas fueran una inmensa dentadura; los alumnos alineados contra la pared; la mesa adornada con un tapete verde, con un quinqué con pantalla, con una copa de agua azucarada, elevábase encima de una plataforma, siniestra y amenazadora, como el tablado de una guillotina al amanecer, y el señor Moronval crispado, dentro de su chaleco blanco, y la señora de Moronval-Decostere como, cuando soltera, colorada como un pavo por el calor de la recepción. Y Madú-Ghezo tiritando al lado de la puerta: todo, sí, todo esperaba á la Condesa.

Pero como no llegaba y hacía mucho frío, D'Argenton accedió á recitar su "Credo del amor," que todos

los concurrentes conocían, por haberlo oído cinco ó seis veces, cuando menos.

En pie, delante de la chimenea, con el cabello ceñado hacia atrás, la cabeza erguida, como si recitase aquellos versos para las vigas del techo, el poeta declamaba con voz tan enfática como vulgar, lo que él llamaba su poema, haciendo pausas después de cada efecto, para permitir que las exclamaciones admirativas se abriesen camino y llegaran hasta él.

Bien sabe Dios que los desheredados no son avaros de esa clase de aplausos.

— ¡Inaudito!.....

— ¡Sublime!.....

— ¡Abrumador!.....

— Hugo puro, pero más moderno!

Y este otro, más asombroso que los demás.

— ¡Goethe con corazón!

Sin turbarse, aguijoneado por las alabanzas, el poeta continuaba, con el brazo extendido, con el grito domador:

Y aunque el vulgo se ría de mi idea:

¡yo creo en el amor lo mismo que en Dios!

Ida entró.

El poeta lírico, siempre con la mirada puesta en el techo, no la vió siquiera. Pero ella sí lo vió, la infeliz, y desde aquel momento se acabó la vida para aquella mujer.

Jamás se le había aparecido más que con sobretodo, con sombrero, vestido para la calle y no para el Olimpo; pero allí, envuelto en la pálida luz de las bóvedas

color de ópalo, que hacían palidecer aún más el color de su tez, con frac negro, con guantes gris perla, y creyendo en el "amor como creía en Dios," le hizo efecto de fatalidad sobrehumana.

Respondía á todos sus deseos, á todos sus ensueños, á esa bestia sentimental que hay en el fondo de esas almas de mujer prostituida; á esa necesidad de aire puro y de ideal que parece un desquite de la vida que hacen; á esas aspiraciones vagas que se resumen para ellas en una palabra muy hermosa, pero que toma en sus labios la expresión vulgar y degradante que prestan á todo lo que dicen: "¡el artista!"

Si, desde aquel mismo momento le perteneció, y entró por completo en su corazón, tal como estaba allí, con sus cabellos armónicamente separados por la raya, el bigote rizado á fuego, el brazo extendido y tembloroso, y toda su hojarasca poética. No vió ni á su hijo Jack, que le hacía señas desesperadas, enviándole besos, ni á los Moronval inclinados hasta tocar casi con la frente en el suelo, ni todas aquellas miradas de curiosidad que se dirigían á ella, desconocida, joven, fresca, elegante, con su traje de terciopelo y su sombrerito de teatro blanco, rosa, abullonado, adornado con volantes de tul.

¡A él, sólo á él!

Mucho tiempo después había de recordar aquella impresión profunda, que nada pudo alterar en lo sucesivo, y volver á ver como entre sueños á su gran poeta en pie, tal como lo vió por vez primera en el salón de Moronval, que aquella noche le pareció inmenso, espléndido, resplandeciente, como si lo iluminaran mil bujías. ¡Ah! Por más que le dió todo género de penas, que la

humilló, la ofendió, destrozó su vida, y algo aún más precioso que su vida, no consiguió nunca borrar el resplandor vivísimo de aquel minuto.....

—Ya veis, señora, dijo Moronval con su más exquisita sonrisa, cómo preludivamos esperando á usted.... El señor vizconde Amaury D'Argenton, nos recitaba su magnífico poema "El credo del amor."

¿Vizconde?..... ¡Era Vizconde!

¡Todo lo tenía!

Ella se dirigió á él tímida, ruborizada, como una niña:

—Continúe usted, caballero; yo se lo ruego....

Pero D'Argenton no quiso. La llegada de la Condesa había interrumpido el efecto más bonito de su poema, un efecto seguro, y esas cosas no se perdonan. Se inclinó, y dijo con fría é irónica cortesía:

—He concluído, señora.

Y en seguida se mezcló en los grupos, sin ocuparse más de ella.

La pobre mujer sintió el corazón encogido, lleno de una vaga tristeza. Le había desagradado, y ya esta idea le era insoportable. Fueron necesarias las caricias de su hijo Jack, contentísimo de ver á su madre, orgulloso del éxito que acababa de tener, de las amabilidades de Moronval, el afecto de todos, el convencimiento de que era la reina de la fiesta, para borrar aquella pena delatada en ella por un mutismo de cinco minutos, lo cual era, para una naturaleza como la suya, muy extraordinario.

Cuando se hubo disipado la turbación de su llegada, cada cual tomó sitio para la sesión de lectura expresiva. La majestuosa Constanca, que había acompaña-

do á su señora, se instaló en el banco, cerca de los alumnos; Jack se apoyó en el sillón de su madre, en el sitio de preferencia, temiendo á su lado á Moronval, que acariciaba paternalmente su rizado cabello.

El público formaba ya una asamblea imponente, alineada en filas de sillas, como para una distribución de premios. La señora de Moronval tomó para sí la mesa, toda la plataforma, toda la claridad del quinqué, y empezó á leer un estudio etnográfico del señor Moronval, sobre las razas mongolas.

Aquello era largo, fastidioso y triste, una de esas lucubraciones que se leen en las Sociedades sabias, de tres á cinco, para mecer el sueño de los individuos de la mesa. La diablura es que con el método Moronval-Decostere, no se tenía ni el recurso de dormirse y oír tranquilamente aquella lluvia tibia y monótona. Había que escucharla á la fuerza: las palabras se le metían á uno en la cabeza como á tornillo, sílaba á sílaba, letra á letra, y las más difíciles le arañaban á uno al pasar.

Y lo que ponía el colmo á la fatiga producida por aquella audición, era la voz instructiva y aterradora de la señora de Moronval, en el pleno ejercicio de su método. Abría la boca en forma de O, la torcía, la alargaba, la retorcía. Y allá en los bancos, ocho bocas de niño hacían absolutamente la misma música, siguiendo al profesor en todas sus contorsiones fantásticas, y dando lo que el magnífico sistema llama "la configuración de las palabras." Aquellas ocho pequeñas mandíbulas silenciosas en movimiento, producían un efecto fantástico. La señorita Constanza estaba aterrada.

Pero la Condesa no veía nada de aquello. Miraba á

su poeta apoyado en el quicio de la puerta del salón, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada distraída.

Soñaba.

¡Cómo se veía que estaba lejos, que se iba, que volaba! Su erguida cabeza parecía estar escuchando una voz misteriosa.

De cuando en cuando su mirada descendía, bajaba á la tierra, pero sin dignarse fijarse. La infeliz seguía, esperaba, casi mendigaba aquella mirada errante; pero siempre en vano. Resbalaba indiferentemente sobre todo el mundo, excepto sobre ella. El sillón que Ida ocupaba parecía estar vacío para él, y la pobre mujer se hallaba tan desolada, tan turbada con aquella indiferencia, que olvidaba felicitar á Moronval por el brillante éxito de su estudio, la lectura del cual acababa de concluir, en medio de los aplausos y de la satisfacción universales.

Después de aquella lectura expresiva, vino la audición de un fragmento poético de D'Argenton, acompañado al armonium por Labassindre. Esta vez Ida escuchó — bien, puedo jurarlo, — y todos los perfles, todos los sentimentalismos de aquellos versos, le llegaron hasta el corazón, modulados por los acordes del instrumento. Allí estaba con la respiración fatigosa, fascinada, ahogada por aquella tromba de armonía.

— ¡Qué hermoso es! ¡Qué hermoso es! decía volviéndose hacia Moronval, que la escuchaba con una sonrisa bñiosa, como si le estuviese sabiendo á amargo.

— Presénteme usted al señor D'Argenton, dijo, en cuanto acabó la lectura. . . . ¡ Ah! caballero, es magnífico. ¡Feliz usted que tiene ese talento!

Hablaba á media voz, tartamudeando, buscando las palabras, ella tan charlatana y expansiva ordinariamente. El poeta se inclinaba con mucha frialdad, como si le fuera indiferente aquella muda admiración.

Entonces ella le preguntó dónde podían comprarse sus poesías.

—No se las puede comprar en ninguna parte, señora contestó D'Argenton, con aire solemne y ofendido.

Sin quererlo, había tocado el punto sensible de aquel orgullo, y otra vez el poeta se separaba de ella, sin haberla mirado siquiera.

Pero Moronval aprovechó la ocasión:

—¡Ay, señora! dijo; así está la literatura... Versos como esos no encuentran siquiera un edifor... El talento, el genio, quedan heridos, desconocidos, reducidos á brillar en un rincón.

Y en seguida añadió:

—¡Ah! ¡Si tuviéramos una Revista!

—Pues es preciso tenerla, dijo ella con viveza.

—Sí; pero el dinero....

—¡Oh! ya se encontrará el dinero.... Es imposible dejar en la obscuridad esas obras maestras.

Y la Condesa se sentía indignada y hablaba elocuentemente, ahora que el poeta no estaba ya allí.

—¡Vamos! ¡la cosa marcha!"... se dijo Moronval; y comprendiendo con su pérfida malicia el flaco de la dama, le habló de D'Argenton, se cuidó de pintarlo con esos colores románticos y sentimentales que á ella le gustaban.

Hizo de él un Lara moderno, un Manfredo, un carácter bellissimo, altivo, independiente, que no habian podido dominar las durezas del destino adverso. Trabaja-

ba para vivir, rehusando todo auxilio del gobierno.

"¡Oh! eso es"... decía Ida; y luego, atormentada de continuo por aquellos blasones que tenia metidos en la cabeza y que aplicaba á unos y á otros, viniera ó no viniera á cuento, preguntó:

—Es noble, ¿verdad?

—Muy noble, señora.... vizeconde D'Argenton, descendiente de una de las más antiguas familias de Auvernia.... Su padre, arruinado por un administrador desleal....

Y le contó una novela vulgar, con acompañamiento de amores desgraciados á una elevada dama, una historia de cartas entregadas al marido por una marquesa celosa. Ida no se cansaba de preguntar pormenores; y mientras los dos, acreando sus respectivos sillones, cuchicheaban, aquel de quien estaban hablando, parecía no enterarse de aquel manejo, y Jack, preocupado de ver á su madre tan distraída, se ganó dos ó tres frases de impaciencia: "Jack, estate quieto.... Jack, eres insoportable"... que al fin le hicieron retirarse á un rincón haciendo pucheros, y con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Entretanto, la velada continuaba.

Ahora era uno de los alumnos, un chiquillo del Senegal, negro como un dátíl curado, el que acababa de recitar desde la plataforma una poesía de Lamartine: "Oración del niño, al despertar" poesía que él pronunciaba de tal manera, que demostraba hasta la evidencia que la naturaleza se ríe de todos los métodos, hasta del método Moronval Decostere.

Luego, el cantante Labassindre, después de hacerse rogar mucho, se decidió á "dar su nota," como él decía.

La tanteaba primero dos ó tres veces, luego la soltaba sin andarse con miramientos, tan profunda, tan retumbante, que los cristales del salón y sus paredes de cartón-piedra, temblaron, y desde el fondo de la cocina, donde se hallaba preparando el té Madú-Ghezo, entusiasmado, contestó con un espantoso grito de guerra.

— ¡A Madú le gustaba el ruido!

Hubo también incidentes cómicos. En medio del más profundo silencio, mientras un extraño fabulista que se había impuesto la tarea — lo confesaba ingenuamente — de rehacer las fábulas de La Fontaine, recitaba "El derviche y el cántaro de harina," paráfrasis de "Pierrette y la lechera," surgió un altercado ruidoso entre el sobrino de Berzelius y el hombre que había leído á Proudhon. Hubo palabras fuertes y hasta bofetadas; y en medio de la riña, á Madú le costaba mucho trabajo tener la bandeja de pasteles y jarabes que paseaba por delante de los avariciosos ojos de los muchachos, á los cuales estaba prohibido darles nada. Dos ó tres veces, sin embargo, durante la velada, les distribuyeron un poco de "zarza-rosa."

Moronval y la Condesa siguieron conferenciando, y el hermoso D'Argenton, que acabó por advertir la atención de que era objeto, hablaba enfrente de ellos muy alto, con frases y gestos de relumbrón, á fin de que lo vieran y lo oyesen.

Parecía muy enfadado. ¿Contra quién?

Contra nadie y contra todo el mundo.

Perteneía á esa raza de seres amargados, desilusionados, que parecen haber vuelto de todas partes sin haber ido nunca á ninguna; los cuales declaman contra la sociedad, contra las costumbres y los gustos de su

época, cuidando siempre de ponerse fuera de la corrupción universal.

En aquel momento había cogido por su cuenta al fabulista, pacífico empleado de un ministerio, y le decía con tono de odio, despreciativo, amenazador:

— ¡Calle usted! . . . Lo conozco . . . Usted es de los podridos. . . Tiene usted todos los vicios del siglo último.

El fabulista bajaba la cabeza, anonadado, convencido.

— ¿Qué habéis hecho vosotros del honor? . . . ¿Qué del amor? Y vuestras obras, ¿dónde están? ¡Buenas están vuestras obras!

Aquí el fabulista se rebeló.

— ¡Ah! permítame usted . . .

Pero el otro no permitía nada; y, además, ¿qué podía importarle á él lo que pensaba el fabulista? Le hablaba por encima del hombro, apuntando más lejos y más alto de lo que él estaba. Habría querido que Francia entera hubiese estado allí para poder oirlo, y él le hubiese dicho todo lo que se merecía. Ya no creía en Francia . . . país quemado, perdido, arrastrado, del cual no se podría sacar partido alguno en punto á ideas, ni en punto á fe. El se encontraba decidido á no vivir más en ese dichoso país; á marcharse, á expatriarse en América.

Y mientras hablaba, el poeta adoptaba posturas irresistibles. Y es que adivinaba vagamente, sin verla, que había una mirada de admiración fija en él. Experimentaba esa sensación que se vota por la noche en el campo, cuando la luna saliente surge de pronto á la espalda de uno, le magnetiza con su luz y le obliga á volver

la cara hacia su rostro silencioso. Positivamente, aquellos dos ojos de mujer fijos en él, lo iluminaban de cierta aureola. Parecía hermoso, á fuerza de desear serlo.

Poco á poco se fué haciendo el silencio en todo el salón en torno de aquella voz sólemne que demandaba la atención general. Ida de Barancy era la que se hallaba más recogida.

Aquel destierro voluntario á la América, hábilmente insinuado en el discurso, le había helado el corazón. En un minuto, las treinta bujías del salón de Moronval se habían apagado, para dejar paso al duelo de sus pensamientos. Lo que acabó de consternarla fué que, una vez resuelta la marcha, el poeta, antes de embarcarse, formuló una vigorosa diatriba contra las mujeres francesas, contra su ligereza, su corrupción, y la frivolidad de su sonrisa y la venalidad de sus amores.

Ya no hablaba, tronaba, apoyado en la chimenea, con el rostro vuelto hacia la gente, y no escaseando ni la voz ni las palabras.

La pobre Condessa, tan preocupada de él, pues no podía creer que ella le fuese indiferente, creyó comprender á quién se dirigía.

—Sabe quién soy, se decía; y bajaba la cabeza bajo el peso de aquellas maldiciones.

Por todas partes circulaban murmullos de admiración:

—¡Qué verbosidad! ¡Jamás ha estado tan hermoso!

—¡Qué genio! decía Moronval en voz alta, y añadía para sus adentros: “¡Qué farsante!”

Pero Ida no tenía necesidad de tales excitaciones. El efecto estaba producido.

Amaba.

Para el doctor Hirsch, que tan en busca andaba siempre de rarezas patológicas, era aquel un caso de combustión instantánea, muy curioso y digno de ser observado. Pero el doctor Hirsch ocupábase en aquel momento en otra cosa muy diferente. Procuraba arreglar, ó mejor dicho, envenenar la cuestión entre el sobrino de Berzelius y el hombre que había leído á Proudhon. Labassindre andaba también mezclado en el asunto, y todo se volvía cuchienco, gestos desesperados, idas y venidas, toda una gestión conciliadora para lograr que se batieran dos mozos que maldita la gana que tenían de tal cosa. Por lo demás, nadie se cuidaba de aquello, porque tales cuestiones eran muy frecuentes en las veladas literarias del colegio Moronval, y se arreglaban siempre, precisamente en el momento de adquirir mayor gravedad. Pero en general, marcaban el término de aquellas pequeñas reuniones, durante las cuales, cada desheredado se había detenido al lado de la chimenea ó junto al armónium, el tiempo preciso para revelar su talento.

Ya hacía una hora que la señora de Moronval había tenido la caridad de mandar á la cama á Jack y á los dos ó tres alumnos más pequeños. Los que aún estaban levantados bostezaban, entornaban los ojos, hipnotizados por lo que acababan de ver y de oír.

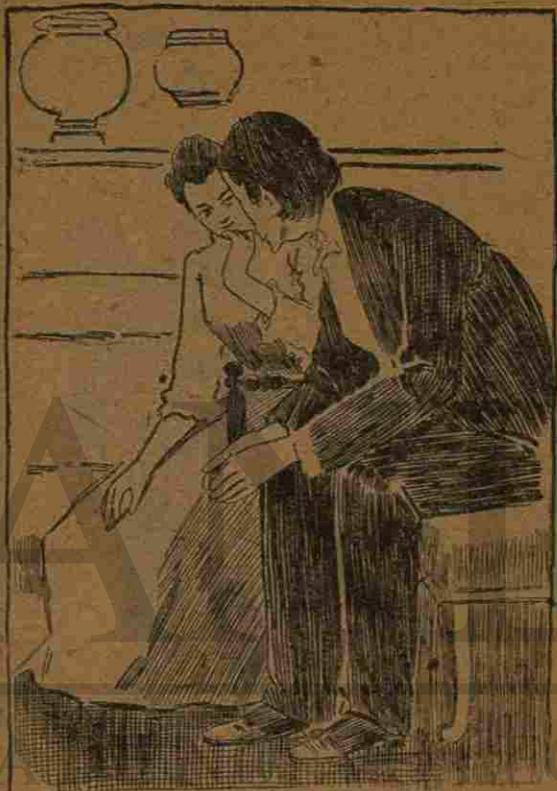
Disolvióse la sesión.

Los faroles de papel, destrozados por el viento, se balanceaban todavía en la puerta del jardín. El pasaje estaba siniestro: todas sus casas dormidas, y ni siquiera el monótono pasear de un agente de la autoridad animaba el cuadro. Pero entre aquellos grupos bullangueros que se alejaban, hablando alto, tarareando, de-

clamando, discutiendo, no había nadie que parase mientes ni en el frío de la noche ni en la neblina húmeda que estaba cayendo.

Al llegar á la calle, echaron de ver que había pasado la hora de los omnibus. Todos aquellos pobres diablos tomaron valerosamente su resolución. Las ilusiones doradas iluminaban y acortaban su camino, la ilusión les daba calor, y espavidos por aquel país desierto, cada cual volvió valerosamente á las miserias obscuras de la vida.

¡El arte es tan gran hechicero! Crea un sol que, como el otro, sale para todos; y los que se acercan á él, aun los pobres, aun los feos, aun los grotescos, se llevan un poco de su calor y de su resplandor. Ese fuego del cielo que los desheredados conservan en el fondo de sus pupilas, les hace algunas veces temibles y casi siempre ridículos; pero su existencia, gracias á él, tiene una serenidad grandiosa, un desprecio á lo malo y una virtud para sufrir, que las demás miserias no conocen.



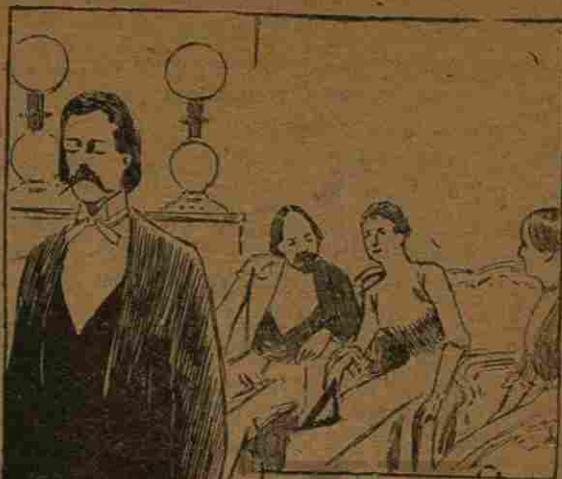
Y se comunicaban muy lindos proyectos. ®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NEUQUÉN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V

Consecuencias de una lectura en el Colegio de Moronval

Al día siguiente, el matrimonio Morouval recibía de la señora de Buraney una invitación para el lunes próximo. Al pie de la carta había una postalita expresando el placer que se tendría en recibir con ellos al señor D'Argenton.

—Yo no voy... dijo el poeta muy secamente, cuando Moronval le dio cuenta de la esquila coquetona y perfumada.

Entonces el mulato se enfadó. Lo que hacía Argenton no era propio de un buen compañero. ¿Qué le importaba aceptar aquella invitación?

—No como en casa de esas mujeres.

—En primer lugar, dijo Moronval, la señora de Barancy no es lo que tú crees. Y además, por los amigos bien pueden sacrificarse algunos escrúpulos: sabes que tengo necesidad de la Condesa; que la idea de mi Revista colonial no le ha parecido mal, y tú haces todo lo que puedes para echar á perder el negocio. La verdad es que eso no está bien.

D'Argenton, después de hacerse de rogar mucho, acabó por aceptar.

Al lunes siguiente, los señores de Moronval dejaron el colegio al cuidado del doctor Harsch, y se dirigieron al hotelito del boulevard Haussmann, donde el poeta debía reunirse con ellos.

La comida estaba anunciada para las siete. D'Argenton no se presentó hasta las siete y media, y ya suponéis que, durante aquella media hora, no pudo Moronval hablar de su gran proyecto.

¡Estaba Ida tan inquieta!

—¿Creen ustedes que vendrá?... ¡Con tal que no esté enfermo!... ¡Parece tan delicado!

Por fin llegó, fatal y rizado; se excusó ligeramente con sus muchas ocupaciones, siempre muy reservado, pero menos desdeñoso que de costumbre.

El hotel le había impresionado.

El barrio, entonces enteramente nuevo; aquel lujo de plantas y de flores, que comenzaba en la escalera, adornada de plantas verdes, y acababa en el gabinetito de Ida, perfumado de lilas blancas; el salón con un

techo magnífico, pintado en el centro y rodeado por un artesonado dorado; los muebles negros, capitonados, y el balcón en el final; el polvo del boulevard revoloteaba mezclado al yeso de las obras vecinas, todo debía de entusiasmar á aquel habitante del Gimnasio Moronval y darle una impresión lujosa y de buena vida.

El aspecto de la mesa puesta, la facha imponente de Agustín, el adorador del sol, y todas esas menudencias del servicio, que dan bonitos reflejos á los malos vinos y gusto á los platos más ordinarios, acabaron de volverle el juicio. Sin mostrarse tan asombrado ni tan adúlador como Moronval, que lanzaba exclamaciones y alababa con imprudencia las vanidades de la Condesa, el incorruptible D'Argenton se dulcificó poco á poco y se dignó sonreír y hablar.

Era un hablador infatigable, con tal que se tratara de él y que no le interrumpieran nunca una vez comenzado un periodo, porque su imaginación caprichosa era fácil de distraer. Usaba un tono sentencioso, autoritario para los más triviales argumentos, y cierta monotonía que dependía de aquel eterno: ¡Yo, lo mío... yo, lo mío! con el cual empezaba todas sus frases. Ante todo, le importaba dominar á su auditorio, comprender que lo escuchaba.

Desgraciadamente, el saber escuchar era una virtud superior á las fuerzas de la Condesa, y esto produjo durante la comida algunos incidentes desagradables. D'Argenton gustaba mucho de repetir las palabras que había pronunciado en ciertos sitios, dirigidas á personajes conocidos, redactores de periódicos, editores, directores de teatro que no habían querido nunca aceptar sus obras ni imprimir su prosa y sus versos. Eran pala-

bras terribles, emponzoñadas, que quemaban, que levantaban ampollas.

Pero con la señora de Baraney no podía llegar jamás á esas palabras famosas, precedidas generalmente de toda una explicación preliminar. Cuando llegaba el momento patético de la historia, y cuando, con voz solemne, empezaba á decir: "Entonces yo solté esta frase cruel".....

Precisamente en aquel momento, la pobre Ida se lanzó en medio de su frase, siempre ocupada de él, es verdad, pero de una manera desastrosa para el discurso.

— Oh, señor D'Argenton! tome un poco de este helado.

— Gracias, señora!

Y el poeta, frunció el entrecejo, y repitió, redoblando su tono de autoridad:

— Entonces le dije.

— No le ha gustado á usted? preguntaba la otra con candidez.

— Excelente, señora. "esta frase cruel".

Pero la frase cruel tan retrasada no producía efecto; más, cuanto que ordinariamente eran cosas como esta: "A buen entendedor" ó "Caballero, ya nos veremos." Después de lo cual, D'Argenton no dejaba nunca de añadir: "Y se enfadaba."

Ante la mirada severa que le lanzaba el poeta interrumpido, Ida se desesperaba: "¿Qué tiene? ¿Lo he vuelto á disgustar?"

Dos ó tres veces durante la comida, tuvo muchas ganas de llorar, lo cual disimulaba como Dios le daba á entender, diciendo á la señora de Moronval con amabilidad: "Coma usted. ¿Pero no come usted?" y al

señor Moronval: "¿No bebe usted nada?" Lo cual era un gran embuste, porque la inventora del método De-costere le hacía funcionar sus mandíbulas más activamente todavía que las noches de lectura expresiva, y su apetito no tenía más rival que la sed infatigable del tal Moronval.

Cuando acabó la comida y pasaron al salón, muy caldeado, muy alumbrado, y al cual el café daba cierto perfume de intimidad, el mulato, que atisbaba su presa hacia dos horas, juzgó favorable el momento, y dijo de pronto con aire negligente á la Condesa:

— He pensado mucho en nuestro negocio. Habrá que gastar menos de lo que yo había pensado.

— ¡Ah! dijo ella, con aire distraído.

— Sí, por cierto. Y si nuestra bella directora quisiera concederme algunos minutos de conversación sería.

"Directora" era un golpe de audacia, una salida de ingenio, pero enteramente perdida, porque la "directora" no lo escuchaba. Seguía con la vista á su poeta, que se paseaba por el salón silencioso, preocupado.

— "¿En qué pensará?" se decía ella.

Estaba digiriendo.

Ligeramente atacado de gastralgia, y siempre muy cuidadoso de su salud, jamás dejaba, al levantarse de la mesa, de pasear durante un cuarto de hora á grandes pasos, donquiera que estuviese. En cualquier otro, aquéllo podía ser ridículo, en él era una sublimidad más; y en lugar de escuchar á Moronval, Ida contemplaba, al hundirse en las sombras del rincón de la sala y volver luego á la luz de las lámparas, aquella frente encorvada, cruzada por una arruga austera.

Por la primera vez en su vida amaba en realidad, apasionadamente, y sentía latir su corazón con esos latidos que á ningunos se parecen. Hasta entonces, se había entregado siempre al azar de su vida, al capricho de su vanidad, y las relaciones más ó menos largas que había tenido, se ataron y desataron sin que su voluntad interviniese en ello.

Bastante tonta é ignorante, de un espíritu crédulo y romántico, muy próxima ya á los funestos treinta años que son siempre en la mujer principio de una transformación cualquiera, recurría ahora á todas las novelas que había leído, para crearse un ideal que se pareciera á D'Argenton. Su fisonomía se metamorfoseaba tan bien al mirarlo, sus ojos alegres se volvían tan tiernos y su sonrisa tan lánguida, que su pasión no podía ya ser un misterio para nadie.

Moronval, al verla así absorta y temerosa, dirigió á su mujer un ligero movimiento de hombros, que significaba:

“Está loca.”

Y lo estaba, en efecto; y después de comer, atormentaba su espíritu buscando un medio de volver á entrar en su gracia. Al fin lo encontró; y cuando el poeta llegaba cerca de ella, en uno de esos paseos de pantera enjaulada:

—Si el señor D'Argenton fuese tan amable que nos recitara aquel poema delicioso que obtuvo tan gran éxito la otra noche en el colegio... He pensado en él toda la semana... Un verso, sobre todo, me persigue... “Yo, yo creo”... ¿Cómo es?... ¡Ah!...

Yo creo en el amor, como creo en el buen Dios,

—¡En Dios! dijo el poeta haciendo un gesto horrible, como si se hubiera cogido los dedos con una puerta.

La condesa, que no era muy fuerte en prosodia, no comprendió más que una cosa, y fué que lo había vuelto á disgustar. El hecho es que empezaba á causarle esa impresión asustadiza, de la cual no pudo jamás defenderse, y que hacía parecerse su amor por él á ese culto de miedo que los japoneses rinden á sus feroces ídolos. Delante de él parecía más tonta de lo que realmente era, y hasta perdía el atractivo de pajarillo, aquella movilidad de pensamiento y de expresión, con la cual su limitado talento podía agradar por su constante variedad.

Sin embargo, el ídolo se humanizó; y para demostrar á la señora de Barancy que no le guardaba rencor por haber destrozado su verso, D'Argenton suspendió por un momento su ejercicio higiénico:

—Tengo mucho gusto en recitar algo... Pero, ¿qué? Verdaderamente no me acuerdo de nada.

Se volvió hacia Moronval con ese movimiento tan querido de todos los poetas, que en general no piden un consejo más que con la firme resolución de no seguirlo:

—¿Qué recito?

—Puesto—respondió el otro con tono enfarrusado,—puesto que te piden “credo,” recita el “credo”.

—¿De veras? ¿Quiere usted?

—¡Oh! Sí, señor; me hará usted muy feliz, contestó la Condesa.

—¡Bah!... dijo D'Argenton muy naturalmente y muy apuesto, con la mirada alta, y se quedó un momento pensativo y empezó de este modo:

A una que me ha hecho mucho daño. . . .

Al ver el asombro de Ida, que esperaba otra cosa, continuó con voz más solemne todavía:

A una que me ha hecho mucho daño. . . .

La Condesa y Moronval cruzaron una mirada significativa. Sin duda, se trataba de la elevada dama de quien le había hablado.

El fragmento comenzaba dulcemente:

¡Señora, váis prendida con un gusto! . . .

Luego, el pensamiento empezaba á ponerse sombrío, pasaba de la ironía á la amargura, de la amargura al furor, y terminaba con estos versos terribles:

Señor, libradme de esta dama horrible.
Que se hobe la sangre de mis venas.

Como si aquella poesía singular hubiese traído á su memoria recuerdos penosos, D'Argenton no volvió á hablar una palabra en toda la noche. La pobre Ida también estaba pensativa. Pensaba en aquellas aristocráticas damas que tanto daño habían hecho á su poeta; y parecía estar viendo allá, en algún salón aristocrático del barrio de San Germán, en la cual damas-vampiros se habían bebido toda su sangre sin dejar ni una sola gota para ella. . . .

—Sabes, chico, decía Moronval al pasar cogido del brazo de Argenton por los desiertos boulevares, mien-

trás la señora de Moronval los seguía trabajosamente. Sabes, que si al fin hago la Revista, te tomo de redactor-jefe.

Así tiraba al mar la mitad del cargamento para tratar de salvar el buque, porque veía perfectamente que si D'Argenton no andaba en el asunto, no se podrían conseguir de la Condesa más que palabras vagas y promesas, pero nada serio.

El poeta no contestaba. ¡Para ocuparse en la Revista estaba él!

Aquella mujer lo turbaba. No se ejerce la profesión de poeta lírico, mártir del amor, sin que lo conmuevan esas adoraciones mudas que halagan al mismo tiempo dos amores propios: el del literato y el del hombre afortunado con las mujeres. Desde que había visto á Ida rodeada de galante lujo, un poco vulgar como ella, pero impregnado de un gran bienestar, sentíase invadido por yo no sé qué languidez amorosa, que derretía la rigidez de sus principios.

Amaury D'Argenton pertenecía á una de esas antiguas familias provincianas, cuyas moradas parecen grandes granjas, menos en el aspecto de riqueza. Arruinados desde hacia tres generaciones, los D'Argenton, después de haber pasado entre aquellas viejas paredes toda especie de privaciones, una vida campesina de aristócratas cazadores y labradores, habían tenido que vender aquella única propiedad, abandonar el país y venirse á París á buscar fortuna.

Luego, había caído tan bajo en la miseria y en las desgracias comerciales, que hacia más de treinta años que no usaba ya el "de" delante de su apellido. Al lanzarse á la literatura, Amaury recobró el "de" y el tí-

tulo de vizconde, al cual tenía derecho. Esperaba poderlo ilustrar, y en el fervor de ambición de los comerciantes, pronunció esta frase imprudente: "Quiero que algún día se diga el vizconde de Arganton, como se dice el vizconde de Chateaubriand.

—Y el vizconde D'Arincourt... contestó Labassin-dre que, en su calidad de antiguo obrero convertido en cantante, detestaba cordialmente á la Condesa.

El poeta tuvo una infancia desgraciada y pobre, sin alegría y sin luz. Rodeado de cuidados y de lágrimas, de preocupaciones de dinero que tanto echó á perder á los niños, no había jugado ni sonreído nunca. Una plaza en el colegio de Luis el Grande, facilitó sus estudios, que tuvo el valor de seguir hasta el final; continuó aquella posición precaria convertida en dependiente. Por toda distracción tenía el pasar las vacaciones y los días de salida en casa de una hermana de su madre, excelente mujer, que tenía una casa de huéspedes en el barrio del Marais, y que le producía para comprarle guantes de cuando en cuando, porque el traje fué siempre una de sus mayores preocupaciones.

Esas infancias tan tristes, hacen los caracteres amargos. Se necesita mucha felicidad en la vida, muchas prosperidades para borrar la impresión de esos primeros años; y se ven hombres ricos, felices y poderosos, en elevada posición, que parece no disfrutan nunca de la fortuna; de tal modo, conservan sus labios las huellas de las antiguas decepciones, y su aspecto, la timidez que dan á los cuerpos jóvenes y nuevos las leyitas viejas y raídas, achicadas de las de los padres.

La sonrisa amarga de D'Argenton tenía su razón de ser.

A los veintisiete años aún no había conseguido más que publicar por su cuenta un tomo de poesías humanitarias, que lo había tenido á pan y agua durante seis meses, y del cual nadie habló una palabra. Sin embargo, trabajaba mucho; tenía fe y voluntad, cosas perdidas para la poesía; á la cual sólo se le piden alas. Y D'Argenton no las tenía. Sentía, tal vez, en el sitio que debían ocupar, esa inquietud que produce la ausencia de un miembro, pero nada más; y perdía el tiempo y el trabajo en esfuerzos inútiles é infructuosos.

Las lecciones que daba para vivir, le permitían esperar, á fuerza de privaciones, el último día de cada mes, fecha en la cual, su tía, retirada en un pueblo, le mandaba una pensión. Todo esto se parecía muy poco al ideal que se formaba Ida, de esa vida disipada de poeta á la moda, llena de éxitos y de intrigas en todos los salones aristocráticos.

De un carácter orgulloso y frío, el poeta había huido hasta entonces toda clase de relaciones serias. Y las ocasiones de tenerlas, sin embargo, no le faltaban.

Sabido es que siempre hay mujeres para amar á esos seres y para morder en su "Creo en Dios," como el pez muerde el anzuelo. Pero para D'Argenton, las mujeres no habían sido nunca más que un obstáculo, una pérdida de tiempo. Su admiración le bastaba; se colocaba á propósito más alto, en las esferas donde uno se cieme, rodeado de adulaciones, á las cuales no se dignaba con-
testar.

Ida de Barancy era la primera que verdaderamente le había causado impresión. Ella no lo sospechaba; y cada vez que atraída hacia el colegio, más á menudo de lo que era necesario para ver á su hijo Jack, se encon-

traba con D'Argenton, pedía gracia con la misma humilde actitud, con la misma voz tímida.

El poeta, por su parte, aun después de su visita al boulevard Haussmann, continuó representando su comedia de indiferencia; pero esto no le impedía mimar al niño en secreto, atraérselo, hacerle hablar de su madre, de aquella casa cuya elegancia lo había seducido, indignándolo, por una mezcla de vanidad y de celos.

¡Cuántas veces en clase de literatura—qué literatura les interesaría á aquellos chiquillos de "países cálidos;"—cuántas veces llamaba á Jack cerca de su mesa para preguntarle... cómo estaba su madre, qué hacía, qué había dicho!

Jack, muy halagado, daba todas las noticias que le pedían, y hasta las que no le pedían. Así fué que introducía siempre el pensamiento del "Buen Amigo" en sus conversaciones íntimas; pensamientos que perseguían á D'Argenton, el cual procuraba rechazarlos, y que aquel angelito, con su vocecilla cariñosa, le recordaba sin cesar, implacablemente: "El Buen Amigo" era tan bueno, tan complaciente... Iba á menudo á verlos; oh! pero muy á menudo; y cuando no iba, enviaba cestos llenos de fruta, de peras magníficas y de juguetes para Jack... Así es que Jack le quería con toda su alma.

—¡Y sin duda, tu mamá también lo querrá mucho! decía D'Argenton, escribiendo ó haciendo como que escribía.

—¡Oh, sí señor! contestaba Jack con candidez.

¿Era bien seguro que hablaba con candidez? El alma de los niños es un abismo, y nunca se sabe hasta qué punto tienen noción de lo que nos dicen. En esa germinación misteriosa que se verifica continuamente en

ellos, de sentimientos y de ideas, hay nacimientos súbitos, los cuales no podemos conocer por ninguna señal exterior; fragmentos de comprensión que llegan á formar un conjunto, unidos entre sí por hilos de los cuales el niño se apodera repentinamente.

¿Eran fragmentos de ese género los que habían hecho comprender á Jack la rabia y la decepción de su profesor, cada vez que le hablaba del "Buen Amigo?" El caso es que insistía mucho. Ni le gustaba D'Argenton. A la repulsión de los primeros días uníase ahora cierto sentimiento de envidia. Su madre se ocupaba demasiado de aquel hombre. Durante los días de vacaciones ó de visita, le hacía toda clase de preguntas acerca de su profesor, si era bueno con él, si le había dicho algo de ella.

—Nada, contestaba Jack.

Y, sin embargo, el poeta no dejaba nunca de encargarle que saludase á la Condesa. Una vez hasta le dió una copia del "Credo del amor;" pero Jack la olvidó primero, luego la perdió, medio por aturdimiento, medio por malicia.

Así es que, mientras aquellas dos naturalezas semejantes se atraían mutuamente por todos los polos imitados y contrarios, el niño se sostenía entre ellas dos, desconfiado, alerta, como si sospechara ya que iba á ser cogido, estrujado, ahogado en el choque violento y previsto de su primer encuentro.

Cada quince días, los jueves, Jack salía y se quedaba á comer en casa de su madre, á veces solo con ella, á veces con su "Buen Amigo." Esos días lo llevaban al concierto, al teatro. Repicaban gordo para él y para todos

los alumnos, porque volvía siempre de esas excursiones á casa de su madre, con los bolsillos llenos.

Un jueves, al llegar á su casa á la hora de costumbre, Jack vió en el comedor tres cubiertos puestas en la mesa, que se hallaba muy adornada con cristal y con flores. "¡Oh, qué alegría!... se dijo al entrar. "Buen Amigo" está aquí."

Su madre salió á recibirlo, hermosísima, muy engalanada, con el pelo adornado con lilas blancas, parecidas á las que adornaban la mesa. Un fuego magnífico y confortable ardía en la chimenea del salón, adonde se lo llevó riendo.

—Adivina quién está aquí.

¡Oh! me lo figuro, dijo Jack muy contento. . . . ¡Está mi "Buen Amigo!"

Porque tenían costumbre de hacer esas cosas cuando él llegaba los jueves.

Era D'Argenton.

Más pálido, más grave aún que de ordinario, se hallaba en el sofá, de frac y corbata blanca, con una pechera muy almohonada, que le daba un aire imponente.

El enemigo estaba en su sitio. La decepción del niño fué tan grande, que le costó Dios y ayuda el contener sus lágrimas.

Hubo un momento de embarazo y de silencio.

Por fortuna, la puerta se abrió ruidosamente, violentamente, como si una horda de salvajes se hubiese abalanzado á ella, y Agustín anunció con voz de trueno: "La señora está servida."

La comida pareció triste y larga al pequeñuelo. Estorbaba y le estorbaban. ¡No habéis sentido nunca ese aislamiento que le da á uno ganas de desaparecer, de

irse, á fuerza de sentirse inútil é importuno? Cuando Jack hablaba, no le hacían caso. Y en cuanto á comprender lo que decían los otros, era inútil que lo pretendiera.

Todo eran esas medias palabras, esos giros de frases enigmáticas que se emplean para hablar de modo que los niños no se enteren de lo que se dice. A veces veía que su madre se echaba á reír, y luego que se ponía colorada, y bebía para que no lo notaran.

"¡Oh, no, no!" decía ella. Y luego, esos "Quién sabe. . . . Tal vez. . . . ¿De veras?" y otra porción de frasecillas que parecían no ser nada, y que, sin embargo, la hacían reír mucho. ¿Qué se habían hecho aquellas agradables comidas, en las cuales Jack, sentado entre su madre y su "Buen Amigo" era el verdadero rey de la mesa, y manejaba á su antojo la risa y las preocupaciones de los comensales? Repentinamente se le vino á la memoria ese recuerdo con una frase desdichada. La señora D'Argenton acababa de ofrecer una pera á D'Argenton, que se extrañaba ante la buena cara de aquella fruta.

—Las mandan de Tours. . . . dijo Jack, con malicia ó sin ella. . . . Nos las envía "Buen Amigo."

D'Argenton, que estaba mondando la pera, la dejó en el plato con un movimiento en el cual se traslucía, á un tiempo mismo, el despecho de no tomarse una cosa que le gustaba, y el profundo desprecio que le inspiraba su rival.

¡Oh! ¡Qué mirada tan terrible de la madre al niño! ¡Jamás lo había mirado de aquel modo!

Jack no se atrevió ni á moverse ni á hablar más; y

durante la velada, continuó aquella impresión de la comida.

Sentados uno junto á otro, delante de la chimenea, D'Argenton é Ida se habían puesto á hablar en voz baja en ese tono confidencial, que por sí solo constituye una intimidad. El relataba su vida, su infancia nerviosa y enfermiza, encerrada en un antiguo castillo perdido en medio de una montaña. Pintaba las almenas, los torreones y los enormes corredores, por donde mugía el viento; después sus luchas artísticas, sus primeros trabajos, los obstáculos con que tropezaba su talento continuamente, y todas las bajezas que había visto.

Hablaba de persecuciones encarnizadas, de las cuales era víctima; de sus triunfos literarios, de los terribles epigramas que le habían dedicado:

—¡Entonces le dirigí esta frase cruel!

Aquella noche Ida no le interrumpía. Escuchaba, inclinada hacia él, con la cabeza apoyada en el codo, sonriente, como en éxtasis. Y tan prisionero estaba su pensamiento, que cuando él callaba, ella seguía escuchando, y no se oía en el salón más que el tic-tac del reloj y el roce de las hojas de un álbum que Jack, aburrido y soñoliento, hojeaba por hacer algo.

De pronto, ella se levantó temblorosa:

—Vamos, Jack, hijo mío, llama á Constancia para que te lleve al colegio. Ya es hora....

—¡Oh, mamá!

No se atrevió á decir que otros días estaba allí hasta más tarde; temía afligir á la madre, y sobre todo, encontrar en sus preciosos ojos claros, de ordinario tan cariñosos, la expresión de enfado que lo consternara poco antes.

Ella le premió su docilidad, besándolo con singular expansión.

—Buenas noches, hijo... dijo D'Argenton, más solemne que nunca; y atrajo al pequeño como para darle un beso. Este presentó su frente de niño rubio:

—Buenas noches, señor.

Pero el poeta lo rechazó, como á impulsos de un movimiento invencible y repulsivo, parecido al que había tenido en la comida, cuando dejó la pera que había empezado á morder.

Y, sin embargo, aquel niño no era un regalo de "Buen Amigo."

—No puedo... no puedo... murmuró, dejándose caer nuevamente en la butaquieta, enjugándose la frente.

Jack, estupefacto, miraba á su madre, como diciendo: "¿Qué le he hecho yo?"

—Anda, Jack, hijo mío... Llévasele usted Constancia.

Y mientras la señora de Barancy se acercaba á su poeta para procurar apaciguarlo, el niño se volvió con el corazón lacerado, al colegio de Moronval; y en el jardín obscuro más triste aún por las tristezas del regreso al colegio, en el glacial dormitorio, al pensar en el profesor tan cómodamente instalado allá en el sofá del salón entre luz y flores, declinase con envidia: "¡Qué feliz es él!"... ¿Hasta qué hora estará allí?...

En la exclamación de D'Argenton de "¡no puedo!" y en su repugnancia de dar un beso á Jack, había ciertamente algo del fingimiento y el énfasis propios de aquel carácter declamatorio; pero en el fondo algo también de un sentimiento real y sincero.

Tenía celos del niño, como el niño los tenía de él.

En su concepto, aquél representaba todo el pasado de Ida, la fuerza viviente, y bien viviente, de que otros la habían amado antes que él y su orgullo se resentía.

No precisamente porque estuviere enamorado de la Condesa. Más bien podría decirse que él se amaba á sí mismo en ella, y que al ver en aquellos ojos límpidos y cándidos su imagen reflejada, se detenía completamente ante ellos, con la sonrisa egoísta que dirige la mujer al espejo que la hace bonita. Pero D'Argenton habría deseado que el espejo no estuviere empañado por el aliento de nadie, que no hubiera reproducido nunca más que su figura, en vez de conservar, en la sombra del pasado, el recuerdo ofensivo de otras muchas imágenes.

Esto era irremediable. La pobre Ida no podía evitarlo, sino lamentarlo, como lo lamentaba, y decir sinceramente: "¿Por qué no te he conocido antes?" Lo cual no es bastante para calmar las torturas de los singulares celos retrospectivos, sobre todo cuando se hallan alimentados por un orgullo extraordinario.

"Debiera haberme presentado," pensaba D'Argenton; y de ahí procedía la sorda cólera que sólo ver al niño excitaba en él.

Ella, sin embargo, no podía renegar ni abandonar aquel fruto de sus amores pasados. Pero poco á poco, bajo la influencia del poeta, para evitar aquellos encuentros desagradables, en los cuales cada cual sufría por lo que estorbaba á los demás, tomó la costumbre de sacar á Jack del colegio más de tarde en tarde, y de escasear también sus visitas al Gimnasio. Y es que entraba ya en la vida de los sacrificios, y aquel no era ciertamente el más pequeño.

En cuanto al hotel, al carruaje, al lujo con que vivía,

la pobre mujer estaba dispuesta á prescindir de todo, y no esperaba más que una indicación cualquiera de D'Argenton, para despedir al "Buen Amigo."

—Ya verás, le decía ella, cómo te ayudo, cómo trabajo. Y, además no pesaré por completo sobre tí. Siempre me quedará algún dinero.

Pero D'Argenton vacilaba todavía. Era, á pesar de su aparente exaltación, un espíritu fuerte, lúcido, un burgués metódico y lleno de buenas costumbres, que razonaba hasta sus calaveradas.

—No, no. . . . Esperemos todavía. . . . Día ha de venir en que yo sea rico, y entonces. . . .

Aludía á aquella tía vieja que tenía en provincias, que le daba una pensión, y á la cual tenía que heredar, infaliblemente, un día ú otro. ¡Era tan vieja la pobre-cita!

Y hacían proyectos deliciosos para entonces. Se irían al campo, bastante cerca de París para disfrutar de su luz; bastante lejos para huir de su ruido. Tendrían una casita propia, el plano de la cual meditaba él hacía ya tiempo, todo de planta baja, con una terraza á la italiana, adornada con parras y una divisa en la fachada, encima de la puerta: "Parva domus, magna quies." "Casa pequeña, gran reposo." Allí trabajaría él. Haría un libro. . . su libro. . . el libro. . . ¡el libro! . . . aquella "Hija de Fausto," de que hablaba hacía diez años. Luego, inmediatamente después de "La hija de Fausto," publicaría un volumen de poesías, y luego "Las cuerdas de bronce," una colección de sátiras implacables. Tenía en la cabeza una porción de títulos vacíos, de rotulatas de ideas: de lomos de libros sin nada dentro.

Entonces acudirían los editores, ¡ya lo creo que acu-

UNIVERSIDAD DE MONTECERRE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DAUDET"

Año. 1825 MONTECERRE, MÉXICO

dirían! Porque sería rico, célebre; tal vez académico, aunque la Academia era una institución que andaba muy de capa caída; estaba mohosa.

“No, no importa, decía Ida. . . . Es preciso ser académico.” Ya le parecía á ella estar viéndose en un rincón de la sala de sesiones, el día de la recepción, oculta y palpitante, vestida con un trajecito modesto, como corresponde á la mujer de un hombre célebre.

Entretanto, seguían comiéndose las peras de “Buen Amigo,” que por cierto era el más cómodo y el más ciego de todos los buenos amigos del mundo.

A D'Argenton le parecían excelentes aquellas condenadas peras, y se las comía, si bien con un humor endiablado, rabioso, vengándose al mismo tiempo en la pobre Ida, con una porción de frasecitas aceradas y ofensivas, de lo indelicado de su propia conducta.

Así pasaron semanas y meses enteros, sin más cambio en la vida de todos, que una frialdad marcadísima en las relaciones entre Moronval y su profesor de literatura. El mulato, que seguía esperando que la Condesa adoptase una resolución relativa al proyecto de fundar una Revista, sospechaba que D'Argenton era hostil á ese proyecto, y no tenía pelos en la lengua para decir todo lo que pensaba acerca de aquel caballero.

Un jueves por la mañana, Jack, que ya no salía del colegio sino muy rara vez, contemplaba con tristeza á través de los cristales de la galería, que se hallaba convertida en sala de recreo, un cielo magnífico de primavera, muy azul, muy despejado, que hacía pensar en el paseo y en la libertad.

El sol ya calentaba; las ramas de las lilas empezaban á verdear, y la tierra inculta del jardincillo tenía

misteriosos sacudimientos de vida. Del Pasaje se escuchaban gritos de niños y cantos de pájaros enjaulados. Era una de esas mañanas en las cuales todas las ventanas se abren para dejar que entre un poco de luz en las casas, y que se evaporen las sombras del invierno; toda esa negrura con la cual lo largo de las noches y el humo de las chimeneas llenan las habitaciones que están cerradas mucho tiempo.

Jack pensaba que sería delicioso, en una mañana como aquella, salir un poco del colegio, tener otro horizonte que no fuera la tapia tapizada de yerbajos; al pie de la cual acababa el jardín en montones de piedrecillas verdosas y de hojas secas.

Precisamente en aquel momento sonó la campanilla de la puerta y el niño vió entrar á su madre, vestida elegantísimamente, radiante, muy presurosa y presa de una agitación extraordinaria.

Iba á buscarlo para llevarlo al Bosque de Boloña. No volvería hasta la noche. Un verdadero día de fiesta, como los que disfrutaba en otros tiempos.

Era preciso ir á pedir permiso á Moronval; pero como la señora de Barancy llevaba aquel día el importe del trimestre, comprenderéis que el permiso fué concedido en seguida.

“Oh, qué alegría! exclamaba Jack; y mientras su madre contaba al mulato que el señor D'Argenton se había visto obligado á salir precipitadamente para Auvornia, porque su tía se estaba muriendo, el niño atravesó corriendo el patio, para ir á vestirse.

En el camino encontró á Madú, Madú, flaco, triste, ocupado ya por completo en todos los quehaceres de la casa, y transportando sus escobas y sus cubos de fre-

gar, sin darse cuenta siquiera de que ya hacía buen tiempo y que el aire le perfumaba con las nuevas savias.

Al verlo, se le ocurrió á Jack una locura, una de esas ideas de niño alegre y feliz, que quiere que todo cuanto le rodea se ponga al unísono con su felicidad:

— ¡Oh, mamá! ¿Por qué no nos llevamos á Madú?

El permiso era más difícil de obtener, á causa de las múltiples funciones que el príncipe tenía que desempeñar en el colegio; pero Jack suplicó tanto, que la buena de la señora de Moronval dijo que aquel día se encargaría de las tareas del negrito.

— ¡Madú, Madú! — gritó Jack, precipitándose al jardín: de prisa, vístete; te llevamos con nosotros en coche; nos vamos á almorzar al Bosque.

Hubo un momento de confusión. Madú estaba asustado. La señora Decostere le buscaba un uniforme prestado. El hijo de Barancy saltaba de alegría, y su madre, como un pájaro parlero excitado por el ruido, daba á Moronval multitud de pormenores acerca del viaje de D'Argenton y el estado desesperado de la salud de su tía.

Al fin se fueron.

Jack y su madre se sentaron en el fondo de la victoria; Madú, en el pescante, al lado de Agustín. La cosa no era muy regia; pero S. M. había pasado por trances más duros.

La salida fué deliciosa, á lo largo de aquella Avenida de la Emperatriz, tan anchurosa por la mañana, tan aireada y tan familiar. Encontraba algunos paseantes, de esos que gustan de respirar aire puro antes que el movimiento, el ruido y el polvo del día lo impurifiquen; niños acompañados por sus ayas, otros muy pequeños

llevados en brazos, solemnemente envueltos en sus largos trajes blancos; otros mayores, paseando con los brazos y las piernas al aire y el cabello suelto. También pasaban algunos jinetes y amazonas; y el paseo reservado, la arena recientemente recorrida, conservaba las huellas de aquellas primeras cabalgatas, y parecía en muchos sitios más bien la vereda de un parque particular, que un paseo público. El mismo aspecto tranquilo, lujoso, reposado, tenían también las casitas desparramadas entre los verdes prados, y de las cuales los ladrillos color de rosa y las pizarras azuladas, en aquella mañana deliciosa, parecían recién lavados.

Jack se extasiaba, besaba á su madre, tiraba á Madú de los faldones de su levita.

— ¿Estás contento, Madú?

— ¡Oh, muy contento. "zeñó!"

Llegaron al bosque, ya por muchos sitios verde y florido. Había calles de árboles cuyas cimas era lo único que aparecía verde ó enrojecido por la savia, lo cual daba á las ramas bañadas de sol, un aspecto vaporoso. Los diversos tonos de los árboles, más ó menos precoces, pasaban, desde el verde tierno de los nuevos brotes, al verde permanente de los arbustos de invierno.

Arboles que habían llevado nieve en sus hojas rígidas y crispadas, rozaban con lijas en brote, todavía enfebles y desconfiadas de sus propias fuerzas.

El carruaje se detuvo en el restaurant de la Mariposa, y mientras preparaban el almuerzo, la señora de Barancy se apeó con los niños para dar una vuelta alrededor del lago. En aquella hora matinal, los largos paseos de por la tarde, y todos sus reflejos mundanos de cocheros con el pelo empolvado y llenos de galones,

caballos lujosamente enjaezados, ejes de coches barnizados, no lo turbaban todavía.

El lago conservaba de la noche anterior una ligera frescura, que subía como vaho hacia la luz. Por él nadaban cisnes; algunos tallos de yerba se miraban en aquella agua limpiísima, á la cual las sombras, el silencio, la soledad parecían haberle rehecho una verdadera fisonomía de agua viviente: tenía rizos, estremecimientos, subidas de pequeñas olas, que se deshacían en la superficie en burbujas claras. En vez de aquel estanque inmóvil, que parece servir de espejo á las últimas modas y á las vanidades de París, el lago se atrevía á volver á ser lago, envas aguas cruzaban las aves, agitaban los peces y servían para que banasen sus ramas abandonadas los sauces.

¡Qué paseo tan delicioso!

¡Y el almuerzo!... El almuerzo delante de las ventanas abiertas, con esos apetitos de colegial, inconscientes y avivados, que la emprenden con todo. Desde el principio hasta el final de la comida aquello fué una alegre y continuada careajada. Todo les servía de pretexto para reír: un pedazo de pan que se caía, la facha del mozo; y aquellas candidas expansiones iban á encontrar en las ramas de los árboles los primeros cantos de los pájaros.

Cuando hubieron almorzado:

—¿Vamos al Jardín de Aclimatación? propuso la madre.

—¡Oh, qué buena idea, mamá!... ¡Madú no ha estado allí nunca, y se va á divertir mucho!

Tomaron el coche para encaminarse por la Gran Avenida hasta la verja. En el jardín, casi desierto, vol-

vieron á encontrar la impresión tranquila de despertar y de frescura que les había producido el Bosque; pero para los niños, el atractivo era todavía mayor, á causa de aquella vida animal que llenaba hasta el último rincón y los veía pasar dando saltos contra las empalizadas, con ojos fieros y lánguidos y hocicos sonrosados, extendidos hacia el agradable olor á pan caliente que llevaban del restaurant.

Madú, que hasta entonces se había divertido por complacer á Jack, empezó á divertirse por su cuenta.

No necesitaba mirar el letrero azul que da á todas aquellas jaulas el aspecto de calabozos numerados, para conocer á muchos animales de su país. Con cierto sentimiento, mezclado de placer y de pesar, contemplaba á los canguros puestos de pie sobre sus patas, tan largas que tienen la agilidad y la fuerza de un par de alas. Parecía que les compadecía por verlos lejos de su país, que sufría al contemplarlos en aquel reducido espacio, que atravesaban de dos saltos para volver á su cabañita, con esa precipitación del animal que conoce el refugio y la necesidad de tener su casa.

Se detenía delante de aquellas verjas ligeras, pintadas de claro para que la ilusión sea mayor, detrás de las cuales se hallaban los antilopes encerrados sin consideración ninguna á sus finísimos caseos, tan ligeros, tan ágiles; y había allí rinconcitos de verde tan pelado, vertientes de montículos tan pobres de yerba, que de pronto, al paso de sus rápidos trotes, surgía para Madú algún fragmento lejano de un paisaje quemado por el sol.

Lo que más lástima le daba, eran los pájaros enjaulados. Al menos los avestruces, los casoares alojados so-

litariamente al aire libre, con un arbusto exótico que los acompañaba en la perspectiva de las calles de árboles, como si estuviesen pintados en una estampa de historia natural, tenían sitio para tenderse, para escarbar al sol, entre las piedrecillas de aquella tierra nueva, renovada, renovada, que en el Jardín de Aclimatación conserva siempre la fisonomía de una cosa improvisada. Pero, en cambio, ¡qué tristes parecían entre las cotorras, los cacatús en aquella enorme jaula, dividida en compartimientos uniformes, cada uno de los cuales está adornado con un bebedor y un palo para que se suban, pero sin nada de hojas verdes ni de ramas!

Madú, al contemplar aquellos sitios melancólicos, un poco sombríos, porque el edificio es demasiado alto para lo pequeño de aquel corral, pensaba en el colegio de Moroncal. En aquellos estrechos palomares, las plumas brillantes parecían obscuras y guarnecidas de franjas; hablaban de luchas, de batallas, de espantos de prisionero ó de loco, á lo largo de un enverjado de hierro colado. Y los pájaros del desierto ó del espacio, los flamantes, cuyas plumas color de rosa, cuyos cuellos estirados, vuelan en forma de triángulo por el fondo que forma el Nilo azul ó el cielo pálido; los ibis de pico largo, que parecen soñar posados sobre las esfinges inmóviles, todos tomaban la misma fisonomía vulgar entre los pavos reales blancos, que hacían vanidosamente la rueda, y los pequeños ánades chinos de colores delicados, que se bañaban con comodidad en su diminuto lago.

Poco á poco el Jardín iba llenándose.

Ahora ya había gente, ruido, animación, y de pronto, entre dos avenidas, surgió un espectáculo extraño,

fantástico, que llenó á Madú de un éxtasis tan grande que lo dejó inmóvil, mudo, sin poder pronunciar ni una sola palabra para explicar su estupor, su admiración.

Por encima de los arbustos, de las verjas, casi á la altura de los árboles grandes, dos elefantes, á los cuales no se les veía más que las enormes cabezas y las trompas en movimiento, avanzaban, columpiando en sus enormes lomos todo un mundo abigarrado, de mujeres con sombrillas claras, de niños con sombreros de paja, cabezas morenas, rubias, adornadas con cintas de colores. Detrás de los elefantes iba una jirafa, con el cuello estirado y muy erguida su pequeña cabeza, seria y altiva; también había gente montada encima de ella. Y aquella caravana singular desfilaba á la vista de Madú, entre los encajes de las amarillentas ramas, con muchas risas, gritos y esa excitación que producen la altura, el aire vivo y también un temor vago, corregido por el amor propio.

Bajo los rayos del sol que ya calentaban, aquellas telas de primavera parecían de seda rica, y todos los colores resaltaban sobre la piel espesa y rugosa de los elefantes. Al fin se les vió del todo, guiados por el "cornac," con la trompa extendida á derecha é izquierda, hacia los brotes de los árboles ó los bolsillos de los transeúntes, pesados, cargados, tranquilos, agitando apenas sus grandes orejas, á las cuales un chiquillo echado sobre sus cuellos ó una muchacha del pueblo alegre y vivaracha, hacían cosquillas con la contera de una sombrilla ó con un latiguillo inofensivo.

—¿Qué tienes, Madú?... Estás temblando... ¿Estás mal? preguntó Jack á su compañero.

Positivamente Madú desfallecía de emoción; pero

cuando supo que él también podría montar encima de las pesadas bestias, su cara tomó una expresión grave, reposada, casi solemne.

Jack no quiso acompañarlo.

Se quedó con su madre, á la cual no encontraba bastante alegre, bastante risueña, para lo que merecía aquel día feliz; experimentaba la necesidad de estar muy cerca de ella, de apretarla, de admirarla, de aspirar el polvo que levantaba la larga cola de su vestido de seda, que arrastraba con tanta majestad. Sentados los dos, miraban al negro irizarse á todo lo alto del elefante con una prisa, con un estremecimiento singular.

Una vez allí arriba, pareció estar en su casa, en su sitio.

Ya no era el chucuelo atontado, de facha ridícula, de lenguaje casi grotesco; ya no era el colegial torpe y contrabicho, el criadito humillado por sus funciones serviles y la tiranía del amo. Bajo su piel negra, ordinariamente terrosa, se sentía circular la vida: sus crespos cabellos se levantaban salvajemente, y en sus ojos, entre las languideces del destierro, brillaban relámpagos de cólera ó de dominio.

¡Feliz reyecito!

Dos ó tres veces dió la vuelta al jardín.

«¡Más, más!» Y por el puentecillo que hay para atravesar el estanque, entre los cercados de los canguros, pasaba y volvía á pasar, excitado hasta la embriaguez por el andar pesado y rápido del elefante. Kerika, Dahomey, la guerra, las grandes cacerías, todo esto acudía á su memoria. Hablaba solo en su lengua, y al oír aquella voceilla africana, chillona, acariciadora, que le hacía cerrar los ojos de placer, el elefante contesta-

ba con mugidos entusiastas; las cebras relinchaban, los antilopes saltaban asustados, mientras que del enorme jaulón de los pájaros exóticos, donde caía el sol con rayos más dorados, llegaban piídos, cantos, llamamientos, picotazos estridentes, todo un tumulto de bosque virgen, antes de la hora tranquila del sueño.

Pero era tarde. Era preciso volver, bajar de aquel hermoso ensueño. Además, en cuanto desapareció el sol, se levantó aire vivo y frío, como sucede en esos comienzos de primavera, en los cuales la escarcha de las noches sucede á los calores de los días.

Esta impresión de invierno, hizo que los niños tuvieran un regreso triste y sombrío. El carruaje corría en dirección al colegio, se alejaba del Arco de Triunfo, aún iluminado por el sol poniente, y parecía dirigirse hacia la noche. Madú iba pensativo en el pescante, al lado del cochero; Jack, sin saber por qué, tenía el corazón encogido, y ¡cosa sumamente rara! la señora de Barancy iba callada.

Tenía, sin embargo, algo que decir, y algo que probablemente le costaba mucho trabajo, porque esperó el último momento para hablar.

Al fin se atrevió, y tomando la mano de Jack entre las suyas, le dijo:

—Escucha, hijo mío: tengo una mala noticia que darte.

El niño comprendió en seguida que le ocurría una gran desgracia, y sus ojos suplicantes se volvieron hacia su madre.

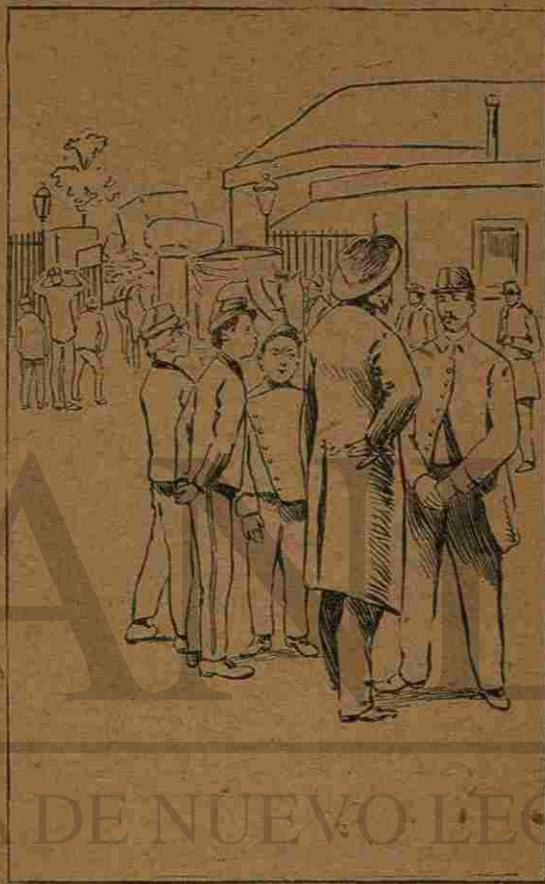
—¡Oh! no me lo digas; no me digas lo que tienes que decirme.

Pero ella siguió hablando en voz baja y muy de prisa:

—Tengo que marcharme... hacer un viaje muy largo... Tengo que dejarte... pero te escribiré... Sobre todo, no llores, hijo mío, porque me darás mucha pena... En primer lugar, no me voy por mucho tiempo... Nos veremos pronto... Si, muy pronto; te lo prometo...

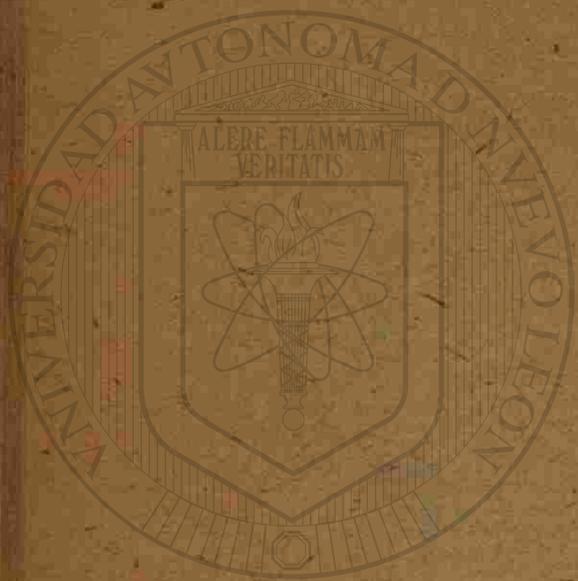
Y empezó á contarle una porción de cosas. Se trataba de asuntos de dinero, de una herencia que había que recoger, de una porción de cosas misteriosas.

Habría podido hablar mucho todavía, inventar otras mil historias. Jack no la oía. Aplanado, abatido, lloraba silenciosamente en un rincón, y el París que iba atravesando le parecía muy variado desde por la mañana, despojado de sus rayos primaverales; de sus perfumes de lilas, lúgubre, desastroso; porque lo miraba con los ojos arrasados en las lágrimas de un niño que acaba de perder á su madre.



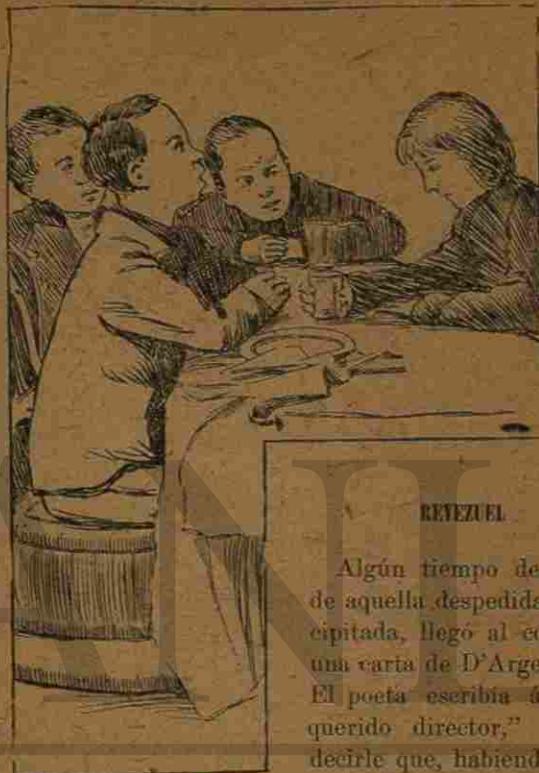
...Aprovechar la desbandada que volvía á reinar en el colegio...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 18 DE MONTECERRE, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



REVEZUEL

Algún tiempo después de aquella despedida precipitada, llegó al colegio una carta de D'Argenton. El poeta escribía á "su querido director," para decirle que, habiendo variado su posición, á causa de la muerte de una parienta, le rogaba que le admitiese su dimisión de profesor de literatura. En postdata añadía que la señora de Barancy, obligada á salir de París repentinamente, confiaba á su hijo Jack á los cuidados paternales del señor Moronval. En caso de enfermedad avísese á las señas de D'Argenton, en París ó donde se encuentre.

"¡Los cuidados paternales de Moronval!" ¡No se ha

bría reído poco al escribir esa frase! ¡Como si no conociese al mulato, como si no supiera lo que esperaba al niño en el colegio en cuanto se supiera que su madre se había ido y que ya nada había que esperar de ella!

Al recibir de aquella carta seca, sucinta, impertinente á fuerza de discreción, Moronval tuvo uno de esos accesos de cólera, terribles, alocados, como le daban algunas veces, y producían en el colegio el temblor, la conmoción, la agitación, la consternación de una tempestad en los trópicos.

¡Se había marchado!

Se había ido con aquel descamisado, aquel belitre, sin talento, sin ingenio, sin nada. ¡Ah! ¡Ella llevaría su merecido!... ¡Vaya una vergüenza! ¡Una mujer de su edad, porque ya no era una niña, tener corazón para irse, dejar á ese pobre chico sólo en París, en manos de extraños!

Si bien compadeciendo la suerte del pobre niño, el mulato se agitaba de un modo que parecía decir: "Espera... espera... ya verás cómo lo cuido, cómo cuido á tu Jack, y muy paternalmente!"

Lo que más lo irritaba, no era el chasco que se había llevado, viendo para siempre muerto su proyecto de Revista, aquella última esperanza de fortuna, sino el misterio insolente, desconfiado, en que se envolvían aquellos dos seres que se habían conocido por él, en su casa, á quienes sus salones habían servido de intermediarios. Corrió al boulevard Haussmann en busca de noticias para saber algo; pero allí el misterio era el mismo. Constanza esperaba una carta de su señora. Lo único que sabía era que había roto definitivamente con

su "Buen Amigo," que abandonarían la casa del boulevard, y que probablemente venderían el mobiliario.

—Ah, señor Moronval! añadía la vigorosa factótum: ha sido una gran desgracia que pusieramos los pies en su casa de usted.

El mulato volvió al colegio, convencido de que al trimestre siguiente quitarían á Jack del colegio, ó se vería obligado á despedirlo por falta de pago. Resultó de aquí, lo mismo para él que para toda la gente del colegio, que como ya no había que tener miramientos á Barancy, convenia desquitarse de todos los mimos que se le habían prodigado durante un año.

Esto empezó desde arriba, en la mesa del maestro, en la cual, desde aquel día, no sólo se sintió el igual, sino el mártir de los demás. Ya no hubo vino ni postres.

"Zarza-rosa" como todo el mundo, "agabanzo," salobre, dulzón y turbio, tan cargado de cuerpos extraños y de espuma malsana, como las aguas de un río desbordado. Y constantemente miradas de odio y alusiones ofensivas.

Procuraban hablar de D'Argenton delante de él. Decían que era un poetastro egoísta, vanidoso. Cuanto á su abolengo aristocrático, ya sabía todo el mundo á qué atenerse; y aquellos corredores donde decía que había pasado su infancia, no existían, como no existía el viejo aristocrático castillo perdido allá en lo alto de las montañas. Donde había estado de muchacho, era en la casa de huéspedes que tenía su tía en la calle de Fourcy, una de la enrejada de callejuelas tortuosas y húmedas que rodean la iglesia de San Pedro.

La pobre mujer era auvernesa, y todo el mundo recordaba haberla oído cien veces gritar por aquellos co-

rededores de la casa de huéspedes: "Amaury, hijo mío, súbeme la llave del cuarto número siete." Y el Vizconde le subía las llaves.

Aquellas burlas sangrientas contra el Vizconde, á quien tanto detestaba, divertían al niño; pero había algo que no le dejaba reírse de ellas, ni mezclarse á la ruidosa alegría de sus compañeros los de "países cálidos," que daban pruebas de su adulatora bajeza, á cada nueva broma de Moronval. Y era, que siempre aquellas revelaciones burlescas acababan con alusiones á otra persona á quien no nombraban, es cierto, y la cual no quería el niño adivinar, porque se echaba á temblar de pensar que no se equivocaba. Parecía que algún lazo misterioso unía en el ánimo de los comensales á Amaury D'Argenton, aquel belitre, ridículo, antipático, con aquella otra persona á quien el niño adoraba y respetaba más que nada y más que á nadie del mundo.

Había, principalmente, cierto ducado de Barancy que salía á colación en todas las conversaciones.

— ¿Dónde se encuentra ese ducado? gritaba Labassindre. — En Túrena ó en el Congo?

— De todos modos hay que convenir en que está muy "entretenido," replicaba el doctor Hirsch, guiñando maliciosamente un ojo.

— ¡Bravo, bravo... muy bien entretenido!

Y todos reían á mandíbula batiente.

Hablábase también del famoso lord Peambock, comandante general de los ejércitos de la India.

— Lo he conocido mucho, decía el doctor Hirsch; él fué el que mandó el regimiento de los treinta y seis papás.

— ¡Bien por los treinta y seis papás!

Jack bajaba la cabeza, miraba al pan, al plato, y ni siquiera se atrevía á llorar de miedo á aquella ironía que lo ahogaba. A veces, sin darse cuenta del verdadero significado de las palabras que oía, notaba algo que le daba el ultraje que querían hacerle, en la expresión burlesca de aquellos semblantes.

Entonces, la señora de Moronval le decía cariñosamente:

— Jack, hijo mío, ve á dar una vuelta por la cocina.

— ¡Bah! decía Labassindre: no lo entiende.

Ciertamente, el pobre muchacho no lo entendía todo; pero su inteligencia abríase á esas primeras tristezas, se fatigaba buscando las razones del desprecio y del odio que lo rodeaba; y algunas palabras oscuras oídas en las conversaciones de la mesa, le quedaban en el ánimo como una duda, como una mancha.

Hacia tiempo que sabía que no tenía padre; que llevaba un nombre que no era el suyo; que su madre no tenía marido; todo esto servía de punto de partida á sus tristes reflexiones. Sentíase acometido de susceptibilidades. Un día que Said le llamó "hijo de cocota," en vez de reírse como otras veces, se abalanzó al cuello del egipcio y le hizo un arañazo con sus manitas crispadas, que estuvieron á punto de estrangularlo. A los chillidos de Said acudió Moronval, y por primera vez desde su entrada en el colegio, el pobre Barancy trató conocimiento con la matraca.

Desde aquel día desapareció el encanto. El mulato no se contuvo ya en sus arrebatos de castigo; pegar á un blanco le parecía cosa muy sabrosa. Ahora ya, para que la suerte de Jack fuese en un todo semejante á la de Madú, no le faltaba más que ir á la cocina. Pero no

vayáis á creer que con esta revolución, verificada en el colegio, había mejorado en lo más mínimo la suerte del reyecito. Al contrario, más que nunca era el objeto de todos los malos tratamientos. Labassindre le molía á puntapiés, el doctor Hirsch seguía tirándole de las orejas, y el Padre del palo le hacía pagar caro la muerte de su proyecto de Revista.

“Nunca contentos, nunca contentos,” repetía el desdichado negrito, acosado por las tiránicas exigencias de sus amos. A su abatimiento se agregaba un estado singular de nostalgia, producida por la nueva estación, el regreso del calor y del sol, y sobre todo por aquella visita al Jardín de Aclimatación que le había traído recuerdos vivos, palpitantes de la patria ausente.

La melancolía de desterrado se tradujo primero por un terco mutismo, una resignación á toda prueba con las exigencias y los palos. Después, el semblante de Madú tomó una resolución, una animación extraordinaria. Cualquiera hubiese dicho que al correr por el Jardín, por la casa, en sus múltiples ocupaciones, se encaminaba á un punto lejano desconocido para todos; y cualquiera lo hubiera dicho, por la fijeza de su mirada y el ademán con que andaba como si alguien caminase delante de él y lo fuera llamando.

Una noche, cuando el negrito estaba acostándose, Jack le oyó refunfuñar en su extraña lengua, y le preguntó:

—¿Estás cantando, Madú?

—No, zeño; yo no cantá, yo hablar en nego.

Y confió á su amigo todos sus proyectos. Había resuelto marcharse. Pensaba en ello hacía tiempo, y no esperaba más que la vuelta del sol, para ejecutar su

plan. Ahora que el sol había vuelto, Madú iba á volverse á Dahomey y á reunirse con Kerika. Si Jack quería acompañarlo, irían á pie hasta Marsella, se esconderían en un buque, y se marcharían juntos. A él nada malo podía sucederle, porque llevaba su “gri-gri.”

El otro hizo objeciones. Aunque era muy desgraciado, no le entusiasmaba el país de Madú-Ghezo. El gran caldero de cobre dorado lleno de cabezas recién cortadas, acudía siniestramente á su memoria. Y además, allá estaría aún más lejos de su madre.

—¡Bueno! dijo el negro tranquilamente. Tú quedarle en el colegio; yo, irme solo.

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana, contestó el negro con voz resuelta.

Y en seguida cerró los ojos para conciliar el sueño, como si hubiera de necesitar de todas sus fuerzas.

Al día siguiente por la mañana era “día de método,” como decían en el colegio. Ese día se reunían para la lección de la señora Decostere en el salón grande donde estaba el armónium, porque este instrumento era necesario para la lectura expresiva. Al entrar, Jack vió á Madú barriendo la destartalada é inmensa habitación, y supuso que había renunciado á su viaje.

Ya hacía una ó dos horas que los alumnos de “países cálidos” estaban en clase y se desternillaban las mandíbulas por aprender la “configuración de las palabras,” cuando apareció la cabeza de Moronval por la entreabierta puerta.

—¿No está aquí Madú?

—No, respondió la señora Moronval-Decostere: lo he mandado á la compra.

Aquella palabra, “compra,” llevó á la fisonomía de

todos los chicos una expresión tal de alegría, que de seguro hubieran podido decir en seguida la configuración exacta de aquel vocablo, si se la hubiesen preguntado. ¡Comían tan poco! Jack, menos hambriento, pensó en su conversación de la noche antes, que como la había tenido en el momento de dormirse, se le había quedado impresa como si fuera un sueño.

El señor Moronval se marchó para volver al cabo de algunos instantes:

—Pero ¿y Madú?

—No ha vuelto. No sé qué habrá hecho, contestó la mujer, un poco intranquila también.

Las diez, las once, y Madú sin parecer. Ya hacía tiempo que habían concluido la lección. Era la hora en que ordinariamente subían de la cocina subterránea, tan pequeña y tan pobre, pero cocina al fin, ciertos olores calientes que sobreexcitaban el apetito feroz de los colegiales. Aquella mañana, nada: ni legumbres, ni carne. Y Madú sin parecer.

—Le habrá sucedido algo. . . decía la señora de Moronval, más indulgente que su feroz marido, el cual iba de cuando en cuando á la entrada del Pasaje con la matraca en la mano para esperar al negro.

Sonaron las doce campanadas del medio día en todos los relojes; las marcaron todos los del bolsillo; se oyeron en todos los de torre de los alrededores, señalando esa hora del almuerzo que divide el trabajo del día en dos períodos próximamente iguales. Aquellas alegres campanadas vibraron de un modo siniestro en los estómagos vacíos de todos los habitantes del colegio. Y mientras se iba haciendo el silencio en todas las fábricas y talleres de la vecindad, y mientras de todas las

casas del Pasaje las cocinas encendidas enviaban hasta ellos ruido de freidura y humillos apetitosos, los maestros y los discípulos, sin tener nada que hacer, se entregaban á ese loco esperar de la comida que no llegaba.

—No os figuráis aquel colegio hambriento, sin víveres, perdido como barco naufrago en medio de un océano de gentes que almorzaban?

Los chiquillos tenían las caras estiradas, los ojos abiertos, y sentían despertarse en ellos, con los calambres del hambre, sus antiguas ferocidades de canibales. A eso de las dos de la tarde, la señora Moronval-De-costere se decidió, á pesar de su origen aristocrático, á ir á comprar salchicha, porque no se atrevía á dar el encargo á ninguno de aquellos muchachos hambrientos, temiendo que lo devorase todo por el camino.

Cuando volvió cargada con panes enormes y papeles aceitosos y grasientos, la recibieron con un ¡viva! de entusiasmo, y solo entonces, como si todas las imaginaciones extenuadas se hubiesen reanimado con la esperanza de comer, empezó cada cual á comunicar á los otros suposiciones y temores provocados por la fuga del reyecito. Moronval no creía en un accidente: tenía sobradas razones para prever una escapatoria.

—¿Cuánto dinero llevaba? preguntó.

—Quince francos! respondió tímidamente su mujer.

—¿Quince francos? . . . Pues entonces es seguro que se ha escapado.

—Pues lo que es con quince francos no logrará llegar al reino de Dahomey, dijo el doctor.

Moronval sacudió la cabeza, y fué en seguida á dar parte al Comisario de barrio.

Era un mal negocio aquel. Era necesario, á toda costa, encontrar al muchacho y evitar que llegase á Marsella. El mulato temía las observaciones del señor Bonfils, y además, como la gente es tan mala, el príncipe podría quejarse de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir, y desacreditar el colegio. Así es que, en su declaración ante el Comisario, tuvo muy buen cuidado de decir que Madú se había llevado una suma considerable de dinero. Después de lo cual, añadió que la cuestión de dinero le preocupaba muy poco, pero que le acongojaba pensar en los peligros á que se exponía aquel pobre niño, aquel infeliz hijo de reyes, destronado, sin hogar y sin patria.

Al tigre se le humedecían los ojos al hablar. Los agentes de policía lo consolaban.

—Ya lo encontraremos, señor Moronval, no tenga usted cuidado.

Pero el señor Moronval, por el contrario, estaba con mucho cuidado y tan agitado, que, en vez de esperar tranquilamente en su casa el resultado de las pesquisas, como le aconsejaba el Comisario, se puso inmediatamente en campaña, escoltado por todos sus discípulos, entre los cuales iba nuestro amiguito Jack, con objeto de secundar los esfuerzos de la policía.

Hubo excursiones lejanas y variadas á todas las puertas de París. El mulato preguntaba á los aduaneros, les daba las señas de Madú, en tanto que los muchachos salían á ver si por aquellos caminos que empezaban en los fielatos se alojaban entre los carros vacíos ó algunos regimientos en marcha, la silueta negra del reyecito.

Luego iban á la prefectura de policía á la hora del parte; ó bien entraban en las prevenciones, por las mañanas cuando se abren las puertas de esos establecimientos para operar la primera selección de lo que ha caído durante la noche en esa red nocturna que tiene la policía, en la cual se agitan tantas miserias y tantas infamias.

¡Ah! ¡Y vaya si saca fango la tal horrible red: cuando la echan hasta los fondos de la gran ciudad! Algunas veces ese fango es rojo, y cuando se le mueve, exhala un olor nauseabundo de crimen y de sangre.

¡Qué idea más singular la de llevar allí niños, llenar sus ojos de todos esos horrores, sacudir sus nervios al temblor de aquellas voces suplicantes, de aquellos alfididos, maldiciones, sollozos, canciones obscenas, toda esa música infernal que se oye en las prevenciones de policía, cuando están llenas, y la cual les ha valido el apodo, triste, y que rechina, de "El violón."

Aquello era lo que el director del Gimnasio Moronval llamaba iniciar á sus discípulos en la vida parisiense.

Los chiquillos de los "países cálidos" no comprendían bien todo lo que veían, todo lo que oían, pero sacaban de allí una impresión siniestra: Jack, cuya inteligencia estaba más despierta, más afinada, volvía de esas excursiones con el corazón metido en un puño, inquieto, sensible, asustado de lo que hay en el fondo de ese París entrevisto, y pensando á veces con espanto: "Tal vez esté ahí dentro Madú."

Luego se tranquilizaba, suponiendo que el negrito debía de estar ya lejos, corriendo á todo correr por la carretera de Marsella, carretera que él suponía derecha

como una l, con el mar al final y los buques dispuestos á hacerse á la vela.

Todas las noches, al entrar en el dormitorio, Jack experimentaba un movimiento de alegría cuando veía desierta la cama de su amigo:

"¡Cómo corre, cómo corre el reyecito!"... se decía; y por un momento olvidaba las tristezas de su propia existencia, el abandono inexplicable en que lo dejaba su madre. Una cosa, sin embargo, lo inquietaba, relativa al viaje de Madú. El tiempo, que era tan hermoso el día de su fuga, había cambiado súbitamente. Ahora volvía á caer agua á cántaros, y granizo y hasta nieve; como si el invierno quisiera defenderse todavía contra las invasiones de la primavera. Y esto le disgustaba mucho; y en algunas claras fortuitas, el viento, que soplaba continuamente, traía torbellinos de nubarradas tales, que los muchachos, dormidos bajo la claraboya de cristales vibrantes, envueltos en el aire de fuera que sacudía las endeables paredes del edificio, podían muy bien soñar que estaban haciendo una larga travesía y experimentar impresiones de alta mar y de peligros terribles.

Acurrucado entre las sabanas, para sustraerse á los terribles vientos colados que corrían y silbaban por el dormitorio, Jack seguía con el pensamiento la ruta imaginaria que había tomado Madú-Ghezo. Veíalo acurrucado en el fondo de un barranco, debajo del árbol de un bosque, resistiendo ráfagas y chaparrones, sin más defensa que la levítica encarnada, impotente para preservarlo de los furioses del tiempo.

Pues bien, la realidad era aún más siniestra que todas esas suposiciones.

—¡Ya lo han encontrado! gritó Moronval una mañana, entrando precipitadamente en el comedor en el momento en que iban á sentarse á la mesa... Lo han encontrado. Acaban de avisarme de la prefectura de policía... ¡Pronto, mi sombrero y mi bastón!... Voy corriendo á reclamarlo en el Depósito.

Estaba en un estado cruel de indignación, de malvada alegría.

Tanto por adular al maestro como para satisfacer la necesidad de chillar que les caracterizaba, los muchachos acogieron la noticia con un ¡viva! formidable. Jack no mezcló su voz á aquel aullido de triunfo, y pensó en seguida: "¡Ah, pobre Madú!"

Madú estaba en el Depósito, en efecto, desde el día anterior. Allí, en esa cloaca, entre malhechores vagabundos, un montón humano ahito de pereza, de disgusto, de cansancio ó de embriaguez, todos mezclados sobre unos cuantos colchones tirados en el suelo. Allí fué donde el heredero presunto de la corona de Dahomey fué encontrado por su excelente maestro.

—¡Ah! ¡Infeliz muchacho, en qué estado tengo que... tengo que!...

El digno Moronval no pudo hablar más, sofocado por la sorpresa y por la emoción; y al verlo echar al cuello del negrito sus dos enormes brazos, como ávidos tentáculos, el inspector de policía que lo acompañaba, no pudo menos de pensar:

—Este es un director de colegio que quiere de veras á sus discípulos.

En cambio aquel mal corazón de Madú parecía enteramente indiferente; sus facciones no expresaron nada al ver aparecer á Moronval, ni alegría, ni pesar, ni sor-

presa, ni vergüenza, ni siquiera ese santo temor que le inspiraba el mulato ordinariamente, y que parecía que las circunstancias debían fortalecer en aquel momento.

Sus ojos miraban y no veían, sombríos en aquella faz negra, pálida por debajo y desprovista de brillo. Lo que más acentuaba su postración era el aspecto sórdido y aterrador de toda su persona: un verdadero montón de harapos llenos de barro. Desde los pies á la cabeza, y hasta en el pelo mismo, el barro se había ido amasando por capas antiguas y recientes superpuestas, las unas secas, de las cuales se levantaban en placas color de polvo.

Parecía un ser anfibio que se hubiera metido primero en el agua, y que luego se hubiese revolcado en la arena de la orilla.

No llevaba ni zapatos ni gorra; sus galones, sin duda, habían excitado la atención de algún ratero. Cubrían sus carnes solamente el pantalón y el chaleco encarnado, todo deshilachado, y sin permitir ver de qué color era más que en alguno que otro sitio, desteñido por el sol y manchado por el fango.

—¿Qué le había sucedido?

Solo él podría haberlo dicho, si hubiese querido hablar. El inspector sabía solamente que unos agentes de seguridad, de servicio el día anterior en las canteras de América, lo habían encontrado tendido sobre el horno de un tejear, medio muerto de hambre y entumecido, á consecuencia del excesivo calor del horno. ¿Cómo estaba todavía en París? ¿Qué le había impedido marcharse?

Moronval no se lo preguntó, ni le dirigió la palabra

en el largo trayecto que recorrieron los dos en carruaje, desde el Depósito al colegio.

Entre el niño tirado en el fondo del coche como un fardo, y el director que aparecía solemne y triunfante, no hubo más que algunas miradas.

¡Y qué miradas!

Una hoja de puñal aguda, acerada y cortante, cruzándose en el aire con un hierrecillo torcido, roto y vencido anticipadamente.

Quando Jack vió pasar por el jardín aquella faz negra y estrepeada, costóle trabajo el conocer al príncipe.

Madú le dirigió un "buenos días, zeñó," de una tristeza inenarrable; luego en todo el día no se volvió Madú á ocupar de él. Las clases se verificaron á sus horas de costumbre y los recreos lo mismo. Solo de cuando en cuando, y muchas veces repetidas, oyéronse grandes golpes sordos, y profundos gemidos que arrancaban del cuarto del mulato. Hasta cuando aquel ruido siniestro cesaba, parecía á Jack estar oyéndolo; la señora de Moronval parecía muy conmovida también al oírlo, y á veces veíase temblar el libro que tenía en las manos.

A la hora de la comida el director se sentó á la mesa extenuado, pero radiante:

—¡Oh, ese misegable! decía á su mujer y al doctor Hirsch; ¡en qué estado me ha puesto el misegable!

Y la verdad es que parecía rendido por el cansancio.

Por la noche, en el dormitorio, Jack vió ocupada la cama contigua á la suya. El pobre Madú había puesto á su amo en un estado tal, que no tuvo más remedio que meterse en la cama, y eso no lo pudo hacer sin ayuda.

Jack había deseado hablarle, conocer los pormenores

de su viaje tan penoso y tan corto; pero la señora de Moronval y el doctor Hirsch estaban allí, inclinados sobre el niño, que parecía dormir, con esos profundos suspiros que arranca al pecho un día de fatiga y de lágrimas.

—¿De modo, señor Hirsch, que no cree usted que esté malo?

—Lo mismo que yo, señor... Créa usted que está acorazado lo mismo que una fragata el demonio este.

Cuando se marcharon, Jack cogió la mano de Madú, que parecía más negra junto a lo blanco de las sábanas, y que estaba rasposa y ardiente como un ladrillo recién sacado del horno.

— Buenas noches, Madú.

Madú entreabrió los ojos, y mirando a su amigo con salvaje descorazonamiento:

—Se acabó Madú, le dijo en voz muy baja. Madú perdido "gri-gri". Ya no verá jamás su tierra. Se acabó...

He aquí por qué no había salido de París. Dos horas después de su fuga del colegio, cuando andaba en los alrededores de las afueras buscando una puerta que lo condujera al campo, los quince francos de la compra y la medalla que llevaba al cuello, habían pasado, sin que él supiera cómo, al bolsillo de uno de esos rateros para quienes toda presa es buena, uno de esos pájaros de rapaña que se abalanzan a todo lo que brilla.

Entonces, sin pensar ya en Marsella, ni en los barcos, ni en el viaje, sabiendo que sin su "gri-gri" no llegaría nunca a Dahomey, Madú desanduvo el camino andado, y recorrió durante ocho días y ocho noches consecutivas los peores sitios de París en busca del amuleto. Temeroso de que lo cogieran y lo reintegraran a casa

de Moronval, había hecho esa vida nocturna, arrastrada, escondida que hace el París que roba y que mata. Había dormido en las casas en construcción, en los solares, debajo de los puentes donde sopla el viento, detrás de unos barracones convertidos en teatro, y mezclado con toda la escoria social.

Favorecido por lo pequeño que era y por su color negro, había podido escurrirse por todas partes y dormir en cualquiera. Había sentido el vicio, rozándole con sus viscosas y silenciosas alas de ave nocturna; había comido el pan de los ladrones, porque los ladrones son a veces caritativos. Había asistido a repartos nocturnos, a reuniones de asesinos en los sótanos de alguna casa en obra, y su sueño de niño había estado al lado del sueño de un bandido. Pero ¿a él qué le importaba? Buscaba su "gri-gri" y pasaba por entre todas aquellas infamias sin verlas.

Entre la inmensa escoria parisiense, el príncipe estaba tan tranquilo como en los bosques a donde Kerika lo llevaba a acampar a las grandes cacerías, cuando, despierto durante la noche por los berridos de los elefantes y de los hipopótamos, veía bajo los árboles gigantes vagamente iluminados, formas de animales monstruosos que rondaban en torno del campamento, y sentía las ondulaciones de los reptiles que pasaban por debajo de las hojas, sobre las cuales dormía él. Pero París es más terrible con sus monstruos que todos los bosques de África; el negrito se hubiese asustado mucho si hubiera podido ver y comprender. Afortunadamente, la idea de su "gri-gri" lo ocupaba por completo, y aquí, como en las lejanas cacerías, la protección de Kerika se extendía sobre él...

—¡Se acabó Madú!

El príncipe no habló más aquella noche, por lo extenuado que estaba, y su vecino de cama tuvo que dormirse sin saber más pormenores.

En medio de la noche, Jack despertó sobresaltado.

Madú reía, cantaba, hablaba solo con una volubilidad extraordinaria, y en la lengua de su país. El delirio comenzaba.

Por la mañana, el doctor Hirsch, á quien habían llamado precipitadamente, declaró que Madú estaba muy enfermo.

“Una buena “meningitis encefálica,” decía, frotándose unas con otras sus falanges amarillentas y relucientes como fichas de jugar. Sus gafas brillaban. Estaba contentísimo.

¡El tal doctor Hirsch era un hombre terrible! Con la cabeza trastornada por las lecturas científicas, por todas las utopías, por todas las teorías, demasiado perezoso y desordenado para un trabajo seguido, apenas había cogido una ó dos prescripciones médicas, y ocultaba su ignorancia real con un farrago de estudios sobre las medicinas india, china, caldea. Hasta se ocupaba de una de magia: y cuando por casualidad caía en su poder una vida humana, pensaba en los misterios del sortilegio y en las tenebrosas recetas peligrosas de las hechiceras.

La señora de Moronval opinaba que debían de llamar á un verdadero médico para auxiliar á aquella ciencia delirante, pero el director, menos compasivo y no amigo de hacer gastos que probablemente no le reintegrarían nunca, dijo que bastaba con el doctor Hirsch para cuidar aquel macaco, y se lo abandonó por completo.

Como quería poseer él solo á su enfermo, el extraño doctor tosió y pretextó una complicación que podía hacer contagiosa la enfermedad, para mandar que llevarsen la cama de Madú al otro extremo del jardín, á una especie de estufa cerrada de cristales como todas las demás barracas de la antigua fotografía hípica y en la cual había una chimenea.

Durante ocho días, pudo ensayar en aquella pequeña víctima todas las medicinas de los pueblos bárbaros, y atormentarla á su gusto: el otro resistía como si fuese un perro enfermo. Cuando el doctor, cargado de frascos mal tapados, llenos y compuestos por él, de paquetes de polvos olorosos y variados, entraba en la estufa cerrando cuidadosamente la puerta, era caso de pensar:

“¿Qué irá á hacerle?”

Y los chicos de “países cálidos,” para quienes un médico tenía siempre algo de mago, de hechicero, movían la cabeza y abrían mucho los ojos.

Pero les estaba prohibido acercarse, á causa de la epidemia, y así existía un rincón misterioso, allá en el fondo del jardín, un rincón rodeado de sombras, de misterio, de terror, donde parecía prepararse un acontecimiento mucho más oculto y aterrador que todas las drogas del doctor.

Jack hubiera deseado, sin embargo, ver á su amigo Madú; franquear aquella cerrada puerta, abarriada por una vigilancia infatigable y rigurosísima. Por fin, á fuerza de atisbar, aprovechó un momento, en el cual el doctor, en busca de algún medicamento olvidado, acababa de salir á la calle, para entrar con Said en aquella enfermería improvisada.

Era uno de esos sitios medio rústicos donde se guardan los instrumentos de jardinería y macetas de plantas delicadas. La cama de hierro en que estaba acostado Madú reposaba sobre la tierra movida. Vefanse en los rincones botés de barro amarillo apilados unos sobre otros, pedazos de hierro, de vidrios rotos, de un azul muy bonito, de ese azul de atmósfera que forman capas de aire superpuestas. Ramas secas de enredadera y grandes montones de raíces muertas, completaban aquel aspecto desolador; y en la chimenea, como si allí se hubiera refugiado alguna plantita trópica sensible al frío y débil, brillaba la llama de la lumbre, llenando la estufa de un calor sofocante y soñoliento.

Madú no dormía. Su pobrecita cara, cada vez más deslustrada y sucia, conservaba la misma expresión de absoluta indiferencia. Sus manos negras, se crispaban cogiendo el embozo de la sábana. Había algo de animal en el abandono de su ser, en aquella renuncia de todo lo que le rodeaba, y la manera que tenía de estar vuelto hacia la pared, como si á sus ojos se abrieran rutas invisibles por entre las piedras blanqueadas con cal, y como si cada grieta del viejo barracón hubiera sido una salida luminosa hacia un país conocido por el sol.

Jack se acercó al lecho.

—Soy yo. . . . Soy el "zeño" Jack.

El otro lo miró sin comprenderlo, sin contestarle; ya no sabía francés. Todos los métodos del mundo habrían sido inútiles para enseñárselo de nuevo. Poco á poco, la naturaleza iba volviendo á apoderarse de aquel pequeño salvaje; y en el delirio, durante el cual uno no se pertenece, en el cual el instinto borra todo lo que se ha aprendido, Madú no hablaba más que la lengua de

Dahomey. Jack le dijo dos ó tres cosas más en tono cariñoso, en tanto que Saïd, que era mayor que él, se alejaba lleno de terror y de angustia, sintiendo el frío que las alas de la muerte esparcen en derredor de ella, cuando va bajando lentamente, como pájaro que se deja caer sobre la frente sombría de los agonizantes. De pronto Madú dió un gran suspiro. . . . Los dos niños se miraron.

—Creo que duerme. . . murmuró Saïd muy pálido.

Jack, muy turbado, también respondió en voz baja:

—Sí, tienes razón, está durmiendo. . . Vámonos.

Y los dos salieron precipitadamente, abandonando á su compañero en poder de no se qué sombra siniestra que lo envolvía, más aterradora aún en aquel extraño sitio, donde entraba una luz verdosa, indefinible, un rayo de luz del jardín, á la hora del crepúsculo.

Ya es de noche. En aquel desván silencioso y obscuro, cuya puerta cerraron los niños al marcharse, brilla la llama de la chimenea, se refleja, se pasea por todos los rincones como si buscase á alguién á quien no encontraba. Ilumina los vidrios amontonados, se mete en el interior de las macetas vacías, sube por las varillas de hierro viejo que se apoyan en la pared, y corre incesantemente sin encontrar á nadie; ¡á nadie! Se pasea por la cama de hierro, con aquella levitilla encarnada, cuyas mangas se estiran tranquilamente en actitud de reposo; pero parece que tampoco allí hay nada, porque la llama continúa recorriendo el techo y la puerta, sigue rondando y estremeciéndose hasta el momento en que cansada, agotada, desanimada, comprendiendo que el fuego era inútil, que ya no tiene á nadie á quien calentar allí, se mete entre las cenizas y se apaga, ella

también, como el pobrecito rey que tanto la había animado otras veces.

¡Pobre Madú! La ironía de su suerte lo perseguía hasta la tumba; el director del colegio vaciló mucho tiempo entre si debía ser enterrado como un criado ó como un príncipe real. De un lado se presentaba la cuestión de economía, del otro un interés de reclamo y de vanidad que pudo más que el otro. Después de larga indecisión, Moronval se dijo que era necesario dar un gran golpe y que, puesto que el rey niño no había dado en vida todo el provecho que esperaba él, era necesario aprovechar su muerte.

Organizaron, pues, unos funerales pomposos.

Todos los periódicos publicaron una biografía del rey de Dahomey, biografía bien corta ¡ay! y proporcionada á la duración de su existencia, pero rodeada, envuelta en un largo panegírico del colegio Moronval y de su director. La excelencia del método Decostere, la ciencia del médico que asistiera al regio niño, la salubridad de la institución, nada había sido olvidado; y lo que hubo de más conmovedor en todos aquellos anuncios, fué su unanimidad, la conformidad de su estilo.

Un día del mes de Mayo, París, que á pesar de sus innumerables ocupaciones y su atareamiento febril, se cuida siempre de lo que ocurre, París vió desfilar á lo largo de los boulevares un entierro opulento y extraño. Cuatro colegiales negros llevaban las cintas de un féretro riquísimo. Detrás un colegial de la raza amarilla con un fez en la cabeza—Said—llevaba sobre un almohadón de terciopelo no sé qué cruces extrañas, qué insignias llamadas Reales. El mulato, con corbata blanca, seguía inmediatamente rodeado de Jack y de los de-

más alumnos. Detrás iban los profesores, los amigos de la casa, todos los desheredados conocidos de Moronval ¡Cuántas espaldas encorvadas, cuántas caras enflaquecidas, abofeteadas por la suerte que les había marcado sus cinco dedos en la mejilla con huellas imborrables! ¡Cuántas miradas tristes, cuántos cráneos sin pelo y con la aureola de las ilusiones! ¡Cuántos abrigos raídos, zapatos rotos, esperanzas perdidas, ambiciones irrealizables! Todo aquéllo iba desfilando, con la turbación que le producía verse exhibido en la calle y en pleno día, y en verdad que aquel cortejo siniestro era el que convenía al pobre reyecito destronado. ¿Acaso no eran todos aquellos infelices desilusionados, pretendientes á un reino imaginario, en el cual no habían de entrar jamás?

¿No es verdad que sólo en París puede verse un entierro semejante: un rey de Dahomey acompañado al cementerio por todos los desheredados de la bohemia?

Para que aquella ceremonia lamentable fuese más triste todavía, la lluvia, una lluvia copiosa, fría, caía con ruido incesantemente como si la fatalidad se ensañara contra el pobrecito rey niño, persiguiéndolo hasta debajo de la tierra donde debía reposar para siempre. ¡Ay! sí, hasta debajo de la tierra; porque cuando bajaron el ataúd, el discurso que Moronval pronunció, verdadera taravilla de vulgaridades llenas de desafecto, de palabras enfáticas y frías, no fué á propósito para dar calor al yerto cuerpo del pobre Madú. El mulato habló de la virtud, de la gran inteligencia del difunto; dijo cuán modelo de soberanos hubiese sido á ocupar el trono de sus mayores; y acabó su oración fúnebre con el

vulgar elogio que se usa en tales casos: "¡Era un hombre!" dijo con énfasis.

Era un hombre.

Para los que habían conocido aquella carita de mono, triste y simpática; aquella infancia de fisonomía y de lenguaje, prolongado por un servilismo embrutecedor, la frase de Moronval parecía tan horrible como cómica.

Pero entre todas las lágrimas fingidas que se derramaban por Madu, había al menos una emoción verdadera, un dolor sincero, las de Jack. La muerte de su compañero lo había impresionado mucho, y aquella pequeña mueca de morisco, tan lúgubre y tan profundamente desesperada que había entrevisto en la semi-claridad de la estufa, lo perseguía sin cesar un instante desde el día anterior. A esa verdadera obsesión, uníase en aquel momento la impresión de la lúgubre ceremonia y también el sentimiento de su propia desgracia. Ahora que ya no existía el negro, sentíase entregado solo completamente á la rabia del maestro, proque los demás muchachos, por abandonados que estuviesen, tenían todos corresponsales y encargados que los visitaban alguna vez y habrían protestado contra las brutalidades de aquel verdugo. Jack estaba abandonado, lo veía claramente. Su madre ya no le escribía, y nadie en el colegio sabía dónde se encontraba. ¡Ah! ¡Si lo hubiese podido saber! ¡Con cuánto apresuramiento habría ido á refugiarse á su lado y á contarle sus desdichas!

En eso pensaba el pobre Jack recorriendo de regreso el fangoso camino del cementerio. Labassindre y el doctor Hirsch iban delante de él hablando en alta voz, y he aquí lo que les oyó:

—Estoy seguro de que está en París, decía Labassindre.

Maquinalmente, Jack se puso á escuchar.

—La he visto anteayer por el boulevard.

—¿Y él?

—Toma, supongo que habrán vuelto juntos.

Ella, él, eran dos designaciones muy vagas, y sin embargo, Jack sintióse muy emocionado, como cuando oía en la mesa aquellas conversaciones que le atormentaban. A poco, los dos nombres pronunciados con todas sus letras le demostraron que no se equivocaba.

De modo que su madre estaba en París, en la misma ciudad que él, y no iba á darle un abrazo.

—¡Y si fuero yo á dárselo á ella! se dijo de pronto.

Durante el larguísimo paseo que hay que dar para ir desde el cementerio del Padre-Lachaise á la Avenida de Montaigne, le persiguió aquella idea: escaparse, aprovechar la desbandada en que volvían los colegiales y profesores, dispersados por el cansancio y las conversaciones particulares, poco cuidadosos del orden y de la corrección, ahora que el efecto estaba ya conseguido y la comedia terminada.

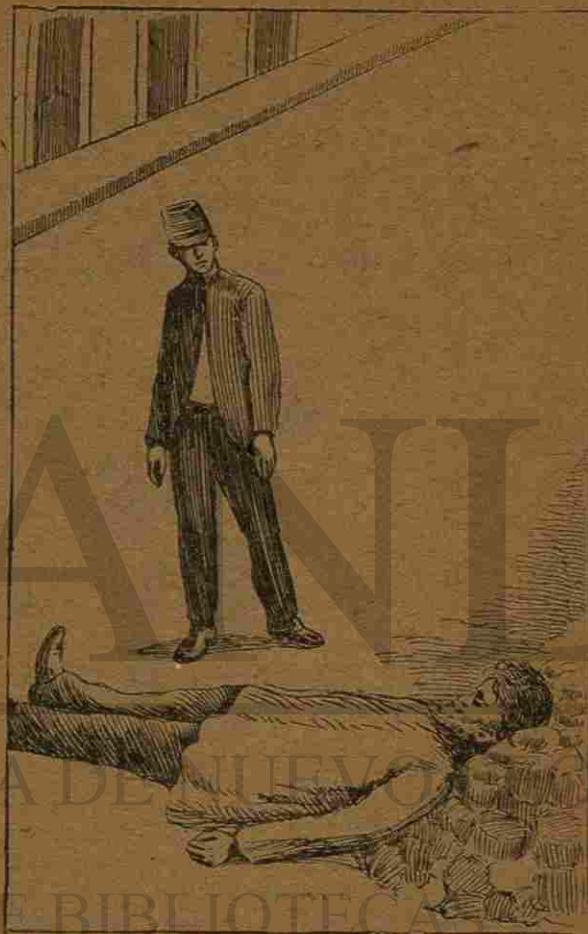
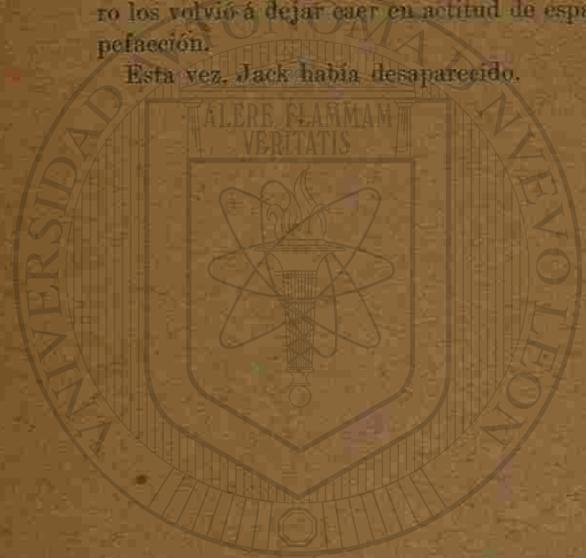
Moronval, rodeado de sus profesores y de un grupo de desheredados, abría la marcha y se volvía de cuando en cuando con un gesto de mando, diciendo: "Vamos andando" al alumno Saïd, que dirigía una segunda sección. El egipcio, á su vez, transmitía la orden, y el gesto del maestro á las piernecillas que seguían trabajosamente á larga distancia: "¡Vamos, vamos!" Entonces los rezagados echaban á correr y concluían por incorporarse al grueso del cortejo, á fuerza de buena voluntad. Sólo Jack iba quedándose cada vez más atrás, fingiendo un gran cansancio.

—¡Vamos! decía Moronval.

—¡Vamos! ¡Vamos! repetía el egipcio.

A la entrada de los Campos Eliseos, Saïd se volvió por última vez agitando sus brazos desmesurados; pero los volvió á dejar caer en actitud de espanto, de estupefacción.

Esta vez, Jack había desaparecido.

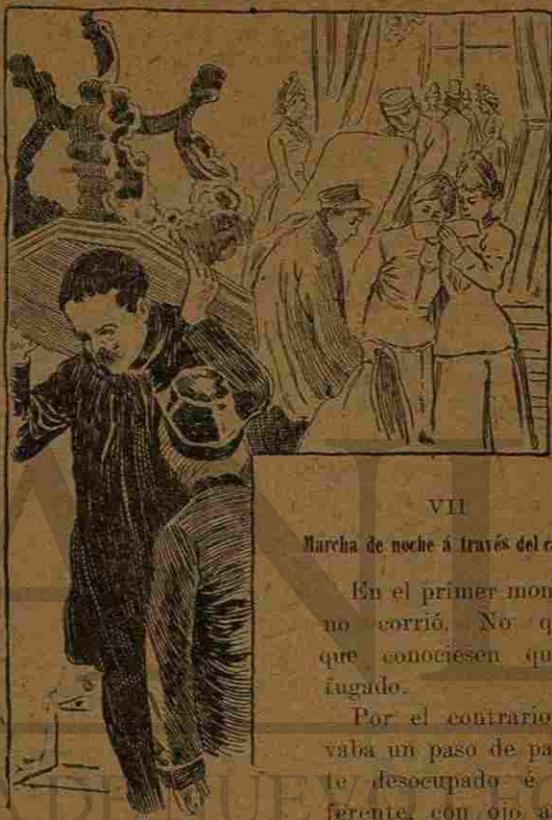


Un hombre tendido allí....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



VII

Marcha de noche a través del campo.

En el primer momento no corrió. No quería que conociesen que iba fugado.

Por el contrario, llevaba un paso de paseante desocupado e indiferente, con ojo avizor,

eso sí, y con las piernas dispuestas a una carrera prodigiosa. Pero a medida que se acercaba al boulevard Haussmann, grandes ganas de echar a correr lo empujaban, y su paso iba haciéndose más largo a pesar suyo, a medida que su impaciencia por llegar se aumentaba con una inquietud terrible.

¿Qué iría a encontrar en el boulevard? Tal vez la

puerta cerrada. ¿Y si Hirsch y Labassindre se habían equivocado? ¿Y si su madre no hubiese vuelto? ¿qué iba a ser de él? La alternativa de volver al colegio después de su escapatoria, no se le ocurrió siquiera. Si hubiese pensado en semejante cosa, el recuerdo de aquellos golpes sordos y de aquellos quejidos que durante toda una tarde había oído en el cuarto en el cual el mulato y Madú estaban encerrados, lo hubiera llenado de espanto y lo habría hecho variar de propósito. . . .

“¡Ahí está!” se dijo el niño con un transporte de alegría, al ver desde lejos todos los balcones y ventanas del hotel abiertos, y la puertas de la calle abiertas de par en par, como cuando su madre iba a salir. Echó a correr para llegar antes de que saliera el coche. Pero al llegar al vestíbulo, pareció extraordinario el aspecto de la casa.

Estaba llena de gente, de animación.

Bajaban muebles, butacas, sofás, cuyas telas de color delicado, hechos para la semiclaridad del gabinete, parecían desteñidas á la luz de la calle. Un espejo con marco adornado de amoreillos, se apoyaba sobre la piedra fina de la entrada, mezclado con jardineras marchitas, cornijas descolgadas, una araña de cristal de roca. Mujeres elegantes circulaban por la escalera, y sobre la mullida alfombra sus anenndos pies se cruzaban con los gruesos zapatones de los mozos de cuerda que bajaban cargados de muebles.

Jack, estupefacto, subió mezclado á toda aquella gente, y costóle trabajo reconocer la casa: de tal suerte aparecían todas las habitaciones confundidas por el desorden de sus muebles, llevados de un lado á otro, fuera

de su sitio, desaparecidos y todavía nuevos. La gente abría los cajones vacíos, daban golpecitos en la madera: en las sillas, miraba en torno suyo con aire impertinente, y alguna vez, al pasar por delante del piano, una mujer elegante, sin detenerse ni quitarse los guantes, hacía sonar las teclas. El niño creía soñar, al ver su casa invadida por aquel gentío, en el cual no conocía á nadie, y para el que pasaba inadvertido como otro extraño cualquiera.

¿Dónde estaba su madre?

Quiso entrar en el salón; pero la muchedumbre se apiñaba allí, mirando una cosa que había en el fondo de la habitación, y Jack, demasiado bajo para poder distinguir nada, oía cifras pronunciadas en voz alta y golpes dados por un martillo encima de una mesa.

“Una cama de niño con dosel, dorada y capitonada! . . .” Jack vió pasar por su lado, entre dos gruesas patas negras, la cama que su “Buen Amigo” le había regalado, y en la cual había tenido sus sueños más deliciosos. Quiso gritar: “¡Esa cama es mía! ¡No quiero que se la lleven! . . .” pero le contuvo la vergüenza; y allí estaba, estúpido, errante, perdido, buscando á su madre por todas las habitaciones en la confusión de aquella casa abierta á todo el mundo, donde entraba el tumulto del boulevard y su luz resplandeciente, cuando sintió que lo cogían del brazo:

—¿Cómo, señorito Jack! ¿no está usted ya en el colegio?

Era Constanca, la doncella de su madre, Constanca, engalanada con un sombrerito adornado con cintas color de rosa como el de las acomodadoras de teatro, muy colorada, muy atareada, y dándose mucha importancia.

—¿Dónde está mamá? le preguntó el niño en voz baja y con acento tan emocionado y ansioso, que la factótum no pudo menos de conmoverse.

—La madre de usted no está aquí, pobre hijo mío.

—¿Dónde está?... ¿Qué sucede?... ¿Quiénes son todas esas gentes?

—Personas que han venido á la subasta. Pero no se esté usted aquí, señorito Jack. Bajemos á la cocina.... Allí hablaremos mejor.

Habia gran tertulia en el sótano. Agustín, la cocinera, y criados y criadas de la vecindad. El Champagne circulaba que era un gusto por la grasienta mesa, alrededor de la cual se decidió cierta noche el porvenir de Jack. La llegada del niño produjo sensación; fué rodeado, mimado, por el antiguo personal de la casa que, después de todo, sentía quedarse sin un ama fácil de contentar, y que se cuidaba poco del despilfarro que ellos hacían. Como temía que lo volvieran á llevar al colegio Jack se guardó mucho de decir que se había escapado, y habló de un permiso imaginario que había aprovechado para venir en busca de noticias de su madre.

—No está aquí, señorito Jack, dijo Constanacia con aire discreto, y no sé si debo....

Y luego, á impulsos de un buen sentimiento:

—¡Qué demonio! ¡Tanto peor! ¡No hay derecho para ocultar á esta criatura dónde está su madre!

Entonces le dijo á Jack que la señora vivía en un pueblecillo de los alrededores de París que se llamaba Etiolles. El niño se hizo repetir varias veces aquel nombre, Etiolles.... Etiolles.... y de ese modo lo fijó en la memoria.

—¿Está muy lejos de aquí?, preguntó negligentemente.

—Ocho leguas largas, contestó Agustín.

Pero la cocinera, que habia estado sirviendo algún tiempo en Corbeil, regateó algunos kilómetros. Siguió á esto una larga discusión acerca del camino que habia que tomar para ir á Etiolles, discusión que Jack escuchó muy atentamente, porque estaba ya resuelto á hacer solo y á pie aquel largo viaje. Había que pasar por Berrey, Charenton, Villanueva de San Jorge; allí se tomaba á la derecha, y tomando la carretera de Lyon para tomar la de Corbeil, se seguía por la orilla del Sena y el bosque de Senart, hasta llegar á Etiolles.

—Eso es—decía Constanacia.—La señora vive muy cerca de un bosque.... una bonita casa que tiene encima de la puerta un letrero en latín.

Jack abría mucho los oídos, procuraba retener todos aquellos nombres, sobre todo el del lado de París por el cual debía salir, Berrey, y el del pueblo á donde iba Etiolles. Esto constituía en su espíritu los dos puntos luminosos, entre los cuales se extendía un camino largo y obscuro, abierto en lo desconocido.

La distancia no le asustaba: “Andaré toda la noche, se decía.... Por pequeñas que sean mis piernas, bien podrán andar ocho leguas en todo ese tiempo.”

Luego, en voz alta, añadió: “Vaya, me voy.... Tengo que volver al colegio....” Una cosa le faltaba que preguntara todavía, una pregunta que por anticipado le quemaba los labios. ¿Estaba D’Argenton en Etiolles? ¿Iría á encontrar entre él y su madre, aquella influencia que le parecía tan fuerte?.... Pero no se atrevió á preguntárselo á Constanacia. Sin conocer con precisión

la verdad, comprendía que aquel era el lado poco honroso de la vida de su madre, y no habló de ello.

— ¡Vaya, adiós, señorito Jack!

Las criadas lo besaron, el cochero le dió un apretón de manos; y después se encontró solo en el vestíbulo, entre el desorden del final de la subasta, y las disputas de los mozos que reñían por quién había de llevar los muebles á los compradores.

Sin detenerse ante aquel inexplicable desbarajuste, mientras el nido á donde había ido á buscar auxilio se deshacía por completo, el niño solitario, puesto en mitad del arroyo por la dispersión de aquel hogar aventurero, emprendía el largo viaje que debía aproximarle á su único protector.

¡Bercy!

Jack recordaba haber estado allí poco tiempo antes, con Moronval, cuando andaba buscando á Madú. El camino no tenía pérdida; no había más que buscar el Sena y seguir sus orillas, subiendo siempre. Verdaderamente estaba lejos ¡oh! muy lejos; pero el miedo de caer otra vez en manos del mulato le hizo recorrer rápidamente aquella distancia. A cada instante, una nueva angustia le hacía apretar el paso.

Ya eran las anchas alas del sombrero de Moronval, cuya sombra parecía dibujarse en una pared; ya el andar apresurado de alguien que lo perseguía de cerca. La mirada inquisitorial de los agentes del orden público lo aterraban, y aun entre el barullo de París, entre el rodar de los coches, las conversaciones de los transeuntes, ese resoplido continuo de una gran ciudad bulliciosa parecía oír á cada paso estas palabras, mil veces repetidas: "¡Detenedlo... detenedlo!..." Para huir

de esas obsesiones, bajó del camino y se puso á correr cuanto podía por el estrecho pretil que bordea el río.

Anochecía, el agua del río, pesada, muy crecida, amarillenta á causa de las recientes lluvias, chocaba con estrépito contra los arcos de los puentes, donde se veían grandes argollas de hierro. El viento soplabá, paseando los últimos rayos del sol poniente. Todo se animaba del apresuramiento con que mueren los días de París, tan ocupados y tan llenos. Las mujeres salían de los lavaderos cargadas con enormes sacos de ropa mojada y llenas de esos matices sombríos que el agua salpica sobre las telas malas que se calan rápidamente. Los pescadores de caña salían con sus aparatos y sus cestos, rozando con los caballos que otros hombres llevaban al abrevadero. Los que sacan la arena esperaban á la puerta de esas casetas donde les pagan su jornal, y toda esa población de las orillas del río, marineros, cargadores con sus espaldas encorvadas, con sus capuchones de lana, circulaba por la orilla mezclada á otra raza, astuta y terrible, ladrones, merodeadores y especuradores del Sena capaces de sacarnos del río por quince francos y de tirarnos á él por cuatro cuartos. De vez en cuando, entre aquellos hombres, había alguno que se volvía para ver pasar aquel uniforme de colegial que tanta prisa llevaba y que tan pequeño parecía en aquel paisaje grandioso de las orillas del Sena.

A cada paso, la fisonomía del ribazo variaba. Aquí aparecía negra y unida por enormes tablas flexibles á lanchones cargados de carbón. Más allá, los pies resbalaban sobre cáscaras de fruta, y un gusto fresco de huerta se mezclaba al olor de cieno, y bajo los grandes toldos entreabiertos de los barcos amarrados al mue-

lle, grandes montones de manzanos conservaban el brillo y la hermosura de sus campesinos colores.

De pronto experimentábase la impresión de un puerto de mar; veíase un amontonamiento de mercancías de todo género, de vapores de chimeneas cortas y sin humo. Era agradable el olor del alquitran, de la hulla y el viaje. Poco después al espacio se estrechaba, un grupo de árboles corpulentos metía en el agua sus viejas raíces, y cualquiera podía creerse á veinte leguas de París, ó tres siglos atrás.

Desde aquella baja calzada, la ciudad tomaba una fisonomía particular. Las casas parecían más altas desde toda la profundidad de su reflejo, los transeúntes, más numerosos, apretados por la distancia, y veíanse filas de cabezas apoyadas en los parapetos de los muelles ó de los puentes, sobre codos perezosamente apoyados en la piedra. Parecía que todos los rincones de París, los desocupados, los aburridos, los desesperados, dirigían su muda contemplación á aquellas agnas cambiantes como un sueño, pero también tan desesperadamente uniformes como la más triste vida. ¿Qué problema arrastra esa alma viva, para que tantos desgraciados la contemplan en actitudes tan descorazonadas, estúpidas y tentadoras?...

Cuando se detenía para tomar aliento, parecía á Jack que todos aquellos ojos lo observaban, lo vigilaban, lo perseguían y pronto echaba á correr otra vez.

Pero la noche avanzaba.

Los arcos de los puentes se oscurecían y semejaban negros agujeros; el ribazo iba quedándose desierto, iluminado solamente por esa luz vaga que se desprende del agua, por sombría que sea. De las casas del muelle

lle no se veía ya más que la cresta, el final de los tejados y chimeneas y campanarios, cada vez más negros; y las sombras del aire uníanse á las nieblas del agua en una línea pálida, borrosa, en la cual los primeros faroles encendidos, las luces de los carruajes, brillaban como un resto de día.

Sin que el niño lo advirtiera, el pretil que subía insensiblemente y se ensanchaba al mismo tiempo, lo condujo á un ancho muelle á nivel del ribazo, del cual lo separaban algunos guardarruedas nada más. Allí, el gas alumbraba camiones que entraban por enormes portales, donde rodaban barricas y pipas con gran estruendo; y de aquellas enormes puertas cochieras, de aquellos almacenes, de aquellas cuevas, de aquellos millares de barricas alineados en el muelle, subía un olor de vino mezclado al olor á moño que se desprende de la madera húmeda.

Era Gercy. Pero al mismo tiempo era de noche completamente; Jack no lo echó de ver en seguida.

El tumulto del muelle lleno de luz; el Sena, ancho en aquel sitio como una rada que envía á una y otra orilla sus reflejos, le daban la ilusión de la hora nocturna; y luego su pobrecita imaginación, sobrecitada por la fiebre de la carrera, estaba dominada por el terror de no poder franquear las puertas. Creía que en todas ellas habrían recibido ya aviso de su fuga. Sólo esta idea le preocupaba.

Pero una vez franqueada la barrera sin dificultad, sin que ningún aduanero se hubiese ocupado de él; cuando al dejar el Sena á la derecha, como le había recomendado Agustín, se vió en un camino largo, donde los faroles eran cada vez más escasos, entonces la obscuridad

y el frío de la noche que le caían sobre los hombros, penetraron hasta su corazón con el temblor de un calor frío.

Mientras se vio en la ciudad, entre la gente, tenía mucho miedo: el miedo de que le conocieran y lo detuviesen. Ahora tenía miedo también, pero era de otra clase: un malestar no razonado, aumentado por el silencio profundo y la soledad.

Y, sin embargo, el sitio donde estaba, no era todavía el campo. El camino estaba llena de casas á uno y otro lado; pero á medida que el niño avanzaba, las casas se espaciaban cada vez más, unidas por grandes vallas de tablas, talleres de cantería, depósitos de materiales. Al apartarse unas de otras, las casas disminuían de altura. Algunas fábricas de techumbre baja erguían sus altas chimeneas hacia el cielo color de pizarra; después sólo, entre dos solares, un inmenso edificio de seis pisos se levantaba agujereado de ventanas por un lado, sombrío y cerrado por las otras tres fachadas, perdido en medio de terrenos vagos, siniestro y estúpido. Pero, como si aquel último esfuerzo hubiese agotado ya sus fuerzas, la ciudad que allí acababa, no presentaba ya más que casuchos pobresones, casi á flor de tierra.

La calle parecía morir también; ya no tenía ni aceras, y los dos lados se hallaban unidos por el arroyo. Todo aquello parecía una carretera que al pasar por un pueblo se convertía en calle real, en el trayecto de unos cuantos metros.

Aun cuando eran escasamente las ocho, aquella extensa vía, que se perdía allá en la obscuridad, estaba silenciosa y desierta ó poco menos. Los poquísimos transeúntes caminaban sin hacer ruido, sobre la tierra

removida y llena de charcos; tropezaba uno sin verlas, con sombras silenciosas que se escurrián por el lado de las empalizadas, que se encaminaban sin duda á quehaceres misteriosos; y, como para hacer el espacio más ancho, el silencio más terrible todavía, de vez en cuando, en los corrales de las fábricas desiertas, ladraban algunos perros.

Jack estaba emocionadísimo. Cada paso que daba lo alejaba de París, de su ruido, de sus luces, y lo hundía más y más en la obscuridad y en el silencio. En aquel momento llegaba al último casucho, una tabernilla todavía alumbrada y cortando la carretera con una ancha faja luminosa, que al niño le parecía el límite del mundo habitado.

Después de aquello, lo desconocido, las sombras.

—¿Entraré aquí á preguntar por el camino? se decía mirando á la tienda. Desgraciadamente no llevaba ni un céntimo en el bolsillo. . . . El tabernero roncaba sentado detrás del mostrador. Alrededor de una mesilla coja, dos hombres y una mujer bebían, apoyados de codos en ella y hablando en voz baja. Al ruido que hizo el niño al empujar la puerta entreabierta, levantaron la cabeza y lo miraron. Tenían rostros siniestros, lívidos, terribles; rostros como aquellos que Jack había visto en las prevenciones de policía, por las mañanas cuando buscaban á Madú. La mujer, sobre todo, estaba terrible.

—¿Qué quiere este otro?—dijo una voz chillona.

Uno de los hombres se levantaba; pero Jack se escapó asustado; flanqueó de un salto el espacio iluminado por la claridad que salía de la tienda, oyendo á sus espaldas una porción de injurias y el ruido de la puerta

al cerrarse de nuevo. Precipitado como un loco en aquella obscuridad siniestra que ahora le parecía un refugio, corría á todo correr, y no se detuvo hasta mucho tiempo después, en medio del campo.

A lo lejos, á derecha é izquierda, se extendían campos y campos, que por todas partes parecían tocar la línea del horizonte.

Algunas casitas de camineros, bajas y nuevas, que parecían cubiletillos blancos diseminados por aquella obscuridad de tinta, era lo único que rompía la monotonía de la vista.

Allá lejos, París seguía sus tareas de gran ciudad, todavía perceptible á aquella distancia, y animaba un punto del cielo iluminado con un reflejo que parecía una fragua. Desde todos los alrededores se conoce á París en aquella súbita luz, envuelta, como ciertos astros, en la atmósfera deslumbrante de su propio movimiento.

El niño estaba inmóvil, aterrado.

Era la primera vez que se veía fuera de casa tan tarde y solo. Además, no había comido ni bebido nada desde por la mañana, y tenía una sed ardiente, devoradora. Ahora empezaba á comprender lo terrible de la aventura en que se había metido. Acaso se equivocaba y caminaba en dirección opuesta al deseado y lejano Etiolles. Y admitiendo que fuera en buena dirección, ¡cuántas fuerzas necesitaría para llegar hasta el final!

Entonces se le ocurrió la idea de acostarse en una de las cunetas abiertas á un lado y otro de la carretera, y dormir allí mientras llegaba el día; pero al acercarse á la cuneta, oyó á su lado respirar pesadamente. Un hombre estaba allí tendido, apoyada la cabeza en un

montón de piedras, y formando una masa de harapos confundidos entre lo blanquecino de los guijarros.

Jack se detuvo petrificado, con las piernas destrozadas, temblorosas, incapaces de dar un paso más ni atrás ni adelante.

Para colmo de susto, aquella cosa empezó á moverse, á gemir, á estirarse en sueños.

El niño recordó la mirada sangrienta de la mujer de la taberna, aquellas caras patibularias que rondaban por las afueras de París; se dijo que "aquello" que dormía debía de tener una de aquellas caras innobles, y temblaba de pensar que se abrieran aquellos ojos cerrados, que se levantara aquel cuerpo abandonado, con los zapatos hacia adelante, sobre el barro de la carretera.

Toda la obscuridad se llenaba para él de aquellas aterradoras larvas. Se arrastraban por el fondo de las cunetas y le cortaban el paso; con solo alargar la mano á un lado ú otro, parecía que las hubiera tocado.

¡Ah! Sí, aquel miserable caído sobre aquel montón de piedras para encubir su vino ó su crimen, habría podido despertar, abalanzarse sin que Jack tuviese fuerza ni para dar un grito. . . .

Una luz y el ruido de unas voces que venían por la carretera, lo sacaron súbitamente de su abatimiento.

Un oficial que volvía de prisa al fuerte donde estaba de guarnición, uno de esos fortines destacados en los alrededores de París, caminaba al lado de su ordenanza, que había salido á su encuentro con un farol, á causa de la obscuridad de la noche.

—¡Buenas noches, señores!—dijo el niño con voz dulce y temblorosa de emoción.

El soldado que llevaba el farol, lo levantó en dirección de aquella voz.

Mala hora es ésta para viajar, muchacho, dijo el oficial. ¿Vas lejos?

— ¡Oh! no señor; no lejos, aquí muy cerca... — respondió Jack, que no tenía ganas de contar su escapatoria.

— Pues entonces, podremos ir juntos un rato... Yo voy hasta Charenton.

¡Qué felicidad para el niño el caminar durante una hora en compañía de aquellos buenos soldados, arreglar su paso al de ellos y andar protegido por la luz del farol bienhechor que ahuyentaba las tinieblas, haciéndolas aparecer más espesas y más terribles! Iba ganando, también, el haber sabido que iba por buen camino, porque los nombres de los pueblecitos que oía, eran los mismos de que le hablara Agustín.

Ya estamos en casa nosotros, dijo de pronto el oficial, retirándose. ¡Vaya, buenas noches, muchacho!... Te aconsejo que otra vez, no te atrevas á andar solo por estos caminos á estas horas. Las afueras de París no son seguras.

Y los dos militares, con su farol, se metieron por una callejuela, dejando á Jack solo otra vez, á la entrada de la calle Mayor de Charenton.

Allí encontró de nuevo faroles como los de Berey, las tabernas, de donde salían canciones de borracho, disputas brutales que la pesadez del sueño hacía más brutales todavía. Las nueve daban allí en el reloj de una iglesia, detrás de la cual se levantaban barridas de casas y de jardines. En seguida se encontró á la entrada de un muelle, atravesó un puente que le pare-

cia tendido sobre un abismo; tan oscura estaba la noche. Hubiera querido detenerse, apoyarse un momento en el parapeto, pero las canciones de poco antes, dispersas ahora por las calles, se acercaban, y ahuyentado por un nuevo terror, el pobre niño echó á correr hacia el campo, donde por lo menos el miedo tomaba aspectos de sueño.

Aquí ya no eran las afueras de París con sus campos sembrados de fábricas y talleres. Pasaba por delante de granjas, de establos, de donde salía un olor de paja caliente y á ganado. Luego, el camino se ensanchaba, volvía á presentar sus cunetas interminables, sus montecillos de piedras simétricamente alineados y sus mojones bajos, que sirven para que mida la distancia el cansado paso de los viajeros.

Aquel silencio que resbalaba por el espacio, aquella muerte de todo movimiento, hacía al niño la ilusión de un inmenso sueño, y temía oír cerca de él el ronquido que tanto le había asustado allí junto aquel otro montón de piedras. Hasta el ligero ruido de sus pasos le asustaba; á veces se volvía de repente...

La luz de París seguía alumbrando el horizonte. A lo lejos se oía el rechinar de unas ruedas y el campanileo de unos cascabeles. El niño se decía: "Espéremos," pero nada pasaba; aquel carro invisible cuyas ruedas parecen andar trabajosamente, se hunde allá en un punto lejano del horizonte, vuelve, se calla, se despierta en las caprichosas revueltas de algún camino difícil, y no se decide nunca á presentarse.

Jack continúa su marcha... ¿Quién es aquel hombre que lo espera de pie en la revuelta del camino?... Un hombre, dos, tres... Son árboles que tiemblan

con todas sus hojas, sin deblegar el tronco; olmos, viejos olmos de Francia, de troncos caprichosos, tupidos, inmensos, retorcidos; y Jack sigue andando, rodeado de naturaleza, envuelto en el gran misterio de las noches de primavera, en las cuales parece que se oye crecer la hierba y entreabrirse los brotes y agrietarse la tierra para dar salida á las simientes. Todos esos ruidos confusos le asustaban.

—¡Cantare para darme ánimo!

En medio de la obscuridad se le vino á la memoria una canción nocturna, una canción de Turena, con la cual le dormía su madre en otro tiempo, en su alcobita después de apagar la luz.

Las notas temblaban en el aire fino, y daba lástima oír aquel miedo de niño caminando por la carretera oscura y sirviéndose de la canción para guiarse como si fuera un alambre conductor, temblón y sonoro... De pronto, dejó de cantar.

Una cosa terrible se acercaba: un amontonamiento más negro que el espacio, como si las tinieblas más lejanas se acercasen para tragarse al niño.

Antes de ver nada, de distinguir nada, lo oyó.

Al principio fueron gritos humanos mal articulados, que parecían sollozos ó aullidos; luego golpes sordos, mezclados al tumulto de una arriada, de un chubasco de tormenta, que se acercaba á él como llevado por aquella lúgubre avalancha. De pronto resonó un mugido horrible. Bueyes, ¡son bueyes!; una boyada numerosa, apretada entre las dos cunetas del camino, que envuelve al pobre Jack, lo tumba, lo derriba. Siente el húmedo resoplido de los hocicos, el latigazo de las vigorosas colas, el calor de las robustas grupas, todo un

olor á establo tumultuosamente revuelto. La boyada pasó como una tromba, guardada por dos perrazos enormes y por dos zagalotes, mitad pastores, mitad carniceiros, que corren detrás de las reses indisciplinadas, arreándolas con sus latigazos y con sus gritos.

Detrás de ellos el niño permanece estúpido de terror. No se atreve á dar un paso. Aquellos han pasado, pero tal vez se acercan otros. ¿Dónde ir? ¿Dónde meterse? ¿Tomar á campo-traviesa?... Se perdería, y además ¡estaba tan oscuro! Llora, cae de rodillas, quisiera morir allí mismo. El rodar de un carruaje, dos faroles encendidos que ve desde lejos venir por la carretera, como dos miradas amigas, lo reaniman de pronto. Excitado por el miedo grita:

—¡Señor!... ¡Señor!...

El carruaje se ha detenido y de debajo de la capota sale una gorra de piel con orejas, que se inclina para ver á quién quede pertenecer aquella voz tímida que sube desde tan bajo, desde el mismo suelo.

—Estoy muy cansado, dice Jack temblando. ¿Quiere usted dejarme que suba un poco en su coche?

La gorra de pieles oscila, pero desde el interior del carruaje una voz de mujer acude en auxilio del niño:

—¡Oh, pobrecillo!... ¡Déjalo entrar!..

—¿Dónde vas? preguntó la joven.

El niño titubea un momento; como todos los fugitivos que temen ser perseguidos, oculta cuidadosamente el término de su viaje.

—A Villanueva de San Jorge, respondió al fin.

—Bueno, pues sube.

Ahí lo tenéis en el coche, arropado con una manta de viaje, entre un señor gordo y una robusta señora, que

miran á la luz de los faroles del carruaje, con una gran curiosidad, á aquel colegialillo recogido en mitad del camino. ¡Dios mío! ¿dónde va tan tarde y sólo? Jack tenía muchas ganas de decir la verdad. Hay, cuando se está cerca de las buenas gentes, gran tendencia á hacer confidencias. Pero no. Tiene demasiado miedo de que lo vuelvan á llevar á Moronval. Entonces contó una historia... Su madre estaba muy enferma en el campo, en casa de unos amigos.... Se lo dijeron aquella noche y se puso en camino inmediatamente, á pie, porque no tenía paciencia para esperar el tren del día siguiente.

—Lo comprendo, dice la señora, que parece una persona buena y cándida; y la gorra de pieles también lo comprende. Pero hace observaciones llenas de prudencia sobre los peligros que hay para un niño en caminar á semejante hora por la carretera. Esos peligros son de todo género, y la gorra de pieles, con tono de doctrina, se complace en irlos enumerando uno á uno á su nuevo amiguito; después de lo cual le pregunta que en qué sitio de Villanneva viven los amigos de su madre.

—A lo último del pueblo, responde Jack con viveza. La última casa á la derecha.

Por fortuna es de noche, y su rubor puede ocultarse á la sombra de la capota del carruaje. Desgraciadamente no había terminado el interrogatorio. El marido y la mujer son muy charlatanes y curiosos, como todos esos habladores con quienes no se puede estar cinco minutos sin enterarse de todas sus cosas. Son comerciantes de paño de la calle de Bordonnais, que todos los sábados se van al campo á evaporar en una buena casita de su propiedad, el aire pesado, el polvo incómodo de su comercio; un buen comercio que les permitirá pronto re-

tirarse del todo á su rinconcito de Soisy-sous-Etiolles.

—¿Está eso muy lejos de Etiolles? preguntó Jack temblando.

—¡Oh! no... está tocando, responde la gorra de pieles dando un amistoso fustazo á su caballo.

¿Qué fatalidad!

Si no hubiera mentido, si hubiese simplemente contestado que iba á Etiolles, no tendría más que seguir su camino en aquel coche cómodo que rodaba tan tranquilamente por un camino, iluminado por sus dos faroles. No hubiera tenido más que dejarse mecer de todo el bienestar que sentía, estirar sus piernecitas entumidas y dormirse recostado en el hombro de la señora, la cual le preguntaba á cada momento si iba bien y si estaba abrigado. Además, la gorra de pieles había destapado un frasco de una cosa fuerte y le hizo beber un trago para reanimarle.

¡Ah! Si hallara valor para decirles: "No es verdad... He mentido.... No tengo nada que hacer en Villanneva.... Voy más lejos.... ¡precisamente al mismo sitio donde ustedes van!" Pero era exponerse al desprecio, á la desconfianza de aquellas gentes tan buenas, tan francas, y prefería á eso caer de nuevo en todos los horrores de los cuales le había sacado. Sin embargo, cuando les oyó decir que llegaban á Villanneva, el niño no pudo reprimir un sollozo.

—No llores, hijo mío, le decía la señora. Tal vez tu mamá no esté tan mala como tú te figuras, y el verte le hará mucho bien.

Al llegar á la última casa de Villanneva, el coche se detuvo.

—Aquí es, dijo Jack muy emocionado.

La mujer le dió un beso y el marido le apretó la mano y le ayudó á bajarse.

—¡Ah! ¡Dichoso tú que has llegado; á nosotros nos faltan todavía cuatro leguas largas!

—Y él también tenía que andar aquellas cuatro leguas largas!

Era terrible.

El niño se acercó á la verja de una casa como si fuera á llamar.

—¡Vaya, buenas noches! le gritaron sus amigos.

El contestó buenas noches con voz ahogada por las lágrimas; y el coche, dejando la carretera de Lyon, tomó á la derecha por un camino con árboles á un lado y otro, dibujando con sus faroles un gran circuito luminoso en la oscuridad del llano. Entonces se le ocurrió la locura de que tal vez pudiese unirse á aquella luz protectora, mantenerse dentro de su radio, siguióla corriendo. Lanzóse en pos de ella con verdadera rabia; pero sus piernas, que con el descanso se habían entumido más todavía, del mismo modo que la luz hacía que sus ojos viesan menos en la oscuridad, se negaron á prestarle sus servicios.

A los pocos pasos tuvo que detenerse; quiso echar á correr otra vez, y acabó por caer abatido, presa de una crisis, derramando un torrente de lágrimas, mientras que el carruaje hospitalario continuaba tranquilamente su marcha, sin sospechar que dejaba detrás de sí una desesperación tan profunda y tan completa.

Allí quedó tendido á un lado de la carretera. Hace frío, la tierra está húmeda. ¿No importa! El cansancio puede más que nada. En rededor suyo siente la inmensidad de los campos. El viento tiene esa respiración lar-

ga, con la cual recorre los grandes espacios, lo mismo en el mar que en la tierra, y poco á poco los soplos del llano, el roce de las hierbas unas con otras, los crujidos de las hojas confundidas en un inmenso balance de suspiros y de sonidos, envuelven al niño, lo mecen, lo tranquilizan y lo duermen profundamente.

Un ruido espantoso lo despierta sobresaltado. ¿Qué es esto ahora? Apenas abrió los ojos Jack, vió á pocos metros de él pasar una cosa monstruosa, terrible, una bestia que rugía y silbaba, con dos enormes ojos abombados y sanguinolentos, y grandes anillos negros que se desenroscaban haciendo saltar chispas.

El monstruo iba dejando en la oscuridad como la cola de un inmenso cometa, cuyo rayo hendiera el espacio con estrépito formidable. Por donde pasaba desgarrábase las tinieblas, dejando ver un grupo de árboles, un matorral; la oscuridad renace poco á poco, y sólo cuando la aparición está ya lejos, cuando ya no se ve de ella más que una pequeña luz verde, es cuando el niño echa de ver que acaba de pasar por allí un tren expreso.

¿Qué hora es? ¿Dónde está? ¿Cuánto tiempo ha dormido? No lo sabe; pero aquel sueño le ha hecho daño. Ha despertado transido de frío, con los miembros rígidos, con el corazón metido en un puño; ha soñado con Madú. . . .

Como la humedad del suelo se le metía en los huesos, Jack ha soñado que estaba enterrado en el cementerio, al lado del reyecito. Tirita todavía como si sintiera el frío de aquella tierra; un frío pesado, sin aire. Ve la cara de Madú y siente aquel cuerpecillo yerto como si estuviera pegado al suyo. Para huir de la obsesión, se le-

vanta; pero por el suelo de la carretera, seco y endurecido por el viento de la noche, sus pasos retumban tanto, que le parecen dobles, como si sintiera los pasos de otro que lo siguiese. Madú caminaba detrás de él.

Y empieza de nuevo a correr como un loco.

Jack corre sin dirección en medio de la obscuridad y del silencio. Atraviesa un pueblecillo, en el cual todo duerme; pasa por debajo de un campanario, que le tira á la cabeza las pesadas y vibrantes notas de sus campanadas. Dan las dos. Otro pueblo; son las tres. Jack sigue. La tierra le da vueltas. Si se detuviera, temería volver á su pesadilla, aquella horrible pesadilla que el movimiento de la carrera comienza á disipar.

De cuando en cuando se craza con carros, cubiertos de grandes toldos; vehículos sonámbulos, en los cuales todo duerme, los caballos y el conductor.

El niño, sin fuerzas ya, pregunta:

—¿Estoy muy lejos de Etiolles?

Un gruñido sordo le contesta.

Pero pronto otro viajero va á ponerse en camino con él por el campo, un viajero cuya aparición es anunciada por el canto de los gallos y el de las ranas que hay á la orilla del río. Es el día; el día, que vaga bajo las nubes, como si estuviera indeciso y no supiera aún el camino que iba á tomar. El niño lo adivina en torno suyo y comparte con toda la naturaleza ese ansioso esperar al nuevo día.

De pronto, enfrente de él, en la dirección de ese pueblo de Etiolles, donde le han dicho que está su madre, precisamente sobre ese horizonte, el cielo se abre, se desgarrá. Primero es una línea luminosa, una palidez esparcida alrededor de la obscuridad, sin el más pe-

queño rayo. Esa línea se agranda poco á poco, con ese movimiento de la llama incierta que busca aire para ayudarse á subir.

Jack camina hacia la claridad; camina con una especie de delirio que decupla sus fuerzas. Cierta cosa le advierte que su madre está allí, y allí también el término de aquella noche horrorosa.

Ahora todo el fondo del cielo está abierto. Parece un ojo grande claro, bañado de lágrimas, que miraba al niño con dulzura y cariño. "¡Allá voy, allá voy!" está tentado por contestar á aquel llamamiento luminoso y bendito. La carretera que blanquea ya no le da miedo. En primer lugar, es una carretera sin fosos, por la cual parece que no debían de ir más que lujosos carruajes. A un lado y otro, bañadas con el rocío del alba, suntuosas propiedades presentan sus jardines ya floridos, sus veredas, donde se van refugiando las tinieblas, resbalando por la arena.

Entre las casitas blancas y las vallas de espalderas, se ven viñedos, verdes pendientes que bajan hacia un río, que también va saliendo de la obscuridad.

Y la luz del día, que se agranda, que se acerca.

¡Oh! Date prisa por lucir, aurora maternal; rierte un poco de calor y de esperanza y de fuerza al niño extenuado que corre tendiéndote los brazos.

—¿Estoy muy lejos de Etiolles? pregunta Jack á unos trabajadores que pasan, con el saco al hombro, en grupos silenciosos, y medio dormidos todavía.

—No, no está lejos de Etiolles; no tiene más que seguir el bosque, "todo derecho."

El bosque despierta en aquel momento. Todo el inmenso telón verde, extendido á ese lado del camino, se

estremece. Todo se vuelven pidos, arrullos, gorgoros que van y vienen desde las ramas de los arbustillos á las de las centenarias encinas. Las ramas rozan unas con otras, se doblan bajo el peso de aloteos precipitados, y mientras lo que queda de sombra en el aire se va evaporando, mientras los pájaros nocturnos, de vuelo silencioso y pesado, se dirigen á sus escondites misteriosos, una alondra sube del llano, otra, con las alas abiertas, se eleva con vibraciones sonoras, trazando ese primer surco invisible en que se juntan los buenos días de verano, la gran tranquilidad del cielo y todos los ruidos activos de la tierra.

El niño ya no anda, se arrastra. Una vieja harapienta, con mala cara, pasa conduciendo una cabra. Vuelve á preguntar otra vez:

— ¿Estoy lejos de Etiolles?

La vieja lo mira con aire feroz, y le señala una vereda pedregosa que sube, estrecha y empinada, por el borde del bosque. A pesar de su cansancio, continúa sin detenerse. Ya el sol casi caliente; el alba de poco antes, se ha convertido en un hogar de rayos resplandecientes. Jack comprende que se acerca. Anda encorvado, vacilante, tropezando con las piedras que ruedan á sus pies; pero anda.

En fin, en lo alto, se ve un campanario que se levanta por encima de techos agrupados. Vamos, otro esfuerzo. Es preciso llegar hasta allí. Pero las fuerzas le faltan.

Cae, se levanta, vuelve á caer, y á través de sus pupilas que se agitan, entrevé muy cerca de él una casita con muchas parras y muchas flores y muchos rosales trepadores que casi la envuelven y suben hasta llegar

á su palomar y á su torrecilla de ladrillos colorados. Encima de la puerta, entre la flotante sombra de las lilas ya floridas, se ve una inscripción en letras doradas:

“Parva domus, magna quies.”

¡Oh! ¡Qué casa tan bonita, tan tranquila, tan bañada de dorada luz! Todo está aún cerrado, y sin embargo, no duermen, porque se oye una voz de mujer, fresca y alegre, que empieza á entonar precisamente aquella canción.....

¡Aquella voz, aquella canción!... ¡Jack cree estar soñando! Pero se abren las dos hojas de una persia-

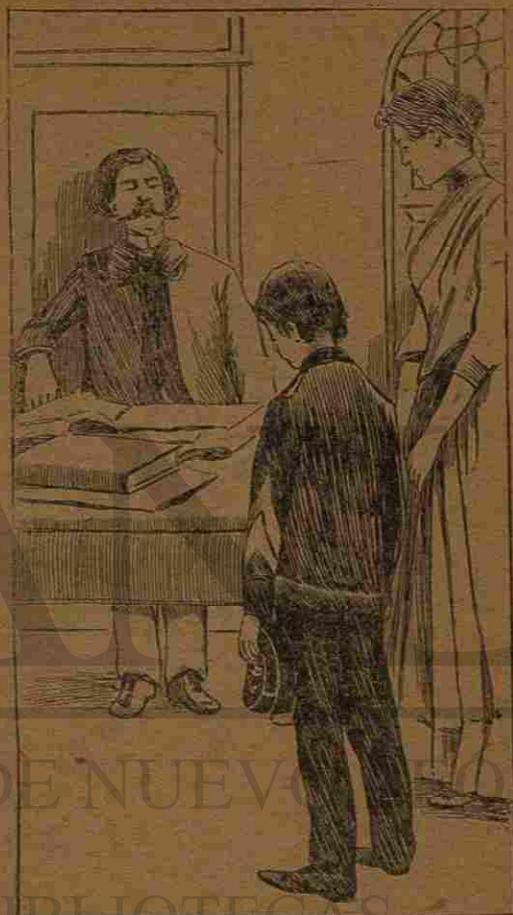


na, y una mujer aparece, blanca, con su traje de mañana, con el cabello retorcido sobre la nuca y los ojos aún medio dormidos.

— ¡Mamá!... ¡Mamá!... llama Jack con voz débil.

La mujer deja de cantar, sorprendida; mira, busca, entornando los ojos, porque la molesta el sol naciente; luego, de pronto, ve aquella pobrecita criatura cansada, llena de barro, desgarrada, expirante: Lanza un grito: — ¡Jack!

En un instante se encuentra á su lado, y con todo el calor de su corazón de madre, calienta al niño medio muerto de miedo, de angustia, de todo el frío y de todas las sombras de la última noche.



Jack, dijo para concluir. . . . la vida no es una novela.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



VIII

Parva domus, magna quies.

—No, no, Jack; no, hijo mío, querido; no tengas miedo, no volverás más a ese maldito colegio... Pegar á mi hijo; ¿se han atrevido á pegar á mi hijo!... Has hecho divinamente en escaparte... Ese miserable mutilado te ha puesto la mano encima... ¿Acaso no sabe que por su nacimiento, sin hablar de tu color, eres tú quien tenía derecho á darle de palos? ¿Por qué no se lo dijiste? ¿Por qué no le dijiste que tu madre

ha tenido mulatos para que la sirvan? Vamos, no me mires con esos ojos tan tristes. Ya te he dicho que no volverás más. En primer lugar, no quiero que te separes de mí. Voy á arreglarte aquí tu cuartito muy mono. Ya verás qué bien se está en el campo. Tenemos muchos bichos, gallinas, conejos, y una cabra, y un borriquito. Esta casa es el arca de Noé. . . . Y ahora recuerdo que no he echado de comer á mis gallinas. . . . !Tu llegada me ha emocionado tanto! . . . ¡Vamos! duermete, descansa otro ratillo. Te despertare para comer, pero antes toma un poco de caldo frío. Ya sabes lo que ha dicho el señor Rivals; para reponerte, no necesitas más que dormir y comer. . . . ¡Qué bueno está; no es verdad? el caldo de la tía Archambault! ¡Pobrecito mío— ¡cuánto me acuerdo de que, mientras yo dormía, andabas tú por esos caminos de Dios! . . . Es horrible. . . . ¡Oyes cómo me llaman las gallinas? Allá voy. Duérmete.

Se fué andando de puntillas, ligera, feliz, como siempre, encantadora, aunque un poco colorada por el airecillo del campo, y demasiado vestida con un traje campesino, con mucho terciopelo negro sobre tela lisa, y un sombrero de paja de Italia guarnecido de flores. Más niña que nunca, jugaba á vivir en el campo.

Jack no podía dormir. Las pocas horas de descanso que tuvo al llegar, su baño, el caldo de la tía Archambault, y, sobre todo, la maravillosa elasticidad de la juventud, su fuerza de resistencia, había podido más que su encorvamiento. Miraba en torno suyo, saboreando el bienestar de aquel medio ambiente tan tranquilo.

No era aquel el antiguo boulevard Haussmann, capitonado, guatado, ahogado. La habitación donde estaba

era grande, tapizada de claro y con muebles á lo Luis XVI, todos blancos y grises, sin ningún dorado. Fuera la tranquilidad del campo, el golpear de las ramas contra los cristales, el arrullo de las palomas en el tejado y el "¡pita, pita, pita!" de su madre, que subía del corral mezclado con los piidos y chillidos que se producen alrededor de un puñado de trigo.

Jack saboreaba la intimidad de aquel ligero tumulto producido entre el silencio que todo rodeaba. Se sentía feliz, descansado. Sólo una cosa le turbaba: el retrato de aquel D'Argenton que había enfrente de él, al pie de la cama, en una postura presuntuosa, despótica, con la mano puesta sobre un libro abierto, con los ojos claros y de mirada fría.

El niño pensaba:— ¿Dónde está? ¿Dónde vive? . . . ¿Por qué no lo habré visto? Al fin, turbado por aquella mirada de fotografía que lo perseguía como una interrogación ó como una censura, se levantó y bajó en busca de su madre.

Esta estaba ocupada en cuidar y dar de comer á sus bichos, con su torpeza elegante, con guantes hasta el codo, el dedo meñique en el aire, el vestido levantado por un lado, enseñando una falda rayada y unas botitas con tacones muy altos.

La tía Archambault se reía de su torpeza, mientras ella echaba de comer á los conejos. La tía Archambault era la mujer de un guardabosque que iba á limpiar y á guisar á las Aulnettes, como llamaba en el pueblo la casa que habitaba la madre de Jack.

— ¡Jesús, Dios mío, qué bonito es su hijo de usted! . . . dijo la campesina, entusiasmada por la aparición de Jack en el corral.

—¿Verdad que sí, tía Archambault?... ¿No se lo decía yo á usted?

—Pero ¡caramba!, se parece mucho más á su mamá que á su papá.... ¡Buenos días, hijo mío! ¿Quieres que te dé un beso?

Protó contra la cara del niño su pellejo de vieja salvaje, de ojos negros, que olía á la comida de los conejos. Al oír la palabra "papá," Jack levantó la cabeza.

—Puesto que no puedes dormir, vamos á ver la casa... dijo Ida, que se cansaba muy pronto de cualquier ocupación.

Soltó los recogidos de su falda é hizo visitar al niño aquella habitación original, situada á un tiro de fusil del pueblo, y que realizaba ese ideal de lo confortable en el aislamiento que quieren todos los poetas, pero que generalmente no lo ven realizado más que los tenderos.

El cuerpo principal se componía de un antiguo pabellón de caza que en sus tiempos fué dependencia de uno de esos grandes castillos de Luis XV, que abundan por aquellos sitios, pero que la repartición de la propiedad había emancipado, dejándolo fuera de los límites señoriales.

A aquellas piedras viejas se adosaba una torrecilla nueva con un palomar y una veleta, que acababa de dar á la casa el aspecto de antigua mansión señorial reformada. Visitaron también la quadra, los cobertizos y el verjel, un verjel inmenso que estaba tocando con el bosque de Senart. Lo último que vieron fué una torrecilla. Una escalera de caracol alumbrada con claraboyas de cristales de colores, conduca á una anchurosa habitación redonda, con cuatro ventanas ojivales, amueblada con un diván circular, forrado de tela argelina. Allí ha-

bían reunido algunas curiosidades artísticas: arcos de roble, un espejo de Venecia, tapices antiguos y una cátedra de madera tallada del tiempo de Enrique II, colocada á guisa de sillón, delante de una enorme mesa de despacho llena de papelotes.

Por todas partes se descubría un magnífico paisaje de bosque, de valle, de río; paisaje variado desde cada una de las ventanas, unas veces limitado por un telón de hojas verdes, otras extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, lleno de aire, de luz.

—¡Aquí trabaja El! dijo la madre al llegar á la puerta, con acento de religioso recogimiento.

Jack no tuvo necesidad de preguntar quién era aquel "El" tan respetable.

A media voz, como si estuviese en un santuario, continuó diciendo, sin mirar á su hijo:

—Ahora está fuera, está viajando.... Volverá dentro de unos días.... Voy á escribirle diciéndole que has venido; se alegrará mucho, porque á pesar de su aspecto severo es el hombre mejor del mundo y te quiere mucho.... Tú también, hijo mío, debes quererle á él.... Porque si no, yo colocada entre vosotros dos, voy á ser muy desgraciada.

Y mientras hablaba así, contemplaba el retrato de D'Argenton, colgado en el testero principal de la habitación; un retrato iluminado, reproducción de la fotografía que había en la alcoba. La imagen del poeta se repeta en todas las habitaciones, sin contar un busto en bronce florentino que se erguía sobre un pedestal á la entrada del jardín; y, particularidad muy significativa, no había más retrato que el suyo en toda la casa.

— Me prometes, Jack mío, que lo querrás? . . . repitió la pobre loca, enfrente de la imagen severa y bigotuda.

El niño bajó la cabeza y contestó, haciendo un esfuerzo:

— Te lo prometo.

Entonces ella volvió á cerrar la puerta y bajaron la escalera sin hablar una palabra.

Aquella fué la única nube de aquel día memorable. ¡Estaban tan bien los dos, los dos solos, en el gran comedor santuosamente amueblado, en el cual la espesa sopa del puchero tenía cierto perfume de aristocrático capricho! Oíase á la tía Archambault, atareada en fregar los platos en la cocina. Alrededor de la casa el silencio, el delicioso silencio del campo, estaba rondando como misterioso guardián. Jack no dejaba de admirar á su madre. Ella también lo encontraba á él hermoso, crecido y muy desarrollado para tener once años; y se besaban, entre bocado y bocado, como dos enamorados.

Por la noche tuvieron visitas. El tío Archambault fué á buscar á su mujer, como todas las noches, porque vivían lejos, allá en la espesura del bosque. Le hicieron sentar en el comedor.

— ¡Vamos, una copa de vino, tío Archambault! ¡A la salud de mi hijo! . . . ¿No es verdad que es muy guapo y que lo llevará usted algunas veces á recorrer el bosque?

— ¡Pues ya lo creo que sí, señora D'Argenton!

Y mientras levantaba el brazo con la copa de vino, aquel gigante, rubio y tostado por el sol, el terror de todos los cazadores furtivos de la comarca, paseaba de

derecha á izquierda una mirada que la costumbre de vigilar de noche por entre las hojas y las malezas, había afinado de tal suerte y la había hecho tan movable, que ya no podía fijarse.

El nombre de Argenton, aplicado á su madre, hacía cosquillas á nuestro amiguito Jack. Pero como no tenía noción exacta de las dignidades, ni de los deberes de la vida, su ligereza de niño lo llevó bien pronto hacia otros pensamientos, hacia aquellas promesas de llevarlo á cazar, que el guarda reiteró antes de irse, mientras llamaba á sus dos perros, que dormitaban bajo de la mesa, y mientras colocaba sobre su crespo cabello la gorrilla de guarda rural, dependiente del Estado. Cuando el matrimonio se fué, oyóse rodar un coche lento, trabajosamente, por los guijarros de la cuesta.

— Toma! ¡Parece que es el señor Rivals! Conozco su caballo, que no anda nunca más que al paso. ¿Es usted, doctor?

— Sí, señora D'Argenton.

Era el médico de Etiolles, que, de vuelta de la visita, iba á ver qué tal iba su enfermito de por la mañana.

— ¡Eh! ¿No le decía yo á usted que no era más que cansancio? . . . ¡Buenas noches, hijo mío!

Jack miraba aquella cara ancha, colorada; aquel hombreillo rechoncho, encorvado, con una levita enorme, cuyos faldones le daban en los falones, con su cabellera blanca y alborotada, y aquel andar tambaleándose que lo adquirió en veinte años de mar, embarcado en calidad de médico de un vapor.

— ¡Qué aspecto tan bueno y tan leal tenía!

— ¡Ah! ¡Qué buenas gentes y qué feliz se sentía uno

en aquel medio ambiente franco y rústico, lejos del odiado mulato y del Gimnasio Moronval!

Cuando el doctor se marchó, echaron los gruesos cerrojos de la puerta. La obscuridad puso en derredor de las tapias su silenciosa barrera, y la madre y el niño subieron a la alcoba para acostarse.

Allí, mientras Jack se dormía, ella escribió á D'Argenton una carta larga para anunciarle la llegada de su hijo, y para tratar de enternecerlo hablándole del porvenir incierto de aquel niño, cuya respiración regular y tranquila oía ella allí, á su lado, detrás de la colgadura del lecho.

La madre no quedó un poco tranquila hasta dos días después que recibió una carta del poeta, fechada en la Auvernia.

Aunque cuajada de reticencias y de alusiones á la debilidad de la madre y al carácter indómito del niño, la carta era menos terrible de lo que pudo esperarse.

En resumen: D'Argenton había pensado ya en los gastos enormes que producía la educación Moronval, y aunque desaprobando la escapatoria, convenía en que no era una gran desgracia, porque el colegio iba muy de capa caída. (¡Claro, desde que él no estaba allí!) Cuanto al porvenir del niño, corría de su cuenta; y cuando llegase, es decir, dentro de ocho días, ya vería lo que se debía hacer.

Jamás Jack, en toda la vida, ni de niño, ni de hombre, pudo encontrar ocho días como aquellos, tan hermosos, tan felices, tan llenos de satisfacciones. Su madre, ocupada exclusivamente de él; el bosque, el corral, la cabra y subir diez veces la escalera pisándole las faldas á su Ida; ir donde ella iba, reír sin saber por

qué; su dicha, en fin, la dicha formada por una porción de alegrías menudas é inerrables.

Luego tuvieron otra carta, y:

"Mañana llega"

Aun cuando D'Argenton había dicho que estaba dispuesto á volver á ver á aquel niño, á mostrarse bueno é indulgente con él, la madre no las tenía todas consigo, y quería preparar la entrevista. Así es que prohibió á Jack que montase con ella en el carujillo que salió á esperar al poeta á la estación de Evry. Ella le dió una lección penosa para los dos, como si hubieran sido cómplices de alguna falta imperdonable: "Te quedarás á la entrada del jardín. . . ¿me entiendes? . . . No saldrás á su encuentro. . . Te esperarás hasta que yo te llame"

¡Qué emoción para Jack!

Pasó aquella hora de espera en pasear por el jardín, mirando hacia la pedregosa vereda para ver llegar el carricoche.

Cuando esto sucedió, huyó, y escondido detrás de las grosellas, les oyó entrar en la casa, oyó la severa voz de "El," sin vibraciones, y la voz de su madre, más dulce aún que de costumbre: "Sí, hijo mío. . . . No, hijo mío"

Por fin, se abrió una ventana de la torreílla.

—Jack, sube de prisa. . . . puedes venir.

Su corazoncito latía al subir la escalera, tanto de ahogo como de temor; y en cuanto entró se halló mal preparado para una entrevista tan grave, asustado ante aquella pálida cabeza que se destacaba sobre el fondo obscuro de la madera tallada de la cátedra, embara-

zado ante el temor de su madre, que ni siquiera alargaba una mano á su timidez de niño.

Al fin balbuceó unos buenos días, y esperó.

El sermón fué corto, casi afectuoso, porque aquella su actitud de acusado distaba mucho de desagradar al poeta, el cual además se regocijaba de la jugarreta que el muchacho había hecho al director del colegio.

— Jack, dijo para concluir; es necesario ser formal, es preciso trabajar. La vida no es una novela. Creo en tu arrepentimiento, y si eres razonable, te querré y viviremos felices los tres. Ahora oye lo que tengo que proponerte: del tiempo que consagro á mis terribles luchas artísticas, quitaré todos los días una hora ó dos, destinadas á tu educación, á tu instrucción. Si quieres trabajar, yo me encargo de hacer de tí, del niño indisciplinado y ligero, un hombre como yo, bien templado para la batalla.

— ¿Oyes, Jack? dijo la madre, á quien el silencio de su hijo ponía en cuidado. . . . Comprendes, ¿no es verdad? el gran sacrificio que nuestro amigo va á imponerse por tí?

— Sí, mamá. . . . murmuró Jack.

— Espera, Carlota, replicó D'Argenton. Es preciso, ante todo, saber si le agrada mi proposición. Naturalmente, yo no obligo á nadie.

— ¿Qué dices, Jack?

Jack, asustado de oír que llamaban Carlota á su madre, no sabía qué contestar, y buscó en su mente, durante un rató, algo muy tierno, algo bastante elocuente para responder á tanta generosidad. A fuerza de buscar acabó por esconder su agradecimiento en un profundo silencio. Al ver esto su madre, lo empujó á

los brazos del poeta, el cual le concedió un verdadero beso de teatro, sonoro y frío, y todavía como quien reprime un movimiento de repulsión.

— ¡Ah, querido mío, qué grande, qué bueno eres! . . . murmuró la pobre mujer, mientras el niño, despedido con un gesto, bajaba la escalera muy de prisa, para disimular su emoción.

En el fondo, la llegada de Jack á la casa iba á ser una distracción para el poeta. Pasada la alegría primera de la instalación, habíase pronto cansado de aquel vivir á solas con Ida, á quien llamaba ahora Carlota, en recuerdo de la heroína de Goethe, y también porque no quería dejarle nada de la antigua Ida de Baraney. Con ella se sentía solo: de tal manera su invasora personalidad se había impuesto á aquella desgraciada criatura, de inteligencia limitada y de carácter nulo.

Ella repetía sus palabras, se impregnaba de sus ideas, diluía sus paradojas en interminables charlas; de suerte que no hacían los dos más que uno, y esa felicidad que puede parecer el ideal de la felicidad en ciertas condiciones de vida, se había convertido en el verdadero suplicio de D'Argenton, demasiado batallador, discutiador, controvertidor para darse por satisfecho con aquella aprobación permanente.

Al menos, ahora tendría alguien á quien contrariar, dirigir, morigerar, porque era mucho más pasante de escuela, que poeta; y en esas disposiciones agitadas de ánimo emprendió la educación de Jack con la puntualidad pomposa, la solemnidad metódica, que ponía en sus menores acciones aquel sempiterno oficiante de pontifical.

Al día siguiente, Jack, cuando despertó en su alee-

ba, vió sujeta al cristal de su espejo una tarjeta escrita con la correctísima letra del poeta, á la cabeza de la cual se leía en caracteres muy gordos:

REGLAMENTO.

Era un resumen de vida, un plan de estudios; el día dividido en una porción de casillas llenas de ocupaciones: "A las seis, levantarse.—De seis á siete, desayuno.—De siete á ocho, recitado.—De ocho á nueve. . . ." Y así sucesivamente.

Los días, así reglamentados, se parecían á ventanas cerradas, cuyas persianas apenas si dejaban pasar por entre sus tabletas compactas el aire preciso para respirar y la luz suficiente para contentar la vista.

Ordinariamente, esos reglamentos no se hacen más que para faltar á ellos; pero D'Argenton tenía una severidad inaguantable que no soportaba la menor inexactitud. A eso se agregaba la manía del sistema, á la cual el antiguo profesor del colegio Moronval no había podido naturalmente sustraerse.

El sistema de D'Argenton, consistía en mezclar en la cabeza del principiante los más diversos conocimientos: el latín, el griego, el alemán, el álgebra, la geometría, la anatomía, la sintaxis, con todos los estudios elementales indispensables. Allá que la naturaleza apartase, clasificara y distribuyese luego todo aquello.

El sistema podría ser excelente; pero sea que resultase demasiado vasto para la inteligencia del niño, sea que el profesor no tuviese habilidad bastante para aplicar sus teorías, ello es que Jack no sacó ningún provecho. Sin embargo, estaba bastante adelantado para su edad,

y más inteligente, á pesar de su descosida educación, de lo que generalmente se es á los once años. Pero lo que había de confuso, de trastorno en sus primeros años de estudios, se complicaba ahora con el sistema aglomerador de su nuevo maestro. Además sentíase aterrado ante aquel personaje imponente; y, sobre todo, la naturaleza lo turbaba y llegaba á absorberlo por completo.

Transportado de pronto, desde el patinillo húmedo del horrible Pasaje de las Doce Casas, al campo, sentíase invadido por la visión de la naturaleza y por su contacto perpetuo.

Cuando, en las mejores horas de la tarde, se encontraba en la torrecilla delante del profesor y de los libros, abismado sobre un enorme cuaderno, cuyos renglones le daban vueltas, sentía locos deseos de escaparse, de mandar al diablo algún artículo del reglamento.

Mayo florido enviaba á las ventanas abiertas, sus perfumes; el bosque se engalanaba de verde, y Jack interrumpía la lección para seguir el vuelo de los pájaros que iban de rama en rama, ó la marcha rojiza que una ardilla, al pasearse, marcaba sobre el sombrío follaje de los enormes nogales. ¡Qué suplicio tan grande era declinar "Rosa, rosae, la rosa," en varios idiomas, mientras la naturaleza florecía en derredor! No pensaba más que en aquello, en estar al aire libre, al sol. . . .

— ¡Este chico es idiota! exclamaba D'Argenton cuando á sus preguntas, á sus argumentos contestaba Jack con los ojos espantados, como si se precipitase para contestar, desde las cimas de los árboles que estaba contemplando, ó desde aquella nubecilla que corría á

lo lejos. Su elevada estatura, demasiado desarrollada para su edad, contribuía también á darle apariencias de asustado. Y toda la severidad del poeta no servía más que para dificultar y entorpecer el impotente esfuerzo que hacía su memoria.

Al cabo de un mes declaró que renunciaba á enseñarle, que él gastaba inútilmente su tiempo precioso, robado á ocupaciones serias. En realidad, no lamentaba arrancarse él también á las múltiples exigencias de aquel reglamento de hierro que lo había esclavizado y aprisionado tanto como al niño. Por su parte, Ida, ó más bien Carlota, aceptó perfectamente la idea de que Jack era un inepto, una inteligencia obtusa; prefería creerlo á presenciar las escenas dolorosas, los arrebatos de cólera, las lágrimas finales de aquella educación tan difícil.

Adoraba la tranquilidad ante todo, y deseaba que estuviesen contentos todos los que hubiera á su alrededor. Sus puntos de vista, estrechos como su inteligencia, no iban nunca más allá del día, y cualquier porvenir le habría parecido caro si había que conseguirlo á costa de su tranquilidad inmediata.

Ya supondréis que Jack sintióse feliz al verse libre de aquel reglamento implacable: "A las seis, levantarse.—De seis á siete, desayuno.—De siete á ocho, etc." El tiempo le pareció más largo, más alegre. Como había comprendido perfectamente que en la casa estorbaba, y lo había comprendido por la manera que su madre tenía de besarlo, por la voz que adoptaba para hablarle delante de "El," se escapaba de allí los días enferos, con ese desdén absoluto que tienen á las horas los niños y los vagos.

Tenía dos buenos amigos, el guarda y el bosque. Por la mañana temprano se iba, llegaba á la casita del matrimonio Archambault, precisamente en el momento en que la mujer, antes de salir para casa de los "parisienses," servía el almuerzo de su marido en la sala limpia y fresca, empapelada de verde claro, que representaba cien veces seguidas, delante del mismo cazador en acecho, el mismo conejo que huía. De allí pasaba á la cuadra, donde se hallaban los perros, cuyos aullidos, ladridos y saltos se repetían sin cesar delante de la puerta formada de barrotes, hasta que al abrir ésta, aquella multitud de hocicos cortos, largos, partidos, de orejas tiesas, caídas, regulares, se dispersaban por todos los rincones del corral en su primer transporte de dicha y de libertad.

¡Y qué saltos, qué posturas naturales adoptaban lejos de la cazabilla común y de la paja de la perrera! Los daceses, con manchas amarillentas, tan fácilmente domados y sometidos, los zarcerillos con sus patas tuertas, hechos para devorar el rastro del cual parece formar parte su propio cuerpo, recogido en el vértigo de la carrera; los galgos, alargados, desgarrados, de pelos largos que les cubren los ojos, sedosos, aterciopelados y con movimientos que parecen caricias, y los "áluguis" de África, algo grandes y demasiado lujosos para la caza, y los lebreles heráldicos, todas las especies se encontraban representadas allí. Con mucha gravedad, el tío Archambault ejercitaba á sus discípulos, con el collar de fuerza, los castigos á latigazos y esas severidades de la vista tan eficaces para ciertas bestias que las domar, las aplastan, las hacen echarse al suelo, atemorizadas y temblorosas. Jack pensaba algunas ve-

ces al ver á un rebelde: "He ahí uno que no entiende el sistema," y se lo hubiera querido llevar al bosque, hacerle participar de aquella libertad hermosa al aire la cual le daba á él tanta superabundancia de vida.

Se sentía tan contento Jack, tan orgulloso de acompañar al guarda á través del bosque, de caminar al lado de aquel hombre terrible, temido en toda la comarca, y al cual su carabina, puesta á la bandolera daba una fisonomía verdaderamente belicosa!... Con él, veía un bosque especial lleno de vida y habitado, que los profanos no conocen. En vez de esas lindas espartadas por entre las hojas, de esos ruidos opacos debajo de las yerbas, que apagan los pasos de cualquiera, gozaba del espectáculo tranquilo de los animales que iban y venían libremente á sus quehaceres, á sus diversiones. Unas veces era la hembra de un faisán, escondida por sus polluelos, picoteando en los nidos de hormigas esos huevecillos blancuzcos tan grandes como perlas que se amontonan al pie de los árboles; ó cervatillos comiéndose los brotes nuevos, cruzando por los senderos con el ojo espantado, las patas extendidas, más divertidos que temerosos. Luego las liebres corriendo por los sembrados, los conejos, las perdices.

Detrás del frágil telar de las ramas nuevas, entre las cuales los oxiacantos en flor echaban sus hermosos ramos de altar, enteramente blancos y perfumados, aquellas vidas se agitaban, circulaban mezcladas á la sombra de las altas cimas. El guarda vigilaba las madrigueras, los huecos; mataba los bichos perjudiciales, las víboras, las urracas, las ardillas, los topós. Le daban un tanto por cabeza ó por cola de aquellos animales dañinos, y cada seis meses llevaba á Corbeil, á la subpre-

fectura, toda una colección de "detritus" polvorientos y secos, con los cuales todos los días iba llenando un sacco. ¡Ah! ¡Si hubiera podido meter también la cabeza de todos los leñadores furtivos del bosque! Y es que el tío Archambault quería aún más á los árboles que á sus animales. Una cabra puede reemplazarse; para cada faisán que muere, nacen mil á la primavera siguiente. Pero un árbol, ¡tarda tanto en crecer!

Así es que los cuidaba mucho, los espía hasta sus más insignificantes enfermedades. Había, entre otras cosas, todo un plantío de abetos atacado por los "bastrichs" que lo ponía muy triste. Esos "bastrichs" son unos gusmitos muy pequeños, que no sabe de dónde vienen, por millares, en apretadas filas; eligen el árbol más fuerte, el más hermoso, el más sano, y lo toman por asalto. Para luchar contra esas terribles invasiones, el abeto tiene su resina, y con toda su fuerza de árbol, con ese jugo de su savia que al correr se le lleva un poco de su vida, procura resistir al enemigo. Esparce torrentes de resina sobre el "bastrichs" y sobre los huevecillos depositados en la fibra de su corteza, y se agota y se seca en esa lucha, casi siempre inútil. Jack se interesaba mucho por la suerte de aquellos pobres árboles; veía chorrear, durante el combate, aquel sudor oloroso, aquellas lágrimas vegetales difíciles de caer, color de ámbar purísimo lleno de reflejos. A veces, el abeto conseguía escapar del desastre, pero generalmente perecía, se agrietaba, y un día, aquel coloso coronado de cantos de pájaro, de velos de abeja, lleno de los murmullos de las existencias que albergaba y del soplar del aire en sus ramas vigorosas, adquiría el aspecto de un árbol quemado por el rayo, y se venía por fin abajo;

dejando allá en lo alto el vacío de un hundimiento.

Las hayas tenían otro enemigo, una especie de gorgojos de color de bermellón, también casi imperceptibles, y tan numerosos, que cada hoja del árbol tenía su gusano, una picadurilla de un color rojo muy encendido. Desde muy lejos, aquella parte del bosque, aquellas ramas coloreadas por un otoño anticipado, una muerte precoz, tenía el aspecto de una salud fingida, las enfermedades rosetas que aminoran la tez de los tísicos; el tío Archambault los miraba moviendo tristemente la cabeza, como hace delante de ciertos enfermos un médico cuando pierde la esperanza.

Durante sus excursiones por el bosque, el guarda y el niño no se hablaban; iban impresionados por la gran sintonía de los bosques. El viento, según las esencias de las árboles que sacudía, se transformaba en quejido y en aliento. Cuando pasaba por los pinos, parecía rígido del mar, un silbido largo y prolongado; cuando sacudía los abedules, un chas, un paloteo tembloroso, que dejaba las ramas inmóviles, pero pesaba sobre las hojas en mil notas metálicas; y de las orillas de los estanques, muy numerosos en aquella parte del bosque, salían dulces razonamientos, el refregón de las cañas inclinando una hacia la otra sus largas lanzas satinadas. Por encima de todo esto, la risa estridente de los picos, los picotazos de los picoverdes, el chillido melancólico de los cuécos, todos esos ruidos vagos que suben de una superficie de cuatro ó cinco leguas de hojas, Jack tenía siempre en los oídos esos ruidos deliciosos, y le agradaban.

Pero recorriendo así todo el día el bosque en compañía del guarda, se habían hecho muchos enemigos. Había allí, en las lindes del bosque, una población de es-

zadores y leñadores furtivos, á quienes la vigilancia de Archambault hacía muy dura la vida, y que le profesaban un odio mortal.

Cobardes y astutos, cuando lo encontraban por el bosque, lo saludaban quitándose el sombrero, y el niño participaba del saludo; pero cuando Jack iba solo, todos le enseñaban los puños. Había, sobre todo, una vieja alta, llamada la tía Salé, la cual con su cabeza húmeda, su piel de salvaje roja como el polvillo de las cañteras, con los labios finos y metidos hacia adentro, perseguía á Jack hasta en sueños. Cuando se separaba del guarda á la puesta del sol para volver á su casa, encontraba siempre en un recodo del camino á la vieja ladrona, cargada con su haz de leña como ese Nicodemus fantástico que se hace ver á los niños en la luna, atravesando la luz con su silueta de demonio tostado al fuego. La vieja lo esperaba sin moverse, y dejaba pasar al niño, que se violentaba para no correr; entonces, con voz lánguida y con la pronunciación vulgar de la gente de la isla de Francia, le gritaba:

— ¡Eh, tú, bribón!... ¿Por qué vas tan de prisa? Bien te he visto... ¿Crees que no? Espérame un poco, y verás cómo te arranco la nariz con mi zarpa...

Y se levantaba y se entretenía en asustarlo, en cazarlo, como ella decía, fingiendo perseguirlo, con la zarpa levantada. Jack oía sus pasos precipitados, el rozar del haz de leña contra el suelo, y volvía á su casa sofocado, sin respiración. Pero esos terrores no hacían más que dar poesía al bosque, añadiendo á su grandeza la misteriosa atracción del peligro.

Al volver de sus correrías, Jack encontraba á su madre hablando en voz baja en la cocina con la mujer del

guarda. Un profundo silencio reinaba en la casa, alterado solamente por la péndola del reloj grande que había en el comedor. El niño besaba á su madre, la cual le hacía una seña con la mano.

—¡Christ! . . . Calla . . . Está arriba . . . trabajando.

Jack se sentaba en un rincón, se entretenía en mirar al gato que se estiraba al sol, ó al busto del poeta cuya sombra se alargaba majestuosamente sobre la hierba. Con la torpeza propia de los niños que tienen ganas de hacer ruido, precisamente porque no deben de hacerlo, siempre tiraba algo, movía la mesa, tropezaba con las pesas del reloj, con esos movimientos inconscientes que esas pequeñas existencias exuberantes hacen á cada instante.

—¡Calla, hombre! . . . repetía Carlota; y la tía Archambault, al poner la mesa, tomaba todo género de precauciones, andando sobre la punta de sus enormes pies, que no tenían puntas, encorvando como esfuerzo su ancha espalda, andando hacia atrás, palurda, torpe, pesada, para no molestar "al señor que estaba trabajando." Trabajaba.

Oíase allá arriba, en la torrecilla, medir con mesurado paso sus reflexiones ó su fastidio, mover el sillón, empujar la mesa. Había empezado su "Hija de Fansto" y se encerraba durante todo el día con aquel título, discutiendo allá en un tiempo, pero el cual no estaba todavía justificado ni por una sola línea escrita. Y sin embargo, tenía todo lo que había soñado, tranquilidad, campo, soledad, un magnífico cuarto de trabajo. Cuando se cansaba del bosque, de aquel reflejo verde que daba en los cristales, no tenía más que volver un poco el sillón, y se encontraba frente de los azules variados, ilimitados,

del agua, del cielo, del horizonte. Todo el aroma del bosque, toda la frescura del río llegaban á él directamente; y el ruido del viento en las ramas, los murmullos del agua, del vapor, acentuaba aquella gran tranquilidad de la naturaleza y la ensanchaba en derredor suyo. Nada le estorbaba ni lo distraía; sólo allí, por encima de su cabeza los pidos de los pichones que tenían sus nidos en el palomar, y el "rrrrrrrú" acariciador con el hincharse de sus cuellos matizados.

—¡Dios mío, qué bien se está aquí para trabajar! exclamaba el poeta.

Y en seguida cogía la pluma, abría el tintero. . . Pero nada, ni una línea. Las cuartillas continuaban en blanco, vacías de palabras como el pensamiento; y los capítulos, designados con anticipación—porque la manía de los títulos no dejaba de perseguirlo,—se esparcían como si fueran jalones numerados en un campo olvidado por el labrador. Estaba demasiado bien, tenía demasiada poesía en derredor suyo, lo ahogaba el exceso del ideal y de bienestar establecido.

Figuraos lo que es habitar un pabellón de Luis XV, en las lindes de un bosque, en esa comarca encantadota de Etiolles, á la cual se une el recuerdo de la Pompadour con lazos de cintas de color de rosa y de broches de brillantes; tener todo lo que se necesita por hacerse poeta y poeta notable: una querida adorada encantadora, á la cual sentaba muy bien el nombre romántico de Carlota; una tribuna Enrique II, á guisa de sillón para favorecer el estudio severo y recogido; una cabrita blanca llamada Daltí, que lo seguía en sus pasos, y, un antiguo reloj de música esmaltado, cuya música dulce y

sentida parecía salir del pasado, y evocar imágenes melancólicas de tiempos evaporados.

Era demasiado, muy demasiado; y el pobre ruador se veía tan estéril, más desprovisto de inspiración, que cuando después de todo el día danilo lecciones se encerraba en su guardilla.

¡Oh! qué horas más largas de fumar la pipa, de vagancia, de dormitar sobre el sofá, de estar de pie delante de las ventanas, de aburrimento...

Cuando se oían los pasos de Carlota en la escalera, se sentaba apresuradamente delante de su mesa, con la cara absorta, crispada, la mirada perdida en una ausencia de expresión que también podía ser muy bien soñar.

—¡Adelante! contestaba al tímido golpecito dado en la puerta.

Carlota entraba, fresca, alegre, con los brazos al aire y tan campestre, que los polvos de arroz puestos en la cara, parecían harina escapada de algún molino de zarzuela.

—¡Vengo a ver á mi poeta! decía al entrar.

Tenía una manera de pronunciar la palabra "poeta," que le llenaba la boca.

—¿Cómo va eso? ¿Estás satisfecho?...

—¡Satisfecho!... ¿Acaso en esta horrible profesión literaria, que es un perpetuo esfuerzo del espíritu, se puede estar jamás satisfecho?

Se enfadaba, su voz se volvía irónica.

—Es verdad, hijo mío... no quería más que saber si tu "Hija de Fausto"...

—¿Qué? ¿Qué hay con mi "Hija de Fausto"?... ¿Sabes cuántos años tardó Goethe en escribir su "Fausto"?... ¡Diez años!... Y para eso vivía en plena co-

municación artística, en un medio intelectual. No estaba como estoy yo, condenado á la soledad del pensamiento, la peor de las soledades, que conduce á uno á la inacción, á la contemplación, á la nada de toda idea.

La pobre mujer oía y callaba. A fuerza de oír repetir las mismas frases á D'Argenton, había comprendido los reproches que para ella envolvían sus palabras. El tono del poeta significaba: "No eres tú, pobre bestia, quien reemplazará el medio ambiente que me falta, ese roce del espíritu del cual brota la chispa..." La verdad era que la encontraba estúpida y se aburría con ella tanto como cuando estaba solo.

Sin darse de ello cuenta, lo que le había seducido en aquella mujer era el cuadro en el cual la conociera, la admirara, el lujo que la rodeaba, el hotel del boulevard Haussmann, los criados, el coche, la envidia que causaba á los demás bohemios la posesión de semejante querida.

Ahora que sabía que era de él solo, toda suya, que la había transformado, bautizado de nuevo, le había hecho perder la mitad de sus encantos. Estaba, sin embargo, muy bonita, embellecida por el aire del campo que sentaba tan bien á su belleza lujuriosa. Pero, de qué sirve tener una querida bonita, si nadie la ve cogida de vuestro brazo? Además, no entendía una palabra de poesía, prefería los chismes de vecindad; no tenía, en resumen, nada de lo que era necesario para enamorar á aquel poeta impotente y distraerlo del incommensurable fastidio en que la ociosidad y el aislamiento lo tenían sumido.

Era cosa de verlo por la mañana, atisbando la llegada del cartero con los tres ó cuatro periódicos á que se ha-

bía subscripto, y cuyas fajas de colores rompía con tanto apresuramiento como si esperase encontrar en aquellas columnas alguna noticia que le concerniese, como por ejemplo, la crítica de la obra teatral que tenía en cartera, ó la bibliografía del libro que pensaba escribir. Y leía todos aquellos periódicos sin dejar una línea, hasta el pie de imprenta. Y encontraba siempre en ellos motivos para encolerizarse y asunto para las triviales conversaciones en la hora de almorzar.

Los demás tenían suerte. Les ponían en escena obras. ¡Y qué obras! Les editaban libros. ¡Qué libros! Mientras que él nada, siempre nada. Lo peor es que los asuntos están en el aire, que cada cual los respira y los traduce, y, por consiguiente, los primeros que pisa destruyen todo el trabajo de los demás. No pasaba una semana sin que le robaran una idea.

—Mira, Carlota! Han estrenado ayer en el teatro Francés otra comedia de Emilio Augier... Enteramente mis "Manzanas de Atalante."

—Pero, ¿eso no es una infamia?... ¡Te han robado tus "Manzanas!" Yo le escribiré á ese señor L'Augier decia la pobrecilla Carlota verdaderamente indignada.

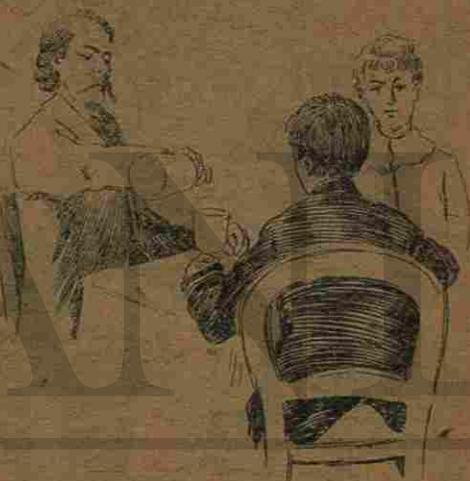
Y él con gran amargura:

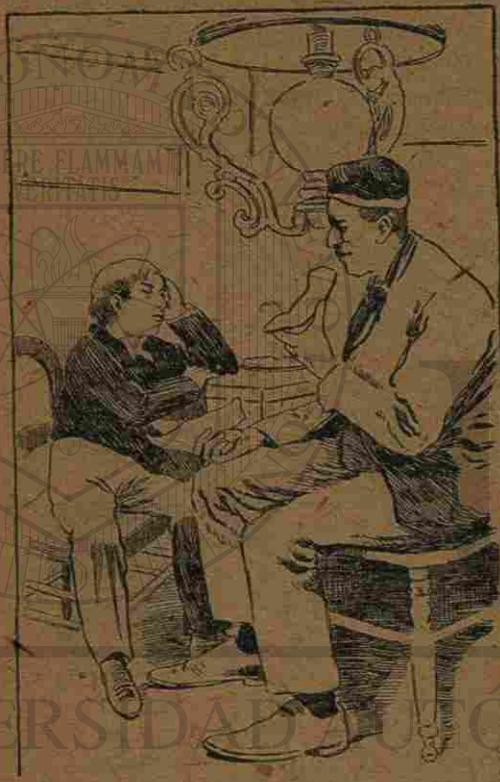
—Eso tiene el no vivir allí... Cualquiera le quita á uno el sitio.

Parecía que formulaba un reproche contra ella, como si no hubiera sido la ilusión de toda su vida el tener un retiro en el campo. Las injusticias del público, la venalidad de la crítica, todos los rencores de los impotentes los formulaba en frases pedantescas y frías.

Durante aquellas comidas aburridísimas, Jack no hablaba palabra, se encogía como si quisiera hacer que ol-

vidasen su presencia, y sustraerse á aquel perfecto mal humor. Pero á medida que D'Argenton se irritaba más, despertábase su sorda antipatía contra el niño: y el temblor de su mano cuando le echaba de beber, el fruncimiento de sus cejas cuando lo miraba, advertía al pobre Jack la existencia de aquel odio, que no esperaba más que un motivo cualquiera para estallar.





Jack lo miraba cortar su pan á grandes rebanadas.

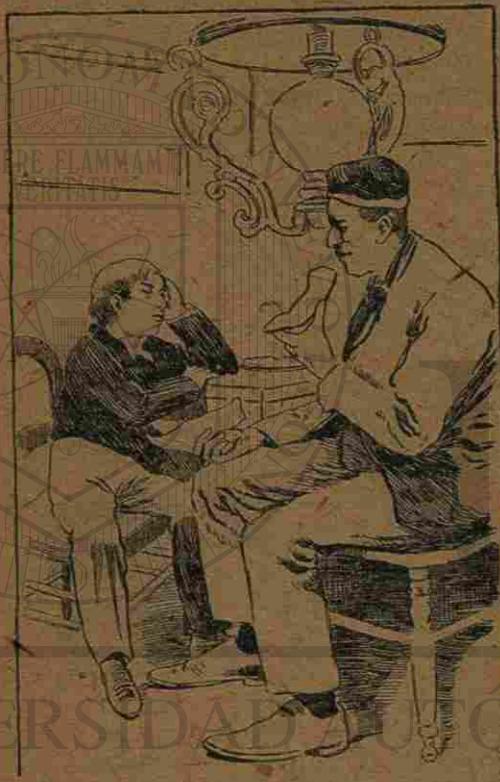


IX

Primera aparicion de Relisario.

Una tarde que D'Argenton y Carlota habian ido á Corbeil, impulsados por esa necesidad de cambiar de sitio que persigue á todos los desocupados, Jack, que se habia quedado solo con la tia Archambault, tuvo que renunciar á salir al bosque, porque amenazaba un gran temporal.

El cielo, un cielo de Julio, cargado con espesos vapores, se iba obscureciendo por el borde de aquellas nubes donde oianse sordos truenos; y el valle, ennegrecido, mudo, desierto, tenia esa inmovilidad de la espera que



Jack lo miraba cortar su pan á grandes rebanadas.



IX

Primera aparición de Relisario.

Una tarde que D'Argenton y Carlota habían ido á Corbeil, impulsados por esa necesidad de cambiar de sitio que persigue á todos los desocupados, Jack, que se había quedado solo con la tía Archambault, tuvo que renunciar á salir al bosque, porque amenazaba un gran temporal.

El cielo, un cielo de Julio, cargado con espesos vapores, se iba obscureciendo por el borde de aquellas nubes donde oíanse sordos truenos; y el valle, ennegrecido, mudo, desierto, tenía esa inmovilidad de la espera que

toma la tierra en los campos de la atmósfera.

Causada de ver allí al niño sin hacer nada, la mujer del guardabosque miró al cielo y dijo á Jack:

—¿Sabe usted señorito Jack, qué no llueve? De aquí á que empiece á caer agua, bien podía usted ser tan bueno, que se llegara á la carretera y me trajera un poco de hierba para los conejos.

El niño, satisfecho de ser útil, cogió una cesta y bajo corriendo el sendero que conducía desde la casa hasta el camino de Corbeil, y empezó á buscar los hierbajillos que se ochaban á los conejos.

La carretera se perdía de vista, blanca, llena de un polvillo fino que daba tintes grises al follaje espeso de los olmos y á toda la linder del bosque. La carretera estaba desierta, sin un caminante, sin un carro, y agrandada por esa misma soledad. Jack, en el fondo de la cuneta, muy apresurado en su recolección, porque los truenos se acercaban, oyó de pronto muy cerca de sí una voz que gritaba con tono agudo y monótono:

“¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!...” Y después, en un tono mucho más bajo:

“¡Panamás! ¡Panamás! ¡Panamás!”

Era uno de los mercaderes ambulantes que recorren los pueblecillos cargados con su mercancía. Aquél llevaba á la espalda, como si fuese un organillo, un gran cesto lleno de sombreros de paja común, apilados unos encima de otros. Caminaba difícilmente, trabajosamente; las piernas zambas, los pies puestos de lado, metidos en unos enormes zapatos amarillos, con el aspecto de un herido.

¿No habéis observado qué triste es un peatón en una carretera?

No se sabe dónde va aquella vida errante, si la casualidad le procura un asilo, el abrigo de una granja para dormir. Parece arrastrar consigo la fatiga del camino recorrido y la incertidumbre de lo lejos en que entra. Para el campesino, aquel transeunte es el extraño, el aventurero; lo mira con desconfianza, lo sigue con la vista hasta la salida del pueblo, y no está tranquilo hasta que se encuentra de nuevo en la carretera, guardada por los gendarmes, aquél desconocido, que no puede ser más que un malhechor.

“¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!”

¿Para quién seguiría pregonando aquel pobre diablo? No había ninguna casa á la vista. ¿Sería para los pájaros, refugiados en el follaje de los olmos, temerosos é impacientes por la proximidad de la tormenta?

Sin dejar de pregonar, se había sentado en un montón de piedras y se enjugaba la frente con las manos, mientras Jack, al otro lado del camino, miraba aquella extraña cara, sin edad, terrosa y triste; con los ojos enrojecidos y lagañosos; con la boca informe, abultada, cubierta de una barba roja y enseñando unos dientes puntiagudos y espaciados, que parecían los dientes de un lobo.

Pero lo que más llamaba la atención en aquella fisonomía, era una gran expresión de sufrimiento; la queja muda de aquellos ojos tiernos, de aquella boca abultada, de todo aquel rostro inacabado, monstruoso, que parecía un ejemplar encontrado, por casualidad, de las edades prehistóricas. El infeliz tenía sin duda conciencia de su terrible fealdad; porque al ver enfrente de él aquel niño que lo miraba con cierta inquietud, le sonrió amablemente.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO DAUBET"
1911

Aquella sonrisa lo puso todavía más feo; formó en las fisuras de la boca y alrededor de los ojos un millón de arrugillas, todo ese plegarse de la cara de los pobres, las cuales se arrugan, en vez de aflojarse, cuando sonren. Pero tenía el aire tan bondadoso al sonreír de aquel modo, que Jack se tranquilizó en seguida y siguió cogiendo hierba.

De pronto un trueno espantoso y muy cercano conmovió el cielo y el valle entero. Por la carretera corrió un estremecimiento que levantó el polvo del suelo y de los árboles.

El hombre se levantó, miró las nubes con expresión de temor; luego, dirigiéndose á Jack, que también se había puesto en pie al oír el trueno, le preguntó si estaba todavía muy lejos del pueblo.

—Un cuarto de hora, poco más, respondió el niño.

—Ah, Dios mío! dijo el pobre buhonero; no puedo llegar antes de que empiece á llover. Se me van á mojar todos los sombreros. He traído demasiado, y el encarado que cubre el cesto no puede taparlos bien.

Jack tuvo un buen sentimiento al ver aquella consternación; además, su famoso viaje le hacia compadecer á todo el que andaba por los caminos.

—Eh! ¡Buen hombre, buen hombre! gritó al mercader ambulante, que ya se alejaba cojeando, apresurándose cuanto podía, pero sin gran resultado, porque sus piernas estaban tan torcidas como unas cepas... Si quiere usted, nuestra casa está muy cerca de aquí y podría usted refugiarse con sus sombreros.

El pobre hombre se apresuró á aceptar. Era tan delicada su mercancía!

Y los dos juntos apretaron el paso por el sendero arri-

ba para que no les cogiese la tormenta. El hombre iba todo lo de prisa que podía; parecía ir haciendo esfuerzos prodigiosos, y levantaba mucho los pies á cada paso, como si los guijarros hubiesen sido ascuas.

—¿Está usted malo?, preguntó Jack.

—¡Oh! sí, siempre... Los zapatos me hacen daño. Tengo los pies tan grandes, que no puedo encontrar nunca calzados para ellos. Y esto es muy malo cuando tiene uno que andar mucho. ¡Oh! Si alguna vez soy rico, me haré hacer unos zapatos á la medida.

Y seguía andando, sudando, cojeando, dando saltitos y lanzando de cuando en cuando, y por costumbre, su pregón melancólico: "¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!"

Llegaron á la casa. El buhonero depositó en la entrada su cuévano de sombreros y se mantuvo allí en actitud humilde. Pero Jack quiso que se sentase en el comedor.

—Vamos, buen hombre, siéntese usted ahí. Va usted á echar un trago y á tomar un bocado.

El otro no quería, se excusaba. Al fin se resignó y dijo con su bondadosa sonrisa:

—Carimba, señorito, puesto que usted se empeña, no le de desairarlo. Me he comido un mendrugo hace poco en Praveil, y ya sabe usted que cuando se acaba de comer se tiene siempre un poquillo de hambre.

La tía Archambault, que en su calidad de mujer del campo, esposa de un guardabosque, tenía un santo horror á los vagabundos, no ponía buena cara; pero no por eso dejó de poner encima de la mesa una hogaza y un gran jarro de vino.

—¡Ahora un pedazo de jamón!, ordenó Jack con tono resuelto.

—Ya sabe usted que al señor no le gusta que se toque al jamón, dijo la tía Archambault refunfuñando.

En efecto: el poeta era gastrónomo, y en la despensa había cosas expresamente para él, que se le tenían reservadas.

—¡No le hace, no le hace, trágalo usted! dijo Jack, á quien no le desagradaba echárselas de amo de casa. La buena mujer obedeció, pero en seguida se retiró á la cocina en son de protesta.

El hombre daba las gracias y comía con excelente apetito. El niño le servía de beber, lo miraba cortar el pan á grandes rebanadas, que se metía en la boca de medio lado para que entrasen.

—¿Está bueno, eh?

—¡Oh, sí! ¡Muy bueno!

Fueca, la lluvia azotaba los cristales, la tempestad rugía. El hombre y el niño charlaban envueltos en el bienestar que da el sentimiento del abrigo. El mercader contaba que se llamaba Belisario, que era el hijo mayor de una numerosa familia. Vivían en la calle de los Judíos, en París, él, su padre, sus tres hermanos y sus cuatro hermanas. Toda esa gente fabricaba sombreros de paja para el verano y gorras para el invierno; una vez dispuesta la mercancía, unos recorrían los barrios, otros los pueblos, para venderla.

—Y usted... ¿va lejos?

—A Nantes, donde tengo una hermana establecida. Pasaré por Montargis, Orleans, la Turenna, Anjou.

—Eso debe cansarlo á usted mucho, á usted que anda tan mal.

—Es verdad... No descanso un poco más que por la noche, cuando me quito estos malditos zapatos: y para eso, el placer que siento disminuye pensando que tengo que volver á ponérmelos.

—¿Y ¿of qué no viajan sus hermanos de usted?

—Son todavía demasiado jóvenes, y, además, el viejo Belisario, mi padre, no querría separarse de ellos. Le daría mucho disgusto. Yo ya es otra cosa.

Parecía que encontraba lo más natural del mundo que quisieran más á sus hermanos que á él. Luego añadió, mirando tristemente sus anchos zapatos amarillos, los cuales hinchaba y llenaba de bultos la deformidad de sus pies comprimidos.

—¡Si al menos pudiera hacerme unos á la medida!...

La tempestad iba en aumento. La lluvia, el viento, el trueno, hacían un ruido espantoso. No oían lo que hablaban; y Belisario seguía comiendo silenciosamente, cuando un gran golpe dado á la puerta y reiterado en seguida, hizo que Jack palideciera horrorosamente.

—¡Ay, Dios mío! dijo: ¡Ahí están!

Era D'Argenton, que volvía con Carlota. No debían volver hasta la noche, pero el miedo á la tormenta, de la que creyeron huir apresurándose, había adelantado su regreso. Habían recibido toda aquella terrible lluvia, y el poeta estaba furioso, atormentado por el temor de algún renma.

—¡Pronto, pronto, Carlotilla!... ¡Que enciendan lumbre en el salón!

—Sí, hijo.

Pero mientras se sacudían y chotreaban agua, mientras ponían, abiertos para que se secaran, los paraguas

en el vestíbulo. D'Argenton vió con estupefacción la pila de sombreros de paja.

—¿Qué es esto?, preguntó.

—Ah, si Jack hubiese podido meterse cien pies debajo de tierra, con su convidado y la mesa puesta! De todos modos no habría tiempo, porque el poeta entró en seguida, paseó su mirada por el comedor y lo comprendió todo. El niño balbuceó algunas palabras para excusarse, para explicar... pero el otro no lo escuchó.

—Carlota, ven y mira esto. No me habías dicho que el señorito Jack tenía convidados hoy. El señorito recibe á sus amigos.

—¡Ah! Jack, Jack, dijo la madre con tono de reproche.

—No le regañe usted, señora; he sido yo quien... empezó á decir Belisario.

D'Argenton, furioso, abrió la puerta, y señalándose la al infeliz con gesto imperioso:

—En primer lugar, usted me hace el favor de callarse y largarse de aquí en seguida, vagabundo. Si no, hago que le prendan para enseñarle á usted á no meterse en las casas.

Belisario, á quien su triste oficio había acostumbrado á todo género de humillaciones, no protestó, recogió su cesto muy de prisa, dirigió una mirada triste á los cristales que chorreaban agua, otra mirada llena de agradecimiento á Jack, se inclinó para saludar humildemente, muy humildemente, y se mantuvo encorvado al salir al portal, salpicado por la lluvia copiosa que, al caer sobre los panamás, hizo más ruido que una granizada. Ya estaba fuera, y no pensaba en enderezarse.

Se le vió alejarse con la espalda puesta á todas las

crueledades de la suerte, á toda la furia de los elementos, y con voz lamentable, maquinalmente empezó á pregonar en medio de aquella lluvia torrencial:

—¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!

En el comedor hubo un momento de silencio, mientras la mujer del guarda encendía un hermoso fuego de sarmientos, mientras Carlota se ingeniaba para secar la ropa del poeta, y éste se paseaba en mangas de camisa, solemne y digno, presa de sorda cólera.

De pronto, al pasar por delante de la mesa, vió el jamón, su jamón, en el cual el cuchillo del buhonero, guiado por su feroz apetito, había hecho cortaduras profundas, agujeros como esas entrañas de caverna que abre el mar á la hora de las mareas vivas, y el final de las cuales no conoce nadie.

Se puso lívido.

Figúrate que aquel jamón era sagrado, como el vino del poeta, su tarro de mostaza y su agua universal!

—¡Oh! ¡No había yo visto esto!... Era un verdadero festival... ¡Cómo! ¿El jamón también?

—¿Han tocado el jamón?, preguntó Carlota levantándose indignada, estupefacta ante tamaña audacia.

La mujer del guarda añadió:

—¡Ah! ¡Caramba!, bien sabía yo que el señor regañaría por haber dado eso á ese bohemio... Pero el señorito no lo sabía. ¡Es tan joven!

Jack, que ya no estaba en el paroxismo de su caridad, ni bajo la influencia de aquella sonrisa bondadosa.

—¡Oh! ¡Qué sonrisa tan buena, tan enternecedora!

Jack estaba aterrado de lo que se había atrevido á hacer. C amovido, tembloroso, balbuceó:

—¡Perdón!

¡Ah, sí, perdón!

Herido en su orgullo y en su glotonería, D'Argenton dejó desbordar todo lo que sentía de excitaciones, de crispaciones, de odio contra aquel niño, pasado misterioso, acusador de una mujer á quien amaba un poco, aunque sin estimarla en lo más mínimo.

Cosa rara en él, tuvo un acceso de cólera; cogió á Jack por el brazo, sacudió aquel cuerpo languiracho de adolescente, lo levantó como para demostrarle su debilidad.

—¿Por qué te has permitido tocar á ese jamón?
¿Con qué derecho?... ¡Bien sabías que no era tuyo! En primer lugar, aquí no hay nada tuyo. La cama donde duermes, el pan que comes, los debes á mi caridad. Y verdaderamente hago mal en ser tan caritativo. Porque después de todo, ¿te conozco yo acaso? ¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido? Hay momentos en que la precoz depravación de tus instintos, me hacen temblar por tu origen....

Se detuvo al ver un signo desesperado de Carlota que le señalaba los ojos negros, interrogadores, curiosos, de la tía Archambault, que miraba de hito en hito. En la comarca se les creía casados; Jack pasaba por hijo del primer matrimonio de la señora D'Argenton.

Obligado á detenerse, á contener un mar de injurias que lo atoragaban, D'Argenton exasperado, grotesco, mojado y hameante como un caballo de ómnibus, subió rápidamente á su cuarto y cerró la puerta de un portazo. Jack quedó consternado enfrente de la desesperación de su madre, que se retorció los brazos preguntando á Dios qué había hecho para merecer una existencia semejante. Era el único recurso que tenía ante todas

las complicaciones de la vida. Como siempre, la pregunta quedó sin respuesta; pero hay que creer que había cometido faltas bien grandes para que Dios la hubiese condenado á convertirse en la compañera ciega y obtusamente enamorada de un ser como D'Argenton.

Para acabar de agriar el humor, ya tan negro del poeta, al aburrimiento, á la tristeza de la soledad, vino á unirse la enfermedad. Como todos los que han vivido mucho tiempo mal y comiendo carne de vaca rabiosa, D'Argenton tenía mal estómago. ¿Qué gran pretexto también para explicarse la esterilidad de su cerebro, los largos sueños echados en el sofá, aquella apatía que lo anonadaba! En lo sucesivo, el famoso: "Está trabajando el señor, está trabajando," fué reemplazado por: "El señor está con la crisis."

Con esa palabra vaga bautizaba un malestar intermitente que no le impedía ir varias veces al artesón de amasar y cortarse sendas cortezas de pan caliente, que untaba con queso y que se comía á bocados manchándose los bigotes. Aparte de esto, tenía todo el aspecto de un enfermo: el aire lánguido, el mal humor, las exigencias perpetuas.

La buena de Carlota lo compadecía, lo cuidaba, lo mimaba. Esa hermana de la Caridad que hay en el fondo de cada mujer, estaba ribeteada en ella por una sensibilidad estúpida, que hacía que quisiera más á su poeta desde que estaba enfermo. ¿Cuántas invenciones para distraerlo, para aliviarlo! Ponia debajo del mantel una manta para amortiguar el choque de los platos y los cubiertos; inventó todo un sistema de cofines, con que arreglaba el sillón Enrique II de su cuarto de trabajo; luego una porción de cuidados menudos: la franela, las

infusiones, toda esa tibieza con que los enfermos adormecen, de buen grado, sus energías y que debilitan hasta el sonido de su voz. Es verdad que la pobre mujer, con esa alegría bulliciosa que la acometía algunas veces, destruíra de un golpe todas sus virtudes de enfermera, volvía á su exuberancia de palabra, á sus gestos exagerados, y sólo se detenía un tanto confusa ante el abatimiento del poeta, que le decía con tono doliente: "¡Calla, mujer... qué me fatigas!"

Esta enfermedad de D'Argenton llevó á la casa un visitante asiduo, el doctor Rivals, á quien era necesario esperar, no es el caso, porque su ofentela, muy numerosa y esparcida en un contorno de diez leguas lo acaparaba por completo. Entraba con su bondadosa cara, con la cabellera sedosa y enteramente blanca, los bolsillos de su enorme levitón atestados de folletos que leía por el camino, ya fuese en carruaje, ya fuera á pie. Carlota se ponía muy compungida al aborarlo en el corredor.

— ¡Ah! doctor, venga usted pronto. ¡Si supiera usted en qué estado se encuentra nuestro pobre poeta!

— ¡Bah! déjelo usted. No necesita más que distracción.

En efecto, D'Argenton, que acogía al médico con voz débil y llorosa, se alegraba tanto de verse delante de una cara nueva, de entrever en la monotonía de su existencia un elemento de variación, que olvidaba su enfermedad, hablaba de política, de literatura, deslumbraba al pobre doctor con el relato de la brillante vida parisiense; charlaba de los personajes que decía conocer, á los cuales había dirigido alguna vez una frase cruel. El doctor, muy cándido, muy franco, no tenía

razón alguna para dudar de aquella palabra fina, que hasta en sus vanidosas extravagancias parecía medir todas sus frases, y además el viejo Rivals no era hombre observador.

Le agradaba estar en aquella casa: tenía al poeta por inteligente, original; á la mujer por bonita, al niño por encantador, y no se le alcanzaba, como le hubiera sucedido á un espíritu más fino, que lazos carnales, que alfileres mal prendidos unían á aquellos tres seres y les hacían formar una familia.

¡Cuántas veces á mediodía, con su caballo atado á un barrote de la empalizada, el bueno del hombre se entretenía en casa de los parisienses, saboreando el grog que Carlota le servía y le preparaba ella misma, y relatando sus viajes á Indo-China, á bordo del "Bayonessa". Jack permanecía allí, en un rincón, atento, silencioso, acometido por esa pasión por las aventuras que tienen todos los niños, pasión que pronto apagan las peripecias de la vida con su monótona nivelación y sus paulatinas estrecheces de horizontes.

— ¡Jack! decía brutalmente D'Argenton señalando á la puerta.

Pero el doctor intervenía:

— ¡Déjelo usted! ¡Es tan agradable tener niños cerca de sí! Estos perrillos tienen un olfato asombroso. Estoy seguro que el de ustedes ha adivinado, sólo al verme, que me gustan los chiquillos con locura y que soy abuelo.

Entonces hablaba de su nieta Cecilia, que tenía dos años menos que Jack. Cuando empezaba el capítulo de las perfecciones de Cecilia, no acababa nunca: era más prolijo todavía que cuando contaba sus viajes.

—¿Por qué no nos la trae usted aquí? Los dos jugarían y se entretendrían, decía Carlota.

—¡Oh! no, señora. Su abuela no lo consentiría. No confía á nadie la niña, ni ella va tampoco á ninguna parte desde nuestra desgracia.

Esa desgracia, que el viejo Rivals recordaba con frecuencia, era la pérdida de su hija y de su yerno, muertos los dos antes del año de casados y poco después del nacimiento de Cecilia. Un misterio rodeaba aquella doble catástrofe. Con los D'Argenton las confidencias del doctor se limitaban siempre á estas palabras: "Desde nuestra desgracia..." y la tía Archambault, que estaba al corriente de lo sucedido, se encerraba en frases muy negras.

—¡Ah! ¡pearamba! Las gentes que han pasado por un verdadero tormento...

No lo parecía, á juzgar por la animación y alegría del doctor, siempre que visitaba la casa. Tal vez contribuía algo el grog de Carlota, un grog tan cargado, que si la señora Rivals lo hubiese visto, se habría apresurado á echarle mucha ms águia. Sea por lo que fuese, el bueno del hombre no se aburría en casa de los parisienses, se levantaba muchas veces diciendo: "Voy á Rís, á Tigery, á Morsang..." y continuaba la conversación comenzada, hasta que el piafar de su caballo, que se impacientaba en la puerta, le hacía echar á correr, saludando al poeta con unos buenos días, así como á Carlota, preocupada con su enfermo, y dando siempre la misma receta: "Distráigalo usted."

¡Distráerlo!

Ya no sabía qué hacer para procurarle distracción. Pasaban las horas muertas combinando las comidas, ó

salían al bosque en su carruajillo, llevándose el almuerzo envuelto en periódicos. El se aburría.

Compró un barquito; pero aquello fué peor, porque el viaje á solas en medio del Sena, era forzoso, absoluto y hasta insoportable para aquellos dos seres que no se hablaban una palabra y echaban los anzuelos por hacer algo y para encontrar, en el silencio obligado de la pesca, un pretexto, una excusa á su mutismo perpetuo.

Bien pronto la barquilla no sirvió para nada, y permaneció amarrada entre los juncos de la orilla, llena de agua y con las hojas caídas.

Luego siguieron las más singulares fantasías; reparaciones de la fachada, de la torrecilla, la construcción de una escalera exterior y de una terraza á la italiana, con la cual había soñado siempre el poeta, una porción de columnitas unidas por unas verjas de madera, guarnecidas de enredaderas. Pero se aburría también á pesar de su terraza.

Un día que había llamado á un afinador para que afinase el piano, en el cual tocaba algunas polkas, aquel hombre, un extraño inventor, le propuso que instalase en el techo un arpa aérea, una gran caja sin tapa, de cinco pies de alta, en la cual las cuerdas, tendidas de longitud desigual, vibraban al viento sus acordes armoniosos que parecían quejidos. D'Argenton aceptó con entusiasmo. Apenas hubieron colocado el aparato, aquello fué sinistro. Al menor soplo de aire se oían gemidos, modulaciones desgarradoras, gritos lamentables... ¡húú... hú... hú!... Jack, en la cama tenía un miedo horrible, se tapaba la cabeza con las sábanas pa-

ra no oír aquel ruido. De allí arriba se oía una melancolía atroz, capaz de volver loco á cualquiera.

—¡Me fastidia esa arpa! . . . Basta, basta. . . . gritaba el poeta exasperado.

Fué preciso desmontar toda aquella maquinaria, llevarse el arpa aérea á un rincón del jardín, esconderla para que no sonase. Pero aun escondida sonaba. Entonces acabaron por romper las cuerdas, por matarla á puntapiés, á pedradas, como se hace con un animal rabioso que se empeña en no morir.

No sabiendo ya qué inventar para distraer á aquel infeliz, cuya inacción iba convirtiéndose en una manía, Carlota tuvo una idea generosa: "¿Por qué no había yo de convidar á algunos amigos?"

Era aquello un verdadero sacrificio, porque ella lo quería para sí sola; pero la alegría del poeta cuando le dijo que Labassindre y el doctor Hirsch iban á ir á verlo, la recompensó. Hacía ya mucho tiempo que pensaba en una diversión que viniese de fuera, y de la cual no se atrevía á hablar, después de sus declamaciones sobre la dicha de la soledad y de la vida á solas con su querida.

Poco tiempo después, Jack, al entrar en casa para comer, oyó en los alrededores un jaleo desacostumbrado, risas, choque de copas que salían de la terraza nueva, mientras movían las cacerolas, cortaban leña para hacer lumbre en la gran cocina del entresuelo. Cuando se acercó reconoció las voces, las frases de sus antiguos profesores del gimnasio, á las cuales se unía la palabra de D'Argenton, no ya triste y quejumbrosa como de costumbre, sino reanimada al contacto de la discusión. El niño experimentó una impresión de terror á la idea

de volver á encontrarse cara á cara de aquellos seres que le recordaban horas tan malas, y temblando se escurrió al jardín para esperar la hora de comer.

—Señores, cuando ustedes gusten, vamos á la mesa, dijo Carlota presentándose en la terraza, fresca, animada, con un gran delantal blanco con peto hasta el cuello vestida como ama de su casa que sabe, cuando llega la ocasión, recogerse las mangas de encaje y ponerse á guisar.

Pronto bajaron al comedor, donde los dos profesores dispensaron una acogida bastante buena al pobrecillo Jack; y todos se sentaron á la mesa delante de una de esas excelentes comidas de campo que conservan de la prisa con que han sido cocidas, sabor á hierba y perfumes campestres.

Desde las dos puertas que se abrían sobre el jardín, que parecía desde allí confundido con el bosque, cantos de perdices, pidos de pajarillos entraban por allí hasta llegar á los comensales y con ellos los últimos rayos oblicuos del sol que se estrellaban contra las vidrieras.

—Demonio, hijos míos, ¡qué bien estáis aquí! dijo Labassindre de pronto, cuando después de la sopa tragada con gran apetito, cada cual recobró la libertad de sus pensamientos.

—La verdad es que somos muy felices, dijo D'Argenton apretando la mano de Carlota, á la cual encontraba mucho más bonita y seductora desde que ya no era él el único que la miraba; y se puso á hacer la descripción de su felicidad.

Relató los paseos por el bosque, las excursiones en su bote, las paradas en los ventorrillos de á orillas del

rio, antiguas paradas de coche, y las largas tardes de trabajo en medio de los profundos silencios del verano y las veladas al amor de la lumbre, en otoño, cuando empieza a refrescar y la llama va subiendo, chisporrotea, alimentada de raíces y de sarmientos.

Lo decía como lo pensaba en aquel momento, y ella también se figuraba haber hecho aquella vida ideal durante el tiempo de aburrimiento mortal que había pasado tan trabajosamente. Los otros dos escuchaban con gesto indecible de admiración, de envidia de placer, algo de amargura en la sonrisa, en lo cual se contradicen los ojos llenos de afabilidad y la boca torcida á impulsos de un despecho convulsivo.

—¡Ah! ¡Tú tienes suerte!, decía Labassindre. Cuando pienso que mañana á estas horas, mientras vosotros coméis aquí, en este sitio, yo me sentaré en algún bodegón, en el cual el aire que se respira, los vidrios tomados por la humedad, la ración que le sirven á uno, todo huele mal.

—¡Y si al menos estuviese uno seguro de comer todos los días en el bodegón! murmuró el doctor Hirsch.

D'Argenton tuvo un rasgo:

—¿Y quién os prohíbe pasar aquí una temporada?

La casa es grande, la bodega está provista.

—Pues es claro, añadió Carlota apresuradamente; quédense ustedes... estaremos muy bien... Haremos excursiones.

—¿Y la ópera? dijo Labassindre, que ensayaba todos los días.

—Pero usted, señor Hirsch, usted no trabaja en la ópera.

—Caramba, Condesa, que me dan ganas de aceptar

la invitación. Ahora tengo poco que hacer, porque toda mi clientela se ha marchado al campo.

¡La clientela del doctor Hirsch en el campo! La cosa era excesivamente cómica. Sin embargo, á nadie le dió ganas de reír; entre bohemios estaban muy acostumbrados á esas fantasías.

—¡Vamos, decidete!, dijo Argenton. En primer lugar me harás un favor. En el estado de salud en que me encuentro, podré hacerte algunas consultas.

—Eso ya me obliga... Ya sabes lo que te he dicho: Rivals no sabe lo que tienes. En un mes yo me encargo de ponerte bueno.

—Bueno, ¿Y el colegio? ¿Y Moronval? exclamó Labassindre, furioso al ver que el otro iba á disfrutar de un placer que no podía él compartir.

—¡Ah! peor para él. Ya estoy harto del colegio, de Moronval y del método Decostère...

Y el doctor, que veía seguro por algún tiempo un albergue y la comida, se deshizo en quejas, en imprecaciones contra el colegio que le daba de comer. Moronval no era más que un farsante; no tenía un cuarto, no pagaba nunca; además, todo el mundo lo dejaba, la cuestión de Madú le había perjudicado mucho.

Los demás le siguieron en aquel tono y destrozaron á Moronval. Llegaron hasta á felicitar á Jack por su escapatoria, que, según parecía, había puesto al mulato en tal estado de rabia, que le había dado un formidable ataque de bilis.

Una vez en aquel terreno que les era familiar, los tres amigos no se detuvieron, y toda la noche la pasaron cortando sayos, como ellos decían.

Labassindre se los cortó á los primeros artistas de la ópera, farsantes sin voz y sin talento.

Se lo cortó á su director, que á propósito lo hacía morir, haciendo papeles secundarios. ¿Y por qué? Porque sabían sus opiniones socialistas, porque sabían que había sido obrero, que procedía del pueblo y que amaba al pueblo.

—Si, señor, amo al pueblo decía el cantante animándose y golpeando la mesa con sus enormes puños. ¿Y qué? ¿Qué les importa á ellos? ¿Acaso por eso no doy mi famosa nota? Y me parece que la doy, ¿eh? . . . "Oídme, oídos míos." Y ensayaba su nota, la acariciaba, la gargarizaba con delicia.

Luego llegó el turno á D'Argenton. Entrecortaba los rayos metódicamente, físicamente, á tizeretazos pequeños y secos. Los directores de teatros, los libretos, los autores, al público, para todo el mundo hubo algo; y mientras Carlota, ayudada por Jack, cuidaba del café, los tres estaban allí, con los codos sobre la mesa, charlando por los codos para ayudar á la digestión.

La aparición del doctor Rivals acabó de animar la sesión. Satisfecho de encontrarse con numerosa y alegre sociedad, el excelente doctor tomó asiento á la mesa.

—Ya ve usted, señora de D'Argenton, que nuestro enfermo no necesita más que distracción.

Detrás de sus ahuecadas gafas relampaguearon los ojos del doctor Hirsch:

—No soy de la misma opinión, doctor, dijo de buenas á primeras, poniéndose la barba en la mano y preparándose á la batalla.

El viejo Rivals miró, no sin cierto estupor, á aquel personaje singular, eraso, con corbata blanca, afeitado

calvo, y que como no tenía sano más que un poco del ojo izquierdo, necesitaba, para ver á su interlocutor, ponerse de aquel lado y hablar de perfil.

—¿El señor es médico?, pregunto.

D'Argenton ahorró á su amigo el trabajo de mentir.

—El doctor Hirsch. . . el doctor Rivals, . . . dijo presentándolos uno á otro.

Se saludaron como dos adversarios en el terreno, que cruzan las miradas antes de cruzar los aceros. El bueno de Rivals, que creía tener que habérselas con una notabilidad de París, algún extravagante genial, tomó al principio una actitud modesta, pero pronto echó de ver el desorden de aquel cerebro lleno de utopías. Entonces levantó la voz—él también para corresponder al tono pedantesco, desdeñoso del doctor Hirsch, que empezaba á calentarle las orejas, las cuales estaban ya naturalmente muy coloradas.

—Mi querido compañero, me permitiré hacer observar á usted. . .

—¡Ah!, usted perdone, mi querido compañero. . .

Una verdadera escena de una comedia de Molière, con su latínajo correspondiente, con la diferencia de que en tiempo de Molière no existía ese tipo de desheredado como el de Hirsch, porque para que se produjera ha sido necesario que venga ese nuestro siglo XIX, turbulento, acabado, demasiado lleno de ideas.

La enfermedad de D'Argenton era el asunto de la discusión, y era curioso el ver la expresión singularmente cómica del poeta, á quien le parecía por una parte que el doctor Rivals lo tomaba demasiado como enfermo imaginario, y por la otra no podía contener cierto gesto al oír la espantosa nomenclatura de complicados

males, de los cuales lo suponía atacado el doctor Hirsch.

—Acabemos, dijo éste levantándose de pronto. Dé-nme ustedes una hoja de papel, un lápiz... ¡Buena! Ahora voy, con la ayuda del plesímetro, á dibujar, á calcar la enfermedad de nuestro pobre amigo.

Sacó de un bolsillo de su amplio chaleco ese instrumento que se llama plesímetro.

—Ven aquí, dijo á D'Argenton que estaba muy pálido; y desabrochándole bruscamente la levita, extendió la hoja de papel por el pecho, pasó por encima su plesímetro, auscultándolo y trazando cada vez que aplicaba el oído, unas cuantas líneas con el lápiz. En seguida extendió sobre la mesa su papel lleno de jeroglíficos, como mapa dibujado por un niño.

—Sean ustedes jueces, dijo. Este es el hígado de nuestro amigo, exactamente dibujado del natural. Francamente, ¿tiene esto la facha de un hígado? Miren ustedes dónde debía estar, y dónde está... Y observen que las proporciones gigantescas que ha adquirido, son á expensas de los demás órganos. ¡Figúrense ustedes qué desórdenes, qué destrozo.

Y con unos cuantos rasgos vigorosos del lápiz, iba señalando los destrozos.

—¡Es terrible!, murmuraba D'Argenton, que miraba consternado todo aquello, y que, de pálido que estaba, se había puesto totalmente amarillo.

Carlota sentía que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

—Y ustedes, ¿creen esto?, dijo el viejo Rivals sin poderse contener... Eso es medicina de salvaje. Se están burlando de ustedes.

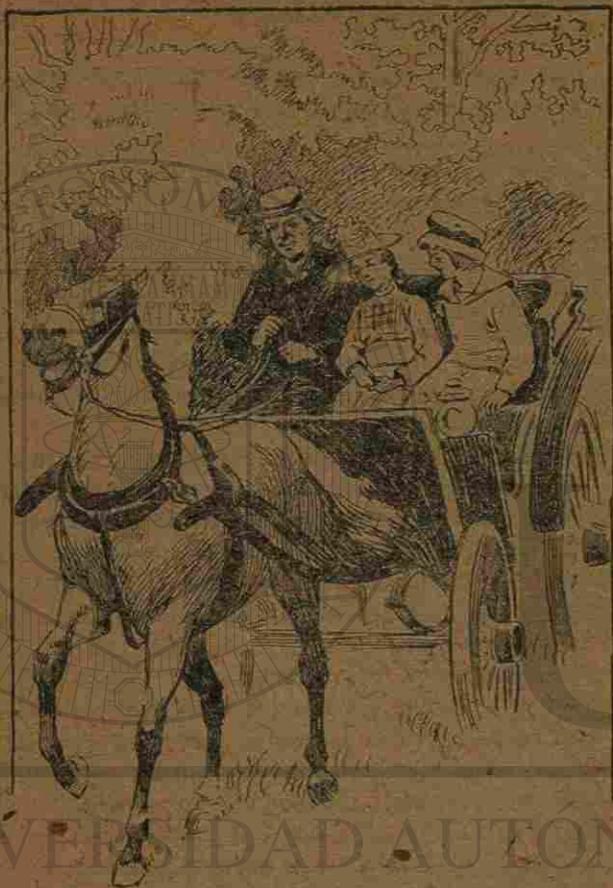
—¡Ah! Permítame usted, querido colega...

Pero el anciano ya no escuchaba nada; había tomado el grog más cargado que de costumbre, y á lucha se entabló de una manera terrible.

De pie, enfrente el uno del otro, con los puños cerrados, se lanzaban nombres de médicos, títulos de libros griegos, latinos, escandinavos, indios, chinos, cochinchinos. Hirsch llevaba ventaja en aquellas citas que, por lo raras, no podían ser comprobadas; pero el bueno de Rivals triunfaba por su voz formidable y lo pintoresco de su lenguaje, reemplazando los argumentos con amenazas de tirar á su adversario al agua "por encima de la borda."

Ni Jack ni Carlota se asustaban de aquella discusión violenta: habían presenciado otras muchas en el Gimnasio. Labassindre, impacientado de ver que no podía meter su cucharada, se había ido á apoyar melancólicamente en la balaustrada de la terraza para lanzar á los dormidos ecos del bosque su famosa nota, retumbante y profunda.

El aire todo de los alrededores se conmovió. Hubo aleteos en el follaje, y los pavos reales de las quintas vecinas, los pavos reales, asustados, nerviosos, contestaron con esos gritos de alarma que dirigen al cielo en las tardes tormentosas del verano. En sus cabañas de perraron también los campesinos de los alrededores. La vieja Salé y su marido se atrevieron á echar una mirada curiosa á las vidrieras iluminadas de la casa de los parisienses, mientras la luna alumbraba la fachada blanca donde en letras doradas se destacaba la divisa de la casa: "Párva domus, magna quies"... "A casa pequeña, gran reposo."



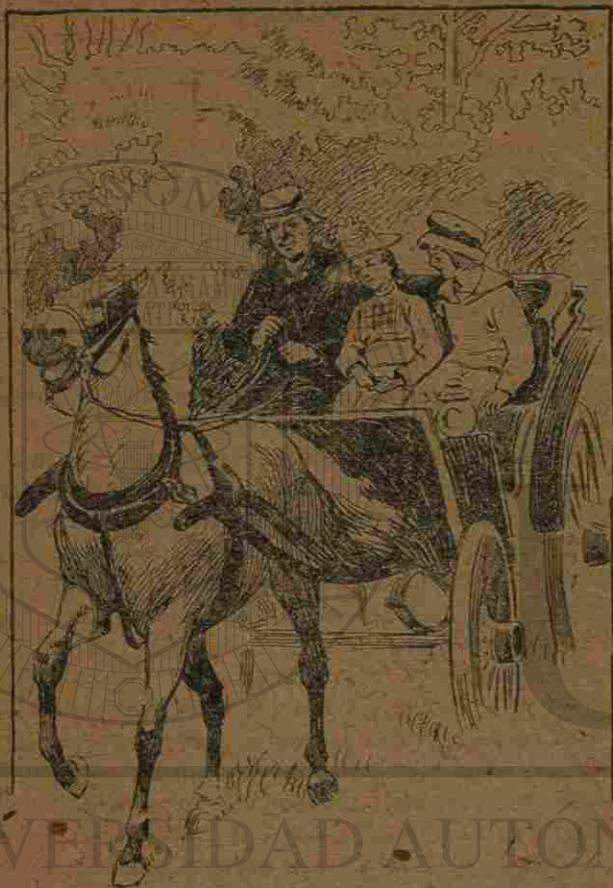
... La gran alegría del anciano, fué llevar á los niños consigo en sus excursiones.



X
Cecilia.

¿Dónde va usted tan temprano?... preguntó el doctor Hirsch, que bajaba perezosamente de su cuarto, á Carlota, ya muy vestida, con un libro de misa en la mano y seguida de Jack, al cual había vuelto á vestir con el traje favorito de lord Peambock, alargado para esta circunstancia, pero aún resultaba corto.

—Vamos á misa, amigo mío. Hoy ofrezco yo el pan bendito. ¿No se lo ha dicho á usted D'Argenton?... Pronto; dése usted prisa. . . . Hoy es necesario que todo el mundo vaya á la iglesia.



... La gran alegría del anciano, fué llevar á los niños consigo en sus excursiones.



X
Cecilia.

¿Dónde va usted tan temprano?... preguntó el doctor Hirsch, que bajaba perezosamente de su cuarto, á Carlota, ya muy vestida, con un libro de misa en la mano y seguida de Jack, al cual había vuelto á vestir con el traje favorito de lord Peambock, alargado para esta circunstancia, pero aún resultaba corto.

—Vamos á misa, amigo mío. Hoy ofrezco yo el pan bendito. ¿No se lo ha dicho á usted D'Argenton?... Pronto; dése usted prisa. . . . Hoy es necesario que todo el mundo vaya á la iglesia.

Era el 15 de Agosto, día de la Asunción. Muy orgulloso con el honor que se le hacía, la señora D'Argenton salió al altar el último toque y se sentó, con el niño á su lado, en el banco reservado, al lado del coro. La iglesia estaba vestida de fiesta, iluminada, llena de sol y adornada con flores.

Los niños de coro y los sochantres llevaban sobrepellices blancas, recién planchadas; y delante del fascistol, en una mesita rústica, los roseos de pan bendito se elevaban en columnas doradas, presentadas á la admiración de los habitantes. Para completar el cuadro, todos los guardabosques en traje de gala, verde, con el cuñillo de monte al cinto, su carabina en la mano, habían ido en corporación para asistir al "Tedeum" de la fiesta oficial; lo cual venía como pedrada en ojo de boticario á los cazadores furtivos y á los ladrones de leña.

Ciertamente, Ida de Barancy se hubiera mostrado muy asombrada si un año antes le hubiese dicho alguien que se sentaría junto al coro de una iglesia de pueblo, con el nombre de vizcondesa D'Argenton, y que, con respetuoso ademán, con los ojos fijos en su libro de oraciones, tendría la apariencia, la consideración, el prestigio de una mujer casada.

Aquel papel, nuevo para ella, la divertía. Vigilaba á Jack, volvía religiosamente las hojas de su libro de rezos, y se arrodillaba, produciendo con sus faldas unos frus-frus completamente edificantes.

Al llegar al ofertorio, el pertiguero, armado de su alabarda, se acercó á coger á Jack de la mano, y se inclinó al oído de la madre para preguntarle qué niño debía escoger para que tuviese la bolsa del petitorio.

Carlota titubeó un momento. No conocía á casi nadie entre la gente de aquella asamblea endomingada, en la cual los sombreros con flores, las crinolinis parisienses, habían reemplazado á las cofias y capotillas de los días de trabajo. Entonces, el pertiguero le indicó la nieta del doctor Rivals, una niña muy bonita que estaba sentada al otro lado del coro, con una señora anciana vestida de negro.

Los dos niños se pusieron en marcha detrás de la majestuosa alabarda que iba marcando sus pasitos. Cecilia, con una bolsa de tereopelo demasiado grande para sus dedos, y Jack, con un cirio adornado con lazos y flores contrahechos. Estaba tan guapo el uno como el otro. El con su traje á la inglesa que le hacía parecer más alto; ella muy sencilla, con el cabello trenzado y caído que hacía resaltar la blancura mate de su rostro, iluminado por dos ojos de color gris claro como el de las perlas. Un agradable olor á pan bendito, mezclado al perfume del incienso, flotaba en la iglesia al rededor de ellos, como si fuese el propio aliento del domingo y de la fiesta religiosa. Cecilia pedía con amabilidad y sonriendo. Jack iba grave; aquella manita que temblaba en la suya, bajo su guante blanco, le producía la impresión enternecedora que le habría causado un pájaro cogido por él en el bosque; fibio aún de la pluma del nido, y dulce y suave como ella. ¿Presentaría ya que aquella manita sería su amiga, y que, andando el tiempo, todo lo que hubiese de bueno en su vida, le vendría de ella?

Iban y venían por entre los bancos.

— ¡Bonita pareja hacen! decía la mujer del guarda al verlos pasar, y en voz más baja, muy baja, de modo que

no la oyesen, añadía: "¡Pobrecita! Va á ser más guapa aún que su madre.... ¡Con tal que no le suceda lo mismo que á ella!"

Cuando acabaron de pedir, Jack, de regreso á su sitio, creía sentir todavía el encanto comunicativo de la manita que había tenido en la suya; pero su felicidad no debía concluir allí. A la salida, en medio del barullo que había en la plaza, donde los cascos de los bomberos, las carabinas de los guardabosques, brillaban al sol confundidos con los mil colores de los trajes de las mujeres, la señora de Rivals se acercó á la D'Argenton y pidió permiso para llevarse á Jack á almorzar á su casa, y para tenerlo allí toda la tarde, á fin de que jugase con su compañera de colecta. Carlota se puso colorada de placer, arregló la corbata del niño, atusó sus hermosos cabellos rubios, y le dió un beso.

— ¡Que seas muy buena!

Y los dos niños, como en el paseo solemne de la colecta por la iglesia, se fueron juntos delante de la abuela, que tráfajosamente les seguía.

Desde aquel día, cuando Jack no estaba en casa y preguntaban: "¿Dónde está?" Ya no contestaban: "En el bosque," sino que podía decirse sin temor de equivocarse: "Está en casa de Rivals."

El médico vivía al final del pueblo, en el extremo opuesto al de la casa de Carlota, una casita baja muy parecida á la de los pobres campesinos, y la cual sólo se diferenciaba de las demás del pueblo en una placa de cobre y un botón colocados junto á la puerta, sobre los cuales se leían estas palabras: "Por aquí se llama de noche." Parecía antigua por lo ennegrecido de las paredes y lo tosco de las ventanas; pero algunos adornos

modernos, sin concluir, indicaban que había habido en un tiempo propósitos de rejuvenecerla y que una catástrofe súbita había venido á interrumpirla en medio de su tocado de casa vieja que se restauraba. Así, por ejemplo, encima de la puerta de entrada, un armazón de cinc estaba esperando que le pusieran una montera de cristales, y se alzaba sobre la cabeza de la gente que llamaba á la puerta la coronación de la marquesina sin terminar. Lo mismo sucedía á la derecha del pequeño patio plantado de árboles: había empezado á edificarse un pabellón dejado en suspenso cuando se hallaba á la altura del entresuelo, y la puerta y las ventanas no eran más que agujeros cuadrados.

La "desgracia" de aquellas pobres gentes había ocurrido precisamente cuando estaban haciendo esas reparaciones; y, por una superstición que se explicarán todos los que amen, las obras habían sido interrumpidas y abandonadas.

Hacía ocho años de aquello. Desde hacía ocho años, las cosas habían quedado en el mismo estado; y aun cuando en el pueblo todos estaban acostumbrados á verlas así, aquella falta de conclusión daba á la casa entera la fisonomía abatida de una persona á quien nada importa ya, y que á todo dice: "¿Para qué?" El jardín que formaba detrás de la casa, al final de un corredor blanqueado con cal, una alfombra verde se hallaba también en estado de completo abandono. La hierba crecía por todas partes, y anchas hojas parásitas cubrían el estanque, en el centro del cual había un surtidor que tampoco echaba agua.

El aspecto de las personas se parecía al de la casa. Desde la señora de Rivals, que hacía ocho años llevaba

luto riguroso por su hija, hasta Cecilia, que tenía en su semblante de niña cierta expresión de gravedad, de melancolía sorprendente á su edad, hasta la criada vieja que llevaba en casa de aquellas buenas gentes más de treinta años, y soportaba parte del peso de su desgracia, todo el mundo vivía en la misma opresión, con la misma tristeza hundida en el silencio.

Sólo el doctor se sustrata á la influencia general. Sus excursiones continuas al aire libre, las distracciones del camino, tal vez también la filosofía del hombre que ve morir con frecuencia, habían completado las disposiciones naturales de un temperamento que no tenía doblez alguna, y muy dispuesta á la expansión.

Mientras para la señora de Rivals, la presencia continua de Cecilia, lo que encontraba de la madre en las facciones ya dibujadas de la niña, era una renovación perpetua de su duelo, el doctor, por el contrario, recobraba su buen humor á medida que al chiquilal iba creciendo, porque parecía que iba recobrando poco á poco la hija que había perdido. Cuando había pasado el día, corriendo de ceca en meca, y después de correr se encontraba solo con la niña, porque su mujer anduviese ocupada en algún quehacer de la casa, acometíanle ráfagas de alegría, de juventud, y ganas de cantar á voz en cuello los aires marineros que ya tenía olvidados; pero se contenta ante el mudo reproche de su mujer que, con su mirada silenciosa, parecía decirle al entrar en la habitación: "Acuérdate"... como si tuviese alguna culpa en la desgracia que les había herido á los dos.

Ese simple llamamiento á la tristeza bastaba para consternarlo, para hacerlo callar; y se quedaba silencioso, acariciando las trenzas del cabello de su nieta.

Entre aquellos dos ancianos, la infancia de Cecilia se

desarrollaba melancólicamente. Salía poco, vivía en el jardín ó en una gran habitación llena de cajones, de cajas de hierbas y raíces puestas á secar, la cual llamaban "la botica." En aquella habitación había una puerta, siempre cerrada, que conducía al cuarto de la joven cuya muerte era tan sentida; cuarto en el cual se hallaban marcadas todas las etapas de su corta vida por algún recuerdo de juego, de estudio, de religión, de tocador: libros, vestidos colgados ordenadamente en un armario, un cuadro de comunión colgado en la pared, todo un museo de reliquias que ya amarillean, en el cual sólo entraba la madre con religioso recogimiento, sin que su pesar disminuyese jamás por las huéllas que el tiempo iba dejando en la fragilidad de los objetos.

Cecilia se detenía algunas veces pensativa ante aquella puerta cerrada siempre como la losa de un sepulcro. Por otra parte, pensaba demasiado. Jamás la habían mandado á la escuela como si temiesen por ella el contagio con las demás niñas del pueblo; y ese aislamiento le hacía daño. Su cuerpecito se cansaba de exceso de inacción. Faltábale esas turbulencias de la vida, ese gritar sin causa, esos saltos locos que tienen los niños cuando no se hallan contenidos por el temor de que se burlen de ellos las personas serias.

—Es preciso distraerla, dijo el señor Rivals á su mujer.... Ahí está el chico de la D'Argenton, que es muy mono, poco más ó menos de su edad, y que no charlaría.

—Sí; pero ¿quiénes son esas gentes? ¿De dónde han salido? Nadie las conoce, contestaba la señora de Rivals siempre desconfiada.

—Son personas excelentes, hija mía... El marido es muy original, es verdad, pero ya comprendes que los

artistas... La mujer es un poco tonta, pero muy buena. Cuanto á honradez, yo respondo.

La señora de Rivals meneaba la cabeza. No tenía confianza en la perspicacia de su marido.

—¡Oh! ¡Qué sabes tú!

Y suspiraba, dirigiéndole una mirada llena de censuras. El viejo Rivals bajaba la cabeza como un culpable. Pero le tenía cariño á su idea.

—Ten cuidado, decía; la niña se aburre. Acabará por caer enferma. Y después, ¿qué? Ese Jack es un niño, se hastía también. ¿Qué quieres que suceda?

Por fin, la abuela se dejó convencer, y Jack se hizo el compañero de Cecilia.

Para él fué aquella una vida nueva. Al principio fué pocas veces, después más á menudo, y, por fin, todos los días. La señora de Rivals tomó bien pronto cariño á aquella criatura bonita, discreta y cariñosa que estaba cohibida por la indiferencia, como Cecilia lo estaba por la tristeza. Echó de ver el abandono en que dejaban al niño, y que siempre llevaba la blusa sin botones, y que á todas horas estaba libre, y que no tenía ni lecciones ni horas de estudio.

—¿No vas á la escuela, hijo mío?

—No, señora.

Y añadía, porque á veces hay verdaderos trozos de delicadeza en el corazón de los niños: "Mamá me enseña."

Trabajo le hubiera costado á la pobre Carlota con la cabeza de chorlito que tenía. Por lo demás, era bien fácil advertir que en casa de sus padres nadie se ocupaba de él.

—Parece increíble, decía la señora de Rivals á su

marido, dejar que ese niño campe por sus respetos, todo el día, sin hacer nada.

—¿Qué quieres!, contestaba el doctor para disculpar á sus amigos. Parece que no puede estudiar, ó, por lo menos, que no quiere. Tiene la cabeza un poco débil.

—Sí, la cabeza un poco débil, y además su padrastro no lo quiere. . . .

—Los hijos del primer matrimonio son siempre unos parias.

Jack encontró verdaderos amigos en aquella casa. Cecilia lo adoraba y ya no podía pasar sin él. Jugaban juntos en el jardín cuando hacía buen tiempo, y si no, subían á la botica. La señora de Rivals estaba siempre allí. Como no había boticario en Etiolles, hacía ella misma las recetas de su marido cuando eran sencillas, pociones calmantes, polvos, jarabes. Como llevaba veinte años ejerciendo ese oficio la buena señora, tenía una gran experiencia; y hasta en ausencia del doctor, mucha gente iba á consultar con ella. A los niños les divertían aquellas visitas, deletreaban las etiquetas de los frascos, escritas en latín lleno de barbarismos, "sirupus gummi;" ó bien armados cada uno con unas tijeras, cortaban letreros y los pegaban, él, torpe como un muchacho; Cecilia, con la atención seria de la niña que está llamada á ser una mujer útil y preparada para todas las minucias de una existencia laboriosa y sedentaria. Tenía á la vista el ejemplo de la abuela. Esta regentaba la botica primero, y además, llevaba los libros de su marido, se ocupaba de los ingresos, anotaba las visitas hechas en el día.

—Vamos á ver, ¿dónde has estado hoy?, preguntaba al doctor cuando éste volvía á su casa.

El bueno del hombre olvidaba por el camino la mitad de las visitas que había hecho, y, voluntaria ó involuntariamente, suprimía siempre una parte de ellas, porque era tan generoso como distraído. Había cuentas que estaban presentadas hacia veinte años. ¡Ah! Si no hubiera sido por su mujer, ¡qué ruina! Ella le reñía cariñosamente, le preparaba su grog, se ocupaba de los más insignificantes detalles de su traje, y ya cuando iba á salir á la calle, la niña le decía con mucha gravedad: "A ver, ven acá, abuelito, que vea yo si te falta algo."

La bondad de aquel hombre tenía algo de divino.

Leíase en su mirada de niño inocente y clara, pero sin la maliciosa expresión de los muchachos. Aun cuando había corrido mucho mundo, y conocido mucha gente y muchos países, la ciencia lo había tenido siempre hecho un cándido. No creía en el mal, y aplicaba la misma ilusión indulgente á todo lo que tenía vida, á los animales como á las personas. Así es que, para no cansar á su caballo, un antiguo compañero suyo que le servía hacia veinte años, en cuanto encontraba una cuesta que subir, un camino escabroso, ó solamente con que el animal arrastrase un poco la pata, se bajaba del cochecillo y echaba á andar con la cabeza descubierta, hiciera sol, ó lloviera, ó venteara, conduciendo de la brida al animal, que lo seguía tranquilamente.

El caballo estaba hecho á su amo como el amo al caballo: sabía que el doctor se entretenía á menudo en sus visitas, que no sabía nunca cuándo marcharse, y había aprendido á saendirse las riendas de cierto modo á la puerta de las casas de los enfermos. Otras veces, cuando era hora de volver para el almuerzo ó para la comida,

se paraba en medio del camino, y se volvía obstinadamente en dirección á casa.

—¡Toma! ¡Es verdad! ¡tienes razón!, decía Rivals.

Entonces volvían apresuradamente, ó disputaban los dos.

—¡Vamos! ¡Acabarás por fastidiarme!, gritaba la bondadosa voz del doctor. ¿Habrás visto un animal como éste? ¿No te digo que tengo todavía que hacer otra visita? ¡Vete tú solo, si quieres!

Y echaba á correr furioso hacia la casa de su enfermo, mientras el caballo, tan terco como él, tomaba tranquilamente el camino del pueblo, arrastrando el cochecillo, ocupado solamente con libros y periódicos, lo cual hacía decir á la gente del campo que lo encontraba en el camino:

—Vamos, el doctor Rivals habrá tenido alguna pendeñencia con su caballo.

Desde entonces, la gran alegría del doctor fué llevar á los niños consigo en sus excursiones por las cercanías de Etiolles. El coche era ancho y podían ir tres muy cómodamente, y cuando se veía entre aquellas dos caritas risueñas, el buen señor sentía que la tristeza de su casa se evaporaba ante aquella admirable vista de la naturaleza, que adormece los dolores, los mece y los tapa. Se divertía como un niño con aquellos niños. Jack estaba entusiasmado; no había visto nunca tantos prados, tantas viñas y tanta agua.

—A ver si adivinas lo que hay sembrado ahí, le decía Cecilia, ante esas grandes pendientes verdes que bajan hacia el Sena con movimiento de olas. . . . ¿Cebada? ¿Trigo? ¿Centeno?

Jack se equivocaba siempre. Y en seguida carcajadas, alegrías, bromas.

— ¡Abuelito, pues no dice que esto es centeno!

Ella se ponía á enseñarle á distinguir las espigas del trigo de las de centeno, los garfios flotantes de las avenas, lo rosado de los pipirigallos, lo violáceo de las alfalfas, el amarillo dorado de los campos de alcachofas, todas esas alfombras extendidas sobre los prados, esas cosechas en embrión que, cuando llega el otoño, se amontonan en haces aislados en medio del campo, que entonces parece más grande.

En todas las casas donde llamaban al médico, acogían perfectamente á los niños.

Unas veces visitaban una granja, donde mientras el Sr. Rivals se empinaba por la escalera de madera que conduce á la casa, los llevaban á visitar los nidos, á ver sacar el pan del horno, á ordeñar las vacas á la puerta del establo, ó bien uno de esos molinos levantados á orillas del Orge, del Yeres, del Essone, parecidos á antiguas fortalezas con su pasadera verdoosa, y todas esas huellas mohosas que deja el agua en las paredes entre sus mal unidas piedras.

Cuando los niños se cansaban de aquellas grandes habitaciones blancas, de las cuales sube el polvo de la harina continuamente, con la trepidación del ruido de las paredes, pasaban las horas muertas contemplando las paletas que azotaban el agua, el hervir de la olla en la estufa, y allí arriba, en el riachuelo aprisionado, tranquilo, sombreado por los sauces una especie de corral líquido por el que correteaban manadas de patos.

Es una cosa singular la enfermedad en esas casas de campo. No entorpece nada, no detiene nada. Las

bestias entran y salen á las horas de costumbre. Si el marido está malo, la mujer lo reemplaza en el trabajo; no se ocupa ni siquiera en hacerle compañía, ni tiene tiempo de apurarse ni de sentir. La tierra no espera, ni los animales tampoco. La casera trabaja todo el santo día; por la noche se acuesta rendida y duerme profundamente. El infeliz que está en la cama en el piso alto, encima de la habitación donde las piedras muelen, del establo donde los bueyes resuellan, es como el herido que cae en un campo de batalla. Nadie se ocupa de él. Se contentan con resguardarlo en un rincón, arrimarlo á un árbol ó meterlo á un foso, mientras la batalla que reclama todos los demás, continúa. En derredor suyo se ciernen el trigo, se limpia el grano, los gallos se desgañtan. Es un movimiento, una actividad no interrumpidos, mientras el amo de la casa, con la cara vuelta hacia la pared, resignado, silencioso y duro, espera que la noche que se acerca ó el día que clarea le quite el mal ó le quite la vida.

Por eso, en las casas á donde iban los niños no encontraban tristeza. Los mimaban. Siempre había alguna galleta para ellos, avena trillada para el caballo, una cesta de frutas que llevarle á la abuela.

— ¡Era tan querido el doctor, tan bueno, tan poco cuidadoso de sus intereses! Los campesinos lo adoraban y lo engañaban al mismo tiempo.

— Es un hombre muy caritativo, decían cuando hablaban de él. . . . ¡Ah, si hubiera querido, sería rico!

Pero así y todo, procuraban no pagarle la cuenta; cosa que no era muy difícil con un carácter como el suyo. Cuando salía de una casa después de acabar su visita se veía rodeado de una multitud tenaz y bulliciosa. Ja-

más soberano alguno en sus viajes vió su carrozi asaltada como el humilde carrujillo del doctor en el momento de marcharse.

— Señor Rivals, ¿qué debo darle á mi pequeño?

— Y para mi marido, señor Rivals, ¿no hay nada que hacer?

— Esos polvos que me ha dado usted, ¿son para comer, ó para untárselos? ¿Tiene usted ahí un puñadito? Ya se nos están acabando.

El doctor contestaba á todo el mundo; hacia que uno le enseñase la lengua, tomaba el pulso á otro, distribuía papelillos de polvos, daba vino de quina, todo lo que llevaba, y se marchaba, al fin, estrujado, exprimido, en medio de las aclamaciones, de las bendiciones de todas aquellas buenas gentes del campo que, enjugándose una lágrima que asomaba á sus ojos, exclamaban enternecidas: “¿Qué hombre más bueno!” mientras guiñaban el ojo maliciosamente, como diciendo: “¿Qué inocente!” Y gracias si en el último momento no llegaba algún chiquillo corriendo llamándolo para que fuese á asistir á un enfermo á cuatro leguas de allí.

Por fin, volvían á su casa, y aquel regreso á la puesta del sol por los senderos del bosque, ó por la carretera, atravesada por vuelos de golondrinas, animada por juegos de niños, por rebaños en dispersión, era delicioso. El Sena, de un azul muy obscuro á la hora del crepúsculo, corría allá en el horizonte, semejante á un arroyo de oro derretido. Sobre aquel fondo luminoso, grupos de árboles endebles, poblados sólo en la copa, como las palmeras, casitas blancas desparramadas por todas partes, producían la impresión de un paisaje oriental, más bien soñado que visto; una de esas ciu-

dades hacia donde se dirige la “Sacra Familia,” caminando de noche por caminitos en cuesta.

— Esto parece Nazaret, decía Cecilia, recordando imágenes religiosas; y los dos niños charlaban, se contaban cuentos en voz baja, mientras el carrujillo caminaba hacia la cena, de la cual Jack participaba muchas veces.

De todas aquellas excursiones reunidos, resultaba para el señor Rivals que el niño D’Argenton tenía una inteligencia muy abierta, un espíritu concentrado, pero profundo, en el cual había dejado inmensas huellas la poca instrucción recibida. Con su generosa bondad comprendió bien pronto lo abandonado que tenían al niño los suyos, y resolvió proveer á su indiferencia. Tomó la costumbre, todos los días después de almorzar, de hacerle trabajar durante una hora, precisamente el tiempo que empleaba en la siesta. Los que saben lo que es la costumbre de dormir la siesta después de comer, comprenderán cuánto valor y cuánto interés necesitó para resignarse á renunciar á ella.

Por su parte, Jack se aplicó de todas veras. El estudio le era fácil en medio de la laboriosa tranquilidad de la casa de Rivals. Cecilia asistía casi siempre á la lección, escuchaba religiosamente cuando su amigo recitaba el “Loptome,” y le enviaba el fuego de sus ojos, llenos de pensamientos, como para ayudarlo á comprender, y se sentía orgullosa y alegre cuando, después de almorzar, su abuelo extendía el cuaderno encima de la mesa y decía con cierta alegría mezclada de sorpresa: “¿Pues si esto está muy bien!”

En casa de su madre, Jack no hablaba de las lecciones. Se complacía en poderle demostrar victoriosamente

mente que el poeta se había equivocado en su diagnóstico infalible y aterrador, y aquel pequeño complot entre el bueno del doctor y él, quedaba muy fácilmente ignorado, porque los habitantes de "Parva domus," cada vez se ocupaban menos del niño. Salsa y entraba á su capricho; iba donde quería, y no volvía á su casa más que á la hora de comer, sentándose á un extremo de la mesa, cada día más grande y cada día rodeada por mayor número de comensales.

Para poblar su soledad, para mantener en torno suyo ese ruido en el vacío que él llamaba "medio intelectual," D'Argenton había abierto de par en par la puerta de su casa á todos los bohemios. El poeta, sin embargo, no era aficionado á tirar el dinero por la ventana: era visiblemente avaro; y cada vez que Carlota le decía con timidez: "Ya no tengo dinero, hijo mío," contestaba con un "¡Ya!" muy acentuado, y una mueca bien poco agradable. Pero en él la vanidad podía más que nada; y el placer de mostrar su felicidad, de hacer de amo de casa, de excitar la envidia de todos aquellos pobres diablos, podía más que sus cálculos más equilibrados.

Sabíase en los círculos de los bohemios que había allá, al aire libre, en sitio delicioso, buena mesa y buena cama, si se perdía el precio del billete del tren. Esto se decía por todos los rincones de las cervecerías:

—¿Quién viene á casa de D'Argenton?

Y una vez reunido trabajosamente el dinero del viaje, llegaban á bandadas de improviso.

Carlota andaba en un pie.

—¡Pronto, tía Archambault!, ha venido gente; mate usted un conejo, dos conejos. . . . ¡Pronto, una tortilla. . . . dos tortillas. . . . tres tortillas!

—¡Dios mío, qué gente! ¡Vaya unas figuras! decía la mujer del guarda, asustada, porque sin cesar había caras nuevas. ¡Y qué pelos, y qué barbas, y qué fachas!

D'Argenton experimentaba siempre la misma satisfacción en pasear á los recién llegados por todos los rincones de la casa, para que admirasen sus bellezas. Luego, aquellas turbas de granujas viejos, de barbas grises, se esparcían por los caminos, por las orillas del río, por el bosque, dando relinchos de alegría y zancadas extravagantes como caballos viejos que llevaban á tomar verde.

Sobre el fondo de aquel fresco paisaje, aquellos sombreros de copa alta pelados, aquellas levitas negras raídas, aquellos rostros sureados por todos los sufrimientos de las miserias parisienses, parecían más sórdidos, más ajados, más deslucidos. Luego se reunían todos á la mesa; la mesa puesta todo el santo día y sin tiempo casi para sacudir las migajas del mantel de una comida á otra. Allí se estaban las tardes enteras bebiendo, disintiendo, fumando.

Aquello era una verdadera cervecería en medio del bosque; D'Argenton triunfaba. Podía volver continuamente á su eterno poema, repetir cien veces los mismos proyectos, decir á cada instante: "Yo. . . porque yo. . ." con la autoridad del señor á quien pertenece el vino, y la casa, y todo. Carlota también estaba contentísima. Para su carácter variable y sus instintos bohemios, era una renovación de juventud todo aquel barullo de idas y venidas; la rodeaban, la admiraban, le hacían la corte; y aunque sin dejar de ser fiel á su amor, sabía mostrarse tan coqueta como era preciso para entusiasmar al poeta y hacerle apreciar su felicidad.

Los domingos recibía á las mujeres de aquellos desheredados; esas animosas criaturas que trabajan febrilmente toda la semana y á quienes sus maridos les permitían de vez en cuando el lujo de salir una tarde con ellos. Para con esas se las cebaba un poco de dama de alto coturno; las llamaba "hijita mía," lucía peinadores y batas á lo Luis XV, que contrastaban notablemente con aquellos otros trajes pobres.

Pero entre todos los bohemios, los más asiduos en la casa de D'Argenton, seguían siendo Labassindre y el doctor Hirsch. Este, invitado al principio sólo por unos cuantos días, hacía meses que no se movía de allí, y aquella casa se había convertido en la suya propia. Hacía los honores á los convidados, usaba la ropa blanca del poeta y sus sombreros, entre el forro de los cuales colocaba, para poder ponérselos, una porción de tiras de papel, porque la cabeza de aquel fantaseador era extraordinariamente pequeña, tan pequeña, que cualquiera que la mirase no podía menos de preguntar cómo había podido meter allí tantos conocimientos, y ya no se asombraba uno del amontonamiento inaudito de semejante almacenaje.

Tal como era, D'Argenton no podía pasar sin él. Era el atento confidente de todos los caprichos de enfermo imaginario; y aún cuando no hacía mucho caso de la ciencia de Hirsch, aun cuando se guardaba muy bien de obedecer ninguna de sus prescripciones, su presencia lo tranquilizaba.

—Yo lo he curado!... decía el otro con aplomo. Así es que el doctor Rivals había perdido mucho de su autoridad en la casa.

Los días, los meses iban pasando. El otoño envolvía

á "Parva domus" en las brumas melancólicas; luego la nieve del invierno cubría el palomar; la lluvia de Abril retumbaba al caer sobre la pizarra sonora del tejado, y otra primavera nueva la engalanaba con sus lilas abiertas. Por lo demás, todo seguía lo mismo. El poeta tenía algunos planes más en cartera, y en el ánimo algunas nuevas dolencias que el inevitable Hirsch bautizaba con nombres nuevos, á cual más extraños. Carlota continuaba tan insignificante, tan bonita y tan sentimental como siempre. Jack había crecido y estudiaba mucho. En diez meses, sin reglamentos ni métodos especiales, había hecho grandes progresos y sabía mucho más que muchos colegiales de su edad.

—Allí está lo que he hecho de él en menos de un año, decía el señor Rivals á los D'Argenton con orgullo. Ahora mándenlo ustedes á un colegio, y respondo de que este muñeco llegará á dar algo.

—¡Ah, doctor, doctor, qué bueno es usted! exclamaba Carlota un poco avergonzada del reproche indirecto que había para ella en el interés y solícitud de aquel extraño, comparado con su indiferencia maternal. D'Argenton tomó la cosa con más frialdad; dijo que ya vería, que reflexionaría, que la educación de los colegios tenía graves inconvenientes. Cuando estuvo solo con Carlota, dejó desbordar el mal humor.

—¿Por qué se mete ese viejo en lo que no le importa? ¡Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena! ¡Si querrá enseñarme lo que debo hacer? ¡Más valiera que estudiara medicina..... ese medicucho de pueblo!

En el fondo, su amor propio había sido herido en lo

vivo. Desde entonces ocurrió más de una vez oírle decir con tono grave:

—Tiene razón el doctor; es preciso pensar en este chico.

Y pensó en ello, ¡ay!

—Ven acá, granuja, dijo un día al pobre Jack el baritono Labassindre, que se paseaba por el jardín en gran conciliábulo con Hirsch y con D'Argenton.

El niño se acercó un poco turbado, porque, en general, ni el poeta ni sus amigos le dirigían la palabra.

—¿Quién ha hecho.... ¡hem!.... ¡hem!!!! la trampa para coger ardillas que hay allí en el motal aquél grande.... ¡hem!.... ¡hem!.... del fondo del jardín?

Jack palideció, temiendo un regaño; pero como no sabía mentir, contestó:

—¡Yo!

Cecilia tenía ganas de una ardilla viva, y él había construido una trampa, entretejiendo unos alambres por entre las ramas, por medio de una ingeniosa combinación, que aún no había atrapado ninguna ardilla, pero que bien podría cazarla.

—¿Y lo has hecho tú solo, sin modelo?

El contestó con mucha timidez:

—Sí, señor Labassindre, sin modelo.

—¡Eso es extraordinario.... extraordinario!, repetía el gigantesco baritono, volviéndose hacia los otros dos.... Este niño ha nacido para mecánico; esto es positivo. Lo lleva en la masa de la sangre, ¡qué queréis! Ese es el instinto, un dón.

—¡Ah! Eso es, un dón, contestó el poeta levantando la cabeza con altivez.

El doctor Hirsch no quiso ser menos:

—Sí, es un dón.

Y sin volver á ocuparse del niño, siguieron paseando juntos por el jardín, gravemente, lentamente, haciendo muchos gestos, y parándose todos cuando alguno de ellos tenía que decir algo muy importante.

Por la noche, después de comer, hubo gran discusión en la terraza.

—Sí, Condesa, decía Labassindre dirigiéndose á Carlota, como si tratara de convencerla de alguna verdad ya debatida entre ellos: el hombre del porvenir es el obrero. La aristocracia ya pasó, la clase media no tiene más que unos cuantos años de vida. Ahora le toca al obrero. Desprecie usted sus callosas manos y su sagrada herramienta. Dentro de veinte años regirá los destinos del mundo.

—Tiene razón.... dijo D'Argenton con gravedad. Y la diminuta cabeza del doctor Hirsch hacia enérgicos signos de aprobación.

¡Cosa extraña! Jack, que desde que estuvo en el colegio estaba acostumbrado á los discursos del baritono sobre la cuestión social, y que jamás lo escuchaba, porque le parecía muy fastidioso, experimentaba al oírlo aquella noche, una emoción penetrante, como si hubiera adivinado el fin á que iban encaminadas aquellas palabras, y la existencia contra la cual se dirigían.

Labassindre pintaba un cuadro encantador de la vida del obrero.

—¡Oh! ¡Hermosa vida de independenciam y de altivez! ¡Cuando me acuerdo de que he cometido la locura de dejarla!.... ¡Ah! ¡Si las cosas pudieran hacerse dos veces!

Y les contaba su vida de herrero en la fábrica de Indret, cuando se llamaba simplemente Roudic, porque el apellido de Labassindre, que usaba ahora, era el nombre de su pueblo: La Basse Indre, un pueblo bretón de las orillas del Loire. Recordaba las deliciosas horas pasadas junto al fuego de la fragua, desnudo de cintura arriba, machucando el hierro caliente, con otros buenos compañeros.

—¡Miren ustedes! decía: ya saben los grandes triunfos que he tenido en el teatro.

—¡Ya lo creo! respondió el doctor Hirsch con impudencia.

—Ya saben ustedes cuántas coronas de oro y cuántas petacas y cuántas medallas me han regalado. Pues bien; por muy preciosos que para mí sean estos recuerdos, no hay ninguno que valga lo que éste.

Y levantándose la manga de la camisa hasta el hombro, en su enorme brazo, velludo como la pata de un oso, el cantante enseñaba una gran picadura colorada y azul, que representaba dos martillos de herrero cruzados, en un círculo de hojas de encina, con una inscripción: "Trabajo y libertad." Desde lejos, aquello parecía las huellas imborrables de un enorme puñetazo, y el desdichado no decía que aquella picadura, que había resistido á todo género de fricciones, á toda clase de pomadas, era la desesperación de su vida de teatro, porque le prohibía los efectos de ciertos trajes, le impedía levantarse las mangas para trabajar en "La Mida, Herculano," y en todas las obras donde salían héroes de los países del sol, los cuales vestían con los brazos desnudos y las amplias túnicas replegadas sobre sus pechos de vencedores.

Como no había podido borrar aquellas picaduras, Labassindre las lucía, alardeaba de ellas, las ostentaba como una bandera. ¡Ah! ¡Maldito el empresario aquel de un teatro de Nantes que había ido á oírlo á la fábrica una noche que cantaba en una función dada á beneficio de un compañero herido! ¡Maldita también la nota incomparable que la naturaleza le había puesto en la garganta! Si no le hubieran desviado de su verdadero camino, á estas horas estaría, como su hermano Roudic, hecho un capataz de tercera en las fraguas de Indret, con un jornal magnífico, casa, leña, luz y otros emolumentos, y una renta segura para su vejez.

—Sí, por cierto, sí; es muy hermoso todo eso, decía tímidamente Carlota; pero hace falta tener la fuerza necesaria para soportar esa vida. Le he oído decir á usted mismo que el trabajo era muy duro, muy penoso.

—Penoso, sí, para una damisela; pero me parece que éste no es el caso ahora, y que el individuo de quien se trata, está perfectamente constituido.

—¡Admirablemente constituido!, dijo el doctor Hirsch: de eso respondo yo.

Puesto que él respondía, no había más que hablar.

Sin embargo, Carlota procuró hacer algunas objeciones todavía. Según ella, no todas las naturalezas se parecen. Hay unas más delicadas, más aristocráticas, á las cuales repugnan determinadas tareas.

Al oírla, D'Argenton se levantó furioso.

—¡Todas las mujeres son lo mismo!, exclamó groseramente. Aquí hay una que me suplica que me ocupe de este caballero —y bien sabe Dios que la cosa no me divierte, porque es un triste personaje. —Me ocupo, sin

embargo; pongo á mis amigos en movimiento, y ahora se me viene á decir que mejor fuera que no me hubiese metido en eso.

—¡Pero si no es eso lo que yo digo! exclamó Carlota desesperada de haber desagradado al amo.

—No, hombre, no dice eso, repitieron los otros dos; y al ver que la apoyaban, al ver que intervenían en favor suyo, la pobre mujer se enterneció, como esos chiquillos castigados que no se atreven á llorar más que cuando los defienden. Jack se marchó de la terraza bruscamente. Era superior á sus fuerzas ver llorar á su madre y no tirarse al cuello de aquel mal hombre que así la atormentaba.

Los días siguientes no se habló más del asunto. Pero el niño creyó observar en su madre un cambio en su actitud respecto de él. Lo miraba, lo besaba con más frecuencia que de costumbre, y á veces lo retenía á su lado, haciéndole sentir en sus abrazos ese apasionamiento que se tiene por los seres queridos de quienes debe uno separarse pronto. Eso lo turbaba tanto más, cuanto que oía decir á D'Argenton, con una sonrisa amarga que agitaba su bigote:

—Doctor, nos estamos ocupando de su discípulo de usted. Uno de estos días le daremos una noticia... creo que se alegrará usted.

Y el bueno del doctor, al volver á su casa muy satisfecho:

—Ya ves, le decía á su mujer, ya ves que he hecho bien en abrirles los ojos.

La señora de Rivals meneaba la cabeza.

—¡Quién sabe!... Desconfío de esa mirada tan mortecina: no me augura nada bueno para el niño

Quando quien se ocupa de uno es un enemigo, es preferible que no hiciese nada, que se estuviera con los brazos cruzados.

Jack era de la mismísima opinión.





¿De modo que me echas tú también: me echas, me rechazas?



IX

La vida no es una novela.

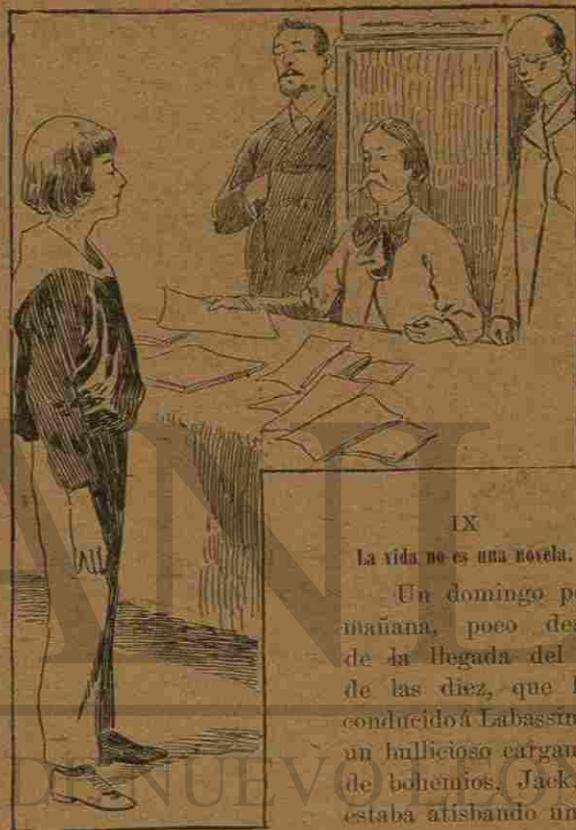
Un domingo por la mañana, poco después de la llegada del tren de las diez, que había conducido a Labastude y un bullicioso cargamento de bohemios, Jack, que estaba atisbando una

dilla que andaba muy cerca de la famosa trampa, oyó que su madre lo llamaba.

La voz salía del cuarto de trabajo del poeta, de aquel soleado laboratorio donde se fraguaban las cóleras, las observaciones, la enfurruñada vigilancia del enemigo. Advertido por el tono de la voz de su madre, ó solamen-



¿De modo que me echas tú también: me echas, me rechazas?



IX

La vida no es una novela.

Un domingo por la mañana, poco después de la llegada del tren de las diez, que había conducido a Labastude y un bullicioso cargamento de bohemios, Jack, que estaba atisbando una

dilla que andaba muy cerca de la famosa trampa, oyó que su madre lo llamaba.

La voz salía del cuarto de trabajo del poeta, de aquel solemne laboratorio donde se fraguaban las cóleras, las observaciones, la enfurruñada vigilancia del enemigo. Advertido por el tono de la voz de su madre, ó solamen-

te por esa inteligencia de los nervios, tan sutiles en ciertos seres, el niño se dijo: "Hoy es. . . ." y subió temblando la escalera de caracol.

Desde hacía diez meses que no había puesto los pies en el santuario, había habido allí muchos cambios. La majestad de aquel lugar le pareció atenuada. Los tapices descoloridos por el sol, impregnados del humo de las pipas, el diván argelino agujereado, la mesa de roble rajada por muchos sitios, el tintero empolvado, las plumas enmohecidas, decían que las discusiones y la holganza habían llevado allí esa trivialidad que vaga por las salas de los fumaderos.

Solamente el sillón Enrique II seguía imperando en medio de aquellos destrozos, con una autoridad inquebrantable. Allí estaba sentado D'Argenton para recibir al niño; Labassindre y el doctor Hirsch de pie á su lado como asesores de justicia, y los otros huéspedes de la semana, el sobrino de Berzelius y otros dos ó tres con barba gris, se hallaban tendidos en el canapé y envueltos en una nube de humo.

Jack vio todo esto de una ojeada: el tribunal, el juez, los festigos y su madre allí, junto á una ventana abierta, aparentando mirar con fijeza al campo, como para apartar su atención, su responsabilidad, de lo que iba á suceder.

—Ven acá, hijito, dijo el poeta, á quien su sillón de roble daba á veces veleidades de cariño; ven acá.

Pero su voz, con sus preciosas entonaciones, conservaba tal dureza de timbre, tal inflexibilidad que se habría podido creer que era el sillón Enrique II el que hablaba.

—Ya te he dicho muchas veces, muchacho, que la vi-

da no es una novela. Has podido comprenderlo viéndome á mí sufrir, luchar en primera fila en la batalla literaria, sin escasear tiempo ni fuerzas, á veces cansado, jamás vencido, obstinándome, á pesar de la contradicción, y riñendo noble pelea. . . . Ahora te toca á tí entrar en la liza. Ya eres un hombre.

El pobrecillo no tenía más que doce años.

—Ya eres un hombre. Es preciso que nos demuestres que no sólo tienes edad y estatura, sino que tienes también corazón de hombre. Te he dejado más de un año que te desarrollases libremente, que tuvieran todo el juego necesario tus músculos y tu espíritu. Algunos me han acusado de que no me ocupaba de tí. ¡Ah! ; La rutina! Por el contrario, te vigilaba, te custodiaba, no te perdía de vista ni un momento. Gracias á ese largo y minucioso trabajo, gracias, sobre todo, á ese infalible método de observación que me preció de poseer, he llegado á conocerte. He visto cuáles eran tus instintos, tus aptitudes, tu temperamento. He comprendido en qué sentido hay que obrar en tu interés, y, después de haber sometido mis observaciones á la consideración de tu madre, he obrado.

Al llegar á este punto de su sermón, D'Argenton se detuvo para recibir las felicitaciones de Labassindre y del doctor Hirsch, mientras el sobrino de Berzelius y los demás, absortos silenciosamente con sus largas pipas movían la cabeza de arriba abajo como fantoches y se contentaban con repetir con aires prudhonescos: "Está muy bien. . . muy bien."

Jack, agustado, procuraba sacar algo en limpio de aquella fraseología incomprensible que pasaba por encima de su cabeza como una nube cargada de electrici-

dad, y se preguntaba: "¿Qué irá á caerme encima ahora?"

Cuanto á Carlota, seguía mirando al campo con la mano puesta por encima de los ojos, observando no sé qué allá á lo lejos.

Vamos al grano, dijo súbitamente el poeta, enderezándose en su sillón y adoptando un tono de voz que fustigó al niño como un látigo. La carta que vas á oír te dirá más que todas las explicaciones que pudiera yo darte. Lee, Labassindre.

Grave como fiscal de Consejo de guerra, el barítono sacó del bolsillo una carta de paleta ó de quinto, groseramente doblada y cerrada, y leyó después de lanzar dos ó tres mugidos cavernosos:

"Herrería de Indret" (Loire Inferior).

"Mi querido hermano: Según te había indicado en mi última, he hablado al director en favor del chico de tu amigo, y aun cuando ese chico es demasiado joven todavía y no tiene las condiciones necesarias para ser aprendiz, el director me ha permitido que le tome como aprendiz. Vivirá y comerá con nosotros, y te prometó hacer cuanto pueda para que, dentro de cuatro años, sea un buen obrero. Todos aquí están buenos. Mi mujer y Zenaida te envían muchos recuerdos, y el Nantes también, y yo también.

ROUDIC.

"Capitán de los talleres de montaje."

—¡Oyes, Jack, replicó D'Argenton, con la mirada viva, el brazo extendido, dentro de cuatro años serás un

buen obrero, es decir, lo que hay de más hermoso, de más noble en esta tierra de servilismo. Dentro de cuatro años erás esa cosa santa que se llama "el buen obrero."

¡Había oído bien pardiéz! "el buen obrero."

Pero no comprendía bien, y trataba de entender. En París el niño había visto obreros algunas veces. Algunos vivían en el pasaje de las Doce Casas; y muy cerca del colegio, una fábrica de faroles, la salida de la cual había visto algunas veces el muchacho, dejaba escapar, á eso de las seis de la tarde, grupos de hombres vestidos con blusas manchadas de aceite, con las manos negras, rudas, agrietadas por el trabajo.

La idea de que llevaría una blusa fué la primera que se le ocurrió. Recordaba el tono despreciativo con que su madre decía en otro tiempo: "¡Son obreros, gente de blusa!" El cuidado con que en la calle evitaba el roce que manchaba, de sus trajes manchados: cierto que todos los hermosos discursos de Labassindre sobre la función, la influencia del obrero en el siglo XIX, venían á contradecir ó á atenuar sus vagos recuerdos en su espíritu. Pero lo que sí resultaba claro y abrumador es que sería necesario marcharse, abandonar el bosque, cuyas verdes cimas veía desde allí; la casa de los Rivals, á su madre, á quien había reconquistado tan trabajosamente, y á la cual amaba tantísimo.

¡Dios mío! ¿Qué tendría que hacer en aquella ventana, desentendiéndose de todo cuanto se hablaba al lado suyo? Hasta un momento, sin embargo, que había perdido su inmovilidad indiferente. Un temblor convulsivo sacudía todo su cuerpo, y su mano, que tenía delante de los ojos á guisa de pantalla, se bajaba un poco

como si quisiera contener sus lágrimas. ¿Sería muy triste lo que acababa de ver en el campo, en el horizonte por donde huyen los días, por donde desaparecen tantos ensueños, tantas ilusiones, tantos cariños y tantas llamas?

—¿De modo que tendré que marcharme?, preguntó el niño con voz apagada, casi maquinal, como si dejase hablar á su pensamiento, al único pensamiento que tenía.

Al oír esta cándida pregunta, todos los individuos del tribunal se miraron, sonriendo compasivamente; pero allí, junto á la ventana, se oyó un gran gemido.

—Nos marcharemos dentro de ocho días, hijo mío, dijo Labassindre sin andarse en chiquitas; hace mucho tiempo que no he visto á mi hermano. ¡Así aprovecharé la ocasión de calentarme un poco al fuego de mi antigua fragua, vive Dios!

Y al hablar levantaba la manga y doblaba el brazo, hinchando sus músculos y luciendo su abundante vello.

—Esta soberbio!, exclamó el doctor Hirsch.

Pero D'Argenton, que no perdía de vista á la que estaba llorando junto á la ventana, había adoptado una expresión distraída y había fruncido las cejas terriblemente.

—Puedes retirarte, Jack, dijo al niño, y estar dispuesto para emprender el viaje dentro de ocho días.

Jack bajó asustado, estupefacto y repitiendo para sus adentros: «¡Dentro de ocho días! ¡Dentro de ocho días!» La puerta de la calle estaba abierta. Salió con la cabeza descubierta, como estaba; echó á correr por las calles de Etiolles hasta casa de sus amigos, y en-

entrando al doctor, que salía en aquel momento, lo puso al corriente de lo que acababa de pasar.

El señor Rivals se indignó.

—Obrero! ¡Quieren hacerte obrero! ¡Y á eso llaman ocuparse de tu porvenir! Espera, espera, que yo le diré lo que viene al caso á tu señor padrastro.

Los que vieron en la calle al bueno del doctor, hablando alto, gesticulando, y á Jack sin sombrero, ahogándose á consecuencia de la carrera, dijeron: «Alguien hay enfermo en la casa de los parisienses.»

Nadie estaba enfermo... Cuando el médico llegaba, se estaban sentando á la mesa; porque á causa de lo exigente del estómago del amo de la casa, y como sucede en los sitios donde uno se fastidia, siempre adelantaban las horas de las comidas.

Todos los semblantes estaban risueños; y hasta se oía á Carlota que bajaba de su cuarto tarareando por la escalera.

Quisiera hablar dos palabras con usted, señor D'Argenton, dijo el anciano Rivals con los labios temblorosos.

El poeta se retorció su poblado bigote.

—Pues siéntese usted ahí, doctor, le pondrán á usted un ubierto, y, almorzando, me dirá usted lo que guste.

—No, muchas gracias, no tengo ganas; y además, lo que tengo que decir á usted y á su señora—y saludó á Carlota que acababa de entrar,—es absolutamente confidencial.

—Supongo lo que le trae á usted, dijo D'Argenton, que no tenía maldito el deseo de celebrar una conferencia reservada con el doctor. ¿Es del chico, verdad?

—Precisamente; del chico.

—Pues entonces puede usted hablar. Estos caballeros saben de lo que se trata, y yo tengo en todos mis actos bastante lealtad y desinterés para que no me importe que se hable de ellos delante de todo el mundo.

—Pero, hijo... se atrevió á decir Carlota, á quien aquella explicación delante de gente asustaba por muchas razones.

—Puede usted hablar, doctor, dijo friamente D'Argenton.

De pie, al otro lado de la mesa, el médico empezó:

—Jack acaba de decirme que lo va á usted á poner á un oficio, que lo manda usted como aprendiz á las fraguas de Indret. Vamos á ver, ¿es eso verdad?

—Muy verdad, querido doctor.

—Cuidado! replió el señor Rivals conteniéndose; ese niño no ha sido educado para un trabajo tan duro. En pleno período de desarrollo va usted á lanzarlo á un nuevo elemento, á meterlo en una atmósfera nueva. Se juega usted su salud y su vida. No tiene nada de lo que se necesita para eso. No es bastante fuerte.

—¡Ah! permítame usted, querido compañero.... interrumpió solemnemente el doctor Hirsch.

El Sr. Rivals se encogió de hombros, y siguió hablando sin mirarlo siquiera.

—Lo digo yo, señora—afectaba dirigirse á Carlota, á quien aquel llamamiento á sus sentimientos turba singularmente.—Es imposible que su hijo de usted resista esa vida. Usted lo conoce bien, usted que es su madre. Usted sabe que es una naturaleza fina, delicada, sin resistencia para la fatiga. Y no hablo ahora

más que de la pena física. Pero crea usted que un niño tan bien dotado, cuyo espíritu, ya despierto, está preparado para toda clase de estudios, sufrirá mil muertes con ese anonadamiento forzoso, en ese letargo de todas sus facultades intelectuales á que lo condenan ustedes.

—Se equivoca usted, doctor, dijo D'Argenton que ya se iba irritando. Conozco al sujeto mejor que nadie. Lo he hecho trabajar. No sirve más que para trabajos mecánicos. Esa, y no otra, es su aptitud. ¡Y precisamente cuando le doy los medios de desarrollar esa aptitud, cuando lo dedico á un oficio soberbio, el caballero, en vez de darme las gracias, va á quejarse, á buscar un protector fuera de su casa, en casa extraña!

Jack quiso protestar. Su amigo le ahorró el trabajo.

—No ha venido á quejarse. No ha hecho más que darme cuenta de la decisión de ustedes. Y yo le he dicho lo que le repito ahora aquí: Jack, hijo mío, no te dejes llevar. Echate al cuello de tus padres, de tu madre, que te quiere, y del marido de tu madre, que te debe querer, aunque sólo sea por ella. Suplicales, conjúrales. Pregúntales qué les has hecho para que así quieran degradarte, ponerte tan por debajo de ellos.

—Doctor, dijo Labassindre dando un puñetazo que conmovió toda la mesa; la herramienta no degrada al hombre, antes lo ennoblece. La herramienta es la generadora del mundo. A los diez años, Jesucristo manejaba el cepillo de carpintero.

—Eso es verdad, murmuró Carlota, que en seguida tuvo una visión de su Jack vestido de niño Jesús con

su cepillo de carpintero, desfilando en una procesión.

— ¡No haga usted caso de esas tonterías, señora! gritó el doctor exasperado. Hacer de su hijo de usted un obrero, es alejarlo de usted para siempre. Aunque lo mandase al fin del mundo, estaría menos lejos de su espíritu, de su corazón de usted; porque al menos existirían esos medios de aproximación que permiten las distancias y que las diferencias sociales matan para siempre. Ya verá, ya verá usted. Llegará día en que se avergonzará usted de él, en que le parecerá que tiene las manos bastas, el lenguaje grosero, sentimientos contrarios á los de usted; un día en que estará delante de usted, delante de su madre, como delante de una extraña de un rango más elevado que el suyo, no sólo humillado, sino avergonzado.

Jack, que aún no había hablado palabra, y que, acurrucado en un rincón, había escuchado muy atentamente, se afectó de pronto, á la idea de una desafección posible entre su madre y él.

Dió un paso hacia el centro del comedor, y afirmando su voz:

— No quiero ser obrero, dijo resueltamente.

— ¡Oh! ¡Jack! . . . murmuró Carlota desfalleciendo.

Esta vez fué D'Argenton quien tomó la palabra.

— ¡Ah! ¿De veras? ¿Con que no quieres ser obrero? Ahí tienen ustedes al caballero que se permite querer ó no querer una cosa decidida por mí. ¿Corriente no quieres ser obrero? Pero comer si quieres, ¿verdad? ¿Y vestirme y dormir y pasearte? Pues bien, declaro que ya estoy harto de tí, parásito; y que, si no quieres trabajar, yo me niego á hacer más el primo contigo.

Se detuvo súbitamente, y pasando de la locura frenética á esa frialdad que era su regla de conducta.

— Suba usted á su cuarto, le dijo. Ya verá yo lo que tengo que hacer.

— Lo que tiene usted que hacer, mi querido D'Argenton, yo se lo diré. . . .

Pero Jack no oyó el final de la frase del señor Rivals; un gesto de D'Argenton lo había echado fuera.

En su cuarto, el ruido de la discusión llegaba á él como las partes variadas de una gran orquesta. Distinguía las voces, las conocía todas; pero entraban las unas en las otras, unidas por su propia resonancia, y aquello hacía un ruido discordante, sobre el cual flotaban pedazos de frases:

— ¡Ha mentido usted!

— ¡Señores! . . . ; Señores! . . .

— La vida no es una novela.

— Herramienta sagrada, "¡hem! ¡hem!"

Por fin se oyó la voz de trueno de Rivals que decía desde la puerta:

— ¡Que me ahorquen si vuelvo á poner aquí los pies!

Luego la puerta fué cerrada violentamente, y el comedor quedó sumido en profundo silencio, interrumpido sólo por el ruido de los tenedores que trabajaban á más y mejor.

Estaban almorzando.

"Quiere usted degradarlo; ponerlo á más bajo nivel que ustedes." El niño había retenido la frase y comprendía que, en efecto, aquella era la intención de su enemigo.

¡No, mil veces no; no quería ser obrero!

Abrióse la puerta y entró su madre.

Había llorado mucho, y verdaderas lágrimas, de esas que producen arrugas. Por primera vez aparecía la madre sobre aquella fisonomía de mujer bonita, pero la madre dolorida y triste.

—Oyeme Jack— dijo procurando mostrarse severa; necesito hablar seriamente contigo. Acabas de darme un grave disgusto sublevándote abiertamente contra tus verdaderos amigos, y rehusando aceptar el empleo que te proporcionan. Ya sé yo que hay en esa nueva vida...

Mientras hablaba, Carlota huía la mirada del niño, una mirada de dolor, de reproche; tan ardiente, tan desolada, que no había podido resistirla.

—... Que hay en esa nueva vida que soñábamos para tí un aparente desacuerdo con la que has hecho hasta hoy. Confieso que en los primeros momentos, yo misma estaba asustada; pero ya has oído, ¿no es verdad?, lo que te han dicho. La condición del trabajador, no es ya la que era en otro tiempo; ¡oh! ni mucho menos, ni mucho menos. Ya sabes que ahora le toca el turno al obrero. El tiempo de la aristocracia ha pasado, y el de la clase media está para pasar... Y además, á tu edad, debe uno dejarse guiar por las personas que le quieren y que tienen experiencia.

Un sollozo de su hijo la interrumpió:

—¿De modo que me echas; tú también me echas?

Esta vez, la madre ya no pudo resistir. Lo cogió en brazos y lo estrechó apasionadamente.

—¿Echarte yo? ¿Lo puedes creer? ¿Es eso posible? Vamos, cálmate; no tiembles, no te emociones así. Bien sabes cuánto te quiero, y que si en mi mano estu-

viese, no nos separaríamos nunca. Pero es preciso ser razonables y pensar un poco en el porvenir... ¡Ay! El porvenir se presenta bien sombrío para nosotros.

Y en uno de aquellos pujos de palabras que aún tenía á veces cuando se veía lejos del amo, trató de explicar á Jack, con todo género de vacilaciones, de reticencias, lo que tenía de irregular la situación en que se encontraban.

—Mira, hijo mío; eres todavía muy joven; hay cosas que no puedes comprender. Algún día, cuando seas mayor, te revelaré el secreto de tu nacimiento; una verdadera novela, hijo mío. Algún día te diré el nombre de tu padre y la inaudita fatalidad de que tú y tu madre habéis sido víctimas. Pero hoy, lo que es preciso que sepas, que comprendas, es que no tenemos nada nuestro, pobre hijo mío, y que dependemos en absoluto de... El. ¿Cómo quieres que me oponga á tu marcha, sobre todo sabiendo, como sé, que no te hace marchar más que por interés tuyo? No puedo pedirle nada, porque ha hecho mucho por nosotros. Y, además, él tampoco es muy rico, y esta terrible carrera artística es muy ruinososa para él. No podía sufragar los gastos de tu educación. ¿Qué va á ser de mí, colocada entre vosotros dos? Es preciso, sin embargo, adoptar un partido. ¡Ah! Si pudiera yo irme por tí á ese dichoso Indret... Piensa que así tendrás una manera de vivir. ¿No te gustará no necesitar á nadie para vivir, para ganarte el pan, para ser dueño de tí mismo?

Por el relámpago que pasó por los ojos del niño, la madre comprendió que había hecho blanco; y muy quedito, con voz acariciadora y mimosa, que sólo las madres tienen, murmuraba:

— ¡Hazlo por mí, Jack! ¿Quieres? Ponte pronto en condiciones de ganarte la vida. ¿Quién sabe si algún día me veré obligada á recurrir á tí como á mi único sostén, á mi único amigo?

¿Pensaba lo que decía? ¿Eres un presentimiento, uno de esos súbitos desgarrones del porvenir que muestran el destino hasta el fondo, y toda la desdicha de la propia existencia? ¿O habría hablado arastrada por el torbellino de sus frases, por el arranque de su sentimentalismo?

Ello es que no podía encontrar manera mejor para vencer aquella joven alma generosa. El efecto fué instantáneo. La idea de que su madre podía tener necesidad de él, que podría ayudarla con su trabajo, lo decidió súbitamente.

La miró con fijeza:

— Júrame, le dijo, que me querrás siempre; que no te avergonzarás de mí cuando tenga las manos negras.

— Te querré siempre, Jack mío!

Por toda respuesta, lo llenó de caricias, ocultando, bajo sus besos apasionados, su turbación y sus remordimientos, porque desde aquel momento la infeliz mujer tuvo remordimientos, los tuvo durante toda su vida, y jamás volvió á pensar en su hijo sin sentir una puñalada en el corazón.

Pero él, como si comprendiera toda la verdad, toda la incertidumbre, todo el terror que aquellos abrazos ocultaban, se desprendió de ellos y se lanzó á la escalera.

— Vamos, mamá, bajemos. Voy á decirle que acepto. Abajo, los bohemios seguían comiendo.

A todos les llamó la atención el aspecto grave y resuelto que tenía Jack al entrar.

— Le pido á usted perdón, dijo á D'Argenton. He hecho mal en relusar lo que me ofrecía usted hace poco. Ahora acepto, y le doy á usted las gracias.

— ¡Está bien, muchacho! dijo el poeta con solemnidad. Ya sabía yo que la reflexión destruiría tus resistencias. . . Me alegro que reconozcas las lealtad de mis propósitos. Da las gracias al amigo Labassindre, porque á él debes esa suerte. El te ha abierto de par en par las puertas del porvenir.

El barítono atargó su enorme pata, en la palma de la cual se hundió su manita.

— Choca, muchacho! le dijo afectando tratarlo como si fueran dos antiguos compañeros que trabajasen en el mismo taller; y desde aquel momento hasta el de emprender el viaje, no le volvió á dirigir la palabra más que en ese tono brutal y familiar que los obreros usan entre sí como lazo de compañerismo.

Durante aquellos ocho días últimos, Jack no hizo más que corretear por el bosque y los caminos. Experimentaba más turbación é inquietud que tristeza; y de cuando en cuando, la idea de la responsabilidad que iba á tener, daba á su bella fisonomía una expresión inasitada, un fruncimiento de cejas que en los jóvenes marca el esfuerzo de una voluntad. Ahora era un Jack viejo. Anduvo visitando todos sus rincones favoritos, como si fuera un hombre que hiciese paso á paso la peregrinación de su infancia.

¡ Ah! Por más que la tía Salé lo amenazaba desde lejos, Jack el viejo no le tenía miedo, y se sentía con fuerza para cargar con el haz de leña que ella llevaba.

Pero tenía un gran pesar por no poder ir á casa de Rivals á despedirse de Cecilia.

—Mira, Jack mío; después de la cuestión que han tenido estos señores, no sería conveniente, repaña Carlota cada vez que Jack le rogaba que le permitiese visitarlos.

Por fin, el día antes de marcharse, con la malvada alegría de su triunfo, D'Argenton consintió que el niño fuese á despedirse de sus amigos. Llegó á su casa de noche. No había nadie en el vestíbulo. Nadie en la botica, las persianas de la cual estaban cerradas. Nada más que un rayito de luz que salía de la biblioteca, de lo que llamaban la biblioteca, un inmenso granero atestado de diccionarios, de atlas, de obras de medicina y de enormes volúmenes de lomo encarnado de la colección Panckouke.

Allí estaba el doctor muy ocupado, llenando un cajón de libros.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí? dijo al niño. Seguro estaba yo de que no te irías sin despedirte. No querían dejarte venir, ¿no es verdad? Yo tengo en parte la culpa. Estuve un poco violento. Mi mujer me ha regañado de lo lindo. . . . Y á propósito, ¿sabes que se ha marchado ayer con la chiquilla? Las he mandado á que pasen un mes en los Pirineos, con mi hermana. La niña estaba malucha. Cometí la tontería de anunciarle que te íbas, de golpe y porrazo, sin prepararla. . . . ¡Ah, los niños! Cree uno que no sienten las cosas, y tienen pesares tan grandes y tan violentos como los nuestros.

Ahora hablaba Jack como si fuese un hombre; y, sin embargo, á la idea de que su amigueta se había puesto mala por él, y que se marcharía sin verla, Jack el

viejo sentía ganas de echarse á llorar como un chiquillo.

Miraba los libros esparcidos, la inmensa habitación, mal alumbrada por una vela puesta en un rincón de la mesa al lado del "grog" y de una botella de aguardiente; porque el señor Rivals aprovechaba la ausencia de su mujer para volver á sus antiguos hábitos de marino. Así es que el bueno del viejo tenía los ojos brillantes, y una singular animación al remover los libros, al soplar el polvo de los estantes y al vaciar todo un rincón de su biblioteca en el cajón que había á sus pies.

—¿Sabes lo que estoy haciendo, muchacho?

—No, señor.

—Estoy escogiendo libros para tí; libros que te llevarás para leer, ¡me oyes! para que los leas siempre que tengas un rato desocupado. Recuerda esto bien: "los libros son los verdaderos amigos." Puede uno dirigirse á ellos en los grandes pesares de la vida, seguro de encontrarlos. Yo puedo decirte que si no fuese por mis librotos, después de mi desgracia, hace ya tiempo que no estaría en el mundo. Mira este cajón, hijo mío. Hay muchos, ¿no es verdad? No respondo de que los comprendas todos ahora. Pero eso no importa; hay que leerlos. Hasta los que no comprendas, te dejarán alguna luz en el espíritu, prométeme que los leerás.

—Se lo prometo á usted, señor Rivals.

—Bueno. . . . ya está el cajón. ¿Puedes llevártelo? No, que es muy pesado. Te lo enviaré mañana. Vamos, despídete de mí.

Y el buen viejo cogióle la cabeza con sus dos manos y le dió dos ó tres besos muy fuertes.

—Unos por mí y otros por Cecilia—añadió con bon-

dadosa sonrisa, y mientras cerraba la puerta, Jack le oyó murmurar: "¡Pobre niño. . . . pobre niño!"

Sucedía lo mismo que en Vaugirard, en el colegio de Jesuitas. Sino que ahora sabía ya por qué lo compadecían.

Al día siguiente, el viaje había puesto en movimiento toda la casa de D'Argenton.

Cargaron el equipaje en un carro detenido á la puerta. Labassindre, con un traje rarísimo, como si emprendiera una expedición á través de las pampas: altas polainas, chaqueta de terciopelo verde, sombrero ancho, cartera de cuero colgada á la banderola, iba y venía de una parte á otra cantando. El poeta estaba á un tiempo mismo grave y radiante: grave porque se creía estar haciendo una obra humanitaria, social; radiante, porque aquel viaje lo llenaba de alegría. Carlota besaba á Jack, volvía á besarlo, y cuidaba de si le faltaba algo.

No; no le faltaba nada. Al contrario; iba demasiado bien vestido para obrero, estallando dentro de su traje, con esa fatalidad de los seres que crecen demasiado de prisa, condenados durante su adolescencia al martirio de la ropa demasiado corta.

—Tenga usted mucho cuidado, señor Labassindre.

—Lo cuidaré tanto como á mi nota, señora.

—¡Jack!

—¡Mamá!

Hubo un último abrazo. Carlota sollozaba. El niño no dejaba ver su emoción. La idea de que iba á trabajar para su madre, daba fuerzas á Jack el viejo. Al llegar al recodo del camino, se volvió para ver otra vez y llevarse, en lo hondo de su mirada, el bosque, la casa, el

cercado y aquella cara de mujer que le sonreía á través de sus lágrimas.

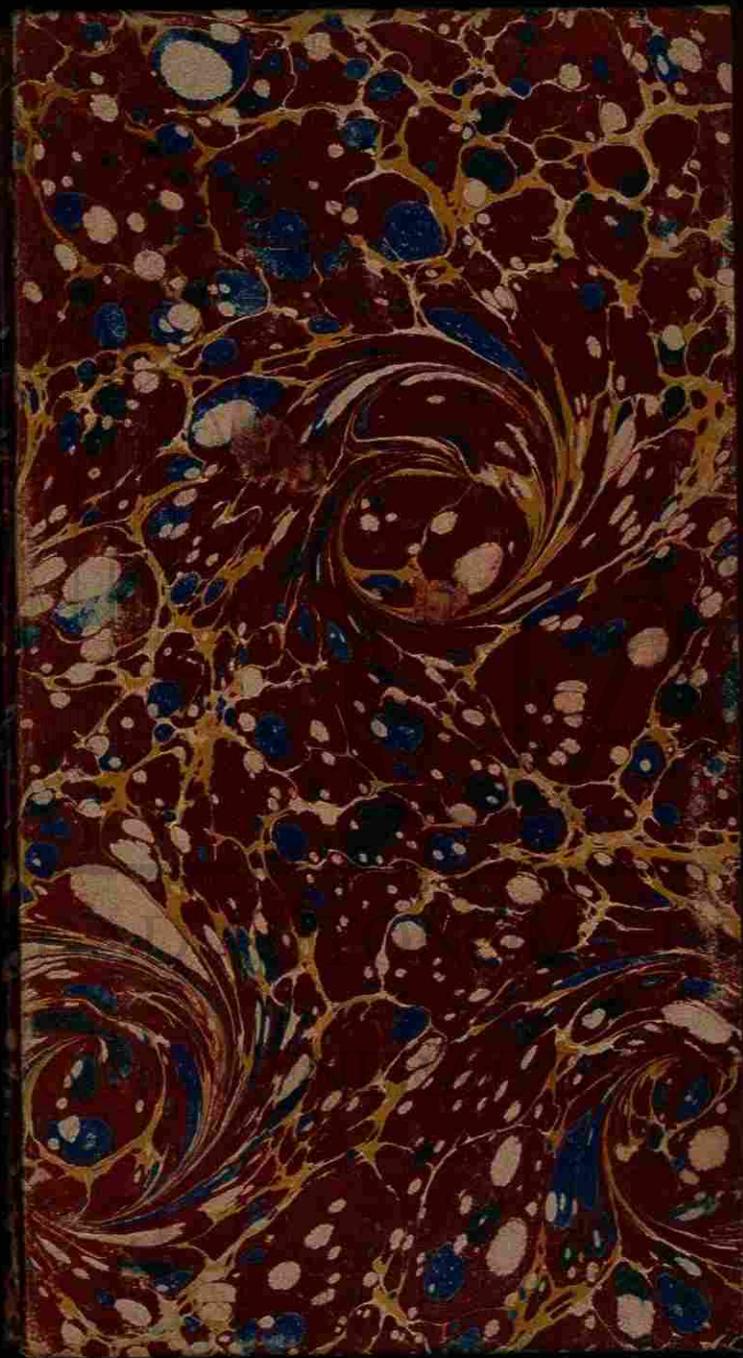
—¡Escribenos á menudo, Jack mío!, gritó la madre. Y el poeta, con solemnidad:

—Jack, acuérdate de que la vida no es una novela.

La vida no es una novela; pero para él sí lo era. . . . ¡miserable!

No había más que verlo á la puerta de su casita, apoyado en su Carlota, en medio de los rosales, con una postura presuntuosa, como una figura de cromo, y tan lleno de egoísmo y satisfacción, que olvidaba su odio y enviaba con la mano un adiós paternal y la bendición al niño á quien acababa de echar á la calle.





EC